RAÏSSA MARITAIN

Las grandes amistades

EDICIONES DESCLÉE, DE BROUWER
BUENOS AIRES

La Capital de la Oración
René Schwob

•

Misión de León Bloy
Stanislas Fumet

•

Cartas a sus Ahijados
León Bloy

•

Cuentos Extraordinarios
Ernesto Hello

•

El Alma de León Bloy
Hubert Colleye

•

El Descubrimiento
del Otro
Gustavo Corçao

•

Graham Greene
Jacques Madaule

•

DESCLÉE, DE BROUWER y Cía.
Santiago del Estero 907, Buenos Aires

4c
EA4B 26732

LAS GRANDES AMISTADES

RAÏSSA MARITAIN

LAS GRANDES AMISTADES

VERSIÓN CASTELLANA

DEL

DR. SANTIAGO CUNCHILLOS MANTEROLA

23 de Abril - 1964
San Jorge

EDICIONES DESCLÉE, DE BROUWER
BUENOS AIRES

ES PROPIEDAD. QUEDA HECHO
EL REGISTRO Y DEPÓSITO QUE
DETERMINAN LAS LEYES DE
TODOS LOS PAÍSES.

PRINTED IN ARGENTINA

Única versión autorizada del original francés:
Les grandes amitiés

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

I

RECUERDOS

a Jacques

NUEVA YORK 1940

6 de julio de 1940. No hay ya para mí porvenir en este mundo. Para mí la vida ha terminado por la catástrofe que sumerge a Francia en el duelo, y el mundo con ella, por lo menos todo lo que en Francia y en el mundo va unido a los valores humanos y divinos de la inteligencia libre, de la sabia libertad, de la universal caridad. En mucho tiempo —quizá ya nunca— volverán a encontrar nuestros ojos a nuestra Francia querida. Quizá no volvamos a ver jamás en este mundo a quienes nos son queridos sobre todo. Puede decirse que hemos perdido la esperanza que nos sostenía en nuestros trabajos, en los sufrimientos de nuestra vida: la esperanza de que la caridad de Cristo pudiera penetrar este mundo y transformarlo. Su Reino *no es de este mundo.* ¡Con qué luz tan cruel resplandece esta verdad! y, sin embargo, el mandamiento de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos no ha sido abrogado. No tenemos derecho de olvidar que nos debemos siempre a nuestros hermanos. Y sabemos también que a través de todas las catástrofes, del derrumbamiento de los imperios, de las persecuciones y el martirio, el bien pasa, el bien se hace, el bien permanece. Pero mi vida propia, mi vida muy imperfecta llega a esta edad adulta del alma, que sólo a precio de desgracias extraordinarias, personales o no, se adquiere: esta edad en que nada queda ya de la infancia, ni de la dicha de vivir. Llega mi vida a este término mucho menos por las pruebas que a mí sola me han alcanzado, que por la desgracia que se ha abatido sobre toda la humanidad, porque la justicia está de luto, porque los afligidos no son, no pueden ser consolados, porque los perseguidos

no son socorridos, porque la verdad de Dios no se dice, y porque súbitamente el mundo se ha tornado tan pequeño, tan estrecho para el espíritu, por la uniformidad de la mentira que en él reina y hace que casi no se escuche otra cosa que su voz.

En el presente que me queda no me siento yo presente. Vuelvo mi pensamiento hacia lo pasado y hacia lo por venir. Hacia lo por venir oculto en Dios. Hacia lo pasado que Dios nos ha hecho: que ha colmado de tantas penas y tantas gracias hacia nuestra vida pasada, hacia nuestros amigos.

18 de julio de 1941. Releo ahora yo las páginas que escribí y que conciernen a los años de nuestros primeros descubrimientos en la vida. Es extraña la experiencia de confiarse a la memoria; la memoria nos posee más que nosotros a ella, nos lleva a su mundo que es la realidad misma del movimiento de nuestro pasado y es preciso que la obedezcamos forzosamente; es preciso que rehagamos los caminos del tiempo que no están solamente fijados en adelante de una manera ineluctable, sino en que todas las cosas están ligadas de tal suerte que todo momento requiere el pasado íntegro que le precedió. No podría hablar yo de quienes me son queridos, de aquellas amistades a las cuales antes que a todo están tales recuerdos dedicados, y de una época en que todo ahora, hasta la angustia y el sufrimiento, se me aparece frente al momento presente como un paraíso perdido, sin revivir al mismo tiempo mi propia vida en que todo esto se encuentra para mí inevitablemente encerrado. Nuestros amigos forman parte de nuestra vida, y nuestra vida explica nuestras amistades. Me ha sido, pues, preciso hablar de nosotros, y también de mí misma y de mi infancia. Compréndase que procediendo de otra manera hubiera hecho imposible mi propósito.

CAPÍTULO I

MARIOUPOL

Infancia

Mi primer recuerdo data de mi más tierna infancia. Tengo yo poco más de dos años y medio y mi hermanita Vera va a nacer. Yo no lo sé, naturalmente. Pero me veo entre las rodillas de mi padre que está sentado y llora ante la puerta cerrada de la habitación de mamá. Me estrecho contra él, me esfuerzo en consolarlo pero me llevan a casa de mi amiga Clara, mi gran amiga de los primeros años, y poco después vienen a anunciarme que tengo una hermanita. Por eso la primera imagen que ha quedado en mi memoria es la de mi padre que lloraba; la segunda, la de mi deseo de ahuyentar su pena. Tal vez a causa de esto he tenido yo siempre hacia mi padre sentimientos de protección y de compasión casi maternal.

Ocurría esto en Rusia, en Marioupol, pequeña ciudad al borde del mar de Azoff. Sé yo por mi madre que veníamos de Rostoff sobre el Don donde yo nací, y donde habitaban sus parientes. Estaba yo estrechamente unida a ellos, sobre todo a mi abuelo. No consentía yo que nadie más que él meciera mi cuna; desconfiada, tentaba yo la mano al borde de la cuna, y si no era la suya lloraba y decía: "Ni papá, ni mamá, ni niania, ni la abuelita; ¡diédouchka solamente tiene que acunarme!" Cuando al salir de Rostoff tomamos el barco para Marioupol, donde debíamos habitar en adelante, tenía yo apenas dos años, y mostraba, sin embargo, un pesar horrible, lloraba, y pedía

que el barco volviese, para estar de nuevo con el abuelo y la abuela.

Sé yo todo esto por mi madre. Mis recuerdos personales son más tardíos; datan de las visitas que hacíamos de tiempo en tiempo a mis abuelos, trasladándonos por mar, después por el Don, de Marioupol a Rostoff. En aquellas travesías marítimas se encuentran las primeras imágenes que conservo de este mundo: los muelles de embarque, los barcos, el mar; y, sobre el Don, aquel puente que me maravillaba porque se abría para dejar que nuestro barco entrase en Rostoff.

He conservado de mi abuelo materno el recuerdo de una bondad extrema, y de una dulzura que aun a mis ojos de niña ha aparecido siempre extraordinaria. Más tarde, mucho más tarde, supe por los relatos de mi madre, comprendí de qué fuente emanaban aquella bondad y aquella dulzura; emanaban de su alta piedad, de su piedad de *hassid*, de esa mística judía que tiene diversos aspectos, unas veces más intelectuales, otras más afectivos, pero que en mi abuelo debían parecerse mucho a los de aquel "Judío de los Salmos" de que habla tan admirablemente en *Salvation* Schalom Ash. La religión de mi abuelo era toda ella de amor y de confianza, de alegría y de caridad.

En casa de sus padres aprendió mi madre el respeto a la ciencia divina y al estudio consagrado a ella. Era mi madre, sin embargo, poco instruída —no existía entonces la costumbre de hacer estudiar a las mujeres.

Antes de venir a Rostoff habitaba su padre en una populosa aldea de la región, con su numerosa familia. Mientras estudiaba en la sinagoga, como era costumbre entonces de los judíos piadosos, ocupábase su mujer en los cuidados de lo temporal, bien humilde en verdad.

Era, en la época ya de la tierna infancia de mi madre, un viejo matrimonio el de sus padres, porque se habían casado cuando mi abuelo no tenía más que doce años y mi abuela ocho. Habían encontrado los judíos este medio

de evitar que el Estado ruso les llevase sus muchachos para hacer de ellos soldados más tarde, como se practicaba en aquella lejana e ingenua época cuya fecha me es difícil precisar. Los jóvenes casados se libraban de dicha servidumbre. Aun cuando nada cambiase naturalmente en su vida de niños, el matrimonio se celebraba religiosamente, se afeitaba la cabeza a los jóvenes esposos, y se les ponía una peluca, ateniéndose a los más estrictos ritos judíos. Pero mi abuela no vacilaba en quitarse la peluca para dedicarse a sus juegos infantiles.

Me contó mi madre con frecuencia muchas cosas pintorescas y conmovedoras relacionadas con la vida de sus padres, de las cuales sólo unas pocas recuerdo. Su hospitalidad era proverbial, y frecuentemente viajeros retardados llamaban a su puerta en plena noche. Levantábase entonces mi abuelo a toda prisa, despertaba a su mujer con transportes de alegría como si el mismo Dios hubiera ido a visitarles, y el huésped desconocido era recibido tan bien como les permitía su modesta fortuna. Nunca hubieran dejado ni él ni su mujer de cumplir por medio de una sirviente esos sagrados deberes de hospitalidad.

Cuando, reconfortado y descansado, deseaba el huésped partir, mi abuelo se consideraba obligado a ponerle en el buen camino, cualquiera que fuese la hora.

Una castellana de los alrededores que reputaba exagerada semejante caridad en un hombre no rico, quería protegerle contra sí mismo y apartar a los visitantes indiscretos. Para ello tenía cuidado de decir a los que se detenían en su casa que en la aldea próxima no debían llamar a la puerta de Salomón B., porque era éste un hombre perverso y avaro que les recibiría muy mal. Algunos llamaban en nuestra casa a pesar de esa advertencia y ante la acogida que se les hacía caían por tierra las estratagemas inútiles de la dama excesivamente bien intencionada.

Los campesinos a quienes prestaba todos los servicios posibles querían mucho a mi abuelo y le llamaban Salomón

el Sabio. Muchas veces le dieron prueba de su fidelidad previniéndole cuando se preparaban pogroms. "Nuestro padrecito el zar lo pide y nosotros tenemos que obedecer; pero tú permanece en tu casa con los tuyos." Los revoltosos que pasaban, con la cruz a la cabeza, nunca le hicieron el menor mal, pero no eran tan benignos con otros judíos. Creo yo que su sabiduría le permitió no acusar a la religión cristiana de semejantes fechorías bárbaras. Mi madre de todos modos quedó por ello impresionada hasta su vejez, y aquella imagen de la cruz paseada durante los pogroms retardó mucho tiempo su conversión.

Mi otro abuelo, mi abuelo paterno, vino a habitar a nuestra casa cuando tenía yo cinco o seis años. Era él entonces casi centenario, y murió en casa de otro hijo suyo después de nuestra partida para Francia, a la edad de ciento seis años. Justo doble edad de la que había de alcanzar mi padre. Tuvo once o doce hijos de los cuales era mi padre el menor. No sé yo cual fué su vida, pues, mi padre jamás me habló del asunto. Sin embargo, es cierto que en su avanzada y vigorosa ancianidad vivió como un asceta. Nada tenía de la dulzura del padre de mamá. El recuerdo que conservo de él es el de un hombre muy alto, muy seco y muy severo. Nos asombraba a todos con sus mortificaciones: no comía más que pan untado con cebolla, ni bebía otra cosa que agua. Dormía en el patio en el santo suelo hasta el invierno; llegado el invierno, entraba en casa y no consentía en habitar más que la antecámara, donde dormía sobre un cofre. No recuerdo que me hubiera hablado nunca, salvo para leerme en la Biblia maravillosas historias como la de José vendido por sus hermanos, y para enseñarme a leer el hebreo. Cortaba entonces una cerilla para designar los caracteres y fijar mejor sobre ellos mis distraídas miradas. Creo yo que durante aquellas lecciones el temor se adueñaba de mi corazón y paralizaba mi espíritu. Y además, todo aquello era demasiado oscuro para mí. Te-

nía yo más éxito en el estudio de la lengua rusa desde que comencé a ir al liceo. Pero entonces había cumplido ya los siete años.

Me refiero a recuerdos más antiguos. Tengo cinco años quizá. Mis padres han cedido en alquiler una sala de su casa a una dama que da clase a niños. Asisto a veces, como simple oyente, pero llena de extrañeza y de deseo de las cosas misteriosas que allí se aprenden. Oigo repetir la tabla de multiplicar, y aun cuando no me doy la menor cuenta del contenido real de lo que allí se dice, presiento con emoción inquietante que hay en ello una enseñanza y una ciencia, una verdad a conocer, y mi corazón se llena del deseo de saber. Esta intuición excede con mucho lo que yo puedo comprender y sólo con este grito ingenuo consigo expresarla: "¡Oh, mamá, cuándo sabré yo también que dos y dos son cuatro!" Creo que semejante intuición es la fuerza propulsora que permite a los niños aprender y retener lo que les excede. Hay en esto una manifestación, mucho antes de "la edad de la razón", de la estructura esencial del intelecto, un carácter específico del alma humana.

Mi hermanita ha crecido. Desde que sabe hablar conversamos mucho entre nosotras. Este es nuestro juego. Un juego que ocupa toda nuestra infancia. Imaginamos que ella es mi madrecita y que yo soy su hijito y que habitamos en un mundo completamente distinto del que habitan los hombres. Trátase de un mundo en que no se llora, en que no se está enfermo, en que brotan durante todo el año las flores y los frutos, en que los niños juegan con los pájaros, y pueden volar como ellos; en que la edad ha quedado detenida de una vez para siempre. Las madres no envejecen, y los niños tienen siempre la edad que tenían cuando fueron a buscarlos a la fuente, es decir, que tienen siempre "la edad de su nacimiento". Así tenía yo siempre dos años. Vivíamos en este mundo todo el tiempo en que podíamos jugar. Este mundo ha crecido con nosotras de

cierta manera. Cuando fuimos bastante grandes para tener idea del bien y del mal, la idea misma del mal debía ser excluída de nuestro mundo. Teníamos que poner cuidado para no pronunciar las palabras que designan el mal, la perversidad; ni aun las palabras que por contraste podrían hacer pensar en el mal. Así no había que decir *bien* por no tener que pensar *mal*, ni *bueno* para no arriesgarnos a pensar *malo*. Era éste un extraordinario ejercicio para cabecitas de niños, y nos equivocábamos con frecuencia, pero rectificábamos y tratábamos de corregir nuestra manera de hablar y de pensar.

Había, sin embargo, una especie de imperfección permitida: las burlas, las bromas, los engaños divertidos; era ésta la contrapartida de la imaginación a quien todos los absurdos, todos los contrasentidos estaban permitidos. Por ejemplo, Pifo, éste era mi nombre en el juego, iba a colgarse de una cereza que brotaba (pensábamos nosotros que el hueso brotaba primero, y la pulpa después) y la cereza se formaba toda ella en derredor del niño y lo ocultaba así a los ojos de mamá que andaba en su busca. Pero Pifo se comía la cereza y caía en los brazos de su madre, Mimo. Este juego nos ocupaba constantemente. Seguíamos jugando a él cuando mi hermana tenía ocho años y yo cerca de once.

La escuela

A los siete años fuí admitida en el liceo. Era ésta una suerte. La cuota de admisión para los judíos era un poco más elevada. Desde entonces nuestros padres debieron pensar en el porvenir de nuestros estudios, y la idea de salir de Rusia comenzó a germinar en su cabeza.

En cuanto a mí, la felicidad era completa. Entraba en el mundo del conocimiento. Me latía el corazón con infinita esperanza. Iba yo a aprender a leer y creía que todo lo que estaba escrito era cierto. A decir verdad un alma humana debe pasar por muchas experiencias para llegar a esa inge-

nua convicción, para aprender que un solo libro en el mundo es completamente verdadero —pero ese libro es la Biblia, inspirada por el Cielo, y completamente penetrada del misterio de su origen.

Yo he pensado frecuentemente más tarde en lo que era entonces la vida para mí, la vida interior de un niño de siete años. Y me doy cuenta de que experimentaba, respecto de todo lo que concierne a la escuela, emociones de un carácter religioso que no puedo hoy expresar más que con palabras que entonces ignoraba.

Iba yo al liceo con el corazón lleno de amor y de temor. La clase es sagrada. Las profesoras son seres aparte; su cabeza está llena de ciencia. Enseñan cosas ciertas y perfectas.

No era yo criticona ni mucho menos; desobedecer, ser disipada, juzgar a mis profesoras era algo que no me pasaba por la imaginación. Todo mi ser se daba a escuchar y comprender.

¡Qué sabroso y terrible me resultaba todo en la escuela! Era terrible no saber la lección, no dar con la solución de un problema. Pero ¡qué motivo de alegría en una lección bien comprendida, en los bellos libros, en los cuadernos rayados y cuadriculados, adornados en la primera página con una imagen que es un ramillete de rosas en relieve, o de miosotis, o una cabeza de ángel entre dos alas! Mi tesoro más precioso es un atlas de geografía. Sus grandes páginas lisas muestran toda la tierra que es bella, multicolor y se baña en el agua azul. Figúraseme que todo pertenece a Rusia.

Cuanto concernía a la escuela era una fiesta para mí: el levantarme pronto, el desafiar el frío, la nieve y el hielo, cuando nuestros vecinos no me conducían en su trineo. Yo iba a la escuela vestida con el uniforme del liceo: un vestidito de sarga gris, un delantal —blanco en verano, negro en invierno—, y encima, en el tiempo frío, una espesa pelliza que amortiguaba las caídas...

Había en aquel tiempo, en los alrededores del liceo, so-

lares no construídos donde se podía ver cómo los primeros brotes de hierba atravesaban la nieve y anunciaban la primavera. Esta visión, tras un largo y riguroso invierno, era una de las grandes alegrías de mi infancia.

Los trabajos y las fiestas

Las clases terminaban a las dos. Volvía yo a casa para el almuerzo familiar que era a decir verdad la principal comida de la jornada. Me quedaba todavía mucho tiempo para estudiar las lecciones, jugar con mi hermana, ver a los amigos que venían a visitar a mi familia, en aquel tiempo de pocos afanes y generosa hospitalidad aun entre gentes modestas. Ponían en la mesa el samovar brillante como el oro, lleno de carbones negros y de agua hirviente y cantarina; se servían toda clase de confituras y de pasteles hechos en casa. Me gustaba a mí mucho asistir a las grandes faenas caseras de mamá que hacía ella misma el pan, y cantidad de platos maravillosos que se colocaban en el horno al mismo tiempo que el pan. Era entonces mi madre una mujer joven, de treinta años, activa y muy alegre. Recuerdo a mi padre como un hombre alto, silencioso y reservado, siempre ocupado, y preocupado quizá, con la dirección, que no debía ser empresa fácil, de un taller de costura. Me parece que flotaba sobre él una nube de melancolía. Quizá comenzaría a sufrir entonces la enfermedad que había de llevarle al sepulcro en edad relativamente temprana. Eramos pequeñas todavía, mi hermana y yo, cuando sufrió una neumonía grave a consecuencia de un enfriamiento. A partir de aquella fecha estuvo frecuentemente enfermo y guardó cama.

Tanto como el frío en el invierno continental, era extremado el calor del verano. Por eso las flores y las frutas surgían en abundancia. Los meses de mayo y junio desbordaban de rosas y de cerezas, las mesas estaban llenas de ellas los días en que se hacían las confituras. Su perfume era embriagador. Estaba yo admitida a seleccionar las rosas, a

separar los pétalos intactos y a rechazar los demás, así como también a deshuesar las cerezas. Aquellos días eran felices. Se cantaba durante el trabajo. Sobre todo escuchábamos cómo mamá cantaba con su bella voz grave los cantos de la pequeña Rusia que conocía en número que siempre me pareció inagotable, y que había aprendido en su infancia, en el tiempo en que sus padres vivían en el campo.

El verano abundaba en melones y en sandías, cerezas y albaricoques dulces como la miel. Se conservaban para el invierno pequeñas sandías, juntamente con manzanas, en grandes toneles en los cuales se echaba agua, mucha sal y plantas aromáticas. Un poco más tarde se ponían también en conserva los pepinillos con los pimientos verdes; y también berzas que nos suministraban *choucroute*. De esa manera no faltaban durante el invierno, en la mesa, frutas ni verdura, y me parece que nunca he comido cosas tan buenas como en Rusia. Mi madre hacía todo esto con la ayuda de una sola sirviente, y todavía le sobraba tiempo para cortar y coser nuestros vestidos que me parecían muy lindos. Sin duda la actividad y la alegría de mi madre hicieron mi infancia tan dichosa. Hubo probablemente también tristezas de las cuales no he conservado el recuerdo. Creo yo que las realidades penosas, a menos que sean abrumadoras también para el niño, tienen poco poder sobre su imaginación. Es muy natural que lo que toca a la vida lo sienta más próximo y más asequible que lo que toca a la muerte. Así recuerdo que todos los años, en verano, se hablaba del cólera, se tomaban algunas precauciones, por ejemplo no bebíamos más que té muy caliente y comíamos ajos. El cólera es endémico en Rusia, y se extiende a veces con espantosa rapidez. Pero estos recuerdos carecen de resonancia en mi sensibilidad, como cosa cuya realidad no me hubiera tocado verdaderamente, mientras que conservo todavía en mí, después de tanto tiempo, como la sensación misma del perfume exquisito de las manzanas de Crimea,

del gusto perfecto del vino de Pascuas y de todas mis alegrías infantiles.

Los trabajos terminaban el viernes al crepúsculo. Mi madre observaba los principales ritos judíos, mientras que mi padre se hacía rogar un poco.

El viernes por la tarde, desde que aparecía la primera estrella, se ponía mamá una mantilla de encaje en la cabeza, encendía las bujías, decía las oraciones sabáticas y desde aquel momento no debía ya encenderse otro fuego hasta la primera estrella del sábado a la noche.

El día del sábado no estaba permitido ningún trabajo servil; se recibían y se hacían visitas; se iba a la Sinagoga. Y cuando se paseaba la Thora en procesión, cubierta completamente de terciopelo bordado de oro y plata, se me permitía tocarla con la punta de los dedos, y me besaba en seguida los dedos.

En la fiesta de los Tabernáculos se cubría todo el suelo de casa de follaje y flores silvestres, la casa olía a hierba como una pradera al sol. Se plantaba también una tienda en el patio, para la comida, y se la adornaba con ramajes, hierbas y flores.

Pero la fiesta más impresionante era la de Pascuas. En las primeras vísperas se celebraba la comida litúrgica. Se ponía la mesa con mucho esmero, adornándola con todas las galas. Un mantel deslumbrador y candelabros de plata la alumbraban. Mi abuelo paterno presidía la comida, sentado en el lugar más alto, que realzaban más todavía los almohadones. Caía la noche, se merendaba con hierbas amargas y comenzaban las oraciones. Completamente penetrada del misterio de esta Pascua estaba yo encargada de hacer en hebreo las preguntas, a las cuales mi abuelo respondía con el desarrollo del relato bíblico y la explicación de los ritos de la noche pascual. Era aquél un largo discurso, en hebreo también, pero cuyo sentido nos habían explicado de antemano, al mismo tiempo que me hacían aprender mi parte en el dramático diálogo.

Todos los corazones estaban oprimidos por la grandeza de las promesas y de los favores divinos, por la patética historia de tantos siglos de sufrimientos que no habían extinguido la esperanza. Repercutía en mí oscuramente aquella inmensidad de dolorosos misterios sin darme yo cuenta, naturalmente, de su significado y de su contenido. Llegaba entonces el punto culminante de aquella noche sagrada: el paso del Angel (1). Se llenaban todas las copas de un vino rojo, dulce y fuerte, cuyo sabor como litúrgico no he vuelto nunca a encontrar a ningún vino, ni aun al de Francia. De la copa más grande, llena de aquel exquisito vino, debía probar el Angel de Dios que la referida noche visitaba las casas de los judíos. Se apagaban todas las luces y en el silencio denso de adoración y de temor se dejaba al Angel el tiempo de pasar. Después vuelta a encender las luces; se terminaba rápidamente la cena, y todos nos íbamos a descansar conscientes de haber participado en una gran acción.

De la Rusia ortodoxa sólo un pequeño número de imágenes conservo en mi memoria. Entre otras la de los inmensos Pas'ha, de aquellos panes cilíndricos muy altos, muy ligeros y de perfume exquisito que son los panes rusos de Pascua; la de los huevos duros maravillosamente coloreados; la de los *iconos* que ocupaban todos los rincones de la habitación de mi amiguita Titicheva, que era completamente rubia y rosada, y habitaba a mitad de la cuesta del mar en una casa oscura, rodeada de un gran parque que me daba un poco de miedo y donde esperaba yo ver surgir las brujas.

Nos deteníamos en casa de Titicheva durante la velada, los días en que mamá nos llevaba a la playa a mí y a mi hermana. Era aquella una gran playa de arena fina, en que se nos hundían los pies. Mamá nadaba y nos sostenía al nadar, tan pronto a mi hermana como a mí. Se iba ella des-

(1) Se trata probablemente del paso de Elías. Pero yo había comprendido sin duda que Elías era un ángel.

pués sola, muy lejos a mi parecer, y yo sentía miedo. Pero mamá no tardaba en volver con las manos llenas de un barro muy negro y brillante con el cual nos embadurnaba todo el cuerpo. Nos dejaba después revolcarnos en la arena y secarnos al sol antes de los últimos chapuzones.

En resumidas cuentas yo me sentía feliz de bañarme en el mar. Pero había un baño al cual tenía yo horror, y que tomamos una o dos veces. Me refiero al baño ruso. Todas las señoras y los niños se desnudaban en la misma pieza y después, sin ningún vestido, se entraba en la sala de baños, donde era preciso sentarse en el suelo mojado y resbaladizo. Cada bañista tenía junto a sí un cubo lleno de agua caliente; se jabonaba y se vertía encima aquella agua que corría por el suelo común.

Después, las personas refinadas pasaban a pequeños aposentos llenos de vapor, y se tendían unos instantes en camillas de madera. Salían de allí de color carmesí y maravillosamente contentas. En cuanto a mí, no hice más que entrever aquellas cámaras de vapor y creo que por nada del mundo hubiera entrado en ellas.

Proseguía yo mis estudios felizmente. Comencé a leer poemas de Lermontov, de Nekrassov, de Krilov —el La Fontaine ruso—. Aprendía yo también a leer el francés. Las profesoras me querían y me alababan ante los inspectores presentándome como su *oumnitsa* (2). Esto suscitaba envidias entre los parientes de los alumnos; se hablaba de ello extrañándose de que una niña judía fuese tan bien tratada, lo cual recordaba incesantemente a mis padres la precariedad de nuestra situación en Rusia. Tenía yo apenas diez años cuando tomaron la decisión de emigrar. Mi padre salió el primero. Era su intención ir a Nueva York. Pero un amigo que hizo en el camino le convenció de que debía establecerse en París. Uno o dos meses después de la partida de mi padre, se puso a su vez mamá

(2) Es decir, su niña inteligente y buena.

en camino con nosotros, con ánimo de reunirnos con él.

De todo esto, de la grave decisión de mis padres, de la turbación que debió producir en nuestra vida, de la partida de mi padre, de la separación que tanto hizo sufrir a mis padres, de nuestro viaje, en fin, conservo sólo un recuerdo confuso de gran fatiga, de angustia y melancolía. Flotan en mi recuerdo algunas raras imágenes: nos veo a mi hermana, a mamá y a mí al borde de un embarcadero, esperando el barco. Llega éste y mamá se niega a tomarlo. Tomamos el siguiente. Mamá me contó más tarde que un presentimiento le hizo rehusar el primer barco, y que en efecto la travesía de aquel barco no fué feliz. Nos veo yendo de oficina en oficina, para obtener los papeles que nos faltaban. Se nos hacía allí esperar interminablemente; me ha contado mamá, que nunca se le ocurrió poner un rublo en la mano entreabierta del empleado. Nos veo por fin en el tren que nos conduce de Berlín a París. ¡Qué largo, enojoso y fatigante es todo esto! Algunos viajeros se apiadan de aquella joven madre y nos ayudan de una u otra manera, porque con frecuencia tiene mamá aspecto de satisfacción y da las gracias. Yo siento todo esto, pero nada me permite figurarme cómo terminará nuestro viaje. Solamente sé que vamos al encuentro de papá, y ésta es la gran alegría que nos sostiene, esta esperanza es nuestra fuerza toda.

CAPÍTULO II

PARÍS

¡Oh ciudad querida cuyo nombre no puedo escribir sin nostalgia profunda, sin inmenso dolor; oh ciudad que quizá no vuelva yo a ver de nuevo, que quizá haya abandonado para siempre!

Tú que has alimentado mi alma de verdad y de belleza, tú que me has dado a Jacques, y a mi padrino León Bloy, y a tantos amigos preciosos que embellecieron los días de nuestra vida en tu recinto.

¡Oh ciudad de gran sufrimiento y de gran amor! ¿Quién podría hablar dignamente de la ofensa que se te ha inferido? Se precisaría un David y un Jeremías. Ciudad sin defensa cuando ha sido necesario defenderte con las armas de este mundo que no se supo preparar, pero ciudad imperecedera y poderosa por las obras con que has enriquecido la tierra, por los santos con que has poblado el cielo; ¡oh símbolo de belleza, oh memorial de cristiandad!

Ciudad de gran pecado también —pero, ¿quién está libre de pecado? Ciudad donde el bien tiene supremacía sobre el mal, y la verdad sobre el error; capital de la libertad.

Tú cuyo aire es tan ligero y cuyo cielo gris es tan dulce; tú cuyos monumentos armoniosos y delicados relatan con discreción tan pura una tan larga, y trágica, y maravillosa historia! ¡Oh ciudad de Santa Genoveva y de San Dionisio, ciudad de Psichari y de Péguy! Ciudad de Racine y de Pascal, de San Vicente de Paúl y de las Hermanas de la Caridad.

¡Ciudad de los poetas y de los pintores gloriosos! Ciudad

de Víctor Hugo y de Baudelaire. Ciudad de la Concordia y de los Campos Elíseos, ciudad en que Santo Tomás enseñó, ciudad en que San Luis reinó, ¡oh ciudad de Notre Dame!

Joya muy preciosa de la belleza del mundo, ¿de qué rey, de qué pueblo rescatado adornarás tú la corona? Que sean el rey de paz y de justicia y el pueblo de humanidad y de sabiduría. Y que pronto Dios te releve de tu grandísima humillación.

¿Cuándo comencé yo a amar a París? No sabría decirlo; eso se hizo poco a poco. Una persona mayor necesita mucho tiempo para comprender el alma y el lenguaje de una ciudad, y, con mayor razón todavía una niña que viene de tan lejos por su raza y por el lugar de su nacimiento.

Mi primera impresión fué de tristeza. Llegamos una mañana de niebla y de lluvia; bajamos en la estación del Norte; de allí a la calle des Francs-Bourgeois donde habíamos de habitar durante algunos días, atravesamos barrios populosos y sin gracia. Mi padre nos esperaba, nos habíamos reunido de nuevo y sentíamos toda la gravedad del momento en que una nueva vida comenzaba para nosotros.

Pero comenzaba severamente. En la calle des Francs-Bourgeois sólo contábamos para alojarnos con dos habitaciones en una casa bastante sombría, y que me pareció muy fea; no era aquélla nuestra espaciosa casa de Marioupol, no había patio a disposición de los niños, ni flores, ni cochera llena de coches de toda especie, de landós y de trineos de formas graciosas, como la cochera de nuestros vecinos, en que nos gustaba jugar. No, nada más que habitaciones tristes, una casa gris, una calle estrecha.

Pronto dejamos aquella calle para trasladarnos a lo alto de la calle de Montreuil, más próxima a la periferia de la ciudad y por consiguiente más aireada. Nuestro alojamiento era también un poco mayor. Casi no me acuerdo nada de los dos o tres meses que pasaron desde nuestra llegada a París hasta el día primero de octubre, día de la inaugura-

ción del curso. Mis padres, que no sabían una palabra de francés a la salida de Rusia, llegaron milagrosamente a arreglárselas; no he podido yo comprender nunca cómo en aquella época pudieron hacer que nada de lo necesario para la vida cotidiana nos faltara. Vivíamos en paz, Véra y yo, junto a nuestros buenos padres sin sospechar todavía las dificultades que nos esperaban. Dimos de nuevo con ellas el día de nuestra entrada en la escuela municipal del "Passage de la Bonne-Graine".

"Passage de la Bonne-Graine"

Era aquella una pequeñísima escuela de cuatro clases solamente, para niñas de seis a doce años. Cuando nuestro padre que nos había llevado nos dejó en el patio de recreo, nos encontramos de repente muy solas y muy medrosas; en aquel momento sentí yo por primera vez que era una extranjera, en un país extraño. Sin embargo, las profesoras nos miraban con gentileza y compasión. Nuestras pequeñas compañeras se amontonaban en derredor de nosotras, prodigiosamente extrañadas ante aquellas "rusas" —¡cómo se podría ser rusa!— que ni siquiera sabían hablar la sencilla lengua francesa, ¡ni aun como las más pequeñas de sus compañeras!

Nos separaron a las dos hermanas, acreciéndose con ello nuestra pena. Pusieron a mi hermana en la cuarta clase donde con toda naturalidad aprendió a leer el francés, al mismo tiempo que sus pequeñas camaradas. Pero yo, por ser de más edad y saber ya un poco de francés, fuí llevada a la segunda clase. Tenía yo diez años y comenzaba de nuevo la vida por decirlo así. ¡Qué lejos estaban los felices años, los tres años de mis estudios en el liceo de Marioupol! ¿Dónde estaban aquellas clases altas y resplandecientes de limpieza, aquellas grandes salas de recreo y de danza de suelos brillantes como espejos, aquellas bellas profesoras elegantes y modestas vestidas como religiosas? ¡Qué lejos es-

taba todo aquello! Todo me parecía a mí, pequeña extranjera, completamente extraño, la exigua escuela, las profesoras con aspecto de madres de familia, las alumnas sin uniforme, con sus variados vestidos y sus feos delantales. Experimentaba yo una sensación de decaimiento, pero esta sensación no duró. Pronto llegó a gustarme mi escuela tanto como me había gustado mi liceo. La sencillez, la bondad de las profesoras, la gentileza de las niñas que me adoptaron y me dieron, según creo, una especie de trato de favor, tuvieron la ventaja de tranquilizarme y de librarme de toda timidez. Aquello fué para mí una gran ayuda, sobre todo durante los quince primeros días de trágica prueba. Me aplicaba con todas mis fuerzas para seguir las lecciones, pero no conseguía llegar a iluminar las tinieblas del lenguaje desconocido. Al finalizar la quincena, la profesora, misericordiosamente, no me puso ninguna nota en el cuaderno.

Sin embargo, en aquellas tinieblas había de realizarse un trabajo profundo. ¡Misterio del conocimiento! ¿Cómo, pues, se establece el contacto entre lo conocido y lo desconocido? ¿En qué regiones profundas habitan las identidades del lenguaje? ¿Cómo aprende una niña un lenguaje extranjero? Mi experiencia personal me lleva a creer que no ocurre esto solamente merced a la asociación de un conocimiento particular a otro conocimiento particular; no es éste solamente un problema de vocabulario y de memoria; la inteligencia no realiza un trabajo de marquetería (así es, ay, como se aprende hoy el inglés), no, la inteligencia recibe comunicación de una forma específica en la cual se hallan encerradas todas las particularidades de la lengua como todas las de un roble en la bellota. A partir de aquí no se encuentra uno ya, hablando propiamente, ante una lengua extranjera, aprende "su propia lengua" cuyo don ha recibido como un don poético.

Todo ocurrió para mí como si aquellos quince días de atención intensa me hubieran hecho entrar en las fuentes

secretas de la lengua francesa, me hubieran dado la intuición de su genio formador. Porque, a partir de entonces, tuve el mismo sentimiento de familiaridad respecto a las palabras nuevas y las reglas gramaticales que entraban en mi conocimiento, que las pequeñas francesas a quienes nunca una expresión del lenguaje francés, o una particularidad de su estructura ha debido parecer extraña o extranjera.

Súbitamente, pues, el velo se rasgó. Desde la segunda quincena disponía yo de conocimientos suficientes para comprender las lecciones, para escribir los temas, incluso para tener éxito en una pequeña disertación francesa —y ser clasificada la segunda—. No relato por vanidad estos recuerdos de escuela; toda la seriedad y toda la atención de mi alma de niña estaban comprometidas en aquel primer combate para superar las dificultades de la vida. En la quincena siguiente fuí la primera, después la tercera, después la primera de nuevo, y permanecí así siempre a la cabeza de mi clase. Era que, una vez en posesión del pequeño vocabulario de la infancia, tenía yo sobre mis compañeras la ventaja de los estudios en Rusia, de nivel más elevado que el de la escuela municipal. Tenía quizá también para sostener mis esfuerzos y mi celo el sentimiento de un deber particular: sabía que mis padres habían salido de Rusia, padeciendo las penas del exilio, la pobreza, la separación de los seres queridos que dejaron allá (y que ya jamás habrían de volver a ver); todo esto por mi hermana y por mí, para asegurar el porvenir de nuestros estudios, y las condiciones de una vida digna y libre, al abrigo de vejaciones antisemitas. Nada les pareció nunca difícil ni demasiado duro con tal de que me permitiera estudiar a mi gusto. Comprendieron, antes que yo pudiera advertirlo, que aquélla sería mi vida, la felicidad de mi vida.

Me di cuenta bastante pronto que tenía padres que no eran como los de mis compañeras. Todas ellas habrían de aprender un oficio. Lo sabían, sus padres se lo repetían,

que no podrían estar mucho tiempo siendo una carga para ellos. Esto me parecía extraño, porque, a pesar de la pobreza que sucedió al bienestar de que gozaban en Rusia, mis padres nunca me hablaban más que de mis estudios, de la manera de orientarlos, de la universidad en que habría yo de entrar. Por eso se unió muy pronto una viva gratitud a mis sentimientos instintivos de lealtad hacia ellos. Me he esforzado en no defraudarles, y me sentía, por ser la primogénita, como cargada en cierto modo de las responsabilidades de la familia.

Una vez franqueados los primeros obstáculos, avanzamos dulcemente en nuestros estudios, como nuestras pequeñas compañeras francesas. Me habituaba yo a las costumbres escolares nuevas para mí. En Rusia no existían, según creo yo, otros medios de emulación, otras sanciones, que las notas trimestrales, y al finalizar el año un diploma de estudios que llevaba mención más o menos honorable y halagadora. Aquí se daban todos los días "buenos puntos" y "malos puntos". A fin de semana había distribución de "cruces" más o menos grandes, más o menos bellas, según el número de "buenos puntos" que se habían obtenido. Y aquellas cruces se llevaban después toda la semana colgadas del delantal o del vestido, tanto en la escuela como fuera de ella. Cada quince días se sometía un cuaderno de notas a la firma de los padres, mencionándose la categoría del alumno en la clase. Cada tres meses había una distribución de "recompensas". Tratábase sin duda de cosas humildes sin mucho valor, pero, envueltas para nosotras en intensa poesía: cajas de labor, lanas y sedas para bordar, papel de cartas en pequeños pupitres de cartón, lápices de colores, y pasteles... Todo aquello parecía bueno y raro, y precioso en nuestra simplicidad, en nuestra pobreza.

En el mes de julio en fin, para coronar el año escolar, tenía lugar la solemne "distribución de premios". Las niñas se presentaban adornadas como ángeles, con el cabello rizado por el suplicio de una noche pasada con los rizadores. Sobre

aquellos hermosos cabellos las graves personas encargadas de dar los premios colocaban diademas de rosas blancas o coronas de laureles de oro y de plata. Cada materia del programa tenía su "premio": premio de ortografía, de recitación, de cálculo, de historia, de gimnasia, de dibujo... Por encima de todos reinaba el premio de Honor y el premio de Excelencia. Consistían en hermosos libros, encuadernados con piel roja, o verde o azul, y de cantos dorados. El premio de Excelencia era de tamaño excepcional; apenas podía llevarlo una niña de doce años.

Una particularidad de aquella escuela era el premio de "buena camaradería". Era concedido por las alumnas mismas, en votación. Consistía en una medalla de la ciudad de París, que llevaba grabado el nombre y apellido de la "buena camarada" elegida. Recuerdo con emoción la gentileza de mis compañeras para mí, aun cuando yo en mi gravedad infantil me hubiera mostrado con frecuencia ridículamente rigurosa. Cuando la profesora tenía que ausentarse —nunca por mucho tiempo— me encargaba de la vigilancia de la clase, y marcaba yo en la pizarra el nombre de las "disipadas" y el de las "formales", con rigor inflexible. En cierta ocasión, apenas se ausentó la profesora, todas las niñas se pusieron a gritar como locas, a disputar y a reñir como diablos. Habiéndoles yo suplicado en vano que se callasen y trabajaran, llena de indignación y desesperación, fuí a la pizarra, y tomando la tiza como si fuera la espada de la justicia inscribí intrépidamente los nombres de todas las alumnas en la columna de las "disipadas", y el mío sólo en la columna de las "formales". La profesora que surgió de repente en la clase alborotada, quedó sorprendida y me preguntó qué había pasado. Respondí que todas ellas eran disipadas y yo sola formal. Toda la clase, excepto yo, fué castigada. Pero las niñas no me odiaron por ello. Decían: "Raïssa es justa", y entendían que a pesar de todo era yo "buena camarada".

Hallazgo de la poesía

Después de pasar dos años en el "Passage de la Bonne-Graine" fuimos admitidas en una escuela más importante donde, en los cursos complementarios se hacía la preparación para los títulos de enseñanza.

Fué allí donde entre los trece y los quince años, bajo la dirección de dos excelentes profesoras —recuerdo sus nombres, la señorita Dickschen y la señorita Diguet—, conocí la literatura clásica francesa. Aquellas dos maduras señoritas me recordaban por su aspecto y su distinción a las profesoras del liceo ruso. Admiraba yo sus bellas manos blancas cuando se quitaban los guantes que usaban fuera para ponerse inmediatamente los que llevaban durante todo el día en la escuela. No puedo olvidar su bondad, su interés por las alumnas, la calidad que debía ser excepcional de su enseñanza.

Entraba yo en el círculo de las personas mayores. Leía a Racine y a Corneille. Este me exaltaba. Pero Racine me traía algo completamente nuevo: la armonía y la música de las palabras sometidas a las reglas misteriosas de la rima y del ritmo —el valor de las palabras en sí mismas, no ya como signos de la realidad, sino como objetos que tienen su forma propia, su música y su magia—, en fin, ¡la Poesía!

Los poemas rusos, aprendidos por mí a la edad de nueve y diez años, no me habían hecho semejante revelación; aparte de su cadencia rimada eran para mí relatos lo mismo que los demás. No estaba la falta ciertamente en los poetas rusos que tanto me han gustado más tarde, sino en mi alma de niña no preparada para entenderlos.

La historia de los héroes racinianos, la tragedia misma, me conmovía mucho menos que su lenguaje perfecto, la medida justa, el desarrollo sin hiato de su discurso. Era aquello para mí un canto continuo, profundo, conmovedor como el despertar de un mundo, como el nacer de un alma. Se engrandecía con ello mi alma, adquiría mayor profun-

didad, salía de la infancia, comenzaba a subir los peldaños de los sentimientos. Conducida por la dulce mano de la poesía raciniana entraba yo en una especie de crepúsculo melancólico del cual se desprendía poco a poco el universo humano con su maravillosa complejidad, sus interrogaciones inmensas y sus innumerables respuestas. En aquella época —debía yo tener algo más de trece años—, me hizo mi padre un regio presente: me compró las obras completas de Víctor Hugo. Diez o doce grandes volúmenes encuadernados de rojo. ¡Qué tesoro incomparable y qué descubrimiento en el seno mismo de la poesía el de aquellos poemas brillantes como los soles del fuego de sus imágenes sin número! ¡Cuántas palabras nuevas, y cuánta variedad de formas poéticas! Me hacía Víctor Hugo el efecto de un dios del Olimpo. Tan lejos estaba yo de considerarlo como un ser de nuestra especie que cuando mucho más tarde su bisnieto el pintor Juan Víctor Hugo entró en el círculo de nuestros conocimientos y llegó a ser nuestro amigo, parecióme aquello tan poco verosímil y tan maravilloso como ver entrar en la vida real a un personaje de Blanca Nieves, o de la Bella Durmiente del Bosque.

Racine me conmovía más profundamente, pero Víctor Hugo me asombraba más. Avancé con él en el conocimiento de la humanidad al leer *Los miserables*, mi primera novela. Esta lectura me apasionó; me ponía en comunicación profunda con los seres creados por un poeta.

Semejante contacto con la poesía y las obras de imaginación me hizo muy pronto tener por demasiado "cotidiana", hablando como Laforgue, nuestra vida de todos los días. Y, fenómeno completamente nuevo para mí, comencé a aburrirme.

Todas las mañanas, al despertarme, me encontraba muy desdichada, y suspiraba ante la idea de que era preciso emprender de nuevo la rutina escolar como la víspera. Aquel fastidio era vital y profundo y duró varios años. Procedía, según creo, de la abundancia de los conocimientos nuevos

referentes a la vida humana que se me había dado en poco tiempo. Tales riquezas presionaban mi corazón, demasiado pueril todavía, demasiado pequeño para contenerlas o para responder a ellas. Pero allí estaban y me abrumaban y me decoloraban la vida de niña.

Muy pronto se precisó otra causa de malestar moral: hacia la edad de catorce años comencé a plantearme problemas respecto a Dios. Ahora que sabía yo hasta qué punto (lo entreveía por lo menos) pueden los hombres ser desdichados o malos, me preguntaba si verdaderamente Dios existía. Recuerdo muy claramente que razonaba así: si existe Dios, es también infinitamente bueno y omnipotente. Pero si es bueno, ¿cómo permite el sufrimiento?, y, si es omnipotente, ¿cómo tolera a los malos? No es, pues, ni omnipotente ni infinitamente bueno, y, por consiguiente, no existe.

Esta conclusión que habría más tarde de desesperarme, permanecía todavía en la región de las ideas propuestas más bien que afirmadas. Idea aflictiva, pero que yo no aceptaba verdaderamente. Me reservaba instintivamente, me preservaba de la desesperación. Yo esperaba; esperaba en la solución de la ciencia, de aquella ciencia que se me había prometido, de aquellos sabios que serían mis maestros, un poco más tarde. Y continuaba orando en secreto mañana y tarde, a aquel Dios que se borraba de mi espíritu, pero que mi corazón no quería abandonar.

Era un gran drama el que comenzaba para mí, y en aquel drama me encontraba sola. Mis padres no me sirvieron de ayuda. Habían abandonado casi todas las prácticas religiosas, y la influencia de mis abuelos estaba lejos. Sin embargo, conservaban ellos su fe en Dios; y no creían que su hija pudiera verdaderamente perderla; vivían en esta seguridad.

En la escuela no encontraba yo tampoco ninguna enseñanza religiosa. Todas las niñas hacían la primera comunión. En ese día venían graves y vestidas completamente de blanco a distribuir imágenes piadosas a sus compañeras. Y tanto

las profesoras como las alumnas las acogían con alegría, las abrazaban y les felicitaban. Pero yo no veía en ello más que un asunto de rito y de uso; no tenía la más ligera idea del sacramento, y nadie pensaba en hablarme de él, en la persuasión sin duda de que me encontraba ya instruída de tales cosas como las demás niñas de mi edad. Desdeñaba yo las imágenes piadosas cuyo sentido no comprendía, y permanecía en mi ignorancia total del cristianismo. Sin embargo, yo había leído *Polyeucte*, había dicho y repetido muchas veces las célebres *Estancias*, y me habían gustado más que todas las otras obras de Corneille. ¿Cómo no había sido un poco más instruída sobre el particular? Es probable que todo aquello hubiera quedado para mí en la región de las bellas "historias" cuyo secreto tienen los grandes escritores, y cuya conexión con la verdad y la vida no veía yo.

Con mis compañeras de clase no tenía más que relaciones de camaradería. Véra y yo no éramos amigas más que de una sola de aquellas niñas, pero nuestra amistad era tan real que persistió a través de los años. Esa niña se llamaba Jeanne Bouvray. Fina y sensible sufría mucho por razón del carácter duro y autoritario de su madre. Por eso todos los días al salir de clase la llevábamos a nuestra casa para la merienda. Hablábamos con ella de los acontecimientos de la escuela y de nuestro trabajo; me confiaba ella sus penas de niña; yo nunca me confié a ella, permanecía sola con mis tormentos. No sé si era aquello reserva u orgullo, pero en el fondo he pensado siempre que nadie en el mundo es realmente digno de la confidencia de nadie.

Jeanne Bouvray es la tercera y la última de las amigas de mi infancia. La primera y la más querida era Clara Bestchinska, la amiga de mis dos años. La segunda era Titicheva, pequeña rusa típica cuyo semblante recuerdo, pero cuyo nombre he olvidado.

Mi querida Jeanne Bouvray, ¿se encontrará a la hora en que escribo estas líneas en París, o en territorio no ocupado?

Debe estar en algún lugar de Francia y nada sé de ella, ni de su marido, ni de sus hijos, ni de la medida de su sufrimiento.

Después de las obras completas de Victor Hugo, mi padre, que trataba siempre de darnos un poco de alegría, compró un piano. Acabábamos de mudarnos y vivíamos en un departamento bastante espacioso para poder tenerlo. Hacía algún tiempo ya que iba yo con mi hermanita a estudiar música a casa de los amigos de mis padres, pero aquello no nos permitía una práctica suficiente. Por eso la adquisición de un piano fué celebrada en nuestra casa como algo necesario y como un gran acontecimiento.

Puede deducirse de esto que teníamos que disfrutar de cierta prosperidad. Mi padre había hecho amigos en la colonia rusa; y había logrado reconstituir un pequeño taller. Y desde que tuvo un poco de dinero recobró sus hábitos de generosidad y de imprevisión absoluta que convertían nuestra vida en una mezcla de mucha dulzura y muchas angustias.

Inmediatamente regaló joyas a mamá, porque se consideraba feliz viéndola bonita y alhajada. Y mamá también empezó a hacernos bonitos vestidos. Después me compró libros, lo cual me hacía feliz. Luego amuebló nuestro nuevo departamento, cuyo único lujo era, a decir verdad, el piano. Se puso inmediatamente a dar dinero a sus clientes, pobres estudiantes rusos, y después tuvo él que pedir prestado para tapar los agujeros que aquello producía en su presupuesto.

Nos vimos con frecuencia al borde de la catástrofe. Pasábamos por las más tristes inquietudes; pero a fin de mes todo se enderezaba como por magia. ¡Cruel magia! ¡Qué de carreras, qué de gestiones era preciso realizar! Nuestro padre se agotaba por tal causa. Pero apenas fuera del apuro se creía de nuevo rico, compraba joyas a su mujer, acudía en ayuda de sus clientes, incapaz como era de rehusar

nada a quien estaba, o parecía estar, más pobre que él —y todo comenzaba de nuevo—. Supe yo de esta manera las fuerzas que es preciso derrochar para la adquisición de un poco de dinero, los sufrimientos que puede representar la carencia de un poco de dinero. Y cuando algunos años más tarde vi a León Bloy en lucha con la pobreza y la miseria, me fué fácil compadecerlo y comprender su situación. Esto me valió el alto privilegio de ser acogida y considerada por él como una más de su doloroso mundo, del mundo de quienes no miran desde fuera la pobreza.

El piano proporcionó una poderosa diversión a mi naciente melancolía y a mis preocupaciones religiosas. Llegó a ser el cálido hogar de la casa. Fuí yo presa de una sed insaciable de música e hice pronto bastantes progresos para que mi profesor me aconsejara dejar los estudios y dedicarme completamente a la música. Mis padres no se hubieran opuesto a ello. Fué aquella una tentación para mí, pero que no duró. El deseo que yo tenía de conocimientos triunfó de dicha tentación. Tenía yo el sentimiento inefable de que la música no me abandonaría jamás y en cierto modo ha sido así, pues la he tenido siempre como una compañera, siempre dispuesta a proporcionarme la alegría, a hacerme entrar en el secreto de ese lenguaje sin palabras que por la simple proporción del elemento sonoro consigue dar tan alto placer, contar tantas cosas, persuadir, conmover, emocionar, deslumbrar y turbar el corazón. Pero ante todo me era preciso asegurar lo esencial: la posesión de la verdad respecto a Dios, a mí misma, al mundo. Era ésta, yo lo sabía, la base necesaria de mi vida; no podía yo renunciar a descubrirla sin que me fallara el suelo bajo los pies. Aquél era mi instinto profundo. Necesitaba yo prepararme con un trabajo asiduo a recibir los difíciles secretos del espíritu. Todo lo demás, pensaba, vendrá después, a su debido tiempo —la música, la dulzura del mundo, la felicidad de la vida.

No sabía yo entonces lo considerable de la labor que exigía la música, ignoraba que nunca encontraría ya tiempo suficiente para semejante labor.

Y mi infancia no sabía tampoco exactamente qué era lo que renunciaba, porque ignoraba yo entonces la mayor parte de las obras musicales —nunca íbamos a un concierto en aquellos tiempos de mis catorce años—. No conocía yo todavía más que algunas sonatinas y sonatas de Kuhlau, de Mozart y de Beethoven que estudiaba. Esto bastaba para crear el problema, pero no para tentarme más allá de mis fuerzas.

Como no tenía deseo de volver a clase se decidió que prepararía los exámenes en casa con la ayuda de un profesor.

A los quince años, una vez que obtuve el título, dejé la escuela donde ya nada tenía que hacer. Era preciso entonces pensar en el bachillerato.

Cambiamos una vez más de habitación, y de la orilla derecha pasamos a la orilla izquierda, para acercarnos al barrio latino y a la colonia rusa en donde mis padres tenían casi todos sus conocidos y sus amigos.

Allí, mis padres, mi hermana y yo tuvimos la alegría de recibir nuestras cartas de naturalización francesa. No me sentí ya jamás extranjera en Francia, y me uní a este país como a una patria de elección, la más bella que uno puede tener en el mundo.

Mi hermana, cuya salud era excesivamente delicada para permitirle estudios continuados, no volvió ya a clase. Liberada de la escuela, volví al trabajo con nuevo ardor. Preparé sola el programa de la primera parte del bachillerato, a excepción de la literatura en que recibí lecciones de un joven estudiante de derecho llamado Cazeneuve.

Me presenté a examen con dispensa de edad, y mi profesor, entusiasmado con mi éxito, me hizo una declaración —la primera que yo recibía—, y me pidió en matrimonio.

Me sentí sorprendida y trastornada, y rehusé la mano de

mi profesor. Me invadió el sentimiento de una gran responsabilidad y me sentí súbitamente desposeída de la amplia seguridad de mi infancia. Pero, dedicada a mis estudios, olvidé pronto aquel incidente.

En el mismo año se inauguró para mí el período de las grandes lecturas —y de las grandes discusiones—; trabé conocimiento con los autores del siglo XIX, franceses y rusos. Frecuentaba el trato en casa de mis padres de muchos rusos refugiados políticos o simplemente estudiantes. Venían por la noche y las veladas se prolongaban hasta muy tarde, siendo debatidos con apasionamiento los problemas sociales y religiosos. Toda aquella juventud hacía el proceso de Dios y del mundo.

Sus argumentos no eran de un alto nivel filosófico, así lo comprendí más tarde. Su filosofía era simplista. Y tengo que decir que ni aun en los grandes revolucionarios rusos se ha profundizado con los años. Todos ellos han continuado fieles a Darwin y a Herbert Spencer, y no han tomado de la filosofía alemana sino lo que pudiera servir para apuntalar su marxismo. Eran generosos y tenían una pasión comunicativa de la justicia, pero el ateísmo era su dogma fundamental, y como el corazón de su corazón. Este rasgo me había impresionado fuertemente y varios años después, cuando estalló la revolución de octubre de 1917 tuve inmediatamente el sentimiento de su excepcional gravedad. Y en el momento en que un avisado observador como Jacques Bainville escribía: "ésta no es más que una revolución de palacio", mantenía yo ante mi marido y ante nuestros amigos que, por causa de su ateísmo fanático, los revolucionarios rusos irían lo más lejos posible, hasta el derrumbamiento radical de las estructuras de la vida humana. Para persuadirse de ello bastaba con haberlos conocido un poco.

De aquellos que venían entonces a casa no recuerdo ningún nombre. Eran todos ellos de más edad que yo, frecuentaban la Sorbona o la Facultad de Medicina, y por

ello me imponían. Me inclinaba cada vez más a creerles, y de día en día aumentaba mi tristeza y mi fastidio de vivir, que ni el trabajo ni ninguna distracción lograban superar.

Mi hermana y yo comenzamos a frecuentar los Conciertos Colonne y los Conciertos Lamoureux. Me había yo puesto a descifrar mucha música de piano y de canto. Con bastante frecuencia también nos llevaban nuestros padres a las veladas organizadas por la colonia rusa, donde, después de una parte musical o literaria, se bailaba hasta la mañana. Conservábamos siempre en nuestro atavío una cándida sencillez. Nada de vestidos de baile. Llevaba yo siempre mi más bonito vestido de tarde, cualesquiera que fuese. En una ocasión era este vestido de paño guarnecido de terciopelo, de cuello alto y mangas largas. Bailé más que nunca; pero tuve tanto calor que no se me olvidará en mi vida.

Nada conseguía, sin embargo, colmar el vacío creciente de mi corazón. Me encontraba siempre en espera de un gran acontecimiento, de una perfecta plenitud. Residía todavía la esperanza en mi corazón; pero su llama era vacilante.

Hallazgo de la filosofía

La filosofía vino a mí primeramente con los rasgos notables del doctor Charles Rappoport, a quien mis padres habían pedido que me preparase para el segundo examen del bachillerato, el examen de filosofía.

El doctor Rappoport, de nariz roma, larga barba roja y enmarañada, que le cubría todo el semblante, era conocido entonces como teórico marxista y colaborador de Jaurès. Pero no era esto lo que me interesaba. Para mí el doctor Rappoport planeaba en el cielo metafísico del tercer grado de abstracción.

Desde las primeras lecciones sentí las disposiciones religiosas de mi infancia con respecto a la verdad que deseaba

afluyera de nuevo a mí. Recuerdo que mi profesor me preguntó entonces qué era lo primero que quería yo saber. —"¡Saber lo que es!", le contesté con ímpetu, y sin reflexionar. Pensó él que yo tenía "espíritu filosófico", y esto me animó mucho. Fué muy bueno y muy paciente conmigo, no despreció mi ignorancia.

Quiero hacer constar aquí mi modesto testimonio. Era un hombre muy bueno y de gran desinterés. Estaba perfectamente convencido de la verdad del marxismo y creía en el advenimiento de una era de libertad y de felicidad universal. Más tarde se adhirió al comunismo, pero cuando se dió cuenta de la verdadera naturaleza del totalitarismo soviético no vaciló en romper con él, antes de los famosos "procesos de Moscú", en que la mayor parte de los grandes autores de la Revolución de 1917 parecieron buscar, con increíbles confesiones, un veredicto de muerte.

Durante un año completo el doctor Charles Rappoport me dió un curso de historia de la filosofía. El era kantiano, pero nada hizo para que prefiriera yo el kantismo a los demás sistemas. Por mi parte, no sentía yo ninguna prisa para llegar a conclusiones, para escoger. Todavía entonces esperaba, me reservaba. Experimentaba una alegría inmensa al ver que otros habían buscado la verdad, sin vacilar en consagrar su vida a dicha busca. ¡Qué de tesoros se habían revelado a la actividad de la inteligencia humana! Pensaba yo que en ellos encontraría un día el mío —una verdad absoluta, una verdad inquebrantable—, conocería el sentido de la vida y la verdad sobre Dios. Pero pensaba yo también que ninguna certeza de aquel orden podría lograrse sin el concurso y sin la aprobación de la ciencia.

De esto puede deducirse que mi profesor omitió hablarme de la jerarquía de los conocimientos. En mis "grados de saber" colocaba yo en lo alto una Ciencia física dominadora, que pesaba y medía todas las cosas, y daba la clave de todos los enigmas del universo.

Filosofía y religión, conducción de la vida privada, es-

tructura de las sociedades, creía yo que todo dependía de los descubrimientos de las ciencias naturales y físicas.

Esta persuasión se la debía al ambiente intelectual en que vivía. Todos aquellos estudiantes y aquellos doctores que frecuentaban nuestra casa pensaban así. Eran cientifistas, deterministas, positivistas, materialistas, y yo lo era con ellos. O más bien, con este sentimiento de espera que nunca me abandonaba, y que me hacía todas las cosas provisionales, les creía, sin dar todavía adhesión reflexiva a sus tesis.

CAPÍTULO III

LA SORBONA

Adolescencia

¡Diecisiete años! Nada más que diecisiete años, y ya elevan su voz las más profundas exigencias del alma y del espíritu. Toda una vida ha quedado ya vivida, la de la infancia, la de la confianza ilimitada. Llega la adolescencia con su virtud propia que es una total exigencia. En verdad la adolescencia se enfrenta con el universo y lo emplaza a que comparezca para rendir cuentas, para explicarse, para justificarse, porque la adolescencia acusa a la vida, hace cara a sus maestros, con clara mirada, espíritu ardiente y manos ampliamente abiertas, vacías todavía de todo fruto de ciencia y de discreción, pero puras lo mismo que su mirada.

Si los maestros se acordaran un poco del alma de su juventud, temblarían ante la ingenuidad que llega a ellos con la confianza todavía del niño, pero con los derechos también de un justo juez. Pero los maestros de aquel tiempo, por buenos, abnegados y competentes que fuesen, parecían haberlo olvidado todo, ellos mismos andaban hacía largo tiempo extraviados. De generación en generación se habían alejado cada vez más de las grandes exigencias del espíritu humano. El desarrollo deslumbrador de las ciencias de la naturaleza física y las esperanzas infinitas que esas ciencias al desarrollarse habían despertado hicieron menospreciar las disciplinas de la sabiduría. De aquella sabiduría a que aspiramos, sin embargo, antes y después y

por encima de todo conocimiento de las ciencias particulares.

Los maestros, cuya responsabilidad respecto de numerosas generaciones de estudiantes evoco yo aquí, no eran tanto los sabios como los filósofos, y entre los sabios solamente en aquellos que rebasando los límites de su ciencia y de su competencia, profesaban más o menos conscientemente una metafísica informe y simplista, es donde yo encontraba, y esta vez afirmados por los maestros mismos, el empirismo ingenuo, el mecanicismo y el materialismo que vi antes profesados por algunos de sus discípulos.

Esta es la Sorbona en los comienzos de nuestro siglo, en los años que precedieron a la guerra de 1914. Esta es la Sorbona que yo conocí. Ningún vestigio, ningún recuerdo de sus maestros de la Edad Media ha conservado. Sus vastos anfiteatros, su magnífica biblioteca están decorados con pinturas modernas casi todas ennegrecidas y desabridas hoy. Pero yo ignoro la Edad Media, no miro a los frescos verdaderos o adheridos a la pared. Como el gato de que habla Kipling, "que pasea completamente solo", yo voy completamente sola a través de los patios y corredores llenos de juventud ruidosa y charlatana. Completamente sola, sin conocer a nadie. A nadie hablo; no trato de conocer a nadie tampoco. Me relaciono solamente con estos maestros que, sin que yo les interrogue, van ciertamente a responder a todas mis preguntas, van a darme una visión ordenada del universo, a poner todas las cosas en su verdadero lugar, después de lo cual sabré yo también cuál es mi lugar en este mundo y si puedo o no aceptar la vida que no he escogido y que me pesa ya.

Lo que me mueve en este momento no es la curiosidad, no tengo avidez por saber nada, mucho menos por saberlo todo; no me desconciertan "los descubrimientos de la ciencia", me dejan por el momento bastante indiferente, como algo de gran excelencia pero que no me atañe inmediatamente. No, yo sólo busco verdaderamente aquello de que

tengo necesidad para justificar la existencia, lo que me parece necesario para que la vida no sea una cosa absurda y cruel. Tengo necesidad de la alegría de la inteligencia, de la luz de la certidumbre, de una regla de vida fundada en una verdad sin defecto. Con tales disposiciones, debería yo, evidentemente, haberme dirigido en primer lugar a los filósofos. Pero nadie me lo había aconsejado. Y creía yo todavía que las ciencias de la naturaleza eran la clave de todo conocimiento.

Me matriculo en la facultad de Ciencias. Sigo los cursos de Bonnier, de Matruchot, de Haug, de Gentil, de Dastre y de Lapicque, y además de Giard y de Le Dantec. Estudio la botánica, la geología, la fisiología, la embriología. Naturalmente ninguno de mis "problemas" es tratado por los sabios eminentes que nos enseñan la estructura del universo físico. Son ellos admirables observadores a quienes gusta este tranquilo estudio de la naturaleza. En cuanto a mí querría yo conocer esta misma naturaleza de otra manera, en sus causas, en su esencia, en su fin. Un día me decido a decírselo al profesor Lapicque y me contesta indignado: "¡Pero eso es pura mística!" Fórmula de escándalo cara a los despreciadores de la metafísica, y oída después tantas veces en la Sorbona, donde servía para condenar toda actividad de la inteligencia que tratara de elevarse por encima de la simple comprobación empírica de los "hechos". En cuanto a mí, la primera herida, el primer atentado en mi espíritu a la confianza que tenía yo en mis maestros.

El mayor de mis amigos

Un día en que, invadida por la melancolía, salía yo de un curso de Matruchot, profesor de fisiología vegetal, vi venir a mí a un muchacho de dulce semblante, abundantes cabellos rubios, barba ligera y un poco echado hacia adelante. Se presentó, me dijo que estaba formando un comité de estudiantes para suscitar un movimiento de protesta en-

tre los escritores y los universitarios franceses, contra los malos tratos de que eran víctimas en su país los estudiantes socialistas rusos. (Hubo en aquella época en Rusia motines universitarios reprimidos severamente por la policía zarista.) Me pidió mi nombre para aquel comité. Este fué mi primer encuentro con Jacques Maritain.

La actividad de aquel comité consistía en solicitar la firma de los representantes de la inteligencia francesa para una carta de protesta que Jacques había de remitir y que remitió en efecto a la embajada de Rusia. Por tal razón visité yo con él a muchas celebridades cuyo nombre he olvidado ya, no porque no sigan siendo célebres, sino porque no sé ya a cuáles me envió entonces el comité. Obtuvimos un gran número de firmas y de cartas. El precioso legajo de aquellos autógrafos ha desaparecido.

Pronto nos hicimos inseparables. Jacques era ya licenciado en filosofía, pero preparaba también la licenciatura de ciencias, y frecuentaba los mismos cursos que yo.

Después de las clases me acompañaba a casa; a veces se reunían con nosotros otros camaradas, pero lo más frecuente era que fuésemos solos. Teníamos que andar un largo camino. Nuestras charlas eran interminables. Descuidaba él la hora de la comida en su casa, lo que enojaba a su madre y molestaba mucho a la cocinera, tanto más cuanto que en aquella época, se le había puesto en la cabeza, por tolstoismo, el servir él mismo la mesa. Cuando lo supe yo más tarde, lo sentí, pero en aquella época ni él ni yo podíamos pensar en semejantes contingencias. ¿Acaso existía para nosotros algo más que lo que teníamos que decirnos? Era preciso que meditáramos juntos sobre el universo todo entero, sobre el sentido de la vida, la suerte de los hombres, la justicia y la injusticia de las sociedades. Era preciso leer los poetas y los novelistas contemporáneos, frecuentar los conciertos clásicos, visitar los museos de pintura... Pasaba el tiempo con velocidad excesiva, no se le podía desperdiciar en las trivialidades de la vida.

Por primera vez podía yo hablar verdaderamente de mí misma, salir de mis reflexiones silenciosas para comunicarlas, decir mis tormentos. Por primera vez encontraba yo alguien que me inspiraba desde el primer momento absoluta confianza; alguien de quien yo sabía que nunca me decepcionaría; alguien con quien, sobre todo, podría yo entenderme bien. Otro *alguien* había preestablecido entre nosotros, y a pesar de tan grandes diferencias de temperamento y de origen, una soberana armonía.

Jacques Maritain tenía las mismas preocupaciones profundas que yo, le atormentaban los mismos problemas, le animaba por completo el mismo deseo de verdad. Pero tenía más madurez que yo, más ciencia ya y más experiencia, más genio sobre todo. Se convirtió pues, inmediatamente, en mi gran apoyo. Se encontraba ya para entonces desbordante de actividad interior, de bondad, de generosidad —sin ningún prejuicio: con un alma toda nueva, y que parecía inventar ella misma constantemente su ley; sin ningún respeto humano—, porque tenía el mayor respeto de su conciencia; muy apto para "apasionar el debate" cualquiera que fuese, como ya se lo había echado en cara su profesor de filosofía en el liceo. Siempre dispuesto a la iniciativa de una acción generosa, cuando la justicia o la verdad estaban en ello interesadas. Su cultura artística era entonces ya de muy elevado nivel, grandemente favorecida por su sentido innato de la poesía y de la belleza plástica.

Fué él quien me descubrió el inmenso universo de la pintura. Con él fuí por primera vez al Museo del Louvre.

De la pintura

Repasando mis recuerdos advierto que Jacques me hizo conocer los grandes pintores de acuerdo con cierto orden, y no al azar. Me condujo primero ante los cuadros de los Primitivos italianos, que son evidentemente los que gustan

de primera impresión, y sin que sea necesaria educación previa. Comienza por ellos en Occidente esta educación. El muy grande arte del pintor, como ignorante de sí mismo, se adorna en ellos modestamente de gracia sencilla y de frescura. La belleza pictórica va en ellos unida a la belleza de los modelos elegidos, lo mismo que al interés de los "temas" tratados. Todavía no ha aportado su frialdad el academicismo, ni su orgullosa distancia, ni la brutalidad y el mal gusto de lo engañoso, de modo que no se equivoca uno al dejarse conmover. Duccio, Giotto, Angelico nos introducen a la vez a la belleza como purificada de este mundo, y al mundo de la benignidad y de la dulzura de la gracia divina, sin que pensemos en ello; pero nos sentimos felices.

Más todavía que los Primitivos italianos los de la Escuela francesa me emocionaron y me captaron para siempre. Su factura sobria y dramática a la vez, la profundidad del sentimiento doloroso que se desprende de sus obras, la gracia puramente francesa de los rostros y de las actitudes —estas caritas de mujeres recogidas como un puño, de nariz un poco respingada, de frente amplia y bombeada, de sonrisa modesta y maliciosa, este aspecto nada entonado de las Vírgenes con sus grandes y amplios vestidos, o con sus túnicas muy poco griegas—, ¡cómo me gustaban! ¡Qué amable y querida era para mí la Francia de ellas!

Y las fotografías de los cuadros preferidos comenzaron a invadir el departamento de mis padres. Entró también con ellas, en cierto modo, el cristianismo. La mayor parte de aquellas imágenes representaban en efecto Anunciaciones y Visitaciones, Natividades y Crucifixiones, de las Vírgenes, de los Angeles, de los Apóstoles y de los Santos. Aportaba la belleza el remoto mensaje evangélico a través de los más felices tiempos de la cristiandad. Admirábamos, nos gustaba la belleza del mensaje, aun cuando ignorábamos todavía su verdad.

Los pintores fastuosos del Renacimiento italiano, español,

flamenco, me deslumbraron. Pero el deslumbramiento no es necesariamente amor. Se desliza cierta frialdad en un arte tan maravillosamente consciente de sí mismo, y permite a la admiración cierto desprendimiento que rompe a veces el encanto. Entre tantos Maestros extraordinarios, por encima de Leonardo de Vinci, de Miguel Angel, de Rafael, del Tiziano, por encima de todos me gustaban Rembrandt y Zurbarán, El Greco y Giorgione... Zurbarán había de aparecérseme cada vez más como el más religioso y el más místico de los pintores, y Rembrandt como el el más contemplativo en su arte mismo, el que realiza más interiormente su propia atmósfera. Tiene Rembrandt un sentido incomparable de los personajes del Antiguo Testamento. Quizá haya visto en las sinagogas de los Países Bajos esos semblantes claroscuros, deslumbradores en las tinieblas de su noche llena de esperanza; y ha creado una técnica apta para expresar esa belleza oculta, más misteriosa que carnal. Es la perfecta antítesis de Rubens.

Rembrandt fué, sin embargo, la causa inocente de la primera y violenta discusión que tuve con Jacques, y donde comenzó a revelársenos la necesidad que habíamos de sentir de encontrarnos en toda ocasión absolutamente de acuerdo el uno con el otro.

Sentía yo por Rembrandt una admiración apasionada. Pero el cuadro llamado *Carnicería*, donde el pintor ha representado con mucho realismo un buey desollado, me desconcertó. Declaré que no me gustaba, y me aferré a aquella actitud, fundada es cierto en un sentimiento profundo. Lo que el tema tenía de vulgar —no su humildad sino su brutalidad, de la cual, en realidad, hubiera yo apartado mis ojos—me parecía indigno de un artista tan grande.

Por su parte, Jacques, cuya sensibilidad estética estaba más decantada que la mía de los componentes morales o simplemente naturales, sostenía que aquella *Carnicería* había de colocarse absolutamente en la misma categoría que el *Filósofo* con la barba de través, o la fastuosa

Prometida judía, o los patéticos autorretratos del pintor.

Semejante disentimiento nos resultaba intolerable, pero para reconciliarnos no había más medio que llegar a comprendernos, y tratar de resolver el problema en sí mismo. Así comenzaron nuestras reflexiones sobre el arte.

Este problema de la importancia del tema en la pintura no ha sido verdaderamente resuelto más que por el ejemplo de los grandes pintores del siglo XX. La mayor parte de ellos ha descuidado los temas importantes por sí mismos, por su significación, o por su belleza natural, pero se ha preocupado tanto más de la sutil calidad de la materia pictórica, ligada no solamente a una técnica muy sabia, sino también a la presencia de esta alma de todas las artes, de la poesía, invisible y soberanamente activa, y que se encuentra esencialmente no en un "tema" exterior al pintor, sino en la emoción generadora de la obra entera, materia y forma indistintamente. Esta emoción puede ser provocada por una realidad inmensa o ínfima, y la belleza de la obra de arte no se confunde jamás con la del tema tratado.

Una vez hecha esta distinción se comprende mucho mejor la libertad del artista respecto del dato natural. Un Corot, por ejemplo, expresa maravillosamente la belleza difícil de igualar de paisajes que se contemplarían también en la naturaleza con alegría infinita. Pero un Utrillo da belleza grande y emocionada a las más triviales casas de los barrios más miserables de París. Un Henri Rousseau parece pintar ingenuamente, y con escrupulosa fidelidad todas las hojas de las vegetaciones tropicales. Pero estos trópicos nunca los ha visto. Y sus cuadros "ingenuos" alcanzan el más grande estilo pictórico.

Pero en aquel tiempo, cuando la *Carnicería* de Rembrandt me escandalizaba, yo conocía muy mal todavía a los pintores modernos. Continuaba mis visitas al Museo del Louvre. Encontraba difícil el conocimiento de los clásicos franceses. Pero me gustaba Watteau. El siglo XIX

me fué más asequible, sobre todo Corot, y después Manet. Ciertos paisajes de Monet me hacían llorar. De Puvis de Chavannes, encontraba yo bella sobre todo la *Santa Genoveva velando sobre Lutecia dormida.* ¿Acaso ha cesado de velar sobre su ciudad? ¿Se habrá dormido ella también con el sueño de los Bienaventurados convertidos en insensibles a la belleza de este mundo que pasa?

Hasta varios años más tarde, y gracias a nuestro amigo Georges Rouault, no conocí verdaderamente la pintura moderna, Cézanne y sus grandes sucesores: el mismo Rouault primeramente. Y después Renoir, Degas, Seurat, Henri Rousseau, Mattisse, Van Gogh, Utrillo, Severini, Picasso, Marc Chagall, para no citar más que a los más amados en esos fastos de la pintura.

Pero nada más quiero anticipar.

Nuestros primeros amigos: Ernest Psichari

Jacques vino a mí con otras riquezas además de su gran cultura. Tenía ya entonces dos o tres grandes amigos cuyos nombres serán siempre caros a los franceses. Era uno de ellos un joven de la edad de Jacques, el otro le llevaba de ocho a diez años. Ambos murieron por Francia, por el honor y la libertad de Francia, en 1914. Ernest Psichari cayó el 22 de agosto en Rossignol, en Bélgica. Y Charles Péguy murió el 5 de septiembre en el campo de batalla del Marne, la víspera de nuestra milagrosa y aparentemente inútil victoria.

Un día, pues, Jacques me hizo conocer a Ernest Psichari. Habían estudiado juntos en el liceo Henri IV, donde Jacques lo había descubierto y presentado a su madre y a su hermana como una gran maravilla. Se entabló estrecha amistad entre sus familias. Quizá no sea inútil, para la inteligencia de lo que se va a decir, el dedicar algunas palabras a dichas familias.

Era Jacques Maritain, por parte de madre, el nieto de Jules Favre; por la línea materna también, era Psichari nieto de Ernest Renan. Los Renan y los Favre se cuentan en el siglo XIX entre las más representativas de las grandes familias intelectuales y políticas de la Francia liberal y republicana.

Dominaban en las tradiciones familiares de Ernest los juegos y las glorias del pensamiento, y la acción directiva ejercida en los espíritus por la aristocracia universitaria.

Dominaban en las tradiciones familiares de Jacques el amor idealista al pueblo, el espíritu republicano y los combates políticos por la libertad.

Tanto en los Renan como en los Favre las líneas de sus antepasados estaban profundamente ancladas en el pasado católico de Francia. Los Favre contaban entre los suyos, el primer sacerdote de la Compañía de Jesús, el Bienaventurado Pierre Favre (o Le Fèvre). Y toda la ascendencia de Ernest Renan era católica y bretona. Pero tanto Renan como Jules Favre habían sido tocados por el racionalismo del siglo XIX, que favoreció a la vez las ilusiones nacidas de un espiritualismo "liberado" de toda dogmática religiosa y el descenso de la idea filosófica y teológica allí mismo donde su nivel hubiera debido siempre ser más elevado. Por grande que no obstante haya sido el siglo XIX, las deudas que acumuló en el orden del espíritu eran terriblemente pesadas, todo se paga inexorablemente y hasta la última de las faltas cometidas contra la verdad produce sus consecuencias, aunque Dios ilumine las almas en el secreto, y las salve una a una según los designios de su misericordia.

La historia de la evolución religiosa de Renan es muy conocida. Todo el mundo conoce la inmensa influencia de su obra, en particular de su *Vida de Jesús* que ha apartado a tantos espíritus de la fe, aun cuando haya sido también para algunos ocasión imprevista de encontrarla, porque "todo concurre al bien de quienes aman a Dios".

Jules Favre, demócrata militante, desempeñó en los comienzos de la Tercera República un papel muy destacado. En el reinado de Napoleón III se encontraba en el Parlamento en el pequeño número de los diputados de la oposición. Sucesor de Victor Cousin en la Academia francesa, orador prestigioso, abogado de causas desesperadas, gran patriota a quien estaba reservada la dolorosa misión de defender en 1870 los intereses de Francia ante el vencedor. Fué bastante elocuente y persuasivo para obtener de Bismarck que el ejército alemán al entrar en París después del sitio no fuese más allá de la Plaza de la Concordia y ocupase la capital dos días solamente.

Se casó en segundas nupcias con una protestante convencida, y se afilió él mismo al final de su vida al protestantismo liberal. Su hija Genoveva, del primer matrimonio, de una madre ardientemente católica para quien la vida fué trágica, le siguió por devoción filial, y afirmó desde entonces su oposición al catolicismo. Por esta razón Jacques, aun cuando su padre fuese católico, había sido bautizado por un pastor protestante.

A medida que yo conocía mejor a la madre de Jacques, debía admirar en ella una fidelidad religiosa al ideal ardiente que animaba en el Imperio la oposición republicana, indomable espíritu de libertad, esperanza apasionada en el porvenir espiritual de la humanidad, valentía para desafiar los opiniones del mundo y firmeza de roca que no han sido desmentidas por los años, sino que la juventud renovada con el fervor de la edad avanzada ha iluminado dulcemente. El padre de Jacques era, al parecer, de muy distinto carácter. Había sido secretario de Jules Favre. Era abogado, fué decano del colegio de Mâcon, le gustaba la Borgoña, la vida tranquila, erudita y agradable que llevaba allí, y se admiraba de que su hijo fuese filósofo. Era entusiasta ferviente de Lamartine y de los estudios lamartinianos; tenía su casa de campo en la aldea de Bussières, en cuyo cementerio se encuentra la tumba de Jocelyn. El re-

posa también en aquel cementerio campesino. Murió algún tiempo antes de nuestro matrimonio.

Ernest Psichari, cuyo padre era de origen griego, fué bautizado también en el rito griego; concesión hecha a su abuela ortodoxa y profundamente creyente. Pero a eso se redujo la iniciación religiosa de Ernest; creció en el seno de una familia dedicada por completo al culto de Renan, del escritor glorioso y del hombre bueno y profundamente unido a su mujer y a su hija Noemí, madre de Ernest.

Son naturalmente muy distintas las perspectivas familiares cuando se trata de un hombre célebre, que las que tiene del mismo la gente de fuera, no muy enterada de las circunstancias y de las intenciones, y que juzga de los actos públicos solamente por las apariencias, y por el pensamiento expresado, con las consecuencias que estima lógicas y en razón de causas accidentales.

En la familia de Ernest existían muchos prejuicios, pero no sectarismo. Su madre, mujer de admirable nobleza de alma, recibió educación protestante. Recordaba la gloria y la serenidad del anciano Renan, pues, no había visto al joven Renan agitarse entre las dificultades teológicas y escriturarias, y tomar, quizá a su pesar, las decisiones que su conciencia confusa y su hermana Henriette le inspiraban. No podía saber que Renan, por brillante que fuese su espíritu, y grande su talento, no tuvo ni en teología y ni en la ciencia de la Escritura conocimientos bastante profundos, bastante extensos, bastante experimentados, para dar más que una apariencia especiosa a las dudas y a las negaciones que, en realidad, provenían en él de una filosofía racionalista y soñadora a la vez. La madre de Ernest no podía saberlo. Nunca probablemente lo había sospechado. Esta es sin duda su excusa, la causa de la seguridad de conciencia que reinaba entre los suyos. Aquella familia, cuya atmósfera parecía crear una especie de hegelianismo difuso, era entonces, como muchas otras en Francia, víctima de las ilusiones

del positivismo y de la indiferencia filosófica que debilitaban la inteligencia de los mejores, y que habían hecho tan débil en los tiempos de la juventud de Renan, la enseñanza dada en los seminarios. Hasta mucho más tarde no llegó a ser la exégesis católica esa ciencia profunda y segura que se admira en los trabajos de un Padre Lagrange, de un Padre de Grandmaison, de un Padre Lebreton, para no citar sino los más conocidos de los exegetas franceses. Se produjo en Francia en los tiempos de Lacordaire, de Ozanam, de Montalembert y de Dom Guéranger una brillante renovación religiosa. Sin embargo, durante todo el siglo XVIII y el XIX fué ante todo la fe humilde de un gran número de santos y de almas desconocidas la causa de que la religión católica y la sabiduría mística prosiguiesen su vida más fecunda; no conviene olvidar que el siglo XIX dió a Francia el santo Párroco de Ars, a santa Bernardita de Lourdes y a santa Teresa del Niño Jesús. Además solamente bajo la acción del Papa León XIII, y a la terminación del último siglo, comenzó el catolicismo a encontrar de nuevo el esplendor de su enseñanza doctrinal.

Ernest Psichari encontró en su familia "una corrección moral sumamente amplia y elevada, pero extraña a toda certidumbre metafísica, un propósito claro de ignorar los conflictos creados por la oposición de principios intelectuales. No se luchaba en ella contra el cristianismo, por estar íntimamente persuadidos de haberlo asimilado y rebasado" (1). Vivía Ernest feliz en la atmósfera de aquel mundo elegante y liberal, le apasionaban sus ideas, se complacía en las controversias, estudiaba literatura, escribía poemas simbolistas, y estaba locamente enamorado de la hermana de Jacques. Ahora bien, a este amor se unió todo su destino.

Era la hermana de Jacques cuando la conocí una muchacha viva y brillante, de grandes ojos negros, de cabello

(1) JACQUES MARITAIN, *Antimoderne*.

castaño de largura extraordinaria que se peinaba con moño muy alto. Con su aspecto de marquesita, su carita tan parecida a las vírgenes de los cuadros del siglo XVII francés, era extremamente seductora. Ernest también era hermoso, desbordante de entusiasmo, de vida y de esperanza. Pero no tenía más que dieciocho años mientras que ella tenía veinticinco, y no quiso tomar en serio el amor de aquel adolescente. Se casó muy pronto, y la desesperación que produjo a Ernest Psichari nos reveló a todos la profundidad de su pasión y la capacidad de su corazón.

Por dos veces atentó contra su vida, y fué salvado. Buscó entonces el olvido en todos los excesos de los sentidos, pero, "sin convicción", como lo dice él mismo en *Le Voyage du Centurion*. "Majencio erraba sin convicción en los jardines emponzoñados del vicio, perseguido por oscuros remordimientos, turbado ante la malignidad de la mentira, abrumado por el horrible escarnio de una vida comprometida en el desorden de los pensamientos y de los sentimientos." Un corazón mediocre se hubiera abismado y perdido allí definitivamente. El, cuando alcanzó los límites de la desesperación, maravillosamente fiel a su purísimo amor, sacudió todo aquel fango y se puso a salvo buscando y encontrando una escuela de disciplina —el ejército—. Anticipa su enrolamiento y sienta plaza en un regimiento —primera conversión cuyos sorprendentes desarrollos ninguno de nosotros podía prever entonces—. Será preciso, para ver en ello el último fruto espiritual, esperar diez años todavía. "Por el momento, a fin de no perecer de miseria espiritual, el nieto de Renan se hizo soldado de segunda clase. Sé yo por él, ha dicho Jacques Maritain ([2]), que la primera vez que se encontró en el cuartel, en aquella actividad reglamentada de hombres en que uno dice al otro: márchate, y se marcha; ven, y viene; haz esto, y lo hace, sintió con

([2]) *Antimoderne.*

intuición infalible que se le ensanchaba luminosamente el corazón, que estaba en su casa, donde debía estar, donde debía permanecer, donde salvaría su depósito." Extraña conclusión —que produjo entonces una especie de escándalo— del antimilitarismo socialista, del anarquismo intelectual, y del célebre "diletantismo renaniano" que Ernest Psichari creyó ser las únicas verdades de su tiempo.

Nada más quiero anticipar, aunque me sea imposible dejar de anticipar algo. Es que para escribir estas páginas no hojeo yo un "diario". Dejo correr la memoria hacia atrás remontando la corriente del Tiempo. Y recojo lo que me aporta cada una de las olas que viene a estrellarse en mi ribera. Volveré más tarde sobre la historia de Ernest Psichari, si continúo escribiendo estas memorias. Ernest había de contar él mismo esta historia en *L'Appel des Armes, Le Voyage du Centurion y Les Voix qui crient dans le Désert,* publicado después de su muerte. Jacques Maritain y Henri Massis hablarán de su amigo, el primero en un capítulo de *Antimoderne,* el otro en *Notre ami Psichari.* Existe también una excelente biografía de Ernest Psichari debida a la pluma de Mlle. Amélie Goichon, y un libro de preciosos recuerdos escrito por su hermana mayor; un joven americano, el señor Michel Wallace Fowlie, ardiente amigo de Francia y poeta francés también, ha consagrado a Ernest Psichari páginas emocionadas y penetrantes.

En la época en que yo lo conocí, era todavía Ernest Psichari feliz y despreocupado; creía en la felicidad de la vida. Su bondad, su generosidad eran sorprendentes. Era franco, espontáneo; melancólico y alegre alternativamente lo mismo que el sol y la bruma de su ascendencia griega y bretona. De lealtad caballeresca, ignoraba toda vanidad y todo respeto humano. Su amistad profesada a Jacques era conmovedora. Desde los tiempos del colegio decía: "Jacques y yo no somos más que uno. Yo pienso lo que él piensa, hago lo que él hace y siento lo que él siente."

Charles Péguy

Lo mismo que Jacques, se entusiasmaba Ernest Psichari con Charles Péguy cuya reducida "Boutique" de los *Cahiers de la Quinzaine*, frecuentábamos. Aquel local situado en la calle de la Sorbona, justamente frente a dicha Sorbona de los "historicistas", contemplada por Péguy con mirada reprobadora y sombría, y considerada por él como nido de estéril pedantería. Aprendía yo escuchándole los secretos de aquella Montaña que de lejos me había parecido un bloque compacto de ciencia y de sabiduría, y que de cerca, revelaba sus fallas y sus precipicios.

Péguy era mayor que nosotros. Casi no me atrevía yo a hablar en su presencia. Me impresionaba con su barba severa, sus lentes, su eterna capa negra que llevaba en todo tiempo y ocasión, y con la cual lo pintó Pierre Laurens en un muy hermoso y fiel retrato.

Es Charles Péguy el primer autor francés viviente que yo conocí —Jacques y Ernest Psichari nada habían publicado todavía—. No podía tener yo en el particular comienzo más bello, no se podía soñar un francés más típico, ni un autor más agradable, más recto, más expresivo de su tiempo en lo que tenía de mejor —de las exigencias de su tiempo, de las aspiraciones de su tiempo hacia las realidades humanas y espirituales demasiado olvidadas o abandonadas en la sombra—. Todo aquello afluía en él y lo expresaba en admirables monólogos, o en aquellos escritos de una serie ininterrumpida que como un río tienen sus remolinos, pero que tienen también la abundancia del río, la perseverancia en una misma dirección, la perpetua insistencia. Se puede comparar también el estilo de Péguy a un tapiz en que no existe el más pequeño espacio que no esté cubierto de lana o de seda. Esto hace un todo compacto en el cual sólo los colores dibujan las diferencias. *La tapicería de Eva* es el mejor título que pudo él dar a aquel largo relato compuesto de innumerables cuartetos,

que son cada uno de ellos como un punto de tapicería.

Veía yo también a Péguy en casa de la madre de Jacques, quien siguió siendo hasta la muerte de aquél gran amigo, y que conserva hacia su memoria un culto de fidelidad incomparable. Péguy consideraba a Jacques como a su hermano menor que habría de ayudarle y sucederle más tarde, y que proseguiría su obra en los "Cahiers de la Quinzaine".

Desde entonces Jacques le ayudaba, le acompañaba a Suresnes a casa del impresor de los "Cahiers", donde aprendía el arte de la tipografía, y se aficionaba a los bellos caracteres y a los papeles de marca mayor.

Cuando íbamos con Péguy de la calle de la Sorbona a la casa en que habitaba y habita siempre la madre de Jacques, nos hablaba él de sus dificultades, materiales o morales; y tomábamos nosotros gran parte en la angustia que le oprimía, en medio del trabajo encarnizado cuya importancia sabía —"escribo para dentro de veinte años" le gustaba decir—, ante la perspectiva de no poder pagar sus vencimientos de fin de mes y ante las gestiones sin número que se veía precisado a realizar para proporcionarse dinero a fin de evitar una catástrofe. Esto también me unía a él. Estaba ya casado y era padre de dos hijos. Tenía también a su cargo a la madre y a la hermana de su mujer. Se sentía particularmente responsable con respecto de ellas, porque había colocado en una desgraciada empresa de librería socialista, y después en la de los "Cahiers de la Quinzaine", toda la dote de su mujer. La angustia de la pobreza y el espectro de la miseria le hicieron escribir páginas admirables sobre el dinero. De una manera general todo lo que ha escrito lo ha sacado de su experiencia perpetuamente rumiada, y de su vida interior. De procedencia campesina —su madre, mujer altiva y fuerte se dedicaba a remendar sillas en Orléans— conocía bien la tierra de Francia; en lucha incesante con las dificultades de dinero conocía bien la pobreza; arraigado por los suyos en una tierra cristiana conocía bien las exigencias espirituales del alma, y del alma francesa.

Impaciente por obrar, con el presentimiento quizá del poco tiempo que le quedaba de vida —murió a los cuarenta años— dejó la escuela normal antes de la agregación, y fundó la "Librería socialista" de la calle Cujas, con la ayuda de algunos de sus precursores, sobre todo de Lucien Herr, bibliotecario de la escuela normal, cuyo prestigio sobre la juventud socialista era muy grande. Pero muy pronto tuvo que separarse de sus asociados, o más bien fué eliminado de la obra que había fundado porque lo miraban como a un quimérico, y decidieron proceder contra él "por su propio bien". Jamás olvidó aquella herida.

Péguy no podía entenderse con los doctrinarios de cualquier clase que fuesen. Quizá no lo sabía él mismo en aquel momento. No sabía todavía de qué espíritu estaba hecho, de dónde venía, a dónde iba. Todos nosotros lo ignorábamos entonces. Pero aquel espíritu le llenaba del deseo de la verdad, de la justicia, de la libertad interior, mientras él se creía solamente un socialista como Jaurès (a quien debía pronto detestar tanto como lo había querido); o como Georges Sorel, su amigo, hasta cierto punto su maestro, y uno de los más asiduos visitantes del establecimiento de Péguy donde con frecuencia pontificaba, charlando tan abundante como espiritualmente, mientras que Péguy lo cubría con su silencio protector y el fiel Bourgeois cuidaba del copiador y de las fichas de los suscriptores. Sorel y Péguy eran muy diferentes, pero estaban unidos por el mismo deseo de realismo filosófico, por la misma aspiración hacia un socialismo heroico, y por la común aversión a los conformistas de la Sorbona.

Péguy se malquistó con Lucien Herr, y un poco más tarde con Jaurès, a quien hacía el reproche de que olvidaba la aspiración a la pura justicia que les había unido en el *Affaire* Dreyfus, para perderse en las pequeñeces del oportunismo político. Había sido Péguy un ardiente defensor del capitán Dreyfus. Trabó entonces amistades preciosas entre los judíos; las de Bernard Lazare y de Mlle. Blanche

Raphael habían de desempeñar un gran papel en su vida. Escribió páginas admirables sobre Bernard Lazare, la inquietud judía y la política y la mística judías. Podía decir él:

"Conozco yo bien a este pueblo. No tiene en la piel un rincón que no esté dolorido, donde no haya una antigua moradura, una antigua contusión, un dolor sordo, la memoria de un dolor sordo, una cicatriz, una herida, una equimosis de Oriente o de Occidente. Tiene las suyas y las de todos los demás. Por ejemplo, se ha magullado *como franceses* a todos los de Alsacia y de Lorena anexionadas" ([3]). Hoy han repudiado *como judíos* a aquellos cuya sangre aceptaron como franceses durante las dos guerras.

Péguy estaba malquistado antes de todo con la Sorbona a la cual consideraba como la ciudadela de los errores del mundo moderno. Le reprochaba reducir todo aspecto de lo real a la historia, y la misma historia a una polvareda de hechos artificialmente reunidos y que dejaban escapar la sustancia de lo pasado. La acusaba de tratar de extinguir todo entusiasmo y toda fe y toda fidelidad bajo el peso de las rutinas y de los técnicos. Pero no hay más que leer al mismo Péguy. A decir verdad el conflicto entre la "Boutique" de Péguy y la Sorbona fué uno de los más importantes acontecimientos espirituales de Francia antes de la primera guerra mundial.

Era muy provechoso para nosotros, jóvenes entonces, el tener un compañero de semejante carácter. Péguy nos hacía partícipes de su sabiduría, y de su experiencia. Pero al obrar tan simplemente con nosotros, nos tenía tan próximos a él, que nunca, en aquel tiempo, nos hizo sentir que era mayor que nosotros. Quizá porque éramos tan dóciles a él. Le mirábamos como a un camarada maravilloso y le queríamos de todo corazón.

Más tarde, cuando la forma de nuestro propio destino

([3]) "Cahiers de la Quinzaine", XI, 12.

se dibujó de manera precisa, cuando, a nuestra vez, tuvimos que elegir nuestro camino, que tomar graves responsabilidades, se suscitaron entre Péguy y nosotros conflictos dolorosos (de que hablaré más adelante); y comprendimos su facilidad para ser injusto, muy natural en un temperamento como el suyo y su celosa exclusividad respecto de sus amigos. Pero aquel tiempo había de retardarse. Vivíamos la luna de miel de nuestra amistad con Péguy.

Volvamos a la Sorbona

La experiencia ajena, por grande que sea, no es suficiente para nadie. Cada uno tiene que comenzar por cuenta propia el examen de los problemas esenciales —por lo menos de aquellos que son vitales para él—. Perseguíamos nosotros, pues, nuestra información, nuestra busca de verdad.

Estaba ya Péguy en toda la plenitud de su acción, que tenía muy pronto, ay, que terminar por el hecho de la guerra, mientras que para nosotros los principios mismos de toda acción y de toda convicción eran todavía el principal objeto de nuestra investigación.

Por un error de definición atribuía yo a las ciencias de la naturaleza el conocimiento de dichos principios. Profesábamos un culto inmenso a los sabios; en aquella época contaba Francia con muchos de ellos. Los Curie habían descubierto el radio en 1898, y su gloria era incontestable.

Pero yo me enteré de que los sabios tienen en poca estima los supremos principios de la inteligencia; en todo caso no parecen preocuparse mucho de ellos. Los valores puramente especulativos les interesan poco; las matemáticas son su más alto cielo inteligible. Una pasión magnífica los une a la belleza de la estructura del universo físico, como une a los pintores a la belleza de un paisaje; los liga a su laboratorio lo mismo que a los pintores a su estudio. Creo yo que existe entre los grandes sabios y los artistas una similitud de dones en el sentido de que la belleza de las leyes del universo que

ellos descubren les entusiasma más todavía que su verdad. La verdad, sin embargo, tiene mayor envergadura; atrae por la belleza de las cosas invisibles e inmateriales que no son objeto de las ciencias. Ese cielo espiritual, esos misterios de la metafísica no llaman la atención de los sabios, no inquietan su inteligencia. Es preciso admitir esta diversidad de dones.

Los sabios, cuando no filosofan, se atienen en general al simple buen sentido empírico pero, ¿se puede ser hombre y no filosofar de ninguna manera? En la Sorbona tal y como nosotros la conocimos, los sabios en cuanto filosofaban eran en general partidarios de teorías filosóficas como el mecanicismo y el epifenomenismo, del determinismo absoluto, del monismo evolucionista, doctrinas que niegan la realidad del espíritu y la objetividad de todo saber que rebase el conocimiento de los fenómenos sensibles.

Todas estas teorías formaban una especie de sistema más o menos confesado que Jacques debería algunos años más tarde designar, en uno de sus primeros libros, con el nombre de *Cientifismo*. "El cientifismo, decía él, ve en la Matemática el instrumento universal y el regulador soberano del saber... Reemplaza la inteligencia por la perfección completamente material de los procedimientos técnicos, sustituye la inteligibilidad por la simple posibilidad de ser recompuesta o reconstruída con ayuda de elementos matemáticos o de representaciones especiales. De esta manera el cientifismo impone a la inteligencia la ley misma del materialismo: sólo es inteligible lo que se verifica materialmente. De ahí se deduce que el cientifismo está representado por el mecanicismo universal. No es, en opinión de nuestros sabios una tesis a demostrar que todo se reduce a la extensión y al movimiento y que no hay otras leyes que las funciones matemáticas; esto es la exigencia misma del pensamiento ([4]).

([4]) JACQUES MARITAIN, *Antimoderne*.

Se veían precisados a llegar a alguna exigencia del pensamiento, aun desconociendo a éste; y se veían precisados también a referirse sin cesar a la inteligencia, porque es imposible enunciar el hecho mínimo sin abstraerse y generalizar; y afirmar o negar la menor cosa sin una confianza implícita en los procedimientos de la inteligencia y en los principios de su actividad.

Así es como exponen los sabios todo lo que es de su jurisdicción con una referencia implícita al sentido común. Y ésta es la mejor actitud filosófica que pueden adoptar, y el medio más eficaz de enseñanza.

Me preguntaba yo cómo los hombres de ciencia notables cuyos cursos seguía, o aquellos cuyos libros leía, podían aceptar el permanecer en un estado tan confuso y tan vago del espíritu sin sufrir por ello, mientras que toda realidad inteligible se desvanecía como un espejismo cuando se pensaba en aproximarse a ella y que los mismos "hechos" sacrosantos se resolvían en la polvareda de comprobaciones puramente empíricas, porque la filosofía reinante niega generalmente la objetividad misma de nuestros conocimientos, nuestra capacidad para asir lo real.

Esto creaba a la inteligencia una atmósfera singularmente enrarecida, un malestar infinito. Bogábamos en las aguas de la observación y de la experiencia como los peces en los mares profundos, sin ver nunca el sol del cual recibíamos los rayos muy atenuados. Era preciso llegar a los cielos de las ciencias sin ninguna ayuda de la evidencia del espíritu. Jacques dibujaba a los pobres hombres gesticulantes que por un esfuerzo desorbitado se elevaban en los aires tirando de sus propios cabellos. Ha sabido siempre juntar la gentileza y la sonrisa a los sentimientos más graves. Yo perdía pie, y excesivamente débil para luchar contra todos aquellos gigantes de la ciencia y de la filosofía y para defender por mí misma la rectitud de mis más profundas intuiciones, me sumergía en la tristeza.

Félix Le Dantec

Pero, a pesar de todo, era preciso dejar por algún tiempo a un lado estos problemas metafísicos. La enseñanza científica que se nos daba era, en el orden estricto de la ciencia positiva, una enseñanza muy alta. Y si, más bien que hacia las ciencias naturales, nos hubiéramos dirigido hacia las ciencias físicomatemáticas, hubiéramos sin duda quedado fascinados por la magnificencia de los descubrimientos de tantos grandes hombres de ciencia, y aquello hubiera disimulado durante largo tiempo quizá nuestro hambre de saber metafísico. Hubiera sido maravilloso, por ejemplo, escuchar las lecciones de un Paul Appell y de Marie y Pierre Curie, sabios de genio y trabajadores heroicos, que abrieron las vías de una ciencia y una terapéutica nuevas. En la facultad de ciencias naturales, menos rica en genios, seguíamos Jacques y yo, con interés particular, los cursos de Félix Le Dantec, el más interesante, el más brillante de nuestros profesores.

Había notado él la atención con que le escuchábamos e interesándose por unos discípulos tan estudiosos resolvió conocernos mejor. Un día en que Jacques y yo esperábamos el tranvía en la esquina de la calle Soufflot y del bulevar Saint-Michel nos abordó y se puso a hablar con nosotros como si fuéramos antiguos amigos; nos invitó a ir a verle a su casa, lo que hicimos inmediatamente con bastante frecuencia.

Teníamos con él largas conversaciones, y nos exponía su filosofía que era el materialismo. Nos decía, y decía a quien quisiera oírle, que no podía menos de admitir la verdad del materialismo, pero que por lo demás el materialismo es una fe tan indemostrable como el credo de los cristianos. Esto escandalizaba a sus compañeros menos dispuestos que él a confesar este punto de hecho.

Yo ignoraba el credo de los cristianos, y no quería tampoco aquella fe materialista, pero me decía a mí misma

que sería preciso sin duda llegar a ella un día u otro, desde el momento en que nadie nos ofrecía una doctrina más coherente, ya que todas las demás conducían a lo sumo a una duda y no eran por lo tanto menos decepcionantes. La tristeza me invadía, el gusto amargo del vacío del alma ante el cual todas las luces se extinguen poco a poco.

Le Dantec, sin embargo, lleno de entusiasmo, nos prometía un brillante porvenir científico para el caso de que quisiéramos trabajar en el sentido por él aconsejado. Teníamos que buscar la síntesis de la materia viviente, y demostrar al realizarla que la vida no es otra cosa que una combinación química particular. Le gustaba este género de simplificaciones; para él la inteligencia no era "más que una materia blanda que vive a 38 grados" y la conciencia "un epifenómeno".

Pero aquellas bellas perspectivas no nos encantaban. ¿A qué conduce la síntesis de la materia viva, a qué conduce ese poder sobre el universo físico, si la razón misma de la vida y de la existencia, si todo el universo moral tenía que quedar en un enigma indescifrable?

Profesaba Le Dantec de esa manera un ateísmo que afirmaba ser en él insuperable. Nos decía que nunca, ni en su infancia, había sido capaz de fe religiosa. Siguió con aplicación las lecciones de catecismo, fué el primero en instrucción religiosa, pero nunca jamás supo lo que era creer en Dios.

Es raro encontrar un ateo tan convencido, tan absoluto, tan tranquilo. Hacía ya varios años que declinaba yo hacia el ateísmo. Creía ciertamente que no tenía fe en Dios pero, ¡a costa de qué sufrimientos, de qué desolación de todo mi ser, de qué confusión! Esto era para Le Dantec un motivo de extrañeza, pero no de antipatía, sino todo lo contrario. Parecía que jamás había encontrado semejante turbación, debida a semejantes razones. Tenía simpatía por mí, y creí que debía enterarle de mis esponsales todavía secretos con Jacques. Nuestras confidencias se hicieron cada

vez más raras por mi culpa y pronto cesaron en absoluto. Lo lamenté después mucho. Aquel hombre bueno, generoso, leal, merecía absoluta confianza; por torpeza ponía yo fin a una preciosa amistad, pero era yo entonces demasiado joven para pensar en estas cosas, y obraba con la brusquedad y torpeza de quienes no tienen suficiente experiencia humana.

A'gunos años más tarde se casó Le Dantec con una amiga de Elisabeth Leseur, de aquella Elisabeth Leseur que dejó un diario tan interesante de su itinerario espiritual hacia la fe, y cuyo marido, al principio incrédulo es ahora religioso dominico. La amistad de Elisabeth Leseur, ¿habría logrado atraer la atención de Le Dantec hacia una fe distinta de la fe materialista? ¿Habría contribuído a aflojar, por lo menos, los lazos estrechos de su ateísmo? Ciertos indicios nos inclinan a creerlo así.

Con los filósofos

La alegría del conocimiento que proporcionan las ciencias naturales está necesariamente limitada por el número sumamente restringido de los principios metafísicos a que se reducen, y por los límites de su objeto formal. (Así por lo menos me explico yo la poca alegría que me producía.)

Pero allí donde la objetividad misma del conocimiento es negada de una manera o de otra, toda alegría del espíritu desaparece. El estudio de las doctrinas consideradas no como proposiciones o aproximaciones a la verdad, sino como obras de arte y de imaginación, con referencia no obstante menor que el arte a la realidad, se reduce a un desfile calidoscópico en que la forma inesperada atropella y demuele la que se acaba de advertir; todo cambia a cada instante, para el arrobamiento de los ojos quizá, pero para la continua decepción de la inteligencia que no puede fijarse a ninguna de las formas que se devoran entre sí.

Los filósofos cuyos cursos seguíamos en la Facultad de

Letras tenían personalmente mucho mérito, su erudición era amplia y profunda, y tenían una alta conciencia de las exigencias de la investigación científica. Pero se dedicaban al análisis sin fin del detalle de las causas históricas como si fuera ésa su tarea esencial, reduciendo o poco menos a esto el estudio de la sabiduría cuyo nombre y profesión de filósofos convertía para ellos en deber. Todo se inclinaba en ellos hacia la erudición histórica, o hacia las ciencias matemáticas. En algunos de ellos no encontrábamos establecida una teoría positiva del conocimiento; las conclusiones que creían poder formular provisionalmente bajo la influencia de la tradición racionalista e idealista que profesaban, caían convertidas en polvo bajo la influencia de un positivismo, de un empirismo dogmático e ineficaz a la vez.

Ya en los tiempos en que seguía en el liceo Henri IV el curso de filosofía de Dereux (le llamaban Dereuf porque añadía siempre una f al fin de las palabras) el joven Jacques de dieciséis años se desesperaba en su habitación porque *no obtenía respuesta* a ninguna de sus interrogaciones. La misma decepción en la Sorbona. Nuestros maestros, filósofos, a decir verdad desesperaban de la filosofía.

La historia era para ellos una especie de ciencia reina, que heredaba, sin poder realmente llevarlos, todos los derechos de la metafísica repudiada; y la hacían tanto más arrogante cuanto que sin quererlo la desnaturalizaban al pretender erigirla en la ciencia exacta por excelencia, y obtener de ella la suprema explicación de la vida del pensamiento, gracias a una investigación de las fuentes que huía sin fin de causa accidental en causa accidental.

Por una curiosa contradicción vivida querían *verificarlo* todo por procedimientos de erudición material y de control positivo, y desesperaban de la *verdad*, cuyo nombre mismo les disgustaba, y no debía ser pronunciado sino subrayado con una sonrisa de desengaño. La tragedia de que eran víctimas consistía en que un alto desprendimiento intelectual,

una alta honradez de espíritu se convertían para ellos en desconfianza respecto de la simplicidad de las certidumbres superiores, que tenían por una simplificación ingenua debida a los ídolos del lenguaje. La única lección práctica que se podía en definitiva recibir de su enseñanza concienzuda y desinteresada era una lección de relativismo integral, de escepticismo intelectual; y, en buena lógica, de nihilismo moral. Los jóvenes salían de sus estudios filosóficos instruídos e inteligentes, sin confianza en las ideas, si no era como instrumentos de retórica, y perfectamente desarmados para las luchas del espíritu y para los conflictos del mundo. Fué entonces sin duda cuando comenzamos invisiblemente a perder las batallas de la humanidad y de la Francia contra la nueva barbarie prestigiada durante algún tiempo todavía con los prestigios de una cultura adulterada ya, hipócrita, y dispuesta también a la adoración de la fuerza.

Entre los profesores cuyos cursos seguía Jacques, uno sólo, Emile Durkheim, estaba animado por una ardiente convicción, pero lo estaba por causa de la sociología, o más bien del sociologismo.

Ciertos profesores eran creyentes, pero nada de su fe aparecía en su enseñanza. Este era el caso de Victor Delbos, eminente historiador de la filosofía, espíritu probo y profundo, pero cuya enseñanza anodina dejaba la impresión de una cuidadosa vista de bellas ruinas. Hasta más tarde no pudo entrever Jacques algo de las ideas íntimas de Delbos, en el curso de una conversación en que éste le dijo que había sido terriblemente tentado por Hegel, y que gracias a la crítica kantiana escapó a los prestigios del panteísmo y pudo reservar un lugar intacto a su fe religiosa en medio de los sistemas filosóficos cuya historia se dedicaba a descifrar.

Había también un señor Edet, latinista consumado, cuyas correcciones de las copias de temas latinos eran obras maestras que los alumnos se disputaban.

Gabriel Séailles, más humanista y artista que filósofo, formaba parte de los "intelectuales de izquierda".

Brochard, incomparable conocedor de la filosofía griega, era un racionalista elocuente y altivo que relegando a Plotino en el "misticismo oriental", lo consideraba como indigno del nombre de griego. Se había quedado ciego y continuaba dando admirables lecciones en las cuales citaba de memoria los textos de los filósofos griegos. Pero los estudiantes despiadados aprovechaban su ceguera para esquivarse del curso. Un día se encontraban solos en clase Jacques y otro estudiante. Brochard se dirigía, sin embargo, a la clase como a la muchedumbre que creía le escuchaba, a la cual trataba de animar con su entusiasmo y provocaba a responder a sus preguntas: "Y bien, señores, ¿qué piensan ustedes de esta idea de los estoicos?" Y como los dos oyentes petrificados por lo trágico de la escena tardasen en contestar: "Pero contéstenme ustedes, ¿acaso se han quedado mudos?"

Por último el profesor de quien ha conservado Jacques la mayor gratitud (aunque sus ideas estuviesen entonces muy alejadas de las suyas) era Lucien Lévy-Bruhl, que enseñaba la historia de la filosofía moderna con una tristeza y una frialdad que chocaban extrañamente a los estudiantes, pero cuya bondad y abnegación eran incomparables. Creo yo que experimentaba un afecto un poco sorprendido por el estudiante ardiente, sediento de verdad y enemigo de todo conformismo, y cuyo socialismo lírico no era como para desagradar a un fiel amigo de Jaurès. Lévy-Bruhl tenía en aquel tiempo la misma confianza ardiente que Durkheim en la Sociología, pero no estaba siempre encargado de esa enseñanza en la Sorbona. Sus trabajos etnológicos habían de conducirle poco a poco a más amplias concepciones. Jacques lo ha vuelto a ver muchas veces, sobre todo durante estos últimos años, cuando trabajaban ambos para organizar en Francia la acogida a los refugiados lanzados de su país por la persecución nazi. En el orden filosófico mismo, en lo que concierne a la interpretación

que ha de darse a la "mentalidad primitiva", tuvo la alegría de obtener, algunos meses antes de la muerte de Lévy-Bruhl el beneplácito de su antiguo maestro a las opiniones que proponía. El respeto y el afecto que experimentaba por Lévy-Bruhl no hicieron más que confirmarse con los años.

En la época de que hablo solamente de Spinoza y de Nietzsche nos venía cierta alegría y cierto bienestar del espíritu. Recuerdo que durante varios meses Jacques sintió la embriaguez de la *Etica* y de aquella sabiduría que se creía soberanamente sabia y soberanamente libre al exhortar al hombre a amar a Dios intelectualmente, sin pedir ser correspondido. Con aquellos temas de Spinoza trataba —bien en vano— de reconfortar a Ernest Psichari en la terrible crisis por la cual pasaba, a causa de su amor contrariado por la hermana de Jacques. A otros amigos que querían hacerse pasar por hastiados y desengañados de todo, y que profesaban la necesidad de aceptar los compromisos para "llegar en el mundo", les predicaba lo que llamaba "el escalamiento metafísico", es decir la renuncia a todo compromiso, para realizarse en lo absoluto. Spinoza me entusiasmaba por el encadenamiento riguroso de sus pruebas, por aquella valentía en afirmar y demostrar que hacía aparecer a mis ojos la posibilidad de otra filosofía distinta del relativismo de nuestros maestros. Lo que nos hacía simpático a Nietzsche, era su pasión desesperada por aquella verdad cuya muerte se empeñaba en proclamar, el vigor con que barría los prejuicios de la mediocridad instalada en el vacío y arrancaba todas las caretas poniendo de manifiesto lo trágico de la vida.

Pero sentíamos que nuestro entusiasmo por Spinoza no era más que un sueño exaltador de la inteligencia, una especie de opio metafísico. La realidad se escapaba por todas partes en su sistema, la *Etica* carecía de fuerza ante el más insignificante grito de un ser humano verdaderamente atento a su corazón; los consuelos que ofrecía a un hombre acorralado, y que pedía hacerse más que Dios (porque el

mismo Dios —nosotros habíamos de comprenderlo más tarde—, pide ser correspondido en su amor) producían el efecto de una afectación ridícula. Spinoza no había producido en nosotros ninguna convicción real. Y de Nietzsche tampoco recibíamos más que una simple embriaguez estética del espíritu. El desprecio de los débiles y de los pobres, la exaltación loca del orgullo y de la violencia danzan sobre la nada, todo lo que convenía aceptar si se quería realmente creer en Nietzsche no era un pan que pudiera verdaderamente alimentarnos. Las alegrías que Spinoza y Nietzsche nos dispensaron un momento venían a dejarnos más vacíos y más desesperados.

En el Jardín de Plantas (5)

Paseábamos un mediodía de verano, Jacques y yo, por el Jardín de Plantas, pleonasmo con cuyo nombre se conocen los lugares poco frecuentados y encantadores, tan queridos por los parisienses de la orilla izquierda. Hay allí, entre muchos viejos árboles un gigantesco cedro del Líbano "traído por de Jussieu en su sombrero" dice un letrero; un laberinto de completo reposo; un museo de historia natural; viejos laboratorios de infortunio, a la moda francesa; osos en sus fosos profundos; leones en sus jaulas; serpientes en sus vitrinas, elefantes en sus pagodas, otarios en sus estanques; enamorados bajo las sombras, y por todas partes nodrizas y niños.

Nos gustaba ir allí después de las clases, cuando volvía yo a pie de la Sorbona a mi casa; y como todos los paseantes de aquel jardín teníamos familiaridad con las bestias inocentes a las cuales se puede proporcionar placer con un poco de pan. Pero aquel día pasábamos sin mirar a los

(5) Traducimos Jardín de Plantas, aun cuando lo que en realidad correspondería en español correcto sería Jardín Botánico. (N. del T.)

osos, sin oír siquiera a las focas; es que decididamente, no éramos felices, éramos más bien desdichados.

Acabábamos de pasar revista a cuanto nos habían aportado nuestros dos o tres años en la Sorbona. Un bagaje bastante importante de conocimientos particulares, científicos y filosóficos, sin duda. Pero esos acontecimientos estaban minados en su base por la relatividad de los sabios, por el escepticismo de los filósofos.

Son felices los sabios que no razonan sobre la razón, que sólo interrogan lo visible y lo mensurable, y van en línea recta ante ellos de descubrimiento en descubrimiento.

No éramos tampoco con nuestros veinte años apenas, de esos tocados de escepticismo que lanzan su duda como el humo del cigarrillo, y encuentran por lo demás la vida excelente. Éramos, lo mismo que toda nuestra generación, sus víctimas. En efecto, aun cuando el escepticismo sea informulable, porque todas sus fórmulas son afirmativas en cierto modo, aun cuando expresan la filosofía de la duda —no es por ello menos activo, y capaz de disgregar la vida del alma.

Aun cuando todos mis recuerdos van afluyendo a medida que los evoco, y resucitan con sus frescos colores de antes, aquí, lo confieso, no me es posible ya revivir en el mismo grado la pena profunda de mi corazón desfallecido de hambre y de sed de la verdad.

Esta angustia metafísica que penetra en las fuentes mismas del deseo de vivir, es capaz de convertirse en una total desesperación, y de conducir al suicidio. Creo yo que en estos últimos y sombríos años, en Austria, en Alemania, en Italia, en Francia, millares de suicidios son debidos a esa desesperación, más todavía que al exceso de otros sufrimientos experimentados en el cuerpo y en el alma.

Algo análogo a esto sentiría yo si ocurriese que la Francia querida en quien hemos puesto toda nuestra esperanza en este mundo, llegara a ser —pero no, este pueblo, esta

juventud que hemos conocido no lo permitirán— un país bárbaro en que la crueldad de espíritu y la grosería de corazón hicieran la ley, en que los valores evangélicos se convirtieran en irrisión, en que la libertad del espíritu fuera humillada, en que reinaran el más duro utilitarismo, el falso realismo, y el brutal instinto de dominación. Entonces no nos quedaría otra cosa que suplicar al Señor que nos retirase cuanto antes de este mundo, y decir un *Nunc dimittis* de desesperanza.

Yo creo que millares de las muertes de hoy son debidas a la decepción total del alma que siente el engaño de haber tenido fe en la humanidad, de haber creído en la fuerza triunfante de la verdad y de la justicia, de la bondad y de la piedad, de todo lo que sabemos es el bien.

Una angustia de esta clase es la que viví yo entonces. Pero fué curada un poco más tarde tan misericordiosamente que me es difícil, por encima de tanta dulzura y felicidad, volverla a sentir de nuevo en toda su amargura. Sin duda llegaron otras angustias, otros dolores, con frecuencia inmensos, pero este desconsuelo jamás he vuelto a conocerlo. Sin embargo, no lo he olvidado. Nunca se olvidan las puertas de la muerte.

Acabábamos de decirnos aquel día que si nuestra naturaleza era desdichada por no poseer más que una seudo inteligencia capaz de todo salvo de la verdad, si, juzgándose a sí misma, tenía que humillarse hasta tal punto, no podíamos nosotros ni pensar ni obrar dignamente. Entonces todo se hacía absurdo —e inaceptable— sin que siquiera supiéramos qué era lo que se negaba en nosotros de esa manera a aceptar.

—No podemos vivir según los prejuicios, buenos o malos, tenemos necesidad de pesar su justicia y su valor — pero, ¿qué medida emplearemos? ¿Dónde está la medida de todas estas cosas?

—Yo quiero saber si el ser es un accidente, un beneficio o una desgracia, desprecio la resignación y el renunciamiento

de la inteligencia de los cuales tantos ejemplos tenemos en nuestro derredor.

No queremos tampoco *querer* ciegamente; este "sublime" absurdo nos parecía un monstruo, y nos daba horror.

Lo que nos salvó entonces, lo que hizo de nuestra real desesperación una desesperación todavía condicional, fué justamente nuestro sufrimiento. Esta dignidad apenas consciente del espíritu salvó nuestro espíritu con la presencia de un elemento irreductible al absurdo a que todo trataba de conducirnos.

Para entonces ya había llegado yo a creerme atea; ya no me defendía contra el ateísmo, persuadida por fin, o más bien asolada por tantos y tantos argumentos que se tenían como "científicos". Y la ausencia de Dios despoblaba el universo.

—Si tenemos que renunciar también a encontrar un sentido a la palabra verdad, a la distinción entre el bien y el mal, entre lo justo y lo injusto, ya no es posible vivir humanamente.

No me gustaba a mí semejante comedia. Hubiera aceptado una vida dolorosa, pero no una vida absurda. Jacques había pensado largamente que valía todavía la pena luchar por los pobres, contra la esclavitud del "proletariado". Y su propia generosidad lo había fortificado. Pero entre tanto se encontraba tan desesperado como yo.

—Esta vida que yo no he escogido, tampoco quiero vivirla en tales tinieblas. Porque la comedia es siniestra. Se representa en un teatro de lágrimas y de sangre.

Nuestra perfecta armonía, nuestra propia felicidad, toda la dulzura del mundo, todo el arte de los hombres no podía hacernos admitir sin razón —en cualquier sentido que se tome la expresión— la miseria, la desgracia, la maldad de los hombres. O bien la justificación del mundo era posible, y no podía hacerse sin un conocimiento verdadero; o bien la vida no merecía la pena de un instante más de atención.

—Aun cuando no hubiera más que un solo corazón en el mundo que padeciera ciertos sufrimientos, un solo cuerpo que conociera la agonía de la muerte, esto exigiría una justificación; y aun cuando sólo hubiera el sufrimiento de un solo niño; y aun cuando los animales solos sufrieran también sobre la tierra, esto, todo esto, exigiría una satisfacción.

—En ningún caso es aceptable el estado de cosas sin una luz verdadera sobre la existencia. Si semejante luz es imposible, la existencia también es imposible y no vale la pena vivir.

Si... Si... E íbamos añadiendo estrofas sombrías a aquel canto de nuestra aflicción. Pero existía siempre aquel condicional en nuestra alma. Había en ella siempre aquella pequeña esperanza, aquella puerta entreabierta que daba al camino de la luz.

Antes de salir del Jardín de Plantas tomamos una decisión solemne que nos pacificó: la de mirar de frente, y hasta en sus últimas consecuencias —en lo que fuera posible— los datos del universo desdichado y cruel cuya única luz era la filosofía del escepticismo y del relativismo.

No queríamos aceptar ningún disfraz, ningún halago de las grandes personas dormidas en su falsa seguridad. El epicureísmo que proponían era una añagaza, tanto como el triste estoicismo, y el estetismo, una diversión. Tampoco queríamos considerar que, puesto que la Sorbona había hablado, todo estaba dicho. El mundo universitario estaba entonces entre nosotros tan herméticamente cerrado sobre sí mismo, que esta simple idea tenía ya algo de meritoria. Decidimos, pues, conceder confianza a lo desconocido durante algún tiempo; íbamos a abrir un crédito a la existencia, a una experiencia a realizar, con la esperanza de que ante nuestro vehemente llamamiento se rasgaría el velo que ocultaba el sentido de la vida, con la esperanza de que se revelarían nuevos valores tan claramente que arras-

trarían nuestra adhesión total, y nos libertarían de la pesadilla de un mundo siniestro e inútil.

Que si esta experiencia no tenía éxito, la solución sería el suicidio; el suicidio antes de que los años hubieran acumulado su sedimento, antes de que se hubieran gastado nuestras jóvenes fuerzas. Queríamos morir con libre determinación si era imposible vivir según la verdad.

CAPÍTULO IV

HENRI BERGSON

"Una idea de la verdad"

Fué entonces cuando la piedad de Dios nos hizo encontrar a Henri Bergson.

Daba lecciones en el Colegio de Francia, cuyos edificios están enfrente de los de la Sorbona. No había más que atravesar la calle Saint-Jacques y dar algunos pasos por la calle de las Escuelas, pero no era aquello tan fácil como podría creerse. Había precisamente entre ambas instituciones una montaña de prejuicios y de desconfianza, y particularmente por parte de los filósofos de la Sorbona respecto a la filosofía de Bergson. De suerte que era casi tan difícil para los jóvenes estudiantes el imaginarse que se podía pasar de la Sorbona al Colegio de Francia, como de la Sorbona a la iglesia de Sainte-Geneviève, su próxima vecina sin embargo.

Quien nos hizo atravesar la calle, quien nos hizo pasar de una casa a la otra, fué precisamente el enemigo declarado del "historicismo" sorboniano —Charles Péguy.

Un día, pues, al ver que nuestra decepción era completa, nos llevó al curso de Bergson.

Acabábamos de hacer el balance de lo que nuestros maestros nos habían dado como viático, a los tres jóvenes que esperábamos de ellos los principios de un conocimiento verdadero y de una acción justa, y advertíamos que sólo muerte y polvo teníamos en nuestras manos. El positivismo seudo científico, el escepticismo, el relativismo hacían violencia

en nosotros a aquella "idea de la verdad invencible para todo el pirronismo", de que habla Pascal; y no podíamos resistir sino por el sufrimiento esta desmoralización del espíritu. ¿Podríamos nosotros, a los dieciocho a veinte años, oponer una doctrina personal a todas aquellas doctrinas? ¿Podríamos rehusarlas sistemáticamente, ver por nosotros mismos claramente en qué eran erróneas? Por instinto nos agitábamos contra un relativismo sin salida, contra aquella relación a la nada, porque ningún absoluto era admitido. A pesar de todo cuanto pudiera apartarnos de ella persistíamos en *buscar la verdad* —¿qué verdad?— en llevar en nosotros la esperanza de una plenitud de adhesión posible a una plenitud de ser.

Si yo trataba, haciendo abstracción de toda teoría metafísica, de formular como hubiera podido hacerlo entonces lo que eran para mí la verdad y el conocimiento, hubiera dicho poco más o menos esto:

Ante el solo enunciado de la palabra verdad mi corazón se estremece de entusiasmo. La belleza de esta palabra resplandecía a mis ojos como un sol espiritual opuesto a todas las tinieblas: las de la ignorancia, las del error, las de la mentira, las de la iniquidad también, que es un error de medida y una mentira. Conocer la verdad. Pleonasmo. En la verdad existe ya el conocer, como existe en ella la realidad y el ser. Pensar la palabra verdad es subentender una facultad espiritual, en la cual solamente se puede encontrar una verdad. Es subentender la capacidad de tal facultad espiritual para conformarse al ser, a lo real, para producir en sí mismo la verdad. Y es también plantear el problema de saber si tal facultad existe.

Pero pensar, hablar, proponer tal problema, es testimoniar, ya que en este problema, y antes de que sea planteado, una respuesta espontánea, implícita es dada, y que esta respuesta es afirmativa.

En la hipótesis en efecto de que esta respuesta fuera negativa, deberíamos no hablar ya, ni proponer problemas

de ninguna clase, porque siendo negada toda posibilidad de adecuación cognitiva a lo real estamos desprovistos del medio de afirmar, de negar, de responder y de pensar.

Sin duda no podemos dejar de pensar; pensar es una función humana. Pero si no poseyéramos ninguna facultad de aprehensión de lo real nuestro pensamiento no sería más que un sueño, una función puramente subjetiva, una eflorescencia psíquica sin finalidad, el *epifenómeno* inventado por el mecanicismo; y por ningún título, ni aun por el título de la "verdad relativa" de los sabios y de los historiadores, podría ser considerada como capaz de esta verdad cuya idea se impone en todo caso y a pesar de todo a nuestro uso, ni como medio de comunicación humana. Por encima de nuestra alma se elevaría como un vapor fuliginoso, como un fuego fatuo danzando sobre una marisma.

En esta hipótesis toda hipótesis es inútil y vacía de sentido, no se podría calificarla ni de verdadera ni de falsa, porque la verdad ha sido eliminada juntamente con la posibilidad de captar lo real, y lo falso no se establece más que con relación a lo verdadero.

La hipótesis en la cual no existe facultad de aprehensión de lo real no puede, pues, ser formulada sino a título de duda metódica pero no de duda real, es un procedimiento filosófico de investigación, no caracteriza la naturaleza del espíritu. De esto por lo menos estábamos seguros.

Espontáneamente, instintivamente, a la interrogación de saber si el hombre posee una facultad espiritual capaz de conocer lo real, le dábamos nosotros una respuesta positiva. Pero de nuestra respuesta no podíamos todavía establecer, de manera científica, filosófica, ni la legitimidad, ni el alcance.

Esta filosofía de la verdad, esta verdad tan ardientemente buscada, tan invenciblemente creída, no era todavía para nosotros más que una especie de Dios desconocido. Le reservábamos un altar en nuestro corazón, la amábamos ardien-

temente sin conocerla; por adelantado le reconocíamos todos los derechos sobre nosotros, sobre nuestra vida. Pero no sabíamos qué sería, desconocíamos cuál era el camino y cuáles eran los medios para alcanzarla.

¿Se levantaría como el sol para una larga jornada de felices descubrimientos? ¿Se levantaría como la luna, para iluminar la noche de nuestra miseria? ¿Sería, como el cielo estrellado, luz y tinieblas a la vez? No lo sabíamos. Sabíamos solamente que tal como fuera sería soberana nuestra y que queríamos nosotros ser sus servidores.

Existía, pues, siempre en nosotros esta idea invencible de la verdad, esta puerta abierta al camino de la vida. Ahora bien, hasta el día inolvidable en que oímos a Bergson esta idea de la verdad, esta esperanza de descubrimientos insospechados había sido por todos cuantos esperábamos alguna luz implícita o explícitamente escarnecida.

En el curso de Henri Bergson

Encontramos al filósofo en todo el esplendor de su joven gloria. Había publicado ya hacia tiempo sus dos grandes libros: el *Essai sur les Données Immédiates de la Conscience* y *Matière et Mémoire*. Los leímos un poco más tarde, y fué en su clase donde conocimos primeramente su doctrina filosófica.

El arte consumado con que Bergson exponía sus opiniones y parecía arrastrarnos a todos en el proceso de sus descubrimientos, en nada atenuaba la sutilidad y el tecnicismo de su enseñanza. Sin embargo, la gran sala en que hablaba era demasiado pequeña para contener a cuantos acudían, ávidos de escucharle.

Con Péguy, Sorel y Ernest Psichari llegamos temprano para encontrar seguramente un sitio. Henri Focillon, Jean Marx, Masson-Oursel, la poetisa Anna de Noailles se encontraban también en la sala. No era el esnobismo, como pudiera creerse, sino un certero instinto el que guiaba a

tan numerosos oyentes, y no éramos nosotros los únicos a quienes devolvía Bergson la alegría del espíritu al restablecer la metafísica en sus derechos.

Alguien que conozco yo bien escribió mucho más tarde que "el hombre es un animal que se nutre de trascendentales". En términos diferentes nos aseguraba Bergson que un alimento como ése estaba a nuestro alcance, que somos capaces de conocer verdaderamente lo real, que por la intuición alcanzamos lo absoluto.

Y nosotros llegábamos a la creencia de que podríamos verdaderamente, absolutamente, conocer lo que es. Poco nos importaba entonces que eso fuese por la intuición que trasciende los conceptos, o por la inteligencia que los forma; lo importante, lo esencial, era el resultado posible: alcanzar lo absoluto.

Con una crítica maravillosamente penetrante disipaba Bergson los prejuicios antimetafísicos del positivismo seudo científico, y recordaba el espíritu en su función real, en su esencial libertad.

Su palabra elocuente y precisa nos tenía en suspenso; la distracción era imposible. Ni un solo instante se apartaba nuestra atención, se rompía el hilo precioso del discurso. Nos ocurría como con la música perfectamente bella: su autenticidad, su riqueza profunda encadena el espíritu y no le permite evadirse. Si hay desfallecimientos en la atención pasiva del oyente, es que los hay sin duda también en la necesidad del texto escuchado... Y cuando el pensamiento de Bergson alcanzaba uno de sus puntos culminantes, como el día en que nos dijo, haciendo alusión a una palabra del Apóstol (lo que yo entonces ignoraba): "Vivimos en lo absoluto, nos movemos y estamos en lo absoluto", creaba en nosotros el entusiasmo, y una gratitud regocijada que había de subsistir a través de los años, a través también de grandes divergencias filosóficas, y a pesar de las críticas necesarias y no atenuadas.

Péguy y Psichari, Jacques y yo, formábamos un cuar-

teto exultante, porque se abrían ante nosotros perspectivas de vida espiritual y de certidumbres intelectuales.

Jacques y Ernest Psichari tomaban notas —¡dónde estarán ahora esas notas!—; Péguy y yo les dábamos bromas a propósito de esas notas. Las de Ernest formaban un todo compacto, sin apartados, sin puntos ni comas; decíamos nosotros que parecían el fluir constante de la duración. Las de Jacques dibujaban pequeños parágrafos distintos —decíamos que mostraban las articulaciones del pensamiento bergsoniano.

Volvía yo a sentir la agilidad y la alegría de mi infancia, cuando, emocionada, caminaba hacia el Liceo.

Nos dirigíamos a la clase de Bergson poseídos de una curiosidad desconcertante, de una expectación sagrada. Volvíamos con nuestra cosecha de verdades o de promesas, como vivificados por un aire saludable, exuberantes, prolongando más y más los comentarios sobre la lección del Maestro. Pasaba el invierno, iba a llegar la primavera.

Algunas palabras sobre la filosofía de Bergson

A aquella facultad espiritual de conocer cuya oscura esperanza teníamos no le dábamos todavía ningún nombre; pero es probable que la hubiéramos llamado inteligencia, si nos hubiera ocurrido la idea de nombrarla.

Bergson, reconociendo la existencia de semejante facultad, la ha llamado intuición, y la ha opuesto a la inteligencia en una crítica sumamente severa del concepto; si rehusa al concepto todo poder auténtico de aprehender lo real, es que niega a la inteligencia sus bases y sus cimas que son justamente la intuición.

Algunos años más tarde, al estudiar la naturaleza, la vida y la función de la inteligencia, al comprobar que la crítica bergsoniana sólo había realmente recaído contra un mal uso de la inteligencia, y contra una metafísica errónea, racionalista y cientifista, Jacques había de separarse de

Bergson en este punto. Pero la enseñanza de Bergson en lo que tenía de positivo nos daba la posibilidad misma del trabajo metafísico; y, en lo que tenía de negativo, al desenmascarar los sofismas en que estaban fundadas las teorías mecanicistas y materialistas, despejaba el terreno filosófico de un gran número de seudo problemas y de falsas soluciones.

Sin embargo, el primer descubrimiento psicometafísico de Bergson no ha sido el de la intuición, sino el de la duración. Primero el descubrimiento; después la toma de conciencia del modo de descubrimiento.

Volviendo por introspección sobre la vida de la conciencia, Bergson asía en ella una realidad continua, cualitativa, extraña —él no ha dicho en el ser, y esto es muy importante para la interpretación y las consecuencias alejadas de su doctrina—, sino en el espacio, y en el tiempo espacializado de la física.

Valiéndose de admirables análisis psicológicos, volviendo sobre lo que ya había dicho en su *Essai sur les Données Immédiates de la Conscience*, de que citaré yo aquí algunos pasajes, Bergson nos descubría el mundo de lo que llamaba la duración, y que era a decir verdad, en concreto, el dinamismo del ser bajo el velo de la introspección psicológica. Nos conducía hasta aquella profunda realidad de la "pura duración", captada por la conciencia cuando abandonando toda imagen de espacialidad se repliega sobre sí misma; la pura duración es "una sucesión de cambios cualitativos que se funden, que se penetran sin contornos precisos, sin ninguna tendencia a exteriorizarse los unos con relación a los otros, sin ningún parentesco con el número"... Es la "heterogeneidad pura" ([1]), opuesta a la absoluta homogeneidad del espacio. Es el reino de la cualidad opuesta al grandor o tamaño mensurable.

([1]) HENRI BERGSON, *Essai sur les Données Immédiates de la Conscience*. París. Alcan, 9ª ed., 1911.

"Considerados en sí mismos, los estados de conciencia profundos no tienen ninguna relación con la cantidad; son cualidades puras; se mezclan de tal manera que no se podría decir si son uno o varios, ni examinarlos siquiera en este punto de vista sin desnaturalizarlos al mismo tiempo."

Bergson liberaba el espíritu haciéndolo volver a la interioridad donde está su vida verdadera, a las profundidades completamente cualitativas de la conciencia, elevándose con fuerza y éxito contra la tendencia de los filósofos de su tiempo a reducirlo todo —aun lo cualitativo, lo único y lo incomparable— al número y al espacio, a las cantidades mensurables, superponibles y reversibles según la exterioridad y la homogeneidad de las relaciones físicomatemáticas. Si semejante comportamiento intelectual es legítimo en el campo de las ciencias matemáticas y físicas, es en las demás destructor de toda filosofía verdadera. Bergson daba a la filosofía su campo de acción mostrando que la ciencia y sus procedimientos son inevitablemente inaplicables a ella, desde el momento en que la ciencia busca, hoy por lo menos, sus últimas explicaciones en la cantidad pura, en la homogeneidad y lo mensurable:

"La ciencia, dice en el *Essai,* lo mismo que decía en su clase, no obra sobre el tiempo y el movimiento más que a condición de eliminar de ellos primeramente el elemento esencial y cualitativo —del tiempo, la duración, y del movimiento la movilidad—. De esto podría uno convencerse sin trabajo examinando al papel de las consideraciones de tiempo, de movimiento y de velocidad en astronomía y en mecánica.

"Lo que prueba bien que el intervalo de duración mismo no cuenta desde el punto de vista de la ciencia, es que, si todos los movimientos del universo se produjeran dos o tres veces más de prisa, no habría nada que modificar ni en nuestras fórmulas, ni en los números que hacemos entrar en ellas. La conciencia tendría una impresión indefinible y en cierto modo cualitativa de este cambio (moriríamos

en él quizá; en todo caso el tiempo de nuestra vida cambiaría), pero no aparecería fuera de ella, porque el mismo número de simultaneidades se produciría también en el espacio." Del mismo modo "la mecánica no retiene del tiempo más que la simultaneidad", y "del movimiento mismo más que la inmovilidad".

Como, para Bergson, la duración es constitutiva del yo, todo procedimiento de análisis que ignora o menosprecia este elemento esencial, cualificativo e irreductible al simbolismo espacial, es impropio en ese campo. El determinismo físico, ¿no reduce acaso toda la vida de la conciencia a un epifenómeno? "Se representan los movimientos moleculares realizándose en el cerebro; la conciencia se desprendería de ellos a veces sin saber cómo, e iluminaría su huella a la manera de una fosforescencia... Pero aun reportándose a la imagen que se quiera no se demuestra, no se demostrará jamás que el hecho psicológico esté determinado necesariamente por el movimiento molecular. Porque en un movimiento se encontrará la razón de otro movimiento, pero no la de un estado de conciencia... En cuanto al determinismo psicológico, implica una concepción asociacionista del espíritu... Su error es el haber eliminado primeramente el elemento cualitativo del acto para no conservar más que lo que tiene de geométrico y de impersonal... Es una psicología engañosa del lenguaje la que nos muestra el alma determinada por una simpatía, una aversión o un odio, como tantas fuerzas que pesan sobre ella. Estos sentimientos, siempre que hayan alcanzado una profundidad suficiente, representan cada uno de ellos el alma entera, en el sentido de que todo el contenido del alma se refleja en cada uno de ellos."

Para Bergson decir que el alma toda está comprometida en uno de sus actos es decir que es libre. La persona puede estar "toda entera en uno solo de sus actos, siempre que se sepa escogerlo. Y la manifestación exterior de este acto interno será precisamente lo que se llama un acto libre

porque el yo solo habrá sido su autor, porque expresa el yo todo entero..." Podría pensarse que se trata aquí de espontaneidad más bien que de libertad; pero esta espontaneidad en el caso en que comprometa la persona toda entera equivale realmente a la libertad; porque, a decir verdad, y esto Bergson no lo aclaraba, si la persona puede comprometerse toda entera en su propio acto es gracias al imperio espiritual de la voluntad sobre él.

Bergson ha establecido una doctrina psicológica de la libertad más bien que una doctrina metafísica; ésta no puede prescindir de una metafísica del intelecto y de la voluntad, y Bergson no ha buscado verdaderamente en sus trabajos semejante metafísica. Su intuición primordial le llevaba por otros caminos. Pero en su plan psicológico la doctrina bergsoniana de la libertad no es en modo alguno incompatible con las conclusiones metafísicas de Aristóteles y de Santo Tomás. Solamente revela su insuficiencia si se la presenta como una metafísica de la libertad. De todos modos en ambas filosofías la conclusión es la misma: afirma la libertad como la característica de la personalidad. Ambas filosofías admiten (contrariamente a lo que Bergson creía de las metafísicas espiritualistas), grados en la libertad, porque nuestros actos no nos comprometen todos en el mismo grado. Ambas filosofías reconocen también que los actos verdaderamente libres, verdaderamente "humanos" son raros. Porque vivimos por regla general en la superficie de nosotros mismos, donde el automatismo, el hábito, la facilidad, la sugestión hacen las veces de la libertad. "Muchos viven así y mueren sin haber conocido la verdadera libertad, pero la sugestión misma se convertiría en persuasión si el yo todo entero se la asimilase; la pasión misma, de repente, no presentaría ya el mismo carácter fatal si se reflejase en él, así como en la indignación de Alcestes, toda la historia de la persona; y la educación más autoritaria no disminuiría nada de nuestra libertad si nos comunicara solamente ideas y sentimientos capaces de impregnar el

alma entera. La decisión libre emana, en efecto, del alma entera; y el acto sería tanto más libre cuanto la serie dinámica a la cual se reduce tendiera más a identificarse con el yo fundamental." ¿Acaso no haría en cierto modo comprender cómo la visión divina que une totalmente a Dios con los espíritus bienaventurados no destruye en ellos la libertad, sino que la fortifica por el contrario para todos los actos que se derivan de su contemplación?

"Se me excusará esta digresión", decía frecuentemente Bergson en sus cursos; y podía por lo demás añadir con razón que "no era inútil". Me parece que en todo caso no es inútil citar también algunos textos de Bergson, entre los que corresponden a lo que yo he retenido de su enseñanza oral. Decía que la mayor parte de nuestras acciones corrientes se realizan a la manera de reflejos. Concedía al determinismo el que "abdiquemos frecuentemente también nuestra libertad en las circunstancias más graves, por inercia o flojedad". Ocurre así que nos dejamos persuadir por la insistencia de nuestros amigos más fieles cediendo pasivamente a sus razones, y creemos obrar libremente, "y sólo reflexionando más tarde reconocemos nuestro error. Pero también, en el momento en que el acto va a producirse, no es raro que se produzca una rebelión. Es el yo del fondo que remonta a la superficie. Es la corteza exterior que se abre, cediendo a un irresistible empuje. Se opera, pues, en las profundidades de ese yo y por debajo de argumentos muy razonablemente yuxtapuestos, una ebullición y por lo mismo una tensión creciente de sentimientos y de ideas, no inconscientes sin duda, pero en los cuales no queremos poner atención . . . Por una inexplicable repugnancia a querer, los habíamos rechazado a las profundidades oscuras de nuestro ser cuantas veces emergían a la superficie". Pero, violentamente, el yo profundo ha reaccionado. Tratamos de saber en virtud de qué razón nos hemos decidido "y nos encontramos con que nos hemos decidido sin razón, quizá también contra toda razón. Pero es ésta precisamente, en ciertos

casos, la mejor de las razones". Señalemos este incidente: *en ciertos casos*. Porque si nos hemos decidido por el impulso de una pasión, o de un momento de aberración, no hemos obrado libremente. Pero si la acción realizada "responde al conjunto de nuestros sentimientos, de nuestras ideas y de nuestras aspiraciones más íntimas, a esta concepción particular de la vida que es el equivalente de toda nuestra experiencia atrasada, en resumen a nuestra idea personal de la felicidad y del honor", habremos obrado libremente. A decir verdad tal decisión, que parecería rebasar los razonamientos mejor aderezados, y que nos da un sentimiento de plenitud y de justicia cumplida, se parece mucho a la inspiración, bien a la que nos pertenece totalmente, bien a la que viene de Dios, porque solamente en esas profundidades puede formarse, y porque Dios obra en nosotros.

El verdadero motivo, la verdadera razón de un acto libre expresa en un acto profundo de la inteligencia nuestro ser todo entero, y no se parece en nada a esos *en pro y en contra* de una razón impersonal que imagina un intelectualismo de mala ley. En este sentido me parece que se puede entender la reducción que Bergson intentaba del "motivo" en el orden práctico, y que correspondía a su crítica del "concepto" en el orden especulativo. "Se mostrará sin pena, decía, que nuestras acciones insignificantes están ligadas a algún motivo determinante. En circunstancias solemnes, cuando se trata de la opinión que damos de nosotros a los demás, y sobre todo a nosotros mismos, elegimos contra lo que se ha convenido en llamar un motivo; y esta ausencia de toda razón tangible es tanto más chocante cuando que somos más profundamente libres... En resumen somos libres cuando nuestros actos emanan de nuestra personalidad toda entera, cuando la expresan, cuando tienen con ella ese indefinible parecido que se encuentra a veces entre la obra y el artista. En vano se alegará que cedemos entonces a la influencia omnipotente de nuestro carácter. Nuestro carácter somos nosotros..."

No convendría creer, sin embargo, que nuestra actividad libre sea solamente privilegio de algunos momentos excepcionales. "El proceso de nuestra actividad libre se continúa en cierto modo a pesar nuestro, en todos los momentos de la duración, en las profundidades oscuras de la conciencia... el sentimiento mismo de la duración viene de ese proceso continuo de nuestra actividad libre en el fondo de la conciencia..." Dicho de otra manera, esta actividad libre es primera, es la vida propia de la persona espiritual, y duración, espíritu y vida son sinónimos. Existe todo este universo en la primordial intuición de Bergson. Esta duración es como la nebulosa primitiva de que podría salir por diferenciaciones sucesivas toda la metafísica de Bergson; todo iba a depender de los análisis y de las intuiciones por las cuales la filosofía iba a proceder. Porque no se puede filosofar solamente a fuerza de intuiciones. Es preciso analizar también y deducir, es preciso a todo trance sintetizar y sistematizar. Ahí reside la posibilidad del error. Podría decirse, anticipando (porque entonces estábamos muy lejos de tales críticas), que las sistematizaciones de Bergson han sido desafortunadas dos veces: en la *Evolution Créatrice*, donde parece desconocer la trascendencia del principio creador, y donde parece decididamente minimizar el valor de la inteligencia humana, y en *La perception du Changement* donde, sistematizando excesivamente su intuición de la duración, hace del cambio puro "la sustancia misma de las cosas". Pero mucho más tarde en *Les Deux Sources de la Morale et de la Religion*, Bergson había de volver a la libertad de las intuiciones espirituales, y provisto esta vez del tesoro de las riquezas adquiridas en treinta años de meditación y de trabajo, alcanzar y rebasar las verdades incluídas en su *Essai sur les Données Immédiates de la Conscience*.

En la época en que seguimos sus cursos, poco antes de la publicación de la *Evolution Créatrice*, no recibimos más que el beneficio de los horizontes que nos abría, fuera del mundo vacío y decolorado del mecanicismo universal, sobre

el universo de las cualidades, sobre la certitud espiritual, sobre la libertad de la persona. "El acto que lleva la marca de nuestra persona es verdaderamente libre", decía, "la libertad es un hecho, y entre los hechos que se comprueban no hay otro más claro". Los profundos análisis de *Matière et Mémoire* se volvían a encontrar también en los cursos del Colegio de Francia, sobre todo en la discusión del "paralelismo psicofísico", y en aquellas exposiciones brillantes en que Bergson nos mostraba todo lo que cierta psicología supuestamente científica pura debe en realidad a la metafísica de Spinoza.

No tengo la pretensión de haber hecho aquí una exposición de la filosofía de Bergson. No cuadraría eso bien en la simplicidad de estas memorias y además he querido atenerme solamente a lo que sabía yo de esta filosofía en la época a que me refiero.

Jacques fué pronto reputado en la Universidad como un discípulo de Bergson. Paseaba por las salas de curso la llama revolucionaria de un socialismo ardiente y de la filosofía de la intuición. Y el maestro mismo decía que era de sus discípulos el que mejor comprendía e interpretaba su pensamiento.

En la Sorbona, en el curso de Gabriel Séailles cuyas conferencias preparatorias a la agregación seguía asiduamente, dió un día Jacques una lección ultrabergsoniana que escandalizó a un joven dominico llegado de su convento para respirar el aire de la Sorbona. Este dominico conocido hoy como uno de los mejores teólogos de nuestro tiempo, y que había de llegar a ser nuestro amigo durante muchos años, era el Padre Garrigou-Lagrange.

Hablando de la moral, Jacques, parte en serio y parte en broma, emitió entonces esta proposición de la cual nos hemos reído después frecuentemente, con el Padre Garrigou: "La moral es una danza, que se practica a través de todas las formas del devenir sin detenerse jamás en nin-

guna." Lo que podía indicar, en rigor, una de las direcciones que el pensamiento de Bergson hubiera podido tomar en esta materia, pero que, gracias a Dios, el filósofo no ha tomado nunca, habiendo encontrado —mucho más tarde es cierto, en la moral de las místicas cristianas— una "forma" donde detenerse.

De Plotino a Ruysbroeck

Asistíamos también, una vez por semana, al curso de explicación de griego que daba Bergson en una pequeña sala del Colegio de Francia ante un pequeño número de discípulos. Nos colocábamos tan cerca de la mesa en que posaba el texto que había de comentar que casi hubiéramos podido leerlo con él. Nos parecía que esta proximidad, esta intimidad nos acercaba a la vez al maestro comentador y al maestro comentado, como si hubiéramos estado comprendidos en la nube luminosa de sus inteligencias conjugadas.

El año en que seguía yo este curso, Bergson explicaba a Plotino; sentíamos que se interesaba en ello mucho personalmente pero no sospechábamos el gran papel que Plotino iba a desempeñar en su vida. Este papel no lo conocimos hasta mucho más tarde. La explicación de Bergson hacía límpido el texto difícil, y todo me parecía sencillo de comprender bajo su conducción. Estos cursos reservados nos gustaban infinitamente. Nos introducían en esas regiones en que parece que aspiramos naturalmente, en que respiramos libremente, donde nuestro corazón arde dentro de nosotros, y donde comenzamos a presentir que existe un lugar espiritual "de donde descienden los dones perfectos".

Me puse a leer a Plotino fuera de clase, con mucha alegría. Pero un solo recuerdo, deslumbrador, se desprende para mí de aquella lectura y deja todo lo demás en la sombra. Un día de verano, en el campo, leía yo los Ennéadas. Estaba yo sentada en mi cama, y tenía el libro posado sobre

las rodillas; habiendo llegado a uno de los numerosos pasajes en que Plotino habla del alma y de Dios, como místico tanto como metafísico —pasaje que no pensé en señalar, y que no he encontrado después—, un rayo de entusiasmo me atravesó el corazón; de súbito me encontré arrodillada en el suelo ante el libro, y cubriendo de besos apasionados la página que acababa de leer, con el corazón ardiendo de amor.

He encontrado este recuerdo siempre vivo y vibrante en mí cada vez que he tratado de evocarlo, aun cuando una hora después no hubiera vuelto a preocuparme del acontecimiento espiritual que relato, ni haya yo reflexionado más tarde sobre él, ni sacado del mismo ninguna consecuencia.

Reanudé mi vida en el punto exacto en que se encontraba antes; en apariencia, no había yo cambiado y continuaba buscando lo que acababa de encontrar de modo imprevisto, o más bien lo que en un relámpago se había hecho sentir en mí y había desaparecido.

Un día fuí toda temblorosa a pedir a Bergson consejos para mis estudios, más bien sin duda, para mi vida. Era la primera vez que hacía semejante diligencia. Se me quedaron grabadas para siempre en la memoria algunas de las palabras que me dijo él entonces: "Siga usted siempre su inspiración." Esto equivalía a decirme: Sea usted siempre usted misma, obre usted siempre libremente. Mucho más tarde le recordé este consejo que me había esmerado en seguir efectivamente. Y Bergson sonriendo de su imprudencia me dijo amablemente: "No es ése un consejo que hubiera yo podido dar a muchas personas"...

Sin embargo, esto hubiera estado completamente en el espíritu de la doctrina bergsoniana de la libertad. Para Bergson, en efecto, como ha podido verse por los textos antes citados, seguir la propia inspiración —si es verdaderamente inspiración, es decir, el consejo personal o divino que sube de las profundidades de nuestro yo— es obrar según lo que somos realmente, o según lo mejor de nosotros mismos, es obrar libremente.

El peligro está en tomar por ese surgimiento de las profundidades, por ese gran soplo del alma, cualquier brisa caprichosa que venga de fuera y halague nuestra conciencia.

De todos modos Bergson me había dado confianza en mis tendencias esenciales, había abierto mi espíritu a la interioridad de la vida, me había liberado del temor de no obrar según los más puros ideales del positivismo científico.

Hasta después de leer a Plotino no leí a Platón y más tarde a Pascal. Estas grandes voces llenaban mi alma con sus resonancias hacia lo infinito. Confusamente todavía percibía yo en ellas la anunciación de un mundo nuevo para mí. Mucho se ha hablado respecto a la belleza de los *Diálogos* de Platón. Y es su Belleza justamente, la poesía que vive en ellos lo que asegura su perennidad, más todavía quizá que la filosofía que exponen. Y la inspiración en ellos es con frecuencia sorprendente también, esté su fuente en Sócrates o situada más alta todavía. Después de haber leído estos diálogos podía yo abordar a Pascal sin demasiada extrañeza. Y después de haber leído a Pascal, volver a Sócrates con mayor admiración todavía. Yo conocía apenas a Pascal por algunas citas, cuando Jacques, con su sentimiento de la oportunidad para mí, me hizo el obsequio de un voluminoso librito, editado y anotado por León Brunschwieg y que desde hace treinta o cuarenta años quizá, todas las generaciones de estudiantes, en Francia, han tenido en sus manos.

Pero Pascal ejerce su influencia en nosotros, más viva, más profunda que cualquiera otro de nuestros clásicos, desde el siglo XVII. Sorprende Pascal al lector que espera sólo un estilo ejemplar y encuentra un maestro patético y desconcertante. Por su sinceridad y su humanidad, su elevación y su eficacia espiritual los *Pensées* de Pascal pueden ser colocados en la misma categoría que las *Confesiones* de San Agustín. Pero el "clásico" Pascal es más trágico y más vehemente que el mismo santo platónico.

Lo que más me llegaba de Pascal, era el sentido del abismo que tiene; del abismo que él bordeó; es aquella percepción del vértigo y de la desesperación que debería captar a todo hombre digno de este nombre a quien la certitud es rehusada; es que él había experimentado hasta la angustia, la necesidad de la verdad para vivir, la necesidad de lo absoluto que ligara su alma.

Cosa extraña, lo que había en él de positivismo cristiano —todos los descubrimientos religiosos que había hecho, su ardiente piedad, su conversión por último—, apenas me conmovía, estaba velado para mí, por mi ignorancia sin duda, pero también, creo yo, por la belleza misma del estilo admirable que me prendía en cierto modo a él, y me apartaba de las cosas que él significaba. La belleza del estilo que conviene a la verdad de las cosas espirituales y quizá la de la pureza y la transparencia, y de cierta muy alta impersonalidad más bien que la de una originalidad demasiado caracterizada.

Sea lo que sea me gustaba Pascal porque justificaba mi propia inquietud, mi propia aspiración, mi propia investigación. Más todavía que todos los clásicos franceses, más todavía que Corneille, me admiraba por su gravedad dolorosa, por su humanidad sin disfraz, por su trágica angustia; algo así como me admiraron más tarde ciertos músicos franceses de principios del siglo XVII, aquellos laudistas del tiempo de Luis XIII, de una gravedad apenas pomposa, un poco solemne pero tan humana, melancólica y tierna, soñadora y contemplativa, y tan simplemente profunda y patética.

Fué aquel mismo año, creo yo, cuando leí por primera vez a un místico cristiano, Ruysbroeck. *L'Ornement des Noces spirituelles,* traducido del flamenco por Maurice Maeterlinck, me había deslumbrado sin instruirme mucho. Una frase, sin embargo, embargaba mi memoria y no sé por qué me exaltaba. Para librarme de la obsesión terminé por grabarla sobre la puerta de la casa que habitábamos durante

el verano en el campo. He aquí esta frase que cito de memoria, pero que creo se aleja poco del texto, si es que se aleja: "La simplicidad de intención es el principio y el fin de toda virtud."

Y NUESTRA VIDA CONTINÚA . . .

Eramos novios hacía dos años por lo menos cuando decidimos casarnos sin esperar a la terminación de los estudios de Jacques.

Nuestros esponsales se habían hecho de la manera más sencilla, sin ninguna "declaración". Nos encontrábamos solos en la sala de mis padres. Jacques estaba sentado en la alfombra, muy cerca de mi butaca; me pareció de repente que habíamos estado siempre el uno junto al otro y que lo estaríamos siempre. Sin pensar en ello le pasé la mano por la cabeza, él me miró, y todo fué claro para nosotros. Se extendió en mí el sentimiento de que siempre —para mi felicidad y salvación (pensaba yo esto exactamente, aunque entonces la "salvación" nada significaba para mí)— que siempre mi vida estaría unida a la de Jacques. Fué aquél uno de esos sentimientos dulces y tranquilizadores como un don que afluyen de una región superior a nosotros mismos, que iluminan lo por venir y profundizan lo presente. Desde aquel momento nuestro acuerdo fué perfecto e irrevocable.

Durante el verano del año 1904 nuestros padres nos llevaron a mi hermana y a mí a un pueblo del Loiret, donde encontramos habitaciones en una posada, y Jacques vino pronto a reunirse con nosotras.

Estaba un tiempo muy hermoso. El pueblecito oculto en la fronda respiraba frescura. Se podía pasear sin fin en el bosque. La vida parecía ligera y simple; hasta llegamos a olvidar por cierto tiempo nuestros grandes problemas. Nos sentíamos felices de vivir y de respirar. Y fué entonces justamente cuando mi vida estuvo en peligro, y

mi salud quedó por largo tiempo quebrantada si no del todo destruída.

Nuestra querida y romántica posada estaba no solamente desprovista de comodidades, lo que nada supone para gente joven, sino que estaba atendida, como lo supimos demasiado tarde, sin ningún cuidado de la higiene. Por ejemplo, el perro bebía el agua del pozo antes que nosotros, en el pozal colocado en el suelo. Con ese magnífico régimen contraje yo una dolencia de garganta que tomó muy mal aspecto, y fué preciso llamar al médico. El médico. El único que había en cincuenta kilómetros a la redonda. No hizo más que agravar el mal al sacar del bolsillo de la chaqueta, donde lo guardaba sin ninguna protección, un escalpelo que me plantó en la garganta antes de que, aterrada, hubiera yo podido detenerle la mano. Después de tales operaciones se me inflamó la garganta, hasta el punto de que la respiración se me hizo muy difícil. Naturalmente no podía yo tragar nada sólido. El endiablado médico venía todos los días, me miraba, movía la cabeza y partía sin prescribir nada. Se agravó el mal hasta el punto de que completamente postrada me olvidaba hasta de respirar. Recuerdo que una noche en que le tocaba a Jacques velarme no paró de decirme: "¡Respira! ¡Respira!" Yo respiraba entonces débilmente. No podía beber ni un poco de agua; el agua se me salía por las narices. A la mañana siguiente Véra partió para París y volvió al atardecer con un cirujano. Mis pobres padres, Véra y Jacques estaban más angustiados que yo. El doctor Jacquemin diagnosticó un flemón retrofaríngeo y me operó en el acto a la luz de un quinqué de petróleo. "¡Sosténganla a la altura de mi oreja! ¡a la altura de mi oreja! ¡a la altura de mi oreja!" no dejaba de repetir durante la operación. Véra tenía la lámpara mientras que Jacques me sostenía la cabeza. Ya era hora, el flemón era enorme y estaba yo a punto de ahogarme. Pero fuí salvada en el último minuto.

Siguió entonces una larga e interminable y dolorosa con-

valecencia. Me llevaron a París envuelta, literalmente, en algodones, en algodones y en mantas, y recobré muy lentamente la fuerza para vivir.

Durante la agotadora enfermedad me deslizaba hacia la muerte con una indiferencia que ahora me parece extraordinaria. No había en mí ni remordimientos, ni temores, ni reacción de ningún género. Me iba sin plantearme problemas, sin reivindicaciones, sin quejas, ni impaciencias. Creo yo que un pájaro debe morir así.

La alegría de vivir me volvió poco a poco con la salud; pero una salud precaria que no habría ya nunca de ser lo que había sido antes de la enfermedad.

Cuando, por fin, fuí capaz de emprender de nuevo una vida normal nos ocupamos Jacques y yo de los preparativos de nuestro matrimonio, que se celebró el día 26 de noviembre de 1904. Nos instalamos en la calle de Jussieu, muy cerca del Jardín de Plantas. Y allí Jacques preparó su agregación.

En la antecámara de nuestro alojamiento había colgada una de aquellas gárgolas de yeso oscurecido que se podían comprar en las tiendas vecinas al museo de Cluny, y cuyo goticismo era de un mal gusto ofensivo. Pendía de la boca de la gárgola una especie de muestra en la cual había dibujado Jacques con caracteres no menos góticos estas palabras comprometedoras:

A LO ABSOLUTO
EMPRESA DE DEMOLICIONES

CAPÍTULO V

LEÓN BLOY

Gratitud a Maurice Maeterlinck

Maurice Maeterlinck no duda de la gratitud que le debemos: gracias a él conocimos a León Bloy, a causa de la justicia que supo noblemente tributarle después de leer *La Femme Pauvre.*

Al leer por casualidad en "Le Matin" una información literaria dirigida por Louis Vauxcelles, crítico de arte y periodista bastante conocido en la época, nos encontramos con una frase de Maeterlinck que desde entonces recuerdo siempre: "Si por genio, decía, se entiende cierto resplandor de profundidad, *La Femme Pauvre* es la única obra del día en que hay señales evidentes de genio." Esta frase citada por Louis Vauxcelles en el curso de su información procedía de una carta escrita a León Bloy en junio de 1897 y que Bloy ha publicado en uno de los volúmenes de su diario (1). He aquí el texto de esta bellísima carta, que hasta un poco más tarde no habíamos de conocer completamente, pero importa poco anticiparla aquí:

"Señor, acabo de leer *La Femme Pauvre.* Es, creo yo, la única obra del día en que hay señales evidentes de genio, si por genio se entienden ciertos resplandores de profundidad que ligan lo que se ve a lo que no se ve y lo que no se comprende todavía a lo que llegará a comprenderse un día. Desde el punto de vista puramente humano se piensa invo-

(1) León Bloy, *Mon Journal.*

luntariamente en el *Rey Lear,* y no se encuentran otros puntos de referencia en las literaturas. Crea usted, señor, en mi admiración muy profunda. — *Maurice Maeterlinck.*"

Nos procuramos y leímos inmediatamente esta extraña novela que no se parecía a ninguna otra novela. Por primera vez nos encontramos ante la realidad del cristianismo. Hasta entonces, cuando leía yo a Corneille o a Pascal, o también a Ruysbroeck, no sé qué, extrañamente, me ocultaba su ser real, lo trasponía en el arte y en la imaginación. Al leer *La Femme Pauvre* atravesamos la forma literaria como, según se dice, atraviesan las paredes los espíritus, para ir directamente no al autor sino al hombre, al hombre de fe iluminada por los rayos de esta cosa extraña, tan desconocida por nosotros —el catolicismo—, y como identificada con él.

Poco me importaba esta vez la magnificencia del lenguaje. Para mi gusto era excesivamente magnífico. Aquellas infinitas investigaciones en la notación minuciosa de la fealdad o de la mediocridad, aquel prejuicio cargado de violencia y de fuerza, la perpetua hipérbole hubieran podido fatigar a la larga, disminuir, a lo más, la credibilidad del relato. Pero todo estaba salvado por la sinceridad deslumbrante, por una rectitud sin desfallecimiento, por un lirismo auténtico, profundo, inagotable, por la ternura exquisita de un corazón hecho para amar absolutamente, para adherirse totalmente a lo que ama.

Evidentemente nos encontrábamos ante un escritor muy grande. Pero una vez más, no era esto lo que entonces nos encantaba. Lo que nos deslumbró en la primera lectura de *La Femme Pauvre* fué la inmensidad de aquella alma de creyente, su celo ardiente por la justicia, la belleza de una elevada doctrina que por primera vez surgía ante nuestros ojos. La fe, la pobreza —"No se entra en el Paraíso mañana ni dentro de diez años, se entra hoy, cuando uno es pobre y crucificado"—, la santidad igualmente exaltadas,

indisolublemente unidas: "No hay más que una tristeza, la de no ser santo"; el valor y la independencia de carácter allí donde se espera encontrar un conformismo obsequioso, las "tinieblas de la Edad Media", el fariseísmo burgués.

Jonás y León Bloy

Apenas leíamos los profetas en aquel tiempo y sin embargo oíamos una especie de eco de su voz en la voz de León Bloy. La grandeza, la simplicidad, la convicción imperturbable, el desprecio de las contingencias, la unicidad del objeto tratado, lo hacían a nuestros ojos semejante a uno de esos rudos y magníficos enviados de Dios.

De este parecido era el mismo León Bloy perfectamente consciente. He aquí por ejemplo lo que dice en su diario el 21 de septiembre de 1900:

"Personalmente no tengo necesidad de ningún hombre y no imploro ningún sufragio. Obedezco a una consigna de lo alto, como lo hacía el hombre de que habla Josefo, en la víspera de la destrucción de Jerusalén. Esto hasta que, como él, sea yo aplastado... Pero me regocijo por el honor de la Verdad, de un poco de justicia humana."

Como los profetas está impaciente por ver manifestarse sobre la tierra la Justicia de Dios, de ver vengado a Dios de la injusticia de los hombres. Porque lo que importa más que todo al profeta es la manifestación de la gloria divina.

"El profeta, escribe él magníficamente, es sobre todo una Voz para hacer descender la justicia..."

"Si se quiere absolutamente, con o sin ironía, dar ese nombre magnífico a un vociferador de mi calidad, es preciso aceptar inmediatamente esta consecuencia, sacada de la naturaleza misma de las cosas de que esos gritos tendrán el poder de acelerar las devastaciones. En este sentido será profeta, tanto como puede serlo sin la inspiración divina, exactamente como un hombre de oración es taumaturgo."

También, como Jonás al hacer reproches a un Dios demasiado misericordioso, que parece olvidar la justicia y lo que debe a la reputación de veracidad de su profeta, León Bloy se declara descontento del último año del siglo XIX:

"Podía y *debía* (2) ser el año de la destrucción. Ni siquiera deja la esperanza de que lo sea el año próximo que será el primero del siglo XX...

"Habiendo profetizado asidua y tan razonablemente, desde hace varios años, la ruina, tengo derecho de rebelarme."

Jonás había profetizado por orden de Dios, diciendo: "¡Dentro de cuarenta días Nínive será destruída!"

Pero las gentes de Nínive hicieron penitencia "y Dios se arrepintió del mal que había anunciado que les haría y no se lo hizo".

"Jonás experimentó por ello un vivo disgusto y se irritó:

"Hizo una oración a Yahweh y dijo:

"Ah, Yahweh, ¿no es eso lo que decía yo cuando estaba todavía en mi país? Por eso huí primeramente... porque sabía que sois un Dios misericordioso y clemente, lento para la cólera, rico en perdón... Ahora la muerte vale más para mí que la vida. Y Yahweh respondió: ¿Haces bien en irritarte?" Y obstinadamente Jonás repitió: "Hago bien en irritarme hasta la muerte."

Con el mismo espíritu León Bloy podía también escribir: "Muero de la necesidad de Justicia." Estamos más impacientes de ella que Dios. Teniendo que pasar tan poco tiempo en este mundo cada uno de nosotros querría ver aquí la resplandeciente victoria.

"En suma, dice también, ¿cuáles fueron mis predicciones, es decir, los íntimos votos de mi corazón, mis vehementes y profundos deseos de una epilepsia de la tierra?... Simplemente esto. La Exposición (de 1900)...

(2) Aquí, como en las demás páginas citadas, las palabras en bastardilla fueron subrayadas por el autor.

no debía celebrarse, porque París y los pueblos tendrían bastante que hacer con estirar sus brazos contra la muerte."

¡Esto escrito en 1900! Nosotros leíamos estas palabras con respeto, pero, sin embargo, ¿qué adhesión podía darles nuestra juventud y nuestra ignorancia?

¡Pero en 1914! ¡Pero en 1941!

Escribe Bloy en el mes de agosto de 1902: "Los hechos actuales son ciertamente repugnantes, pero no vulgares en cuanto a su tendencia... Yo creo, pues, una vez más que estamos en el prólogo de un Drama inaudito, tal como nada parecido se habrá visto desde hace veinte siglos, y os invito a cierto grado de recogimiento."

Tales palabras, tales votos proféticos abundan hasta el fin en la obra de León Bloy. Pero no conocíamos todavía más libro suyo que *La Femme Pauvre*, y leímos poco después, el libro del que se han sacado las frases más arriba transcritas: *Quatre ans de Captivité*.

Ciertamente hablaba León Bloy como un hombre que tiene una misión extraordinaria que cumplir, de que nada puede apartarle, que está exactamente determinado a una sola cosa, como es el instinto, y que se apresura hacia su objeto único a través de todos los obstáculos, como un torrente que arranca las rocas y los árboles de sus orillas, y las lleva mezcladas con el cieno y los guijarros de su lecho.

Barbey d'Aurevilly, en cuya intimidad vivió León Bloy de 1867 a 1889, ha dicho de él: "León Bloy es una gárgola de catedral que vierte las aguas del cielo sobre los buenos y sobre los malos." Las aguas del cielo, y la cólera de Dios también, y la indignación personal del profeta igualmente sobre unos y sobre otros. Porque Dios mismo parece hablar en hipérboles, y cuando castiga a los malos con el desbordamiento de las catástrofes del Apocalipsis, parece olvidar la inocencia de los justos, no los pone al abrigo. ¿No sabe acaso que el amor que les tiene reservado les compensará

infinita y eternamente? Y lo que es castigo para unos no es para los otros más que ocasión de crecer en la fe y en la esperanza.

Sólo teníamos un sentimiento confuso de todo esto, pero que bastó para impedirnos juzgar a León Bloy como lo hubiéramos hecho a cualquier otro escritor.

De él, en efecto, pudimos leer sin indignación ciertos juicios intolerablemente sumarios como los que hace de Tolstoi por ejemplo. O los comentarios implacables, tan alejados de toda justicia humana, con que comenta catástrofes como el incendio del *Bazar de la Charité*, o como el terremoto de la Martinica, donde perecieron 30.000 hombres. Pero para Bloy, como en lo absoluto de las cosas, es una blasfemia asociar palabras como *Bazar* y *Charité*. Una blasfemia que llama por sí misma el fuego del cielo. Nadie piensa en ello sin duda, y la buena voluntad de unos y otros no se halla en causa. Pero es, sin embargo, necesario que de tiempo en tiempo despierte alguien el sentido de las palabras, y nos haga volver a acordarnos, a grandes gritos, del sentido de las cosas mismas.

No quiero yo decir que Bloy no haya cedido nunca muy humanamente a la cólera o al resentimiento, ni tampoco que haya estado absolutamente exento de los defectos del hombre de letras que usa a veces de palabras o de formas literarias por razón de las preferencias del arte, sin preguntarse si llegan como flechas al corazón inocente del prójimo. No. Pero creemos que aquí todo esto no tiene importancia, tiene quizá también una especie de necesidad, cuya razón no vemos bien y que era preciso no detenerse; esto hubiera sido correr el riesgo de prescindir de alguna cosa grande y única.

De hecho nosotros no nos detuvimos en ello. Esta gracia de no ver en toda la obra de León Bloy más que al mismo León Bloy, la fe y el amor divino en que realmente vivía, nos permitió no cometer a su respecto la injusticia tantas veces cometida y que tanto le ha hecho sufrir toda su vida,

de no ver en él más que un "libelista" y un "vociferador", un orgulloso y un "mendigo ingrato".

León Bloy podría ser en ciertos momentos un libelista terrible y duro, injusto por error; un "vociferador" como lo son los profetas encargados de pregonar la verdad sobre los tejados, y que lo hacen con la voz natural que no es necesariamente dulce y agradable; un mendigo como San Francisco de Asís o San Benito Labre, persuadido lo mismo que ellos de que es mejor dar que recibir, y aceptando, como ellos escogieron, la condición de quien recibe, por amor a un Dios que se hizo pobre por nosotros. Pero León Bloy no fué nunca ingrato y orgulloso. Nadie que fuera verdaderamente su amigo, puede aportar ese testimonio. Es posible que solamente su obra no baste siempre para mostrarlo a los que no lo conocieron. Esta exacta interpretación sólo es capaz quizás de hacerla la amistad.

Después de *La Femme Pauvre,* leímos uno de sus "diarios". Cada dos años publicaba León Bloy su diario con títulos diversos. El que acababa de aparecer, a continuación del *Mendiant Ingrat* y de *Mon Journal,* se titulaba *Quatre ans de Captivité à Cochons-sur-Marne.* Este título podía también inducir a error. Algunos que no se han tomado el trabajo de leer el libro han creído a pie juntillas que León Bloy relataba allí cuatro años de prisión. Pero *Cochon-sur-Marne* es sencillamente la pequeña ciudad de Lagny, donde Bloy sufrió más que en ningún sitio la cautividad de la miseria, la angustia de la soledad, el duro contacto de la mediocridad. Nosotros que hemos leído las páginas punzantes de ese diario nos atrevimos a escribir a León Bloy y a enviarle una pequeña suma de dinero, a ejemplo de ciertos corresponsales suyos. Su miseria era tan grande que el más pequeño don constituía para él un socorro urgente recibido con gratitud.

Esta aceptación de limosnas no nos había chocado tanto como los insultos y las duras invectivas. Comprendíamos que no había ninguna villanía en el origen de esas humi-

llaciones, como tampoco ninguna grosería en el de aquellas violencias. La pureza profunda y la elevación de las intenciones iluminaban para nosotros todas las páginas de los dos libros de León Bloy de que hablo yo aquí.

"La Providencia es un manantial de lágrimas" ([3])

La Providencia es un manantial de lágrimas. ¿Cómo semejantes palabras no habían de trastornarnos? Había en todo esto un misterio, pero nos llegaba al corazón. Entre tantas confesiones arrancadas por la miseria ésta nos parecía resumirlas todas en un lenguaje oscuro y emocionante como música muy dulce y muy dolorosa.

¡Pero cuántos otros gritos demasiado claros, ay, en todas las páginas de aquel diario!

"¿Querrá Dios por fin un día que viva yo de mi trabajo como los demás obreros? Hace mucho tiempo que pido con lágrimas esta gracia."

¡Ay, escribe un libro por año, pero nunca tiene más que mil compradores, lo que le produce un ingreso anual de quinientos francos! ¡Y está casado y es padre de dos hijos! —otros dos, los mayores, se le murieron ya a consecuencia de la miseria—.

"1º de enero de 1901. — Reclamación del panadero que ha escogido este día con gran tacto. Este es nuestro aguinaldo. Dios se sienta a la mesa de mi sufrimiento como a la de un festín."

"25 de febrero. — Creía morir de hambre cuando me llegan diez francos de un pobre sacerdote a quien nada he pedido."

"6 de noviembre. — Jornada triste y fría. Sensación renovada de nuestra interminable miseria."

Y el 1º de diciembre, esto, que desgarra el corazón: "Me duermo de miseria."

Continúo las citas, omitiendo las fechas:

([3]) *Quatre ans de Captivité à Cochons-sur-Marne* (1900-1904).

"Carta de un hombre muy pobre a quien nada he pedido y que me envía diez francos."

"He sufrido esta mañana una de mis más terribles crisis de melancolía . . . "

"A un hombre por quien Dios ha muerto: Le informo a usted de que nuestro amigo Marchenoir (es él mismo) sucumbe. La angustia de estos últimos días no puede ya soportarse. No recibe ninguna noticia, ningún socorro, ningún signo de misericordia. Apenas come y llorando. El destartalo es tal que ha llegado a tener deseo de morir . . . "

"Señor, yo lloro frecuentemente. ¿Lloro acaso de tristeza al pensar en lo que sufro? ¿Será de alegría al acordarme de vos? ¿Cómo desembrollar esto y cómo no llorar tratando de desembrollarlo?"

"No me atrevo a hablar de mis desengaños desde hace algún tiempo. Debo ser objeto de piedad para Dios y sus santos que ven sufrir tanto a un alma desde la primera hora del día.

"¿Será, pues, tan difícil, Dios mío, el proporcionar remedio a tamaña miseria, el tener piedad de semejantes lágrimas, el consolar tan grande dolor?" Es emocionante leer esto de fecha 5 de julio de 1902:

"Se ase uno como puede, pero la razón se extingue. No se ve ya. Somos como bestias que gimen echadas en tierra. Esta tortura es verdaderamente intolerable. ¡Si se tuviera por lo menos un signo, un débil socorro, una palabra de bondad! Habiendo ido a buscar un sifón de agua de Seltz en la vecindad, el anciano que me servía me ha dado un tallo de lis en flor tomado de un ramo que acababa de cortar en su jardín. Estas flores estaban medio ajadas, pero no importa. Me ha costado trabajo contener las lágrimas

porque tenía la ilusión o la evidencia de un movimiento de bondad."

Un signo, un débil socorro, un momento de bondad. Pensamos que podríamos darle esto al anciano y desdichado escritor. Pero, ¿podríamos darle más, podríamos darle lo que realmente necesita?

"Recuerdo haber visto muy claramente en mi sueño lo que es el socorrer al prójimo. Siento yo de manera muy íntima —y me desuela el no poder expresarlo— que no hay más que un socorro. Es el darse uno en absoluto, como lo hacía Jesús. Es preciso hacerse abofetear, escupir, flagelar, crucificar. El lugar común *echarse en brazos de alguien*, aclara esto singularmente. Todo lo demás es vanidad."

Nuestros primeros pasos hacia el Dios desconocido

Penetrados de respeto por aquel "Peregrino de lo Absoluto" como él mismo se llamaba, emocionados ante su miseria, que se nos aparecía como una gran injusticia, porque un escritor de tal genio, un tan grande artista hubiera debido poder vivir de su trabajo, nos decidimos a escribirle, muy tímidamente, enviándole un giro de veinticinco francos. Le hablábamos de nuestra admiración, pero también de nuestro alejamiento de toda fe religiosa.

León Bloy recibió esta carta el 20 de junio de 1905, día en que la Iglesia católica celebra la fiesta, trasladada este año a otra fecha, de San Bernabé, el compañero de San Pablo. La fiesta de San Bernabé se celebra siempre el 11 de junio, a menos que no haya otra fiesta más importante en la misma fecha. En 1905 el 11 de junio caía en el domingo mismo de Pentecostés. No teníamos ninguna idea ni de la celebración de los santos en la Iglesia en general, ni de San Bernabé en particular. Pero la cosa tenía gran importancia para León Bloy, como lo supimos más tarde, y más adelante insistiré sobre el particular.

He aquí la respuesta de León Bloy a nuestra carta:

"Al señor Jacques Maritain.

París, 25 de junio de 1905.

Señores:

O señor y señorita, porque este nombre de Raïssa me extraña y me desconcierta; sepan ustedes que me encuentro conmovido por su carta tan sencilla y tan afectuosa.

Nada me cuesta confesar que los veinticinco francos han llegado oportunamente. Por la mañana me había visto obligado a pedir prestada a mi barbero una pequeña suma para el almuerzo de mi mujer y de mis hijos.

No hay temeridad en el hecho de esperar mi amistad. Si son ustedes de las almas vivientes, como lo supongo, yo, anciano doloroso, les quiero a ustedes ya y me vería contento de verlos.

En la lista de mis libros que me dicen ustedes han leído, no veo el *Mendiant Ingrat* ni *Mon Journal*.

Tengo el placer de poder ofrecérselos y los recibirán ustedes sin duda por correo mañana por la mañana.

Podrán ustedes ver que estos dos libros, con *Quatre ans de Captivité*, forman una trilogía.

Es el relato no interrumpido de doce años de mi horrible vida.

Leánlos y díganme sus impresiones. Yo casi no tengo más salario que éste: el sufragio de algunos seres queridos de Dios y que vienen a mí.

Tendré 59 años dentro de un mes y todavía busco el pan, es cierto; pero a pesar de todo he socorrido y consolado a algunas almas y esto me crea un paraíso en el corazón. Suyo

León Bloy."

Con fecha 20 de junio también, León Bloy había escrito en su diario ([4]):

"¿Sois vos, San Bernabé, quien me envía estas almas?

([4]) *L'Invendable.*

Misterio de afinidad mía con este Apóstol. Me extrañaba de que desde el 11 de este mes, día de su fiesta, no hubiera, como los otros años, sentido yo su mano. Dos seres (que nos han venido muy pronto como vecinos del paraíso), un muchacho y su joven mujer, se ofrecen de súbito, expresando su ambición de hacerse útiles para mí, de convertirse en mis amigos."

La lectura del *Mendiant Ingrat* y de *Mon Journal* no hizo más que aumentar nuestra admiración, nuestra piedad y nuestro deseo de conocer más a este gran Pobre y extraordinario escritor. El 23 de junio nos invita a su casa:

"Vengan ustedes, pues, el domingo o cualquier otro día próximo que les plazca. Serán ustedes atendidos con amor.

Suyo

León Bloy.

Itinerario. Habiendo tomado el ómnibus del Odeón en Clichy, desciendan en la plaza Clichy. De allí trasládense ustedes por combinación a la plaza Saint-Pierre donde se encuentra el funicular que les conducirá en cinco minutos al Sacré-Coeur. Una docena de escalones, el patio de la Basílica que atravesar y llegan ustedes al número 40 de nuestra calle."

A los pocos días seguimos por primera vez este itinerario. ¡Cómo estábamos de emocionados, cómo nos sentíamos de temerarios, y qué misteriosa esperanza ensanchaba nuestros corazones! De esta primera visita ha hablado Jacques en el prefacio a las *Lettres* de León Bloy *à ses filleuls,* y considero lo mejor copiar aquí lo que él dice:

"El 25 de junio de 1905, dos muchachos de veinte años subían la escalera sempiterna que conduce al Sacré-Coeur. Llevaban consigo la aflicción que es el único producto serio de la cultura moderna, y una especie de desesperanza activa iluminada solamente, no sabían por qué, por la seguridad

interior de que la Verdad de que tenían hambre, y sin la cual les era casi imposible aceptar la vida, les sería mostrada un día. Una especie de moral estética les sostenía débilmente, en la cual la idea del suicidio —después de algunas experiencias a intentar, demasiado bellas sin duda para tener éxito—, parecía ofrecer la única salida. Mientras tanto se limpiaban el espíritu, gracias a Bergson, de las supersticiones científicas con que la Sorbona les había alimentado, pero sabiendo bien que la intuición bergsoniana sólo era un refugio demasiado inconsistente contra el nihilismo intelectual arrastrado lógicamente por todas las filosofías modernas. Entre tanto tenían a la Iglesia, oculta a su mirada por ineptos prejuicios y por las apariencias de muchas gentes juiciosas, por el parapeto de los poderosos y de los ricos, cuyo interés hubiera sido mantener en los espíritus las «tinieblas de la Edad Media». Se encaminaban hacia un extraño mendigo, que despreciando toda filosofía pregonaba sobre los tejados la verdad divina, y, católico íntegramente obediente, condenaba su tiempo, y a quienes tienen su consuelo aquí abajo, con más libertad que todos los revolucionarios del mundo. Tenían miedo terrible de lo que iban a encontrar —todavía no habían frecuentado a genios literarios, y era algo muy distinto lo que iban a buscar. No había en ellos ni sombra de curiosidad, sino el sentimiento más propio para llenar el alma de gravedad: la compasión por la grandeza sin refugio.

Atravesaron un pequeño jardín de otros tiempos, entraron después en una humilde casa con las paredes adornadas de libros y de bellas imágenes, y tropezaron primero con una especie de gran bondad blanca cuya tranquila nobleza impresionaba, y que era Mme. León Bloy; sus dos hijitas Verónica y Magdalena les contemplaban con sus grandes ojos asombrados. León Bloy parecía casi tímido, hablaba poco y muy bajo tratando de decir a sus jóvenes visitantes alguna cosa importante y que no les decepcionara. Lo que les descubría no puede referirse; la ternura de la

fraternidad cristiana, y aquella especie de temblor de misericordia y de temor que se apodera de un alma frente a otra marcada con el amor de Dios. Bloy se nos aparecía todo lo contrario de los demás hombres, que ocultan faltas graves a las cosas del espíritu, y tantos crímenes invisibles bajo el aspecto cuidadosamente mantenido de virtudes de sociabilidad. En lugar de ser un sepulcro blanqueado como los fariseos de todos los tiempos era una catedral calcinada, ennegrecida. Lo blanco estaba dentro, en el fondo del tabernáculo.

Al franquear el umbral de su casa todos los valores quedaban desplazados, como por un resorte invisible. Se sabía, o se adivinaba que no hay más que una tristeza, la de no ser de los santos. Y todo lo demás se convertía en crepuscular."

En el momento en que todo nos desesperaba habíamos cobrado confianza en el desconocido, nos habíamos decidido a dar crédito a la existencia en la esperanza de que nos revelaría valores nuevos, capaces de dar sentido a la vida, y he aquí lo que la vida nos aportaba: en primer lugar Bergson y después León Bloy. Bergson que se encaminaba a tientas hacia un objeto todavía lejano, pero cuya luz nos alcanzaba ya, a él y a nosotros, sin saberlo, como los rayos de una estrella a través del desierto de cielos inimaginables; León Bloy que vivía desde hacía largos años unido a su Dios por un amor indestructible que él sabía era eterno en su esencia. La vida lo traía a nuestra ribera como un tesoro legendario, inmenso, misterioso.

Sin embargo, no nos sentíamos extraños en casa de León Bloy; pasábamos de sus libros a su vida sin desnivel. Todo era aquí como él lo había dicho: verdad la pobreza, verdad la fe, verdad la heroica independencia. Y de golpe él y su mujer, nos habían adoptado. Bajamos de las alturas de la calle de la Barre y del Sacré-Coeur, enriquecidos con una amistad singular, tan dulce por parte de aquel violento que

desde aquel primer día de nuestro encuentro se nos quitó todo temor, y nuestro respeto se hizo audaz y familiar como el de los niños que se sienten amados.

Naturalmente habiendo visto a León Bloy no podía uno limitarse ya respecto a él a la admiración literaria, ni tampoco a una compasión activa. Era preciso ir más lejos, era preciso considerar los principios, las fuentes, los motivos de semejante vida. Esta vez el problema de Dios estaba planteado, en toda su fuerza y con toda su urgencia.

"Le salut par les Juifs"

... ex quibus Christus secundum carnem.
Rom., IX, 5.

Leímos este libro en el campo en el mes de agosto de 1905. Nos descubrió a San Pablo, y aquellos extraordinarios capítulos IX, X y XI de la *Epístola a los romanos,* cuyo epígrafe ha tomado León Bloy como punto de apoyo de la exégesis de la *Salut par les Juifs.*

"Yo digo la verdad en el Cristo... experimento una gran tristeza y tengo en el corazón un dolor incesante. Porque desearía ser yo mismo anatema, lejos del Cristo, para mis hermanos, mis parientes por la carne, que son israelitas a quienes pertenece la adopción, y la gloria, y las alianzas, y la Ley, y el culto, y las promesas, y los patriarcas de que ha salido el Cristo hecho carne" (5).

Pero la primera línea de este gran poema lírico y escriturario, *Le salut par les Juifs,* lleva una referencia todavía más alta:

"*Salus ex judaeis est.* La salvación viene de los judíos." Palabras del Cristo en el Evangelio de San Juan, capítulo IV, versículo 22.

"He perdido algunas horas preciosas de mi vida —escribe León Bloy después de haber citado este versículo—, en leer

(5) *Epístola a los romanos,* IX, 5.

lo mismo que otros muchos infortunados, las lucubraciones antijudías de M. Drumont, y no recuerdo que haya citado esta frase simple y formidable de Nuestro Señor Jesucristo, transcrita por San Juan en el capítulo cuarto de su Evangelio.

"¡No habrá de negarse, sin embargo, la importancia de este testimonio del Hijo de Dios! . . . "

Este testimonio fué primeramente para mí la revelación de la unión de los dos Testamentos. Se pasa del uno al otro por el Cristo. Es El mismo quien lo dice; El, la Salvación, El viene de los judíos. El Antiguo Testamento por El, se inclina hacia el Nuevo que no se le opone, que es su cumplimiento, su perfección.

La exégesis escrituraria de León Bloy es, en *Le salut par les Juifs*, un torbellino de textos espléndidos: San Pablo, Jeremías, Ezequiel y la liturgia católica hablan de Israel en términos desconcertantes, de su vocación, de su destino misterioso entre todos, de sus sufrimientos perpetuos, de su presente de ignominia, de su porvenir de gloria. La exégesis de León Bloy es una fogata ardiente de similitudes y de símbolos que prolongan hasta lo infinito el sentido de las realidades divinas. Bloy tan pronto rebaja al pueblo judío al nivel de la más repugnante miseria, como lo exalta hasta la semejanza y la representación del Paráclito.

"Israel está, pues, investida, por el privilegio, de la representación y de no se sabe qué muy oculta protección de ese Paráclito errante cuyo refugio y mansión fué.

"Para quien no esté privado de la facultad de contemplación, parece imposible el separarlos, y cuanto más profundo es el éxtasis, más estrechamente soldados entre sí aparecen . . . "

León Bloy estaba persuadido, y a justo título, de que su libro era "aparte de la inspiración sobrenatural . . . el tes-

timonio cristiano más enérgico y más apremiante en favor de la Raza Primogénita, según el capítulo onzavo de San Pablo a los romanos".

"Si su pecado, dice este apóstol, es la riqueza del mundo y su minoración la riqueza de las naciones, ¿qué será su plenitud?

"Si su pérdida es la reconciliación del mundo, ¿qué será su asunción, sino la vida entre los muertos?"

"El libro *Le salut par les Juifs*, que pudiera creerse una paráfrasis de ese capítulo de San Pablo, hace observar, desde la primera línea, que la Sangre que fué vertida en la Cruz para la Redención del género humano, lo mismo que la que se vierte invisiblemente, cada día, en el Cáliz del Sacramento del Altar, es natural y sobrenaturalmente sangre judía —el inmenso río de Sangre Hebrea cuyo manantial está en Abraham y cuya desembocadura se encuentra en las Cinco Llagas del Cristo" ([6]).

Treinta años más tarde, el Papa Pío XI daba a este concepto sobrenatural su expresión acabada diciendo:

"Por el Cristo y en el Cristo somos de la descendencia espiritual de Abraham. No, no es posible a los cristianos tomar ninguna parte en el antisemitismo... Somos espiritualmente semitas" ([7]).

Sin embargo, siendo verdaderamente un hombre de la Edad Media, como lo prueba a la vez su espléndido lirismo, y su incapacidad absoluta para situar la ciencia moderna y sus descubrimientos en el orden puramente racional (siempre ha supuesto en más o en menos la acción del diablo en esos descubrimientos), y la inadaptación de su sensibilidad al arte contemporáneo, siendo un hombre de esa Edad Media "enorme y delicado", sublime y a veces terriblemente simplificador, León Bloy ha experimentado durante largo tiempo el horror de la Edad Media por el pueblo judío a la

([6]) *Le Salut par les Juifs*. Prefacio de la segunda edición.

([7]) Discurso del Papa Pío XI a los peregrinos belgas en septiembre de 1938.

cual veía siempre en su acción deicida, como veía siempre actual la Pasión del Redentor. Este horror que la Edad Media creía sagrado, descansaba en la idea de que no hay teología ni mística que pueda justificar a un pueblo completa y perpetuamente deicida.

León Bloy expresó semejante detestación en términos a veces inadmisibles.

Porque, contrariamente a los motivos del antisemitismo contemporáneo, esta detestación mística tiene un motivo desinteresado —"aquella cándida Edad Media detestaba a los judíos por el amor de Dios"— León Bloy creía poder ceder a esto sin escrúpulo. "La guerra a los judíos, dice, nunca fué en la Iglesia, más que el esfuerzo mal dirigido de un gran celo caritativo, y el Papado los protegió contra el furor de todo un mundo." No excusaba este furor, sino que lo magnificaba.

León Bloy hizo, pues, suyos algunos sentimientos de aquella edad, los revistió de su estilo flamígero. Hizo del pueblo judío una imagen en que contrastan la luz y las tinieblas. Voluntariamente a veces, la ennegreció, con el fin de que la luz apareciese más brillante. De suerte que el artificio de retórica aparecía a veces en el profeta. Existen por eso en *Le Salut par les Juifs* negros que son verdaderas manchas. "Es imposible merecer la estima de un perro cuando no se tiene antipatía instintiva a la Sinagoga . . . "

Pero ésa es su manera constante —¡la hipérbole!—. No se muestra más tierno con los suyos. ¿No dice acaso en el mismo libro, al hablar del Amor Creador, del Espíritu Santo, que su "función divina parece ser en verdad, desde hace seis mil años, el alimentar los cerdos cristianos después de haber hecho pacer a los puercos de la Sinagoga"? Imparcialidad diamantina.

A semejante hombre habrá que perdonarle mucho porque ha amado mucho, y porque todo lo que ha pensado de divinamente verdadero, ha sabido expresarlo con incom-

parable belleza. Nosotros le perdonamos sus escorias en obsequio a la grandeza de sus intenciones y a la magnificencia de su palabra. Y además, no conocía a los judíos, después de todo —por lo menos en la época en que escribía ese libro—, aparte de los tres judíos fabulosos de Hamburgo, a quienes no podía dejar de comparar a pesar de sus harapos, con los "Tres Patriarcas sagrados Abraham, Isaac y Jacob", representación ellos también de las Tres divinas personas de la augusta Trinidad.

Nosotros le perdonábamos, inclinados instintivamente en su favor, como los niños perdonan a veces a las personas mayores que les han herido, porque los niños, saben muy bien, conocen que las grandes personas no saben siempre lo que dicen, ni, según el testimonio del mismo Dios, lo que hacen. Para olvidar ciertas violencias bastaría la belleza de una página como ésta, en que resplandece la visión que tenía de la Edad Media:

"Se sangraba con Jesús, se padecían sus llagas, se agonizaba con su sed, se recibían las bofetadas al mismo tiempo que las recibía su Majestad sagrada, de toda la canalla de Jerusalén, y hasta los niños que no habían nacido temblaban de horror en el vientre de sus madres, cuando se oían los golpes del Martillo del Viernes Santo.

"Los labradores sollozantes encendían entonces pobres antorchas en los surcos de la tierra, para que esta nodriza de los desdichados no fuese esterilizada por la inundación de las tinieblas que se extendían desde lo alto del Calvario, como un interminable penacho negro, en el momento del Ultimo Suspiro.

"Se producía en aquel día el gran Pasmo de la compasión y del temblor. Las aves migradoras y las fieras habitantes de los bosques se extrañaban de ver a los hombres tan tristes, y los animales sin cólera estaban angustiados en el fondo de los establos al oír llorar a sus pastores.

"Los cristianos al contemplar a un Dios Altísimo que

había descendido a la tierra se reprochaban con amargura de que lo hubiera hecho a su semejanza y temían mirar a los cielos . . . "

Por lo demás, cuando se trata del antisemitismo de un Drumont, no escatima Bloy la expresión de su desprecio.

"¡La Salvación viene de los judíos! ¡Texto que confunde y que nos pone airados lejos de Drumont!

"El libelista de la *France Juive* puede estar satisfecho de haber encontrado el buen rincón y el paraje cómodo. Considerando con la profunda discreción y la sangre fría de un jefe sutil que la piedra filosofal de la habilidad consiste en dar precisamente a los vientres humanos la glándula en que se enloquecen, inventó contra los judíos la volcánica y pertinaz reivindicación de las piezas de cinco francos.

"Era el infalible secreto para domarlo todo, para hundir y posar su egoísmo sobre las crestas más altas.

"Decir al que pasaba, aun cuando fuese el más despreciable recipiendiario del pudridero de los desesperados: —Esos pérfidos hebreos, que te hunden en el lodo, te han robado todo tu dinero; recupéralo, pues, ¡oh egipcio!, desuéllalos, si tienes corazón, y persíguelos por el mar Rojo.

"¡Ah! decir esto perpetuamente, decirlo por todas partes, berrearlo sin tregua en los libros y en los periódicos, batirse también algunas veces para que eso repercuta más noblemente al otro lado de los montes y de los ríos! Pero sobre todo, no hablar jamás de otra cosa. He ahí la fórmula y el arcano, el tira y afloja de la balística del gran éxito. ¿Quién, ¡Dios mío!, podría resistir todo esto? . . . Todos los lívidos intrigantes del Alto y del Bajo Egipto comprendieron admirablemente que la guerra a los judíos podría ser —en resumidas cuentas—, un excelente truco para cicatrizar muchos desastres, para vigorizar muchos negocios valetudinarios.

"Hemos visto hasta sacerdotes sin número —entre los

cuales debían encontrarse, sin embargo, cándidos servidores de Dios—, inflamarse ante la esperanza de un próximo motín en que la sangre de Israel se vertería para saciar a millones de perros, mientras las íntegras ovejas del Buen Pastor pastarían, bendiciendo a Dios, las pervincas y los tréboles de oro en los pastizales de la Tierra de promisión . . .

"El arrastramiento había sido tan repentino y la impulsión tan prodigiosa que, aun hoy, ninguno de ellos parece haberse preocupado de saber, decididamente, si no habría algún peligro grave, para un corazón sacerdotal, en pedir de esa manera la exterminación de un pueblo que la Iglesia Apostólica Romana ha protegido durante diecinueve siglos; en cuyo favor habla a Dios en Viernes Santo la Liturgia más dolorosa; de donde salieron los Patriarcas, los Profetas, los Evangelistas, los Apóstoles, los Amigos fieles y todos los primeros Mártires; sin hablar de la Virgen Madre y de Nuestro Salvador mismo, que fué el León de Judá, el JUDÍO por excelencia de naturaleza —un judío imponderable— y que, sin duda, había empleado toda una eternidad previa en codiciar esta extracción."

León Bloy hubiera sentido horror de ser colocado entre los antisemitas; y por temor de ser confundido con ellos, así como también porque con los años ha ido conociendo mejor la historia y los sufrimientos de los judíos, y la pobreza de la mayor parte de ellos, se explicó claramente sobre el particular. *Le Salut par les Juifs* fué escrito en 1892, *Le Sang du Pauvre* y *Le Vieux de la Montagne,* hacia 1910. Permítaseme citar por anticipado algunos textos de esta última obra:

"Al escribir sobre el Pobre ([8]), ¿cómo hubiera yo podido dejar de hablar de los judíos? ¿Qué pueblo es tan pobre como el judío? Yo bien sé que hay en él banqueros, especuladores. La leyenda y la tradición quieren que todos los judíos sean usureros. Se rehusa creer algo distinto. Y esta leyenda es una mentira. Se trata de la hez del mundo

([8]) *Le Sang du Pauvre.*

judío. Quienes lo conocen y lo contemplan sin prejuicios saben que este pueblo tiene otros aspectos y que, llevando la miseria de todos los siglos, padece infinitamente."

Y añade:

"La idea de la Iglesia en todos los tiempos, es que la santidad es inherente a este pueblo excepcional, único e imperecedero, conservado por Dios, preservado como la pupila de su ojo, en medio de la destrucción de tantos pueblos, para el cumplimiento de sus Designios ulteriores. La misma abyección de esta Raza es un Signo divino, el signo muy manifiesto de la permanencia del Espíritu Santo sobre estos hombres tan despreciados, que deben aparecer en la Gloria del Consolador al final de los finales" ([9]).

Dirigiéndose a los antisemitas les dice:

"Suponed que las personas que os rodean hablasen continuamente de vuestro *padre* y de vuestra *madre* con el mayor desprecio y reservasen para ellos injurias y sarcasmos ultrajantes, ¿cuáles serían vuestros sentimientos? Pues bien, esto es exactamente lo que le ocurre a Nuestro Señor Jesucristo. Se olvida o mejor aún no se quiere saber que nuestro Dios hecho hombre es un judío, el judío por excelencia de naturaleza, el León de Judá; que su madre es una judía, la flor de la Raza judía; que todos sus antepasados fueron judíos, lo mismo que todos los Profetas, en fin, que toda nuestra Liturgia sagrada procede de los libros judíos. Teniendo esto en cuenta, ¿cómo expresar la enormidad del ultraje y de la blasfemia que consiste en vilipendiar a la Raza judía?

"En otros tiempos se detestaba a los judíos, se les martirizaba, pero no se les despreciaba *como raza*. Antes al contrario, se les temía, y la Iglesia rogaba por ellos, acordándose de que San Pablo, hablando en Nombre del Espíritu Santo, les prometió todo y de que deben, un día, convertirse en los astros del mundo. El antisemitismo, cosa completamente moderna, es la bofetada más horrible que Nues-

([9]) *Le Vieux de la Montagne.*

tro Señor ha recibido en su Pasión que dura siempre, es la más sangrante y más imperdonable porque la recibe *en la Faz de su Madre* y de mano de los cristianos" ([10]).

Página decisiva. Sin embargo, en ningún sitio habrá hablado León Bloy de los judíos tan magníficamente como en el libro *Le Salut*.

"La historia de los judíos cierra la historia del género humano como un dique cierra un río, para elevar su nivel"... El mismo debía decirnos su satisfacción de que hubiéramos notado la importancia de este admirable resumen.

Trata de comprender su destino místico a la luz de la Escritura. Pero ésta no se muestra más que a los profetas. Y Bloy se admira de que no se le pregunte jamás, "al único pueblo de donde salieron todos los Secretarios de los Mandamientos de Dios".

"La interpretación de los textos sagrados fué considerada antaño como el más glorioso esfuerzo del espíritu humano porque, según testimonio del infalible Salomón, «la gloria de Dios está en ocultar su palabra»... ([11]).

"Tengo el dolor de no poder proponer a mis ambiciosos contemporáneos un revelador auténtico. La portería de los Misterios no es de mi incumbencia y yo no he recibido la consignación de las Cosas futuras. Los profetas actuales están por lo demás tan completamente desprovistos de milagros que parece imposible discernirlos.

"Pero si es verdad que se pregunta, como una consecuencia natural de este punto de fe, qué debe ocurrir un día, querría yo saber por qué no se le pregunta eso jamás al único pueblo de donde salieron todos los Secretarios de los Mandamientos de Dios."

Pregúntase uno, cuando lee ciertas páginas de *Salut* si el mismo Bloy no es uno de esos inspirados por Dios. Así

([10]) *Le Vieux de la Montagne.*
([11]) *Proverbios*, XXV, 2.

nosotros no podíamos leer sin emoción desconcertante los sublimes capítulos XXX y XXXIII.

El capítulo XXX se titula: *La primera especulación judía.* Es una paráfrasis imaginada y sabrosa del diálogo sorprendente de Dios y de Abraham —"el Padre elevado por la multitud"—. Capítulo dieciocho del Génesis. La "especulación judía" consiste aquí en tratar de obtener, a fuerza de humildad, de amor y de audacia, que Dios perdone a Sodoma y a Gomorra, a fin de que "el justo no se vea envuelto en el castigo del impío". Seis veces Abraham reitera sus súplicas, y obtiene cada vez un poco más de misericordia. Por último el Señor se compromete a no destruir aquellas ciudades en el caso de que se encuentren en ellas diez justos solamente. Se había comenzado por cincuenta.

"Aquí termina el diálogo de la Omnipotencia vengadora y de la Omnipotencia suplicante. Habiendo sido vencido el Señor seis veces, se va y deja de hablar a Abraham, como si temiera ser vencido una séptima vez y no poder «descansar» después en su justicia".

Capítulo treinta y tres, último de *Le Salut par les Juifs*: Israel habla. Israel es, para León Bloy, tan pronto Caín, deudor de la sangre del Justo, tan pronto la misma Cruz, y como ella el instrumento de nuestra salvación por el Cristo, y es en su miseria, en su angustia, en sus lágrimas, la figura del Espíritu Santo.

"Esta Tercera Persona, soy yo, Israel, *praevalens Deo,* hijo de Isaac, hijo de Abraham, engendrador y bendecidor de los Doce Leoncillos establecidos en las gradas del Trono de marfil por la diligencia del gran Rey y la perpetua sombra de las naciones.

"Yo soy el Ausente de todas partes, el Extranjero de todos los lugares habitables...

"Tengo yo la costumbre de llevar el Arrepentimiento horrible de Jehovah «enojado» de haber hecho a los hombres y los animales (Génesis, VI, 7), y se ve bien que lo

llevo del mismo modo que Jesús llevó los pecados del mundo.

"Por esto siento sobre mí el peso de un gran número de siglos.

"Hablaré, no obstante, con autoridad de Patriarca, inamisible, investido cien veces de la elocuencia del Todopoderoso.

"No amo mucho a mis hijos de Judá y de Benjamín por haber crucificado al Hijo de Dios. Son la posteridad de sus dos antepasados, engendrados de mí, que he comparado antes a dos animales feroces.

"Pero han sufrido su castigo y no he rehusado ser el esposo y el titular de su excesiva reprobación.

"Acordándome de haber espoliado pérfidamente a mi hermano Esaú, era justo que yo asumiese, hasta en mi última descendencia, la complicidad de una perfidia que preparaba la Salvación del género humano despojándome yo mismo de la dominación sobre todos los imperios.

"Es cierto que estos miserables hijos no sabían que realizaban así la *translación* de las imágenes y de las profecías, y que, por su crimen sin nombre ni medida, se inauguraba el Reino sangrante de la Segunda Persona de su Dios, que sucede a la Primera que los había sacado de la dolorosa Egipto.

"Es preciso que llegue más adelante el advenimiento de la Tercera cuya HUELLA *está sobre mi Faz*, por quien todos los velos serán desgarrados en todos los templos de los hombres, y todos los rebaños confundidos en la Unidad luminosa.

"Sin embargo, estas cosas no llegarán antes de que se haya visto «la abominación de la desolación en el Lugar Santo», es decir, antes de que los cristianos, reprobadores tan constantes de mi infiel descendencia, hayan consumado a su vez, con mayor encarnizamiento, las atrocidades de que los acusan.

"Escuchad, cristianos, las palabras de Israel confidente del Espíritu de Dios.

"*El que es* no sabe otra cosa que repetirse El mismo, y el Señor de los Señores tiene siempre sed de sufrir...

"Cuando el Prometido llamado Consolador venga a tomar posesión de su herencia, será necesariamente preciso que el Cristo os haya dejado, porque declaró que este Paráclito no podría venir si no se iba él antes ([12]).

"Será, pues, retirado de vosotros a distancia de una pedrada ([13]), este Redentor impotente para despertaros, y vuestras almas quedarán desiertas de él, como los tabernáculos de sus altares en el día mortificado del Viernes lamentable.

"En este abandono de Aquel que es vuestra fuerza y vuestra esperanza, el universo humeante de espanto contemplará el no revelado Tormento del Espíritu Santo perseguido por los miembros de Jesucristo.

"La Pasión comenzará de nuevo, no ya en medio de un pueblo fiero y detestado, sino en la encrucijada y en el centro de todos los pueblos, y sabrán los sabios que Dios no ha cerrado sus fuentes, sino que el Evangelio de *Sangre* que creían el fin de las revelaciones estaba, a su vez, como un Antiguo Testamento encargado de anunciar al Consolador de *Fuego*.

"Este Visitador inaudito, esperado por mí cuatro mil años, *no tendrá amigos* y su miseria hará parecerse los mendigos a los emperadores."

León Bloy habla por Israel, y es "la voz encargada de hacer descender la justicia", la voz de un profeta que se escucha; León Bloy, sediento de la manifestación de la gloria de Dios, absolutamente como lo estuvieron los Profetas del Antiguo Testamento. ¿Hablarían así quizá los Profetas de las primeras asambleas cristianas, de quienes San Pablo decía en la *Epístola a los corintios*, "quien profetiza edifica la Iglesia de Dios"? (XIV, 5).

([12]) *Juan*, XVI, 7.
([13]) *Lucas*, XXII, 41.

Es verdad que no podíamos en esta primera lectura, siendo como éramos ignorantes del judaísmo y del cristianismo, comprender todo el sentido del simbolismo complejo de León Bloy. Pero la belleza de él era evidente. Y aquellos lamentos del corazón desconsolado por la injusticia, aquellas aspiraciones a la gloria de la verdad, no los llevábamos en nosotros en grado suficiente para reconocerlos en el corazón del viejo escritor dolorido.

Más tarde nos explicó muchas cosas respecto al texto magnífico y oscuro que he citado. No se trata ni de la manifestación de un nuevo Evangelio, ni de un advenimiento del Espíritu Santo bajo forma visible y personal, como en alguna ocasión se ha dicho con toda falsedad.

Comprendimos que León Bloy pensaba en una Pasión invisible, en la Iglesia, en los corazones, del Consolador a quien afligíamos sin cesar, cada vez más cruelmente, del Espíritu Santo que se lamenta en nosotros "con gemidos inenarrables" ([14]).

Pero solamente hoy, ante la indecible Pasión del Amor afligido en el corazón de los hombres y entre las naciones, y a la luz de los acontecimientos actuales, podemos realmente darnos cuenta de la visión prodigiosamente exacta que tuvo León Bloy de la miseria de su tiempo y del nuestro. La cristiandad fundada al precio de la sangre de los Mártires cae en polvo. La Iglesia, que tiene a su cargo el género humano todo entero, es como una madre abandonada que no tiene ya el poder de proteger a sus hijos. ¿Quién, pues, entre quienes conducen las naciones piensa todavía en los derechos de la verdad y de la justicia, de la misericordia y de la piedad?

La pasión del Espíritu Santo, anunciada por León Bloy, ha comenzado ya en el corazón de los pobres y de los oprimidos, y de todos cuantos sufren persecución sin que ninguna voz inspirada clame justicia.

Si nuestro mundo continúa su descenso a los Infiernos,

([14]) SAN PABLO, *Epístola a los romanos*, VIII, 26.

cuando los hombres hayan exterminado la piedad, "el disgusto matará hasta la cólera", y el Espíritu Santo, "ese Proscrito de todos los Proscritos, será condenado silenciosamente por magistrados de irreprochable dulzura".

La Pasión de Israel será la imagen reflejada de esta agonía del Amor. Y en esta indecible comunidad de sufrimientos Israel reconocerá a Aquel de quien es el símbolo. Esta será su "resurrección entre los muertos". Afirmada por San Pablo y predicha por Ezequiel, cuyos últimos versículos cita León Bloy para terminar el capítulo treinta y siete, y que son éstos:

Y él me dijo: "Hijo del hombre, esas osamentas son toda la casa de Israel. He aquí que dicen: Nuestros huesos están desecados, nuestra esperanza está muerta, nosotros estamos perdidos. Por eso profetiza y les dice: Así habla el Señor Yahweh: He aquí que voy a abrir vuestras tumbas, y os haré salir de ellas, oh mi pueblo, y os conduciré a la tierra de Israel. Y sabréis que soy Yahweh, cuando abra vuestras tumbas y os haga salir de ellas (¡oh pueblo mío!). Pondré mi Espíritu en vosotros, y viviréis; y yo os daré el descanso en vuestro suelo, y sabed que yo, Yahweh, digo y ejecuto —oráculo de Yahweh!"

Escribí yo a León Bloy una carta entusiasta cuyos términos he olvidado por completo. El me contestó:

París, 25 de agosto de 1905.

Querida amiga nuestra, Raïssa:

Para comenzar, no puedo hacer otra cosa que escribir a usted lo que escribía el 29 de junio de 1903 *(Quatre ans*, p. 31), a un pobre músico, que me había hablado también con entusiasmo de *Le Salut par les Juifs.*

«Entonces usted es verdaderamente mi hermano y verdaderamente el amigo de Dios. *El que ama la grandeza y el*

que ama al abandonado, reconocerá la grandeza si la grandeza está allí. Esta frase magnífica es de Ernest Hello, que fué un abandonado.»

Es preciso, pues, Raïssa, que sea usted verdaderamente mi hermana para haberme hecho esta caridad. Cuando se ama la *Salut*, no se es solamente mi amigo, se es, forzosamente, algo más. Porque es sumamente cerrado este libro que representa en un resumen extraño, años de trabajo, de oraciones y de dolores que han sido, así lo creo yo, fuera de medida, completamente fuera de medida.

En una época intelectual se le hubiera prestado atención, por lo menos por la forma literaria, el mayor esfuerzo de arte de toda mi vida.

Yo lo confieso muy ingenuamente, había esperado, entonces, en 1892, que los hebreos instruídos y profundos verían la importancia de este libro cristiano —*Paráfrasis del sublime capítulo onzavo del judío San Pablo a los romanos*—, el único, desde hace diecinueve siglos, en que una voz cristiana se ha hecho oír por Israel, afirmando con la ciencia y la elocuencia necesarias, que no hay prescripción para las Promesas divinas y que todo debe pertenecer, en fin de cuentas, a la Raza que engendró al Redentor. Yo me equivocaba...

Ahora, trato de responder a la más grave parte de la carta de usted.

«Yo no soy cristiana, dice usted. Yo no sé qué buscar, gimiendo.» ¿Por qué ha de continuar usted buscando, amiga mía, si *ya lo ha encontrado?* ¿Cómo pudiera gustarle a usted lo que yo escribo, si no pensara y no sintiera como yo? No es usted solamente cristiana, Raïssa, es usted una cristiana ardiente, una hija del Padre muy amado, una esposa de Jesucristo al pie de la Cruz, una sierva amorosa de la Madre de Dios en su antecámara de Reina de los mundos...

Pero usted no lo sabe, o más bien no lo sabía usted y para enseñárselo nos ha sido usted enviada...

...La importancia, la DIGNIDAD de las almas es inena-

rrable, y las almas de ustedes, Jacques y Raïssa, son tan preciosas que no ha sido necesario menos que la Encarnación y el suplicio de Dios para rescatarlas, exactamente como a la mía... *Empti estis pretio magno,* han sido ustedes comprados a gran precio. Esta, amigos míos, es la clave de todo, en lo Absoluto. Hemos sido rescatados, como esclavos muy preciosos, por la ignominia y la tortura voluntaria de Aquel que hizo el cielo y la tierra. Cuando se sabe esto, cuando se ve y se siente, somos como dioses y no cesamos de llorar.

El deseo de usted de verme menos desdichado, buena Raïssa, es una cosa que estaba en usted, profundamente, en su ser sustancial, en su alma que prolonga Dios, mucho tiempo antes del nacimiento de Nachor que fué abuelo de Abraham. Es estrictamente el deseo de la Redención, acompañado del presentimiento o de la intuición de lo que ella ha costado a Aquel que podría pagar. Eso es el cristianismo, y no hay otra manera de ser cristiano.

Arrodíllese usted, pues, al borde de ese pozo y ruegue así por mí:

—Dios mío, que me habéis rescatado a gran precio, yo os pido muy humildemente hagáis que esté yo en unión de fe, de esperanza y de amor con ese pobre que ha sufrido en vuestro servicio y que sufre quizá misteriosamente por mí. Libradle y libradme para la vida eterna que habéis prometido a todos los que sientan hambre de vos.

He aquí muy querida y bendita Raïssa, todo cuanto puede escribirle a usted hoy un hombre verdaderamente desdichado, pero colmado de la más sublime esperanza respecto a sí mismo y a todos los que lleva en su corazón.

Suyo

León Bloy."

CAPÍTULO VI

EL LLAMAMIENTO DE LOS SANTOS

La Catedral

Al regreso del campo nos detuvimos tres días en Chartres para visitar su Catedral.

Tuvimos la suerte, desde el primer día, cuando nos encontrábamos contemplando la Puerta Real, de interesar a un joven un poco más viejo que nosotros, a un arqueólogo que estudiaba la arquitectura de la Edad Media, y que, consciente sin duda de nuestra ignorancia, se ofreció para ayudarnos a leer este gran libro de la cristiandad.

Hemos, ay, olvidado su nombre. Sabemos solamente que era miembro de una de esas sabias sociedades que mantienen en las provincias francesas un nivel tan elevado de cultura, y que nos guió con bondad digna de un enviado del Señor. Nuestra gratitud va también al guardián-fotógrafo de la Catedral, M. Houvet, que comenzaba en aquellos años su admirable inventario de los tesoros de piedra y de vidrio en medio de los cuales vivía, y de los que publicó más tarde preciosos álbumes de fotografías.

Fueron, pues, aquellos tres días de contemplación muy precisa de la arquitectura, de la estatuaria y de las vidrieras de la más francesa de las iglesias, y que siempre ha sido para nosotros la más bella catedral del mundo. En verdad que la deletreamos como una Biblia.

Después de esta primera visita volvimos varias veces a Chartres, y cada una de ellas la Catedral presentó para nosotros un nuevo aspecto. Tan pronto no era sino belleza,

tan pronto era solamente piedad. La última vez —¿se acuerda usted, Arthur Lourié?—, dimos la vuelta por los balcones exteriores, a gran distancia del suelo, a través de un laberinto increíble de arcos y de contrafuertes. Y nos dejó el recuerdo y la imagen de un barco fantástico y omnipotente en el cielo de Francia.

Pero en su primer aspecto, en su lenguaje plástico fué para nosotros una muestra de teología, de historia santa y de exégesis. Nos repitió lo que acababa ya de decirnos el libro *Le Salut par les Juifs*: que los dos Testamentos están unidos en la persona del Cristo; que el Antiguo prefigura el Nuevo, cuya base es, como el Nuevo es el cumplimiento y la corona del Antiguo.

La Catedral nos decía esto con sus vidrieras gigantescas en que los cuatro grandes Profetas llevan sobre sus hombros a los cuatro Evangelistas. Lo decía con las estatuas majestuosas que representan a los Reyes y a los Patriarcas y a los Apóstoles y a David y a Salomón, y al Bautista que lleva en su corazón un cordero en medallón.

El libro de la Catedral nos dice cosas sublimes y familiares y tiernas. Pienso yo, por ejemplo, en el grupo escultórico que representa "la creación del hombre". El Cristo forma con amor aquel primer hombre cuya cabeza todavía indecisa reposa sobre las rodillas de Dios. Veo yo todavía la hermosa faz pensativa de "Dios creando el mundo". Sólo tiene aquella faz augusta; la creación está toda entera todavía en el pensamiento de Dios, pero se adivina su belleza intacta, se transparenta en la expresión de los rasgos divinos, como el fondo de un lago de aguas muy puras.

¡Y las vidrieras de Chartres! ¿Quién no conoce su belleza? Las vimos desde abajo y desde arriba, dando interiormente toda la vuelta de la nave por el triforio. Estábamos colmados de esplendor. Entonces, solos, después de despedirnos de nuestro guía improvisado fuimos a reposar junto a las imágenes ingenuas de los altares; cerca de la Virgen Madre vestida de satén y de oro, iluminada

con la llama de los cirios y de las lámparas de aceite. Allá todo era tan humilde, tan tranquilo. La majestad del lugar, la presencia terrible de los Misterios, sensible al corazón, se fundía en un puro reposo de amor y de simplicidad. Y nos sentíamos inclinados a creer que la unidad y la armonía de tantas bellezas tan altas no podrían tener más fundamento que la unidad de la verdad.

Fué poco tiempo después, creo yo, cuando haciendo un viaje, al mirar por la ventanilla del vagón desfilar los bosques, tuve yo por segunda vez el sentimiento de la presencia de Dios. (La primera vez había yo tenido ese sentimiento, violento y fugitivo, leyendo a Plotino.)

Yo miraba, sin pensar en nada preciso. Súbitamente se operó en mí un cambio profundo, como si de la percepción de los sentidos hubiese pasado a una percepción completamente interior. Los árboles que huían se habían hecho de repente más grandes que ellos mismos. Tomaron una dimensión prodigiosa en profundidad. Todo el bosque parecía hablar y hablar de un Otro, se convirtió en un bosque de símbolos, y parecía no tener otra función que la de *designar* al Creador.

Jacques, que hizo más tarde alusión en uno de sus libros ([1]) a esta impresión tan vivamente sentida, encuentra en ella un caso de "experiencia metafísica" ... "A la vista de una cosa cualquiera, dice, un alma sabrá en un instante que esas cosas no son por sí mismas y que es Dios." Me ha ocurrido también frecuentemente, antes de conocer las cosas de la fe, experimentar por intuición súbita la realidad de mi ser, del principio profundo, primero, que me coloca fuera de la nada. Intuición poderosa cuya violencia me asustaba a veces y que fué la primera que me dió el conocimiento de un absoluto metafísico.

No es mi propósito consignar en estas memorias lo que sólo a mí me toca e interesa; pero lo que acabo de de-

([1]) *Los grados del saber*, Desclée, de Brouwer, B. Aires, 1947.

cir lo creo útil para la inteligencia de lo que va a seguir.

Jacques y Véra seguían cada uno su propio camino en estas aproximaciones a la fe que se parecían a un crepúsculo matutino, en que los resplandores del alba parecían indecisos, y en que, sin que el alma lo sepa, es atraída ya y conducida más que conductora, mientras se agita en investigaciones y tentativas interiores, en dudas y en esperanzas. Es de mi propio camino del que yo hablo en estos recuerdos y de lo que nos era común a los tres. Lo que Jacques tenía que decir respecto al particular, se encuentra en verdad a todo lo largo de su obra, en los libros que ha escrito. Quiero yo hacer constar, sin embargo, que Jacques me dijo más tarde que todo había cambiado para él cuando pensando que era leal el probar con un acto del alma las promesas del Dios desconocido, se había puesto a orar de la manera siguiente: "Dios mío si existís, y si sois la verdad, hacédmela conocer", después un día, se decidió a ponerse de rodillas para recitar por primera vez la oración dominical.

La belleza de la santidad

De regreso a París Jacques reanudó sus estudios; yo seguí todavía los cursos de Bergson aquel año. Pero muy pronto mi salud, que desde hacía un año no había sido completamente buena se alteró gravemente, y tuve que renunciar a todo trabajo regular. El tiempo de mis lecturas aumentó naturalmente, con gran alegría mía. Nuestras visitas a los Bloy se hicieron más frecuentes. Les queríamos cada día más y nunca en ningún sitio nos ha parecido tan dulce la hospitalidad como en su miserable casita del número 40 de la calle del Chevalier de La Barre, en Montmartre. Comíamos allí cosas muy poco costosas; aun cuando, por principio, el vino nunca faltase. No había allí ni mantel ni servilletas, un muy pequeño número de platos, pero la invitación a compartir su comida se hacía siempre con una dulzura como sustancial, y a pesar del temor de ser

una carga para su indigencia era imposible rehusarla. León Bloy llevaba la chaqueta cuidadosamente abrochada hasta arriba. Frecuentemente en aquella época no se le veía cuello de camisa, dándose uno cuenta de que no tenía camisa. Los pocos alimentos que aparecían en la mesa eran servidos por Mme. Bloy con bondad majestuosa. Aquella mujer, que se casó con Bloy porque éste era pobre, tenía toda la grandeza de carácter necesaria para semejante vocación. La que había de ser después Mme. León Bloy —Jeanne Molbeck hija del poeta danés, asistía un día a una reunión en casa de los Coppée—. Vió entrar a un visitante cuyo aspecto le chocó. Preguntó a Mlle. Coppée quién era. —"¡Es un mendigo!" —le contestó Mlle. Coppée—. Y Jeanne Molbeck respondió en su corazón: "me casaré con él".

Compartíamos el festín real de su caridad oyéndoles hablar de las maravillas de Dios. A veces su hija mayor, Verónica, muchachita de unos diez años, cantaba ingenuas y emocionantes melodías cuya música y letra había ella misma compuesto. Gustábanle a Bloy los cantos de aquella niña misteriosamente dotada y cuyo espíritu de recogimiento le chocaba. La conversación era animada, espiritual y libre, alegre a pesar de la constante melancolía de Bloy. La confianza fraternal, la sencillez, el espíritu evangélico y el espíritu francés establecían entre los corazones una comunicación dulce y ligera y les daba la ilusión de descansar un momento en un mundo más feliz que "este planeta". León Bloy nos leía frecuentemente, con su voz admirablemente bella, las últimas páginas que acababa de escribir, cuya tinta estaba fresca todavía. Su vida era sencilla como su corazón. Iba él mismo con frecuencia al mercado de su barrio para hacer las magras compras destinadas a la mesa familiar.

El 4 de noviembre anota Bloy en su Diario (2): "Jacques y Raïssa. No se sabe cómo decir lo que experimentamos los unos por los otros. Aquel tiempo es para nosotros

(2) *L'Invendable.*

desde el punto de vista de la *amistad*, lo que las *Actas de los Apóstoles* son para el Cristianismo." El 30 de octubre escribió a Jacques:

"Mi querido Jacques:

Una carta es ordinariamente temible, sobre todo en mi situación, por tener desgraciadamente, al contrario de la Justicia, los pies y también las alas ágiles. Pero de usted no tengo que temer ninguna pena y al reconocer primeramente su letra, me decía esto a mí mismo al abrir su carta.

Evidentemente, hay en esto algún misterio, como yo ya se lo he escrito. No es natural tener amigos así, sobre todo cuando uno ha trabajado, durante treinta años, para hacerse enemigos. Es cierto que yo soy de aquellos a quienes todo puede ocurrir. Me ocurrirá quizá un día que me hagan Papa, lo que me produciría dificultades con mi mujer, que ha previsto todo, excepto eso.

Pues bien, me parece por lo menos que no había visto yo nada tan extraño como la querida amistad de ustedes, Jacques y Raïssa, que nos dan su corazón, como da uno su sangre a nuestro Señor Jesucristo, cuando tiene alma de mártir.

Sólo puedo decirles que el pobre anciano León Bloy es verdaderamente consolado por ustedes y que les quiere como a hijos que hubiera tenido de la bella Providencia de Dios.

Suyo

León Bloy."

Somos felices en esta época en que nada, sin embargo, está todavía claro para nosotros. Nos son dadas las primicias de la luz, las sentimos. Una constelación benéfica reina en nuestro cielo. Plotino, Pascal, Péguy, Bergson, León Bloy, bañan nuestras almas con su resplandor espiritual. Ha de advertirse que León Bloy no conoce a Péguy ni a Bergson, quienes también lo desconocen. Nosotros reunimos la amis-

tad de ambos y les amamos. Sus influencias son armoniosas, sus dominantes son las mismas. Sus luces iluminan dulce y lentamente nuestras tinieblas. Véra está con nosotros en nuestro gran secreto. No es que ocultemos celosamente nuestras relaciones con Marchenoir ([3]). Por el contrario hablamos de él a nuestros padres y a Péguy. Y Péguy comienza a tener celos de él. El secreto concierne solamente a nuestra busca de la verdad en esta fase que exige el recogimiento de todas nuestras fuerzas en el silencio y en la paz. Nada de controversias. No las tenemos con Bloy. No discutimos con él. El no argumenta con nosotros; por un tácito acuerdo Jacques y yo no pedimos a León Bloy más que el ejemplo de su vida, una comunicación confiada, tranquila, en los términos que son los suyos, de lo que él cree, de lo que él ama, de lo que él tiene por absoluta verdad.

Nos reservamos el examinar juntos, en nuestra casa, esos datos de la vida, de la doctrina y de las fuentes del catolicismo. Cierta humildad nos viene de nuestra increíble ignorancia de este universo tan complejo de la religión, respecto de cuya belleza comienza a desgarrarse el velo que cubre nuestros ojos. Confrontamos con él lo que la ciencia nos ofrece como más cierto, los descubrimientos filosóficos de Bergson, nuestras más constantes y más profundas aspiraciones.

Poco a poco la jerarquía de valores espirituales, intelectuales, científicos, se nos aparece y comenzamos a comprender que pueden no ser enemigos entre sí. En grados diversos participan todos del misterio a que conduce finalmente toda ciencia, todos participan de la luz de donde todo conocimiento desciende. Y vemos claramente que la verdad de los unos no podría ser enemiga de la verdad de los otros. Una vez reconocidas como ineficaces las objeciones del escepticismo racionalista y del positivismo seudo científico que,

([3]) Este es el nombre que se da a sí mismo León Bloy en *Le désespéré* y en *La femme pauvre*.

destruyendo el valor de la razón, destruyen también el valor de todo argumento situado en la esfera de su visión y dirigido contra la afirmación de un absoluto religioso, la veracidad de la fe llegaba a ser una hipótesis plausible. Pensábamos que la misma Fe podría ser considerada como un don superior de intuición, y que, haciendo llamamiento a la idea de una verdad absoluta debía implicar también y permitir que se desprendiera una doctrina del conocimiento asegurando las presas de la inteligencia humana sobre la realidad.

El interés y la dificultad no residían, por consiguiente, para nosotros en la solución de las objeciones que se oponen al todo indivisible de la doctrina católica. La dificultad consistía en entrar en el misterio propio de esta doctrina; en encontrar el centro a partir del cual todo se organiza en ella, todo se orienta en ella. Los caminos de la experiencia religiosa no estaban a nuestro alcance, porque la fe les era previamente requerida. No podíamos adherirnos a proposiciones dogmáticas que presuponen una información racional y cuyo contenido, según se nos decía, aun siendo superior a la razón es soberanamente razonable, pero a las cuales sólo se adhiere uno por el motivo de la fe y bajo la luz de la misma —adhesión de forma singular, extraña a toda forma de adhesión conocida por nosotros, filosófica, o científica, o de simple opinión.

Aun cuando pasaran los meses, hubiéramos continuado ante estas dificultades insuperables si León Bloy hubiera tratado de emplear con nosotros una apologética de demostración. ¿En qué bases habíamos de apoyarnos? Nuestra razón era buena para destruir, no para edificar, y nuestra confianza en ella estaba muy quebrantada, tanto como la que teníamos en la crítica histórica. Pero Bloy ni siquiera pensó en ello. Nos colocó ante el hecho de la santidad. Simplemente, porque nos amaba, porque su experiencia se nos había aproximado hasta el punto de no poder leerlos

sin llorar, nos hizo conocer a los santos y a los místicos.

¡Cuántas veces no nos ha leído, con la cara reluciente de lágrimas, las páginas de Santa Angela de Foligno, en la bella traducción de Ernest Hello! —"No te he amado en broma", sentíamos que León Bloy había experimentado el alcance de estas palabras de Dios a Santa Angela. Nos hablaba también mucho de Ruysbroeck el Admirable, y con frecuencia nos repetía llorando esta frase suya: "¡Si supierais la dulzura que Dios da, y el gusto delicioso del Espíritu Santo!"

Si no hubiéramos tenido la confianza que teníamos en León Bloy, ¿hubiéramos consentido nunca en abrir uno de aquellos libros? Tenían éstos tan mala reputación en la Sorbona, que comenzaba a estudiarlos, con grandes prevenciones y gran desconfianza. Primeramente nos dió León Bloy para leer los tres gruesos volúmenes de Schmoeger sobre la vida y las visiones de Ana Catalina Emmerich, una religiosa de Dulmen de la Renania, una de las más grandes místicas del siglo XIX que tuvo en él gran resonancia. El poeta Brentano le consagró muchos años de su vida con el fin de recoger lo que decía ella durante sus éxtasis. Las palabras son de Catalina Emmerich, los escritos de Brentano. Hay en ello una dificultad para el historiador. ¿Cuál es la parte del uno y del otro? Asegura Brentano que ha sido él un secretario escrupuloso y fiel. Parece, sin embargo que ha añadido, con el mayor candor, muchas cosas a las descripciones históricas y topográficas que forman el cuadro exterior de las visiones de Ana Catalina Emmerich concernientes a la vida del Cristo y de la Virgen. Pero lo que inclina a creer en su fidelidad respecto a cuanto considera esencial, es en primer lugar su misma fe en Ana Catalina, su devoción por ella, y también la belleza religiosa de las visiones e iluminaciones espirituales que narra. Esta belleza es tan grande que hace necesario que haya por lo menos un místico en este asunto, o Catalina o Brentano. Ningún poeta hubiera podido dar de la vida interior de

una mujer que se compadece de la Pasión del Cristo un cuadro de tanta profundidad, de tanta coherencia, de semejante valor teológico. Por otra parte todo lo que se sabe de la vida de Catalina Emmerich presenta las señales de la vida mística más elevada y más auténtica.

Las *Revelaciones* de Ana Catalina Emmerich nos dan del catolicismo una imagen robusta, viviente, y, sin embargo, patética y familiar. Nos enseñan cosas innumerables, a quienes todo lo ignorábamos, de la historia, de los dogmas, de la teología, de la liturgia, de la mística católica. Un catecismo en su sobriedad nada nos hubiera hecho comprender entonces. Nuestra ignorancia tenía la mayor necesidad del socorro de las imágenes, de esta especie de retrato de la Iglesia trazado en las cuatro dimensiones de elevación y de longitud, de anchura y de profundidad. Y todo a la vez nos mostraba el catolicismo heroico, la santidad en sus terribles pruebas, en su humildad y su divina caridad, en su ascetismo, y en la beatitud en que se realiza, en su pura armonía, en su poder, en su belleza.

Aprendíamos que la santidad une entre sí en lo invisible a todos los miembros vivientes de la Iglesia y que esta *Comunión de los Santos* es el lazo y la vida de su cuerpo místico, y le da su nota de santidad, independiente de las imperfecciones y de los pecados de algunos, o del mayor número, de los miembros de la Iglesia visible; la Iglesia cuyo jefe es el Cristo, cuya alma es el Espíritu Santo, pero cuyos miembros nacieron pecadores como todos los hombres después de la Caída. La Iglesia que está por todas partes en que se encuentra un alma santa, militante en la tierra, sufriente en el Purgatorio, gloriosa y bienaventurada en la vida eterna.

El "Catecismo Espiritual" del Padre Surin

Hay, sin embargo, un catecismo que leímos nosotros en estos primeros meses de nuestras relaciones con León Bloy;

es el *Catecismo Espiritual* del Padre Surin. Y cosa curiosa no fué León Bloy quien nos lo hizo conocer, sino alguien cuyas informaciones no esperábamos —Georges Sorel—. Pasaba la mayor parte del tiempo en la Biblioteca Nacional, explorando los viejos autores y alimentando su erudición con preciosos documentos. Y tenía respecto a la historia religiosa un interés predilecto.

Un día en que Jacques se encontraba en la Boutique de Péguy vió entrar a Sorel muy excitado por lo que acababa de oír en una sesión de la Sociedad de Filosofía, donde se había tratado de mística. "Estas gentes, decía, no conocen las verdaderas fuentes. Hay dos libros que es preciso leer sobre la materia: el *Catecismo Espiritual* del Padre Surin, un jesuíta del siglo XVII, y el libro reciente del padre Poulain sobre *Las Gracias de la Oración*." Jacques, por un favor de la Providencia, no se interesó más que en el primer título, y de esta manera conocimos esa obra maestra de espiritualidad. La lectura de este libro ejerció sobre nosotros desde el primer momento una acción decisiva, aun cuando todavía lo ignorábamos. Bendecíamos nuestra previa y total ignorancia que nos permitía ver súbitamente en una frescura completamente nueva aquel tratado desde hacía mucho tiempo clásico de la vida espiritual. Las nociones esparcidas respecto a la contemplación que habíamos encontrado en Plotino, en Pascal y en León Bloy, tenían aquí su centro de plenitud y de eficacia. Esta carta de la santidad advertida por primera vez se nos aparecía, en su lógica orgánica, como la única capaz de tratar de la vida interior, de despertar esta vida dormida en cada uno de nosotros, de hacernos verdaderamente vivientes y humanos en nuestro espíritu como en todos nuestros actos. Pero era preciso que viésemos que la perfección a que tendía toda la labor del asceta sólo podía ser verdaderamente alcanzada por los caminos de una vida pasiva del espíritu, en que Dios por sí mismo conduce las almas que quiere colmar con sus dones. Así era preciso abandonar la esperanza de llegar por la sola

aplicación de nuestra voluntad a esa unión con Dios que da a los santos toda su perfección y su beatitud. Era preciso, pues, creer en Dios. La fe en la existencia de Dios era todavía muy frágil en mí, según me parecía. Pero ardía en nosotros el deseo de aquella vida maravillosa en que "todo no es más que orden y belleza", amor, "tranquilidad y verdad". Comparada con la vida de esas almas llenas de gracia y de fuerza nos parecía impotente, incierta y vaga nuestra propia vida interior, y la de los mejores de los nuestros.

Teníamos sed de aquella contemplación de la cual dice el P. Surin que "es una operación por medio de la cual el alma contempla la universal verdad", y que por esa contemplación, "el espíritu elevado a una alta noción de la verdad eterna vuelve de allí con maravillosos gustos e impresiones de gran provecho, que no se conocen tanto en sí mismas como en sus efectos; hasta el punto de que un hombre acostumbrado a esas operaciones, es fecundo en luces y en virtudes". En efecto, "por la contemplación alcanza el alma la perfección evangélica, no solamente como consecuencia de los buenos movimientos que le son dados, sino como formalmente, en el mismo acto de contemplación... El alma no tiende más que a la Verdad que conoce y en la manera que la conoce, es decir, de una manera universal, despojada de sus cualidades individuales; lo que la mantiene en una perfecta pureza y le da una eminente sabiduría para discernir todas las cosas, sin estar imbuída del gusto de ninguna, hasta el punto de que su práctica es de despojarse y de desasirse sin cesar de todo lo que hay de individual y de particular, y dirigirse a lo que es innominable e impenetrable". Y esto, que producía en mi corazón un vacío inmenso, con una aspiración infinita hacia lo que podía colmarlo: "El alma sacrifica al Dios desconocido que es más grande que el Dios conocido, porque lo que se sabe de Dios nada es comparado con lo que no se conoce de El."

Así por amor de la verdad el alma es colmada de sabiduría, y cuando ha llegado a la perfección del amor, llega también a la perfección de la libertad:

"Se deja mover hacia el Espíritu Santo: he ahí por qué no sabe qué es el constreñirse... Como esas personas están en el amor, hacen lo que ellas quieren; dicen libremente lo que otras no se atreven a pensar, porque nada temen... Tienen un solo deseo. Son como los pájaros del cielo, colocados en lo alto, es decir, en Dios, lo que hace que no tengan ninguna limitación. *Ubi spiritus Domini, ibi libertas!*" Allá donde está el espíritu del Señor está la libertad.

Verdad. Amor. Libertad. Bellas palabras que dais al alma un gusto anticipado del Paraíso, que hubierais debido ser inventadas si la realidad misma no os hubiera engendrado. Es la realidad la que os da este sabor al cual no puede resistir el corazón del hombre. Allá donde vivís Dios vive con vosotras, aunque nosotros no lo sepamos.

¡Qué admirable conjunción de la acción de Dios y de la docilidad heroica del alma! ¡Qué perfecta unión del ascetismo y de la contemplación establecía aquel *Catecismo Espiritual!* Conocimos más tarde la vida extraordinaria de su autor, y comprobamos que para hablar de la contemplación le había bastado al P. Surin con bucear en su propia experiencia. Mucho más tarde también Henri Bremond habló extensamente de él en su *Histoire Littéraire du Sentiment Religieux en France.* Cita, en el volumen V, páginas admirables tomadas bien en el *Catecismo,* bien en un *Tratado inédito,* y no resisto el deseo de reproducir una aquí:

"Cuando el alma ha estado largo tiempo en las penas... Dios la funde en la paz... Esta paz viene como un río cuya corriente iba por un país y es desviada hacia otro, como si se tratara de la ruptura de un dique. Esta paz insinuante hace lo que no es propio de ella, es decir, impetuosidades muy grandes y sólo a la paz de Dios corresponde hacer esto. Es ella sola la que puede marchar en este equipo,

como el ruido del mar que llega, no para destrozar la tierra, sino para llenar el espacio del lecho que Dios le ha dado. Este mar viene fiero, con rugidos, aun cuando esté tranquilo: la abundancia de las aguas produce el ruido y no su furor... El mar en su plenitud viene a visitar la tierra y a besar los bordes que Dios le ha dado como límites. Este mar viene majestuoso y magnífico. Así viene la paz al alma, cuando la grandeza de la paz la visita después de los sufrimientos, sin que haya allí un solo soplo de viento que pueda formar sobre ella una arruga. Esta divina paz, que lleva consigo los bienes de Dios y las riquezas de su reino, tiene también sus precursores, que son los alciones y los pájaros que señalan su venida: son las visitas de los ángeles que la preceden. Viene como un elemento de la otra vida, con un son de la armonía celestial, y con tal rapidez que el alma misma queda completamente trastornada, no por oposición a su bien, sino por abundancia. Esta abundancia no hace ninguna violencia, sino contra los obstáculos de su bien, y todos los animales que no son pacíficos escapan a las acometidas de esta paz y vienen con ella todos los bienes que están prometidos a Jerusalén como la casia, el ámbar y otras cosas raras a su ribera; así esta divina paz viene con abundancia y opulencia de bienes y de riquezas preciosas de la gracia" ([4]).

La ciudad de Dios se dibujaba en nuestro horizonte con líneas todavía imprecisas, pero deslumbradoras ya.

En el alba de nuevas amistades

Fué en casa de León Bloy donde encontramos a Georges Rouault la primera vez. Se encontraba allí con otros dos pintores de desigual destino: Desvallières y Bonhomme. Con

([4]) *Tratado inédito...*, pp. 281-282. La ortodoxia del *Catecismo Espiritual* ha sido perfectamente aclarada por Bremond, en el volumen V de su *Histoire Littéraire du Sentiment Religieux en France*, pp. 154-156.

fecha 12 de noviembre de 1905 dice León Bloy en su diario:

"Hay varios artistas y se habla de arte enormemente, sin poder entenderse. La única cosa neta, dicha por mí... es que los hijos de Dios no pueden nunca pedir demasiado, teniendo derecho a todo, y que por consiguiente es preciso pedir artistas completos..." (5).

Se habla de arte enormemente sin poder entenderse... Esto ocurre frecuentemente. No me acuerdo de lo que se dice. Jacques y yo nos hemos limitado a escuchar, sin duda, pero yo conservo de esta discusión una impresión grave, todos los problemas importantes concernientes al arte se habían probablemente planteado. Si aquel día Rouault discutió con León Bloy, y trató de hacerle comprender el sentido de sus nuevas investigaciones, teniendo que renunciar rápidamente a hacerse entender del viejo escritor, cuya única visión plástica era la de la Edad Media y la del Renacimiento, y que no podía renunciar a la belleza de las formas. Cuántas veces, en los años que siguieron no habríamos visto nosotros a Rouault en casa de Bloy, de pie, apoyado en la pared, con una ligera sonrisa en los labios cerrados, la mirada lejana, el semblante aparentemente impasible, pero de una palidez que iba acentuándose cuando se abordaba el problema de la pintura moderna. Rouault palidecía, pero mantenía hasta el fin un silencio heroico. Y siempre, a pesar de su irreductible oposición en lo referente al problema mismo de su arte, permaneció fiel a León Bloy. Hubiérase dicho que iba a buscar en casa de Bloy las acusaciones mismas que atormentaban en él lo que había de más querido, no para someterlas a una discusión cualquiera, sino para probar contra ellas la fuerza del instinto que le arrastraba hacia lo desconocido y que llegaría a triunfar de todo obstáculo.

Tuvimos la suerte de conocer bien a Rouault y de verle con mucha frecuencia durante los años en que él y nos-

(5) *L'Invendable.*

otros habitamos en Versalles. Era entonces muy semejante a ciertos "muñecos" suyos o a sus payasos: la cara alargada, de palidez de marfil, de gracia bretona y parisiense a la vez —su padre era bretón y su madre parisiense—, doblemente sensible por consiguiente, un poco melancólico; de labios delgados, ojos azules, claros, límpidos, pero de mirar profundo, y que no se entrega. Aprendimos en él a conocer lo que puede ser la sensibilidad, la lealtad respecto a su arte, el heroísmo de un gran artista. Lo conocimos en los años difíciles en que casi todos sus amigos movían la cabeza al hablar de él y le criticaban; prosiguió obstinadamente su trabajo en medio de los obstáculos sin número que suscita la pobreza, una pobreza que duró largos años. Lo mismo que León Bloy, tenía Georges Rouault una mujer admirable, paciente en la adversidad, y hermosos hijos:

Genoveva mi grueso bordón,
Isabel mi palomita,
Miguel débil pilar de la casa,
Inés pequeño pichón,

que eran su alegría pero también su tormento: era preciso, por ellos, por su bienestar, renunciar a la pureza de su conciencia de artista, y hacer pintura de la que se vende, fácilmente a todos. ¡Qué crudeza trágica tenían aquellas luchas! Nos fué posible conocerlas un poco. Pensando en él sobre todo escribió Jacques *Art et Scolastique*. Como no éramos nosotros ni críticos de arte ni antiguos camaradas, Rouault nos mostraba de buen grado lo que hacía. No podíamos seguir sin emoción los progresos de su paciente labor realizada con una pureza de intención artística sumamente rara aun en los más grandes. Lo vimos pasar así de una época sombría a una época luminosa, en constante progreso hacia la serenidad, hacia el pleno dominio de su materia pictórica como hacia la perfecta soltura y poder sintético de sus grandes destinos.

En la época en que le conocimos había abandonado ya

el camino fácil que ante él se abría. A la edad de veintidós y veintitrés años había pintado *El Cristo muerto*, hoy en el Museo de Grenoble y *El Niño Jesús entre los Doctores*, comprado por el Museo de Colmar, donde se sentía la influencia a la vez de Gustave Moreau y de Rembrandt. No había de continuar por aquel camino, ésta era la opinión general, salvo quizá la de Gustave Moreau que tenía confianza en las dotes de su alumno preferido. Su primera manera gustaba, pues, mucho, pero quien poseía el poder y la novedad del genio hubiera sentido vergüenza de pintar siempre de acuerdo con la visión de otro, aun cuando ese otro fuera el mismo Rembrandt.

Comenzaba, pues, Rouault a liberar su genio propio y a dar forma a la indignación, vengadora de todas las mediocridades, que ardía en su corazón. En eso se parece extrañamente al mismo León Bloy. Pero Bloy no se enteraba de este parecido; he aquí los términos en que habla de Rouault después de una visita al Salón de Otoño:

"... Este artista a quien se creería capaz de pintar serafines, parece no concebir más que atroces y vengadoras caricaturas. La infamia burguesa opera en él tan violenta repercusión de horror que su arte parece herido de muerte. Ha querido hacer mis *Poulot* (personajes de *La Femme Pauvre*). A ningún precio quiero yo esa *ilustración*. Se trataba de hacer lo que hay de más trágico: dos burgueses, varón y hembra, completos: cándidos, pacíficos, misericordiosos y sabios para poner la espuma del terror en la boca de los caballos de las constelaciones. Ha hecho dos asesinos de pequeño arrabal" (6).

Hay también algo de Gustave Moreau en el estilo de León Bloy; y Rouault buscaba su estilo personal, alejándose voluntariamente de la manera de su maestro de la Escuela de Bellas Artes.

Pero la razón profunda del disentimiento es mucho más

(6) *L'Invendable.*

grave todavía, como puede verse por una carta de León Bloy a Georges Rouault, fechada en 1º de mayo de 1907, y en la cual le dice: "Usted, se siente atraído por lo feo exclusivamente."

Esta cuestión de la belleza de las formas, además de no existir cánones inmutables para las formas bellas, se le planteó a Rouault como sin duda a todos los grandes artistas de nuestro tiempo. Y Rouault no negaba que se haya debido sacrificar la busca de la belleza formal a la de la "rareza" de la materia pictórica, lo mismo que a la necesidad de libertar a la pintura de las formas impuestas por la naturaleza. Así un Cézanne, un Rousseau, un Rouault habían llegado a hacer belleza con las deformaciones, con la "fealdad", gracias a la sensibilidad extrema de un arte llegado a la cumbre de la conciencia de sí mismo, gracias a la soberana presencia de la poesía —de esa vivificadora—, habiendo abandonado completamente o poco menos las formas regulares de todos los academicismos.

Dado el punto a que el arte de los pintores llegó, con el clasicismo de Ingres y el romanticismo de Delacroix, tenía que producirse una renovación total, y, ¿no era ésta la opinión de Rouault? Es preciso creer que no ha sido posible salvaguardar a la vez la belleza de las formas y la poesía y la renovación. ¿No era en esto en lo que el academicismo había insistido más que el abandono había de producirse? La deformación ha alcanzado sobre todo a los rasgos humanos del cuerpo y del rostro. Por no haber sido sometido el paisaje a cánones tan estrictos ha escapado a esta necesidad temporal sin duda y que marcará una época. En todo caso no hay hoy paisajes más bellos que los de Rouault. La evolución de un Picasso me parece aquí muy instructiva; partió él de formas muy puras y fué hacia una deformación cada vez más acentuada, y hacia un máximum de rompimiento con los datos de la naturaleza. Me parece que la evolución de Rouault ha ido en sentido contrario. Se puede conceder a León Bloy, que, no solamente

Rouault sino todos los artistas: pintores, escultores, músicos, poetas, padecen desde hace mucho tiempo ya, la atracción de la deformación y, en este sentido, de la fealdad. Pero la razón esencial de semejante atracción, ¿quién podrá revelárnosla? León Bloy la designa, cuando, en la misma carta a Rouault, le dice: "Si fuese usted un hombre de oración..." Pero los artistas del Renacimiento no eran por regla general hombres de oración y Rouault es un cristiano profundamente creyente. No basta que algunos sean hombres de oración para que reconcilie de nuevo el arte, la libertad con la belleza de las formas; es preciso sin duda el esplendor de una época completa, una Edad Media completamente inspirada por la fe, o un Renacimiento en que la fe da su última flor, y quizá la más bella, como en Rembrandt, o en Zurbarán...

¿Qué es lo que dió a León Bloy la amistad y la admiración de Rouault? ¿No es acaso justamente la viva fe de ambos, como la elevación y el rigor de su conciencia de artista? Muy joven todavía, Rouault había sufrido la influencia de Huysmans. Después se apartó de Huysmans para ir a Bloy.

La inspiración religiosa es constante en su obra; tiene de ello perfecta conciencia, y yo le he oído quejarse con frecuencia de quienes no querían reconocerla. No es solamente por los temas tratados, es porque, haga lo que haga, se le siente en perpetuo alerta respecto a los valores evangélicos de la vida humana. Se ha dicho que Rouault es el pintor del pecado original. Esto es verdad respecto a la época sombría de los jueces, de las muchachas, de los payasos, y esto aparece en sus Cristos magníficos y terribles que recuerdan, con fuerza apenas resistible, que Dios se ha cargado de todas nuestras iniquidades, y que nosotros le hemos dado en cambio esta faz desfigurada de lágrimas y de sangre. Pero no creo yo que sea esto cierto referido a toda la obra de Rouault.

Cuando por primera vez le vimos en casa de León Bloy,

lo que inspiraba la obra y la vida de quien había de llegar a ser uno de los más grandes pintores de todos los tiempos, no era todavía para nosotros más que una promesa muy extraña y muy atractiva, una especie de ciudad mágica dibujada apenas en el horizonte.

Algunos meses después de nosotros, un nuevo amigo llegó a Bloy en la persona de un gran sabio, el geólogo Pierre Termier, uno de esos espíritus creadores y poderosamente sintéticos que contribuyeron a renovar nuestro conocimiento de la "Faz de la Tierra". Su primera carta le llegó a Bloy el 14 de enero de 1906:

"He recibido la carta de un desconocido: Pierre Termier, ingeniero jefe de Minas, profesor de la Escuela de Minas, un gran señor se dirá, que quiere verme y escucharme, después de haberme leído . . ."

Tres días más tarde se presentó Pierre Termier en la calle del Chevalier de la Barre. Fuí yo quien le abrió. Vi un gran señor de unos cincuenta años, muy distinguido, de aire excesivamente elegante, que me preguntó con voz muy dulce y modesta si era aquélla la casa de León Bloy.

"17 de enero. — Aparición de mi Ingeniero. Es un cristiano ferviente, especie tan rara como el ornitorrinco, mamífero que pulula, quizá, en parajes desconocidos. Esto explica su gusto por mí. Es lo que yo dije de la Salette, en *La Femme Pauvre*, lo que lo ha ganado. Quiere que vaya yo un día a almorzar a su casa. ¿Cuál podrá ser el porvenir de semejante amistad? Yo estoy sobre todo extrañado. Hijo de un ayudante de puentes y calzadas muy poco creyente, vi desfilar en mi primera juventud algunos ingenieros paganos, o por lo menos muy profanos, y tenía el prejuicio de una especie de incredulidad politécnica. Es verdad que mis ingenieros eran constructores de puentes, pontífices, mientras que el recién venido era un troglodita. Esta es una diferencia."

Pues bien, "el porvenir de esta amistad" iba a ser magnífico. Desde el día de su encuentro con él encontró Bloy

siempre en Termier un incomparable amigo, cuyo fraternal apoyo, material y moral, le fué constantemente provechoso. Pierre Termier, uno de los sabios más reputados de su tiempo, miembro del Instituto, colmado de honores, era también un cristiano muy grande y muy humilde. Por lo que se refiere a nosotros que nunca habíamos encontrado un sabio de aquella naturaleza, su existencia por sí sola era a nuestros ojos una apología de la Fe. La Poesía habitaba en su hogar como una compañera de la ciencia. Pierre Termier, cuya obra científica, considerable, no está al alcance de los ignorantes de la geología, ha escrito también varias obras de consideraciones generales sobre la ciencia, sobre los sabios, sobre la belleza de la tierra, cuya superficie y profundidades tan bien conocía. *La Vocation de Savant, La Joie de Connaître, A la Gloire de la Terre,* son libros de un humanista. Jeanne, su hija primogénita y la preferida de Bloy, es la que incitó a su padre a escribir al Peregrino de lo Absoluto; ha publicado una colección de poemas, *Derniers Refuges,* cuya grave belleza y nostalgia entusiasmaron a Bloy, y que éste prologó. Pero en todo esto anticipo yo enormemente. Y para no detenerme en el camino anoto además: en 1927 publicó Termier las cartas que él y su hija habían recibido de León Bloy. En una "Advertencia" presenta él mismo dichas cartas:

En *L'Invendable,* cuarto volumen de su diario, ha relatado León Bloy nuestro encuentro en Montmartre, el 16 de enero de 1906. Lo llama, en la tabla de materias del libro, "la aparición de Pierre Termier sobre la Montaña de los Mártires". Nuestros caminos, hasta entonces, habían sido muy diferentes, y muchos de nuestros contemporáneos nos habrían juzgado muy desemejantes. Es preciso creer, sin embargo, que había entre nosotros una afinidad misteriosa, porque llegamos a ser casi inmediatamente grandes amigos. Amistad cálida y fiel, que nunca conoció la menor nube. Sigue siendo el honor de mi vida, y me es infinitamente dulce el pensar que pudo, con un número pequeño de

amistades semejantes, dulcificar un poco la dura y sombría ancianidad de León Bloy . . .

"Leyendo estas cartas se verá a Bloy en una luz que no es aquella en que lo colocan habitualmente quienes lo retratan. El libelista feroz ha desaparecido, para ceder el puesto al dulce místico, al cristiano ferviente, al amigo indulgente; el violento se ha convertido en tierno. Más exactamente, violencia y ternura cohabitan, cubriendo ésta a aquélla y ocultándo'a casi; y cuando por instantes, surge la cólera, la cólera que en Bloy no está nunca mucho tiempo adormecida, no aparecerá ya sino como la explosión de su indignación generosa o «la efervescencia de su piedad»."

El nombre de Jacques aparece citado con ternura frecuentemente en estas cartas de Bloy a Pierre Termier. Tenemos nosotros en ellos dos grandes y admirables amigos a quienes venerar y querer. Más tarde había de publicar Termier una *Introduction à Léon Bloy* —su última obra— que es uno de los grandes testimonios rendidos a Bloy. Casi no existe un solo discurso de Termier en las sociedades sabias en que no haya encontrado medio de citar a León Bloy.

Después de haber leído *Le Salut par les Juifs* nos preocupaba la suerte de este libro, que como consecuencia de no sé qué vicisitudes no había medio de encontrarlo. Jacques y yo decidimos reeditarlo por nuestra cuenta, en casa de Payen, el impresor de Péguy.

"17 de noviembre. — Jacques y Raïssa emprenden una nueva edición de *Le Salut par les Juifs*. Quieren un libro muy hermoso en caracteres Grasset, rojos y negros. Nunca sabré lo que esta acción generosa habrá costado . . . " ([7]). Nosotros hemos perdido el recuerdo de esto. Pero no hemos olvidado la alegría que dió esta decisión a León B'oy; y como todos los magnánimos, nada podía recibir sin dar inmediatamente más todavía:

([7]) *L'Invendable.*

"9 de noviembre de 1905. — Lectura de las pruebas de la nueva edición de *Le Salut par les Juifs*. Trabajo dulce y también un poco embriagador. ¿Dónde está el escritor moderno capaz de presentar el equivalente de este libro? Se lo dedico, con tanto orgullo como amor, a mi pequeña judía Raïssa (Rachel) a quien su *hermano* Jesús sabrá recompensar bien."

¿Tenía yo necesidad de otra recompensa? ¡Había en esto demasiado honor para mí y tanta ternura! La primera dedicatoria que se me dirigía era la de un libro como aquél, y cuán magnífica era:

A

Raïssa Maritain
dedico yo estas páginas
escritas a la gloria católica
del Dios
de Abraham
de Isaac
y de Jacob.

Hablábamos con frecuencia de Bloy a Péguy, y de Péguy a Bloy. Sin embargo, nuestras dos grandes admiraciones continuaban ignorándose como el Himalaya ignora a los Pirineos.

Trató Jacques de relacionarlos haciendo leer a Bloy uno de los "Cahiers" de Péguy. Pero el milagro no se realizó; y esto únicamente por la negativa obstinada de Péguy.

He aquí, en efecto, lo que anota Bloy en *L'Invendable*, con fecha 6 de enero de 1906:

"Leo primero por curiosidad, inmediatamente con el más vivo interés, un fascículo de los *Cahiers de la Quinzaine*, de Charles Péguy (tercer *cahier* de la cuarta serie). Se trata de la miseria. Me veo precisado a escribir al autor:

"Señor, usted no me conoce y nos encontramos tan lejos uno de otro que yo no sé cómo un deseo de no ignorarnos más podría nacer en usted. Sin embargo, uno de sus amigos de usted me ha hecho leer su estudio sobre Jean Coste y no me perdonaría el no felicitarle. En nuestra época de automovilismo y de cretinismo exagerados, resulta deslumbrador el encontrar, en el rincón de un folleto, un demostrador tan metódico, un dialéctico de precisión tan impecable y al mismo tiempo ¡oh prodigio! un alma tan joven, un talento tan patético. Esta frase: «La miseria es una grandeza . . . » me ha dado la conmoción de un rejuvenecimiento de Pascal. Hay entre otras la página 23, por ejemplo: «El miserable es en su miseria . . . » que ningún otro contemporáneo, creo yo hubiera sido capaz de escribir.

"Viejo cautivo de la miseria, no habiendo podido, a los sesenta años, evadirme de ella; pero, a pesar de todo, asido todavía a la esperanza, doy a usted las gracias por haberse tomado la pena de escribir para mí esta notable página sin conocerme."

A esta admirable y generosa carta nunca quiso Péguy responder. Comprendimos nosotros más tarde que, por sufrir una evolución muy profunda, y realmente muy personal, no quería que se pudiera decir que había experimentado la influencia de otro y sobre todo la de Bloy, por quien sentía una singular antipatía. He aquí las dos páginas del *De Jean Coste* que emocionaron particularmente a Bloy:

"La miseria es una grandeza; tan grande que las demás grandezas humanas parecen pequeñas comparadas con ella; cuando se conoce bien a verdaderos miserables, lo que más choca en ellos, en su rebajamiento mismo, es cierto tono de altivez; su humillación no es frecuentemente más que altivez, interiormente poseída; tienen siempre el aire de decir al hablar a los demás hombres: Vosotros que no conocéis la vida porque no conocéis la miseria; es justamente esa

grandeza, de que tienen ellos conciencia, la que no pueden siempre llevar, y se les sube a la cabeza; no caen en la grandilocuencia sino porque tienen necesidad de subir hasta la gran elocuencia, que no conocen siempre; lo notable de esta grandeza es que la miseria no ha sido por decirlo así jamás escogida, elegida, deseada, preparada; es una grandeza involuntaria, venida del destino, no preparada: de ahí esa torpeza altiva, esa insolencia presuntuosa de las cabezas designadas; los miserables están investidos de una grandeza que ellos no habían pedido; están condenados por la fuerza de los acontecimientos a representar la vida a lo trágico sin tener temperamento o genio trágico; representan una falsedad; representan lo melodramático en lugar de representar lo trágico; y se cree que su vida es melodramática; pero es trágica no obstante; es la expresión lo que falta."

"... El miserable está en su miseria; la mirada perpetua que echa sobre su miseria es una mirada miserable; la miseria no es una parte de su vida, una parte de sus preocupaciones, que examina en tiempo oportuno, y sin perjuicio por lo demás; la miseria es toda su vida; es una servidumbre sin excepción; no es solamente el cortejo conocido de privaciones, de enfermedades, de fealdades, de desesperaciones, de ingratitudes y de muertes; es una muerte viviente; es el perpetuo suplicio de Antígone; es la universal penetración de la muerte en la vida, es un regusto de muerte mezclado a toda la vida; la muerte era para el sabio antiguo la última liberación, un libertamiento indestructible. Pero para el miserable no es más que la consumación de la amargura y de la derrota, la consumación de la desesperación."

La prueba del bautismo

En febrero de 1906 caí peligrosamente enferma, y esta enfermedad fué para Jacques, para Véra y para mí como un alto en el fluir insensible del tiempo, de nuestro tiempo que pasaba; de ese tiempo en que se deja uno vivir sin que

la voluntad levante su voz. Se vive así, generalmente, en un semisueño de las potencias. Puede dejarse pasar así toda la vida. Desde que por Bloy, el problema de la verdad del catolicismo se nos había planteado, habían transcurrido ocho meses, y no soñábamos todavía en decisión de ningún género. Se había hecho en nosotros un trabajo profundo, es cierto, pero solamente en el orden especulativo. Todo lo que precedió al encuentro con Bloy, y todo lo que siguió, lecturas, reflexiones, amistades nuevas, nos había llevado por una parte a convenir que ninguna de las objeciones hechas al catolicismo era decisiva, y por otra parte nos había dado un ardiente deseo de la felicidad y de la santidad de los Santos.

Mi enfermedad, que duró varias semanas, fué sobre todo para Jacques ocasión de reflexiones decisivas y le dió el sentimiento de que la hora de salir del sueño había llegado. Fué durante aquellos días de angustia cuando se puso de rodillas, lo mismo que uno se echa al mar para salvar a otro, y cuando por primera vez recitó la Oración Dominical. Sus resistencias cedieron, y se sintió dispuesto a aceptar el catolicismo si era preciso.

Me dijo todo esto después de mi curación. Antes no hubiera sido yo capaz de entenderle ni de comprenderle, pues estaba demasiado enferma para pensar en nada. Bloy me escribía el 15 de febrero:

"Mi queridísima Raïssa:

Nos acordamos mucho de usted en nuestra casa y nos acordamos con ternura. Esta mañana, en la misa del alba, he llorado por usted, amiga mía. He pedido a Jesús y María que tomen de mi pasado de tormentos lo que pueda haber de meritorio y que lo apliquen buenamente por la curación de usted, que se lo imputen, con fuerza y poder, por la paz de su cuerpo de usted y la gloria de su alma. He llorado tan dulcemente que me he creído atendido... Usted es

grandemente amada, sobrenaturalmente querida. Escúcheme usted. Quedará usted curada y conocerá alegrías inmensas."

"Será usted curada..." No me gustaba mucho la idea de orar por mi curación, cuando, después de haber perdido la fe de mi infancia, no había todavía orado de manera desinteresada. Falta esa sencillez cuando se está lejos de Dios.

Un día en que me encontraba muy mal y sufría terriblemente, Mme. Bloy vino a verme y se sentó a mi cabecera. Me dijo que rezara y que iba a darme una medalla de la Santa Virgen. No podía yo hablar, pero me molestó mucho lo que me parecía grave indiscreción. Jeanne Bloy, sin embargo, al no recibir mi respuesta, me puso la medalla en el cuello. Un segundo, y sin darme cuenta de lo que hacía, me dirigía a la Santa Virgen con confianza y me dormí con sueño dulce y reparador.

Comenzó mi convalecencia y fué aquél un tiempo de largas conversaciones entre Jacques y yo. Continuaba yo, sin embargo, sin sentir la urgencia de una decisión. Y hasta el 5 de abril no comunicamos a León Bloy nuestro deseo de hacernos católicos, rodeando ese deseo, es cierto, de toda clase de ingenuas restricciones. León Bloy anotó esa fecha en su diario:

"El milagro está realizado. Jacques y Raïssa piden el bautismo. Gran fiesta en nuestros corazones, una vez más mis libros, ocasión de este milagro, son aprobados no por un obispo, ni por un doctor, sino por el Espíritu Santo."

El 6 de abril escribe a Pierre Termier:

"Al dejarle a usted ayer, corrí a su casa. Me parece haberle dicho que me esperaban, pues tenían algo que decirme. Así era, en verdad, y me encuentro todavía por ello del todo jadeante.

"Se encontraban en el extremo límite del desierto y pedían el bautismo. En su ignorancia de las formas litúrgicas, creían que podía yo mismo bautizarles, pues Raïssa no ha recibido absolutamente ese sacramento y Jacques había recibido todo lo más un simulacro. Ha sido preciso explicárselo —con qué embriaguez de corazón—, que no estando en peligro de muerte y siendo fácil la intervención de un sacerdote, era necesario el bautismo tal como la Iglesia lo confiere y no el agua de socorro *in extremis* administrada por un laico..."

Creíamos nosotros en efecto, que podría hacerse todo entre nosotros y Dios, y nuestro padrino. Toda exteriorización nos daba miedo.

Si el debate especulativo había terminado para nosotros, teníamos todavía muchas repugnancias que vencer. La Iglesia en su vida mística y santa nos era infinitamente amable. Estábamos dispuestos a aceptarla. Nos prometía la Fe por el Bautismo, e íbamos a poner a prueba su palabra. Pero en la mediocridad aparente de la gente católica y en el espejismo que, a nuestros ojos mal abiertos, parecía ligarla a las fuerzas de reacción y de opresión, nos era extrañamente aborrecible. Nos parecía la sociedad de los dichosos de este mundo, aprobadora y aliada de los poderosos, burguesa, farisaica, alejada del pueblo.

Pedir el Bautismo era también aceptar la separación de la gente que conocíamos para entrar en un mundo desconocido; era, así lo pensábamos, renunciar a nuestra simple y común libertad para ir a la conquista de la libertad espiritual, tan bella y tan real en los santos, pero situada demasiado alta, nos decíamos, para ser nunca alcanzada.

Era aceptar la separación —¿para cuánto tiempo?— de nuestros padres y de nuestros camaradas cuya incomprensión nos parecía había de ser total, y así lo ha sido en muchos casos; pero la bondad de Dios nos reservaba también sorpresas. En fin, nos sentíamos ya como "la escoria

del mundo" ante la idea de la desaprobación de aquellos a quienes amábamos. Jacques continuaba a pesar de todo tan persuadido de los errores de los "filósofos" que pensaba que al hacerse católico tendría que renunciar a la vida de la inteligencia.

Mientras solamente nos habían ocupado el espectáculo de la santidad y la belleza de la doctrina católica habíamos sido dichosos de corazón y de espíritu, íbamos de admiración en admiración. Ahora que nos disponíamos a entrar en el número de aquellos que el mundo aborrece como aborrece al Cristo, sufríamos Jacques y yo una especie de agonía. Aquello duró dos meses aproximadamente, durante los cuales escuché una vez en mi sueño estas palabras que me fueron dichas con cierta impaciencia: "Busca usted siempre lo que es preciso hacer. Basta con amar a Dios y servirle con todo vuestro corazón." Más tarde encontraba yo estas palabras en la *Imitación*, que entonces no había leído todavía.

León Bloy nos dirigió a un sacerdote de la Basílica del Sacré-Coeur, "una especie de cara de niño y de mártir que les gustará a ustedes", ha escrito a Pierre Termier. El abate Durantel esperaba nuestra decisión.

Nuestro sufrimiento y nuestra sequedad aumentaban de día en día. Finalmente comprendimos que Dios también esperaba, y que no tendría otra luz mientras no hubiéramos obedecido la voz imperiosa de nuestra conciencia que nos decía: No tenéis objeción válida contra la Iglesia; ella sola os promete la luz de la verdad; probad su promesa, poned el Bautismo como prueba.

Pensábamos también que hacernos cristianos era abandonar la filosofía para siempre. Pues bien, estábamos dispuestos —pero no era fácil— a abandonar la filosofía por la verdad. Jacques aceptó ese sacrificio. La verdad que tanto habíamos deseado nos había cogido en un cepo. "Si Dios ha querido ocultar su verdad en un montón de estiércol, decía Jacques, tenemos que ir a buscarla allí."

Cito esta frase cruel para dar una idea de nuestro estado de espíritu.

Veo por una carta de Bloy a Termier que el 21 de mayo le habíamos dado "la seguridad perfecta" de nuestra próxima entrada en la Iglesia. Mi hermana estaba dispuesta, también; y creo que lo estaba desde mucho tiempo atrás. Sin embargo, el día 1º de junio escribe Bloy a Termier que "nada se ha hecho todavía por parte de los Maritain".

De repente nuestra decisión fué tomada. Elegimos, por razones de orden temporal —pues teníamos que hacer un viaje— la fecha del 11 de junio para nuestro Bautismo de los tres. Y el 9 de junio escribía Bloy a Termier:

"El objeto de esta nueva carta es sobre todo decirle a usted que Jacques Maritain, su encantadora mujer Raïssa y la hermana de ésta, Véra, serán bautizados el lunes 11, fiesta de San Bernabé, en Montmartre. Mi mujer, Verónica y yo seremos padrino y madrinas. Usted es de los que pueden comprender la inmensidad y el esplendor muy inadvertidos de tal acontecimiento.

"Tiene importancia el pensar que cuando me muera dejaré de rodillas y llorando de amor gentes que nada sabían de esta actitud antes de conocerme.

"Escribo en el mismo sentido al hermano Daciano.

"Quiero decirle a usted, en esta ocasión, unas palabras de San Bernabé, apóstol así canonizado por el Espíritu Santo: *Erat vir bonus, et plenus Spiritu Sancto et fide.* Cuando leí por primera vez, en las *Actas de los Apóstoles,* cap. XIV, el detalle admirable de que los licaonianos escuchaban con estupor las predicaciones de San Pablo y de su compañero San Bernabé y que, tomándolos por dioses bajo forma humana, llamaban a Bernabé Júpiter y a Pablo Mercurio, quedé sumamente impresionado. Me pareció muy evidente que este Bernabé, *hebraïce filius consolationis,* a quien los paganos tomaban por el rey de los dioses, debía ser un personaje infinitamente misterioso y venerable. Decidí entonces venerarlo y rezarle de un modo muy par-

ticular y no me engañé. San Bernabé ha hecho por mí grandes cosas y todos los años espero su día con amorosa impaciencia. El 11 de junio último, había visto yo terminar la jornada sin ningún signo de esta gran protección y me encontraba triste. Pero esto fué más hermoso. Habiendo caído en 11 de junio, en 1905, el domingo mismo de Pentecostés, fué preciso trasladar la fiesta de San Bernabé al 20 de junio, y fué ese día cuando recibí la primera carta de los Maritain que eran entonces desconocidos para mí. Este año ya ve usted lo que sucede. Probablemente sucederá otra cosa también. Yo sé lo que he pedido. Ruego a usted, mi querido amigo, preste atención a estas admirables concordancias. Cada uno de nosotros es un centro de combinaciones infinitas y maravillosas. Si Dios nos lo hiciese ver, entraríamos en el Paraíso en un desvanecimiento de dolor y de voluptuosidad.

Suyo

León Bloy."

El 11 de junio, desconocedores de lo que esa fecha tenía de significativo para nuestro padrino, nos presentamos los tres en la Iglesia de San Juan Evangelista, de Montmartre. Me encontraba yo en absoluta sequedad, no recordaba ya ninguna de las razones que habían podido conducirme allí. Una sola cosa restaba clara en mi espíritu: o el Bautismo me daría la Fe, y creería y pertenecería a la Iglesia totalmente, o ya no cambiaría y seguiría siendo siempre incrédula. Esos mismos eran también, poco más o menos, los pensamientos de Jacques.

"*¿Qué pedís a la Iglesia de Dios?*
—La Fe."

Fuimos bautizados a las once de la mañana. León Bloy fué nuestro padrino, su mujer, la madrina de Jacques y de Véra; su hija Verónica, mi madrina. Una paz inmensa

descendió sobre nosotros, llavando en sí los tesoros de la Fe. Ya no había problemas, ni angustia, ni prueba —no había más que la infinita respuesta de Dios—. La Iglesia cumplía sus promesas, y fué ella la primera a quien amamos. Por ella hemos conocido a Cristo. Yo pienso ahora que la fe —una débil fe— existía ya, imposible de formular conscientemente, en el fondo más oscuro de nuestra alma. Pero no lo sabíamos. Fué el sacramento quien nos la reveló, fué la gracia santificante quien la fortificó en nosotros.

Pasamos con los Bloy una jornada paradisíaca; el corazón de nuestro padrino estallaba de alegría.

Al día siguiente salí yo para una ciudad de aguas medicinales a donde el médico me enviaba. Llevaba conmigo mi felicidad completamente nueva, y la Vida de Santa Teresa de Avila narrada por ella misma. Lo que más me chocó en este libro fué la importancia primordial que atribuye la santa a la oración mental.

A mi regreso partimos para el encantador pueblo de Bures, en el valle de Chevreuse, con Véra y nuestros padres. Volvimos a París los tres para nuestra primera comunión que tuvo lugar en la Basílica del Sacré-Coeur, el día 3 de agosto, fiesta de la Invención de las reliquias de San Esteban.

El día 15 de agosto oí, en Bures, un sermón por primera vez, y, fortuna bastante rara, quedé deslumbrada. Era un simple sermón del párroco rural a los aldeanos. Se trataba de la Asunción de una Mujer "llena de gracia", de la "Madre del bello amor y del temor, y de la ciencia, y de la santa esperanza", de aquella a quien la Iglesia aplica las palabras de la Sabiduría en el Eclesiastés: "He fijado mi habitación en la asamblea de los santos. Me he elevado como el cedro del Líbano y como el ciprés de Sión; he crecido como la palmera de Cades y como las rosas de Jericó. En mí está la gracia de todo camino y toda verdad; en mí está la esperanza de la vida y de las virtudes." Y a quien la Iglesia dice: "En la verdad, la dulzura y la justicia tu

derecha se señalará por frutos maravillosos." La impresión tan fuerte que experimenté aquel día procede de que sentía yo que las palabras que decían esta magnificencia moral y esta poesía sustancial, eran recibidas de pleno, gracias a la fe, por aquel simple auditorio. Los razonamientos de los filósofos y de los sabios no son capaces de este espléndido realismo.

CAPÍTULO VII

ESPERANDO AL ÁNGEL DE LA ESCUELA

En Heidelberg

El día 25 de agosto Jacques y yo partimos para Heidelberg.

Habiendo obtenido Jacques su agregación de filósofo en 1905, se interesaba, hacía un año, sobre todo por la biología. Solicitó y obtuvo una beca del legado Michonis para ir a estudiar el estado de las ciencias biológicas en Alemania.

Era nuestro propósito visitar las principales universidades alemanas, pero la enfermedad aguda que había yo padecido en febrero, y que persistía en estado crónico, se declaró de nuevo, y tuvimos que quedarnos en Heidelberg. Esto permitió por lo menos a Jacques trabar amplio conocimiento con Hans Driesch y sus trabajos de embriogenia experimental. Los estudios de Driesch sobre el desarrollo de los embriones de los erizos de mar pulverizaron la concepción mecanicista corriente en su tiempo; ha sido llevado de esa manera a introducir de nuevo en biología conceptos parecidos a los de Aristóteles, sobre todo el concepto de entelequia. Creo yo que las investigaciones de Driesch y sus teorías neovitalistas fueron conocidas por primera vez en Francia por un artículo de Jacques, publicado dos años más tarde en la *Revue de Philosophie*. Más tarde escribió Jacques el prefacio de la traducción francesa de la *Filosofía del Organismo*.

Driesch era un hombre bueno y fino, de trato agradable; Jacques se interesaba también por los trabajos de Herbst, el ayudante de Driesch. Seguía los cursos de Windelband;

pero no trató de adquirir relaciones entre los estudiantes, con aquella gente brutal y acuchillada. Era para nosotros muy agradable la soledad que se nos había ofrecido cuando más necesidad teníamos de ella. Entrábamos en una vida nueva, en un mundo nuevo, que queríamos explorar en todos los sentidos. La misma enfermedad, al favorecer el recogimiento, me fué en este aspecto extremamente útil.

Veo en el diario de Jacques que un mes tan sólo después de nuestra llegada a Heidelberg, nosotros que habíamos creído tendríamos que renunciar a la filosofía, comenzamos ya a ver la posibilidad de una "restitución de la Razón, cuya más esencial y alta operación es la Metafísica... Sabemos bien ahora lo que queremos, escribe Jacques, y esto es propiamente filosofar." Pero esto no es todavía más que una chispa fugitiva. Jacques se interesa por la biología; estudiamos la Escritura, leemos la liturgia de cada día, de acuerdo con el consejo de nuestro padrino, las vidas de los santos, y los escritos de los místicos.

Yo no me encuentro bien de salud, y Véra viene a habitar con nosotros en diciembre. En enero se agrava mi estado hasta el punto de que el médico no ve otra salida que una operación, que varios médicos consultados por carta en París califican de "carnicería", y opinan absolutamente que no debe hacerse. Los Bloy, a quienes ha escrito Jacques, nos suplican que roguemos muy particularmente a Notre-Dame de la Salette, a quien profesa Bloy especial devoción. Dóciles a nuestro padrino rezamos como él lo quiere. Mi estado se agrava y, sin saber si quiero vivir o morir, pido la extremaunción que recibo el 17 de enero. No es éste el lugar de decir lo que ha sido la experiencia de dicho Sacramento, en la Fe acrecida, en la alegría inmensa de la verdad confirmada. Comenzó mi curación y fué rápida. Nos decidimos entonces a escribir a nuestros padres para darles cuenta por fin de nuestra conversión. Pero la indis-

creción de una supuesta amiga se adelantó a nosotros; les habló la primera en términos que les impresionaron y les irritaron contra nosotros. Jacques se trasladó apresuradamente a París. Encontró a mis padres en la desesperación por razón de lo que les parecía por parte de mi hermana y por la mía no un acto de religión, sino una traición respecto a su pueblo y a su sufrimiento. No le costó a Jacques gran esfuerzo el conducirlos a una opinión más justa de las cosas, y el apaciguarlos un poco. Seguía, sin embargo, en ellos profunda la herida que habían recibido. Tuvo después con su madre una conversación del mismo género. Estaba trastornada también, porque no comprendía —iba a ser largo el período de las discusiones dolorosas—, y nos acusaba de traicionar el ideal de emancipación de los hombres. Contaba con Péguy para deshacer lo que, según pensaba, B'oy solo había hecho. Pero Péguy, cuando Jacques le contó nuestra conversión exclamó, un poco extrañado de que no le hubiéramos esperado: "Yo también estoy en eso", y añadió: "El cuerpo del Cristo está más extendido de lo que se cree." Habló entonces a Jacques de su amigo, su condiscípulo en el Collège Sainte-Barbe —Baillet— que se había hecho benedictino, y que no había cesado de rogar por él. Péguy atribuía su retorno a la fe (que no quería llamar conversión) a las oraciones de aquel amigo tan fiel. Pidió que hasta nueva orden guardáramos el secreto de su confidencia.

El 4 de marzo almorzó Jacques en casa de los B'oy. Anota en su diario: "B'oy parece abrumado como un buey demasiado cargado. Miseria. Admirable carta de Termier. Admirable introducción a *Celle qui Pleure.*"

La Salette

Celle qui Pleure es el título del libro que León Bloy ha escrito sobre el acontecimiento de La Salette —la aparición de Nuestra Señora a dos pastorcitos de una aldea del Del-

finado, el 19 de septiembre de 1846—. Estos niños tuvieron la visión de la Virgen Santísima primero sentada y llorando, después de pie y profetizando grandes desgracias. "*Si mi pueblo no quiere someterse, me veré forzada a dejar que obre el brazo de mi Hijo, es tan pesado que no puedo ya detenerlo*", después ascendiendo al cielo desapareció en la luz.

El abuelo de Jacques estuvo mezclado de modo curioso en la historia de La Salette, y en las controversias sumamente vivas que suscitó. Los que negaban la realidad de la Aparición habían acusado a una vieja señorita de la comarca de haber engañado a los pastorcitos. Pero Mlle. de La Merlière, furiosa por razón de que la hubieran creído capaz de ascender al cielo —¡qué ligereza!— persiguió en justicia a sus calumniadores y pidió a Jules Favre que la defendiese. La elocuencia del célebre abogado triunfó en la causa.

Los Termier, cuya casa de familia estaba en Varces, cerca de Grenoble, se habían interesado constantemente en los acontecimientos de La Salette, y el mismo Pierre Termier esperaba, "hacía treinta años", a que hablase alguna autoridad.

"Desde hace próximamente el mismo número de años, le escribe León Bloy, esperaba yo que se me presentase ocasión conveniente de hablar de ello. Llegó por fin un día —no hace todavía mucho tiempo— en que habiendo leído, en uno de mis libros algunas páginas en las cuales me esforcé en glorificar La Salette, le pareció a usted que era yo el escritor que esperaba. Nos conocimos entonces y la impresión de usted, lejos de cambiar, se hizo más precisa.

"Animado por usted, viendo en usted un embajador de María, ¿qué cosa mejor que obedecer había yo de hacer? (1).

"Nací yo en 1846, en el momento en que quiso Dios, 170 días antes de la Aparición. Pertenezco, pues, a La Sa-

(1) *Lettre à Pierre Termier*, 5 de octubre de 1906.

lette, de una manera bastante misteriosa, y usted ha sido elegido para ponerme en estado de escribir lo que era preciso escribir, por fin. Este libro crece en mí, cada mañana, y admiro que después de tantos años de gestación, sea exigido de mí, decididamente, a la hora precisa en que las más terribles amenazas de La Salette parece han de cumplirse. Me pregunta usted qué es lo que pienso. Muy sencillamente: felices y bienaventurados los que aprendieron a sufrir. Llega el vencimiento y es mucho lo que hay por pagar, infinitamente más de lo que se cree . . .

"La espera continua de las divinas catástrofes ha llegado a ser mi razón de existir, mi destino, mi arte, si usted quiere. Tengo todas mis raíces en el Secreto de La Salette y por esto sin duda, la universal conspiración del *Silencio* ha tratado de asesinarme. He pasado mi vida indignado por no ver el diluvio" (2).

El 3 de septiembre de 1906 Bloy, que regresa de la Salette, escribe de nuevo a Termier:

"¡Viva el Sagrado Corazón traspasado! La Montaña elegida por él para sangrar sobre París es dulce a mi triste corazón y me satisface completamente.

"Espero escribir allí, mi buen Termier, lo que usted ha esperado de mí. Mi última gestión en La Salette, mi oración de la partida, ha sido sobre la tumba de mi amigo Tardif de Moidrey que quiso con toda su alma lo mismo que quiere usted hoy. ¡Tenga usted confianza y sea bendito, usted y los suyos, por el bien que le ha hecho a un pobre grandemente consolado por usted desde hace tantos meses!"

León Bloy había ido a La Salette en 1879. Habla de ello en *La Femme Pauvre:*

"He querido ver aquella Montaña gloriosa que los Pies de la Reina de los Profetas tocaron y donde el Espíritu Santo profirió, por boca de aquélla, el cántico más formidable

(2) *Lettre à Pierre Termier*, 21 de diciembre de 1906.

que hayan podido oír los hombres después del Magnificat. Subí hacia aquel abismo de luz, un día de tempestad, en medio de una lluvia furiosa, de vientos rabiosos, en el huracán de mi esperanza y el torbellino de mis ideas, ensordecido por los alaridos del torrente...

"He venido aquí atendiendo la antigua llamada de un sublime sacerdote, muerto hace años, que me había dicho: «Cuando piense usted que Dios le abandona, vaya a rogar a su Madre en esta montaña.»"

Aquel sacerdote que tuvo una influencia considerable sobre León Bloy, y a quien éste le debe, en particular, su método exegético, es el abate Tardif de Moidrey, gran erudito, apóstol de la penitencia, y comúnmente reputado como un santo. El había hecho conocer a Bloy la historia de la Aparición, y fué el primero que le pidió escribiera un libro sobre a Salette. Fué para B'oy y para Ana María la *Verónica* del *Désespéré*, un apoyo moral incomparable. Desgraciadamente para ellos murió demasiado pronto, el 28 de septiembre de 1879, algunos días después solamente de la peregrinación de Bloy a La Salette ([3]).

"Cuando estuve en la cumbre y vi a la Madre sentada en una piedra y llorando sobre sus manos, junto a aquella fuentecita que parece brotarle de los ojos, caí a los pies de la reja y me fundí en lágrimas y suspiros, pidiendo gracia a Aquella a quien se ha llamado: *Omnipotentia supplex*. ¿Cuánto duró aquella postración, aquella inundación del Cocito? Yo nada sé. A mi llegada, comenzaba apenas el crepúsculo; cuando me levanté, tan débil como un centenario convaleciente, era completamente de noche y pude creer que todas mis lágrimas brillaban en lo negro de los cielos, porque me pareció que mis raíces se habían vuelto hacia arriba.

([3]) Se ha publicado hace pocos años, en la colección de los *Iles*, de París, una obra del abate TARDIF DE MOIDREY: *Le Livre d'Esther*, prologado por Paul Claudel.

"¡Ah, amigos míos, qué divina fué aquella impresión! En mi derredor, el silencio humano. Ningún ruido fuera del de la fuente milagrosa al unisono con aquella música del Paraíso que hacian todos los arroyos de la montaña y a veces, también, muy a lo lejos, las claras esquilas de algunos rebaños. No sé cómo expresaros esto. Me encontraba yo como un hombre sin pecado y que acaba de morir, de modo tal que no sufría ya. Ardía con la alegría de los "ladrones del cielo" de que ha hablado Jesús nuestro Salvador. Un ángel, sin duda, algún serafín muy paciente había arrancado de mí, hilo a hilo, toda la trama de mi desesperación, y yo exultaba en la embriaguez de la Locura santa, cundo me dirigía a llamar a la puerta del monasterio donde los viajeros son hospedados" (4).

A nuestra vez, pues, conocimos La Salette, por León Bloy. La aparición de Nuesttra Señora en La Salette es uno de los acontecimientos religiosos más importantes que hace siglos se han producido. El mismo Lourdes, que es más conocido, es menos extraordinario, a pesar de todas sus curaciones milagrosas.

Lo más extraordinario en el hecho de La Salette es la calidad de los mensajes recibidos y trasmitidos por los niños: un mensaje público, repetido por ellos el día mismo de la Aparición, y el mensaje secreto divulgado por Melania en 1859. Las predicciones apocalípticas que sobre el caso fueron formuladas en 1846, quedaron muy justificadas por los acontecimientos de nuestro tiempo.

Tendré ocasión más tarde de hablar de La Salette de manera más explícita. Pero no podría pasar en silencio la importancia que desde la época de que hablo en este momento comenzaba a tomar en nuestra vida el gran acontecimiento religioso.

En 1907 no juzgábamos de él todavía sino de manera provisional, y por confianza en nuestro padrino, nos sen-

(4) *La Femme Pauvre.*

tíamos inclinados a creer en la realidad de los hechos relatados. Sabíamos, sin embargo, que estábamos obligados a añadir a ello fe, y que esos fenómenos de la vida religiosa, como todo lo que es "visión" y "revelación", deben ser sometidos a la crítica más rigurosa como un hecho de orden histórico a comprobar; y que después de una investigación de buena fe pueden ser rechazados sin ningún pecado teologal. Pero sabíamos también que plugo a Dios apoyar su Palabra en milagros y que no era ni sabio ni prudente rechazarlos *a priori.*

El acontecimiento de La Salette se presentaba con grandeza y belleza excepcionales. La Virgen llorando y anunciando sufrimientos inauditos nos decía por mediación de los pastorcitos Melania y Maximino: "después del tiempo que YO SUFRO POR VOSOTROS" y se planteaba de esa manera el problema del sufrimiento de los Bienaventurados.

"Llora en La Salette Aquella que todas las generaciones deben llamar Bienaventurada. Llora como Ella sola puede llorar. Llora lágrimas infinitas sobre todas las prevaricaciones enumeradas (en el Mensaje Secreto) y sobre cada una de ellas. Ha sido, pues, alcanzada en el seno mismo de la Beatitud. La razón se pierde aquí. ¡Una beatitud que «sufre» y que llora! ¿Es posible concebirla?

"Estaba reservado a una pastorcita, a una niña sin ningún saber humano, sin más cultura que la que pudo recibir en la Escuela Primaria de los Anges, el anunciarnos el cristianismo integral, absoluto, en su esplendor" ([5]).

Este problema del sufrimiento en la Beatitud, y del sufrimiento en el mismo Dios, había sido ya planteado por Bloy en *Le Salut par les Juifs.* Ni la teología ni Aristóteles admiten esta conjunción del sufrimiento y de la Beatitud. Esta es una plenitud absoluta y el sufrimiento es el lamento de quien está herido. Pero nuestro Dios es un Dios cru-

([5]) *Vie de Mélanie,* contada por ella misma. Introducción de León Bloy.

cificado; la beatitud, pues, de que no puede ser privado, no le impide ni temer ni gemir, ni sudar la sangre de la Agonía inimaginable, ni emitir los estertores de la agonía en la Cruz, ni sentirse abandonado. "Todas las violaciones imaginables de lo que se ha convenido en llamar la Razón pueden ser aceptadas de un Dios que sufre", dice León Bloy en *Le Salut.*

Para un ser creado, el ser capaz de sufrir es una real perfección; es la propiedad de la vida y del espíritu, es la grandeza del hombre; y, "puesto que se nos enseña que fuimos creados a la imagen de Dios, ¿será tan difícil presumir buenamente que debe haber en la Esencia impenetrable de Dios, alguna cosa correspondiente a nosotros, *sin pecado*, y que la sinóptica dolorosa de las inquietudes humanas no es más que un reflejo tenebroso de las inexpresables conflagraciones de la Luz?" ([6]).

Porque implica en su noción misma una imperfección, el sufrimiento no puede ser atribuído a la "Esencia impenetrable". Pero bajo una forma que ningún nombre humano puede nombrar, ¿no es preciso que se encuentre en ella todo lo que hay de misteriosa perfección en los sufrimientos de la criatura?

Esas "inexpresables conflagraciones de la Luz", esa especie de gloria del sufrimiento, quizá corresponda en la tierra al sufrimiento de los inocentes, las lágrimas de los niños, ciertos excesos de humillación y de miseria que el corazón no puede casi aceptar sin escándalo, y que, cuando la figura de este mundo enigmático haya pasado, aparecerán en la cima de las Beatitudes.

Nos excusaremos de lo que estas ideas tienen de oscuro refugiándonos una vez más todavía junto a nuestro padrino y diciendo con él:

"Cuando se habla amorosamente de Dios, todas las palabras humanas se asemejan a leones que habiéndose que-

([6]) *Le Salut par les Juifs.*

dado ciegos trataran de buscar una fuente en el desierto" ([7]).

Después de una breve estada en París, Jacques volvió a Heidelberg, contento de su expedición. Por cruel que siguiese siendo todavía la situación del lado de su madre y de mis padres, no era ya trágica como pareció serlo un momento. Nuestros padres no se resignan a nuestra conversión, pero la ruptura y las catástrofes que temíamos se han evitado. Y Dios comienza a darnos compañeros de camino. La hermana de Jacques vuelve al catolicismo, nuestra sobrina ha sido bautizada el día 12 de noviembre, tiene tres años, y es nuestra primera ahijada. Y he aquí que Péguy, tan querido por nosotros, comparte también nuestra fe. "¡Qué bueno es para los hermanos habitar juntos!", en la casa de la gracia, donde las fronteras no cuentan. Reanudamos nuestra vida de recogimiento y de estudio sin más incidentes.

El 24 de junio estamos en camino para La Salette. Hemos decidido volver a Francia dando ese rodeo. Vamos de Heidelberg a Basilea, de Basilea a Ginebra, de Ginebra a Grenoble. De Grenoble a Corps. Trayecto extraordinario por encima de los abismos del Drac. Es preciso leer la descripción que hace de ellos Bloy en *Celle qui Pleure*. En Corps montamos en una especie de calesa tan vieja que casi todas las piezas están sujetas con cuerdas; esto le da más flexibilidad que solidez. Van enganchados a ella dos caballos y dos mulas. Subimos el camino abrupto y según dicen muy peligroso; todavía en aquella época resultaba difícil. Evidentemente es estrecho como la puerta del cielo. Muralla inmensa a la izquierda, abismo a la derecha. El tiempo es tibio y delicioso, el aire de admirable pureza. Nos parece que somos los peregrinos del Paraíso Terrenal oculto allá arriba, muy cerca del cielo.

([7]) *Le Salut par les Juifs.*

Llegamos por fin el día 26 a las siete de la tarde. ¡Oh soledad, oh silencio! He aquí las tres estatuas de bronce colocadas donde los niños vieron a nuestra señora sentada y llorando, y después de pie y hablándoles, y después subiendo al cielo.

En este alto retiro nos preparamos para recibir el Sacramento de la Confirmación que deberá sernos administrado en Grenoble. Todo ha sido arreglado entre León Bloy y Pierre Termier que nos asistirá ese día. Al descender de La Salette pasamos algunos días en casa de los Termier, en Varces. El día 6 de julio somos confirmados. El día 8 estamos de regreso en París.

De La Salette envió Jacques a Ernest Psichari, entonces en Africa, una tarjeta de la Virgen llorando: "Hemos rogado por ti desde lo alto de la santa Montaña..." Psichari habia de citar más tarde esta carta en el *Voyage du Centurion*, añadiendo: Por primera vez, Majencio (éste es el nombre que se da a sí mismo en dicho libro, para no hablar en primera persona), "por primera vez tuvo Majencio la percepción de una brisa de ternura que le llegaba de las lejanas Galias. No creía en modo alguno en la plegaria y, sin embargo, le parecía que aquélla le gustaba más que las otras, la que rogaba por él, que sólo aquélla le gustaba".

Los conflictos de Péguy

Habitamos en casa de nuestros padres; somos felices. Jacques tiene largas y afectuosas conversaciones con Péguy que le pide vaya a llevar a Dom Baillet la buena noticia de su retorno a la fe. Jacques tiene que ir a la isla de Wright donde los Benedictinos de Solesmes están en destierro. Imposible, dice Péguy, el confiar esto al correo, pues podía cometerse una indiscreción y los suscriptores de los *Cahiers* no están preparados todavía para comprender. Es preciso

esperar a que los haya preparado. Péguy considera a los "suscriptores" como un rebaño de elegidos que le hubiera dado Dios para apacentar; no debe violentarlos, debe prepararlos y llevarlos a todos juntos al único redil...

La soledad que nuestra conversión ha creado en torno a nosotros no nos extraña. No faltan los incidentes pintorescos o divertidos. Piensan unos que hemos caído "en las manos de los Jesuitas" (aun cuando no hayamos tenido todavía el privilegio de tropezar con un solo miembro de la Compañía); imaginan otros a Bloy como al jefe de una conspiración tenebrosa. Jacques rompe con la mayor parte de sus relaciones del tiempo de la Sorbona. Dos grandes amigos continúan fieles a nosotros, Jean Marx y su hermana Suzanne. En la *boutique* de Péguy encuentra Jacques a Roubanovitch, un ruso socialdemócrata, director de un laboratorio en el P. C. N. y de un pequeño periódico, *La Tribune Russe*, donde Jacques publicó en su primera juventud uno o dos artículos. Yo había trabajado también para él en la traducción del ruso de un libro fastidioso de Pierre Lavroff, discípulo a la vez de Hegel, de Marx y de Herbert Spencer. Nuestra conversión, de que ha oído hablar, escandaliza al buen Roubanovitch como una traición al "progreso". Habla largamente del asunto con Jacques, tratando de situarlo en las categorías que le son familiares. Después de esta conversación nos escribe una carta elocuente, de la cual, desgraciadamente, no recuerdo más que estas palabras: "El hombre, con la mano en el volante del automóvil histórico..." Después, el automóvil del progreso se ha convertido en tanque.

El 24 de agosto de 1907, Jacques, cediendo por último a las instancias de Péguy, sale para Inglaterra, para Quarr Abbey, guardando secreto respecto a la finalidad de su viaje, aun con su misma madre, como Péguy se lo ha pedido.

Desde este momento nuestras relaciones con Péguy comienzan a nublarse. Primero el secreto que él pedía a Jac-

ques que guardase, lo divulga él mismo y solamente en parte. Dice a la madre de Jacques que su hijo ha ido a los monjes de Solesmes, pero no le dice que ha sido porque él le ha pedido a Jacques que lleve a Dom Baillet la noticia de que el mismo Péguy había vuelto a la fe. (Sobre ese particular mantenía el secreto. Además, en el oficio de pacificador que había asumido afectuosamente, no dejaba ver a su anciana amiga sino los extremos por los cuales se encontraba siempre en comunión con ella gracias a la complejidad de su propia situación espiritual.) No. Había enviado a Jacques a Quarr Abbey para que una influencia católica razonable y ponderada le sustrajese al "fanatismo" de León Bloy ... El resultado fué acrecer las complicaciones dolorosas en que se encontraba Jacques, pues su madre no comprendía la reserva que tomaba como falta de confianza. Además Péguy no quedó completamente satisfecho del mensaje que Jacques le traía de parte de Dom Baillet y del Padre Abad Dom Delatte. Aquellos monjes que habían dado a Dios toda su vida, y que no concedían gran importancia a las dificultades excesivamente reales en que Péguy se encontraba comprometido creían con simplicidad que éste sólo habría tomado a pecho el disponerse a recibir los Sacramentos. Para esto Péguy tenía que hacer bendecir su matrimonio hasta allí puramente civil, y hacer bautizar a sus hijos. Pero Mme. Péguy, educada por una madre completamente incrédula no estaba tampoco bautizada y en aquella época tenía horror al catolicismo. Péguy hubiera tenido pues que vencer en su casa profundas repugnancias, y era aquélla una lucha que no quería emprender.

Esta determinación de Péguy no la supimos por de pronto. Recibió a Jacques con ternura, a su regreso de Inglaterra, y nosotros pensábamos que si no seguía inmediatamente el consejo de Dom Baillet, era, a nuestro entender, en el deseo de no violentar nada, y de dejar a su mujer tiempo suficiente para comprender que su conversión era profunda e irrevocable. En octubre partimos de nuevo para Alema-

nia. Pero a nuestro regreso, en mayo o junio de 1908, encontramos a Péguy en la misma indecisión. Comenzaba aquello a parecernos una falta de valor incomprensible en un hombre de su carácter. Péguy sintió que le vituperábamos, recordó de repente que era nuestro "primevo" y se enojó. Veía una prueba de obstinación, una falta a la amistad (en la que fué siempre muy exigente) en nuestra falta de docilidad a sus opiniones. Jacques y él tenían largas discusiones que nunca terminaban. Péguy buscaba razones para justificar lo que en derecho no era justificable. Jacques volvía siempre a lo que consideraba como evidente. Más adelante se reprochó a sí mismo el haber tomado muy al pie de la letra el papel de "embajador" que cada uno por su lado, Péguy y Dom Baillet, le confirieron, y de no haber puesto toda su confianza en los recursos infinitos de la gracia.

Sin embargo, el relato que los Tharaud hicieron de los acontecimientos de este período le atribuye una actitud, propia de la convencional psicología de convertido, que no fué la suya. Cuando Jacques, a petición de Péguy fué a Gif para conversar con Mme. Baudouin y Mme. Péguy de la cuestión del bautismo de sus hijos esperaba una conversación completamente amistosa, de la cual se deduciría para Péguy la propia paz y la de los suyos; quedó estupefacto ante la oposición ardiente que encontró (y que le hizo comprender mejor las dificultades de la situación de Péguy en su familia). Finalmente la confianza fraternal que existía hacía muchos años entre Jacques y Péguy comenzó a resentirse profundamente. Como la actitud de Dom Baillet tampoco cambiaba, Péguy le escribió en 1909:

"Te han dicho que atravesaba yo pruebas innumerables. Tenían razón para decírtelo. Pero es preciso que sepas que esas pruebas son puramente exteriores y puramente temporales. Es difícil vivir como cristiano en las fronteras en que estoy colocado."

Estas fronteras eran a decir verdad muy estrechas. En profundo desacuerdo con los suyos, que no podían concebir entonces las nuevas disposiciones en que la gracia de Dios lo había colocado, no quería ni romper los lazos de su matrimonio, ni recurrir a una regularización religiosa de su matrimonio a espaldas de su mujer. Esta regularización —que rehusaba— y el bautismo de los hijos a pesar de la oposición de su madre —perspectiva de innumerables desgarramientos— eran, sin embargo, las condiciones indispensables para él del acceso a los Sacramentos. Era aquélla una tragedia que sólo un milagro podría evitar.

Añadíanse a esto numerosas dificultades y equívocos en el exterior —de que su disentimiento con Solesmes, que le había herido profundamente, no era más que un caso particular— que le predisponían cada vez peor respecto a las reglas comunes de la Iglesia.

Así se pueden explicar sus largos aplazamientos. Y después llegó la guerra en que debía morir, y que había deseado con toda su alma, por la salvación de Francia y por su propia liberación.

Aquellas vacilaciones de Péguy nos parecían una falta de confianza en la gracia de Dios. Pensábamos que un milagro de confianza —si Péguy hubiera hecho todo lo que dependía de él— hubiera cambiado la disposición de los suyos y disipado la tragedia.

Muchas cosas nos molestaban en la conducta de Péguy, sobre todo su política respecto a los colaboradores y a los suscriptores de los *Cahiers*. Una de estas cosas tenía incluso que provocar una especie de ruptura (antes de la definitiva reconciliación). Publicó Péguy, en 1911, si no me equivoco, una novela de Julien Benda —*L'Ordination*— que nos pareció una obra tan mala como impertinente, y no podíamos perdonar a Péguy —presunto católico— el haberla editado. Escribió Jacques a Bourgeois, diciéndole que si en adelante se publicaba un *Cahier* de aquella na-

turaleza, le pedía que no se lo enviase. Contestó a esto Péguy borrando a Jacques del número de los suscriptores de los *Cahiers de la Quinzaine*, lo que era una especie de excomunión mayor. Sin embargo, nuestro juicio severo respecto a *L'Ordination* no procedía de un exceso de ortodoxia. Henri Massis, que relata este incidente en *Notre ami Psichari*, añade que Georges Sorel juzgaba como nosotros aquella novela de Benda y a Péguy que la había publicado. "Si Péguy fuese un convertido, decía Sorel, no publicaría en sus *Cahiers* un libro cuyo mérito principal es el de encerrar injurias dirigidas al catolicismo" ([8]).

A pesar de estos dolorosos incidentes no dudábamos de la fe de Péguy. ¡Pobre Péguy! Tenía el corazón lleno de fe y practicaba la fe a su manera, que era, por ejemplo, hacer a pie la peregrinación de Notre-Dame de Chartres —160 kilómetros de ida y vuelta —para pedir la curación de uno de sus hijos; para orar con lágrimas — por París— en las calles de París, y en las imperiales de los ómnibus que lo conducían a través de la ciudad; para rezar sobre todo en los caminos de Seine-et-Oise donde le gustaba rumiar sus poemas y sus prosas, y conducirlos en su memoria a un punto tan definitivo que no quedaba más que "ponerlos en el papel" sin tener jamás que cambiar ni un punto ni una coma; para confiar y abandonar a los suyos a la Santísima Virgen, para morir por Francia en la batalla del Marne; y para ser finalmente escuchado y justificado en su esperanza, algunos años solamente después de su gloriosa muerte, con la conversión de su mujer y de sus hijos.

Meditaciones

En octubre de 1907 volvimos a partir para Heidelberg. La beca concedida a Jacques comportaba en efecto dos años de estada en Alemania, y de esa manera gozábamos de la

([8]) Henri Massis, *Notre ami Psichari.*

soledad en que allá podíamos vivir, propicia para las lentas reflexiones y para las largas lecturas. Volvimos definitivamente a Francia en mayo de 1908. Aquellos ocho meses de meditación fueron muy importantes para la obra intelectual de Jacques.

"Fué en 1908, ha escrito él en el Prefacio a la segunda edición de *La Philosophie bergsonienne*, mientras deliberábamos, en la campiña próxima a Heidelberg, si podríamos poner de acuerdo la crítica bergsoniana del concepto con las fórmulas del dogma revelado, cuando el irreductible conflicto entre los enunciados «conceptuales» de la fe teologal que había recientemente abierto nuestros ojos, y la doctrina filosófica por la cual estábamos apasionados durante nuestros años de estudios, y a la cual debíamos el haber sido liberados de los ídolos materialistas, se nos apareció como uno de los hechos demasiado ciertos, que el alma apenas ha comenzado a confesárselos, sabe inmediatamente que no se le escaparán. El esfuerzo oscuramente perseguido durante meses para realizar una conciliación a que tendían todos nuestros deseos conducía de súbito a esta comprobación irrecusable. Era preciso escoger; y confesar, por consiguiente, que todo el trabajo filosófico en el cual nos habíamos complacido debería ser de nuevo comenzado. Puesto que Dios nos propone en los conceptos y las proposiciones conceptuales (que nos llegan chorreando sangre de los mártires, en tiempo del arrianismo se sabía morir a causa de una iota) las verdades más trascendentales y más inaccesibles a nuestra razón, la verdad misma de su vida divina, su abismo, es, pues, que el concepto no es un simple instrumento práctico incapaz por sí solo de trasmitir lo real a nuestro espíritu, bueno para dividir artificialmente las continuidades inefables, y que deja huir lo absoluto como el agua a través de una red; gracias a esta maravilla natural de fuerza y de agilidad, a la intelección analógica, lanzada de un borde al otro, y que hace nuestro conocimiento capaz de lo

infinito, el concepto, divinamente elaborado en la fórmula dogmática, contiene sin limitarlo y hace descender a nosotros, como dechado y enigma, pero también con toda verdad, el misterio mismo de la Deidad, que se manifiesta ella misma eternamente en el Verbo increado, y se nombra en el tiempo y en el lenguaje humano el Verbo encarnado. Entonces es preciso pensar que hubo, en el principio del combate bergsoniano contra la razón carnal, algún error fundamental; se ha hecho del concepto el vehículo normal del racionalismo, y éste es el error mortal; se ha confundido la afirmación del valor ontológico de la inteligencia y de sus enunciados, con la impotencia de un intelecto estéril ambicioso de someter todas las cosas a su nivel. Esto lo hemos aprendido de un modo demasiado cierto para olvidarlo jamás. Ensáyense cuantos acomodamientos se quiera, y se podrán obtener siempre conciliaciones en las palabras, apaciguamientos diplomáticos: quienes conocieron la antinomia real no se contentarán con ello. En aquel momento todavía no habíamos frecuentado a Santo Tomás. La reflexión filosófica se apoyaba en nosotros para restaurar el orden natural mismo de la inteligencia en el ser, y para reconocer el alcance ontológico del trabajo de la razón, en la indestructible verdad de los objetos presentados por la fe. Afirmándonos desde aquel momento a nosotros mismos, sin sutileza ni disminución, el auténtico valor de realidad de nuestros instrumentos humanos de conocimiento, éramos ya tomistas sin saberlo. Cuando, algunos meses más tarde, encontráramos la *Suma Teológica* no opondríamos obstáculo a su ímpetu luminoso."

En octubre de 1908 tomamos un departamento en la calle de los Feuillantines. Véra vino a vivir con nosotros, y jamás, más adelante, hemos estado largo tiempo separados de ella. Entre todas las disposiciones benévolas de la Providencia respecto a nosotros no hay ninguna más dulce que la presencia continua de nuestra hermana a nuestro lado.

Lo que ha sido, lo que es siempre para su hermanita primogénita, no me está permitido decirlo. Pero puede tener la seguridad de que sin ella no hubiera podido yo enfrentar largo tiempo las dificultades de toda suerte superiores a mis fuerzas. ¡Cuán ligera y beneficiosa para los suyos es un alma que vive sólo de la gracia de Dios!

Fué entonces cuando se planteó para nosotros el primer problema grave en el orden práctico. Había llegado la hora de que Jacques ocupase una cátedra de filosofía en uno de los Liceos del Estado, derecho que le daba su título de agregado. Pero estamos en una época de anticlericalismo tan violento, y, con razón o sin ella, ante el temor de no tener absoluta libertad para enseñar de acuerdo con las propias convicciones de cristiano y filósofo —de filósofo cristiano si se quiere—, Jacques renunció a la Universidad. Sin embargo, carecíamos en absoluto de dinero. Eramos felices viviendo sin ningún ingreso seguro, aunque tuviésemos que ganarnos la vida. Nos ayudó Péguy recomendando a Jacques a uno de los directores de la casa Hachette. Allí recibieron muy bien la colaboración de un agregado y Jacques obtuvo primeramente el encargo de un *léxico ortográfico* que los ocupó a él y a mi hermana durante un año completo; fué aquél para mi hermana el aprendizaje de un secretariado que había de darle tanto trabajo en los años sucesivos. Vino después el encargo comprometido también de un *Diccionario de la Vida Práctica*, que Jacques aceptó intrépidamente, y en el cual trabajó durante tres años, ayudado es cierto de un numeroso equipo de colaboradores. Tengo que decir que no ha conservado el recuerdo de ninguno de los conocimientos prácticos que debió poseer durante aquel tiempo, en que ni el *macramé*, ni las recetas de cocina, ni la caza, ni la pesca, ni el jiu-jitsu, tuvieron secretos para él. Así es como se inició en su carrera de filósofo independiente. Tuvo, sin embargo, aquel trabajo la ventaja de dejarle en completa libertad de espíritu respecto a los problemas filosóficos que se le planteaban y de cuya

solución dependía todo el porvenir de su ideología. Se hizo posible una lenta madurez, durante la cual se precisaron ante sus ojos las líneas principales de una filosofía del ser y del espíritu, y también la convicción de que la verdad alcanzada en un grado cualquiera de la realidad, debería ser amiga y solidaria de la verdad de cualquier otro grado del ser. El Angel de las Escuelas iba a poder mostrar ahora su presencia a aquel espíritu silenciosamente preparado para acoger el eterno mensaje de la inteligencia y de la fe.

El soldado Psichari

Sin embargo, Ernest Psichari nuestro "viejo hermano", después de una inmensa empresa temeraria en la cuenca del Sangha y en la llanura del Tchad, había vuelto del Congo el 17 de enero de 1908, cubierto de gloria y propuesto para la medalla militar por el jefe de la expedición, el comandante Lenfant.

Recibió la medalla militar en el mes de marzo, y desde Heidelberg donde nos encontrábamos entonces Jacques le escribió para felicitarle.

A nuestro regreso, a principios de junio, volvemos a encontrarle con gran alegría. Está magnífico. "Su alma encantadora y buena, anota Jacques en su diario, ha sido liberada por la vida militar de todas las escorias intelectuales de su ambiente." Le gusta hablar con Jacques de la fe y de la gracia "como un ignorante enamorado". Más ignorante que enamorado, sin embargo, en aquel tiempo.

En las confidencias que Psichari hacía a Massis, en los comienzos del año 1909, le habla de Jacques, y dice Massis, que por mucha admiración que experimentase por la "gran idea" que llenaba el corazón de Maritain, por mucha turbación que le causara la conversión de aquella alma tan rica y tan rara, se resistía no obstante. No podía menos de hacer la confesión al amigo fraternal que le daba prisa para "recibir lo que hay de mejor en el tiempo y en la eternidad:

la paz de Dios, aquella paz que el mundo no puede dar". Pero, en aquellos comienzos de 1909, no estaba todavía Psichari preparado para entenderle: "todo lo que puedo decirte, por el momento, es mi atracción por esta bella casa espiritual en que quieres tú hacerme entrar. Tu pensamiento, mi querido Jacques, es de tan preciosa esencia que ejerce sobre mí verdadera fascinación. No sabría decirte la impresión de arrobamiento y de alegría confortadora que experimento leyéndote o escuchándote. Pero esta impresión es sobre todo, tengo que confesártelo, una impresión física. Me siento atraído hacia tu casa, pero no entro en ella".

Sin embargo lo que le decía Jacques de la santidad había conmovido a aquel ser inquietado por la grandeza: "¿Será posible, añadía, asignar una medida humana a la santidad? Si tuviera yo que hacer elección de una medida humana de la santidad, tomaría —en primer lugar— la elevación del corazón y la nobleza moral. Si realmente existe Dios, pienso yo que quienes más se acercan a él, son los hombres —santos de la Iglesia, soldados, pensadores— que participan de esa virtud moral, esencialmente divina a mi parecer . . . "

Psichari entra pronto a la Escuela militar de Versalles, de donde sale subteniente en septiembre de 1909. Inmediatamente parte para la Mauritania, de donde no regresará hasta diciembre de 1912, después de haber recorrido, en una soledad de tres años, el más hermoso de los itinerarios espirituales.

En el momento de su partida para la Mauritania todavía no había conocido ninguna inquietud religiosa. De lo primero que tuvo conciencia fué de su vocación militar.

"Cuando el autor de este relato, escribe en el prólogo de *L'Appel des Armes*, hizo sus primeras armas al servicio de Francia, le pareció que comenzaba una vida nueva. Tuvo verdaderamente el sentimiento de abandonar la fealdad del mundo y de realizar la primera etapa de un camino que había de conducirle hacia las más puras grandezas."

"Comprendamos bien —porque se trata aquí de admirar

los caminos de Dios y las maravillas de la predestinación—comprendamos bien, añade Jacques, que esta resolución de ser soldado tuvo, en Psichari, en su caso individual, el valor de un hecho casi religioso en un alma de incrédulo... Sin conocer a Dios, sin saber que existe, es a él no obstante, desde el instante en que Ernest quiere el orden de su alma, es a Dios, autor del orden natural, a quien rinde oscuramente homenaje, y es hacia él a donde tiende su esfuerzo. Una vez realizado este acto, cualesquiera que sean los desfallecimientos que puedan seguirle, traerá sus frutos...

"Tenemos aquí el secreto de la acción poderosa ejercida por Psichari en su generación. Víctima y héroe a la vez, el hombre dotado de una sensibilidad excepcional, que concentra y realiza en su experiencia personal, y en grado soberano, los males que sufre el mundo desde hace una o dos generaciones, y que encuentra el medio de triunfar de ellos en sí mismo, este hombre obrará siempre sobre su tiempo de una manera extraordinaria. Mientras que los malos maestros se imaginan que no tienen más que continuar en paz su misión, y no ven siquiera la sangre que les cubre las manos, él siente el viento del abismo, su grito es escuchado. Psichari había descendido bastante en el desorden moderno para volver a encontrar al remontarse todas las verdades primeras desconocidas. Pero para ver extenderse las consecuencias de su determinación original, para proceder a la revisión general de valores que implicaba semejante determinación, necesitará mucho tiempo, una lenta elaboración..." (9).

En 1913 está en Francia, donde le espera esta vez el don definitivo de la fe viva, cuyas magníficas primicias había recibido en las soledades de Mauritania. Y en 1914, el día 22 de agosto, en Rossignol, en Bélgica, es él quien da a Dios y a Francia su joven vida —tenía treinta años.

(9) JACQUES MARITAIN, *Antimoderne*.

De este desenlace de gracia y de sacrificio espero que podré hablar más extensamente un día.

He tratado de dar una idea de la posición espiritual —tal como aparecía en el año 1909, en que detengo esta parte de mis recuerdos—, de algunos hombres cuya influencia había de ser tan grande en Francia y en el mundo: Bergson, León Bloy, Péguy, Psichari...

¿Y Claudel? Desde 1866, desde hace más de veinte años, Claudel era católico. Su obra poética era ya considerable; pero ignorábamos todo de él en 1909, lo mismo que de su fe y de su obra. Puede notarse que los grandes movimientos de conversión en Francia, en el siglo XIX y en el XX, han tenido diversos orígenes aparentemente independientes los unos de los otros. Bloy debe mucho a Barbey d'Aurevilly, a Hello sobre todo; al abate Tardif de Moidrey. Péguy lo debe todo, después de Dios, a los santos de Francia: a Santa Genoveva, a Juana de Arco. Claudel se lo debe al más inesperado de los convertidores: a Arthur Rimbaud. "Ha sido para mí la revelación en un momento de profundas tinieblas, la iluminación de todos los caminos del arte, de la religión, de la vida." Claudel había leído las *Illuminations* y *Une Saison en Enfer*, en 1886. Pero fué en Notre-Dame de París, el día de Navidad, cuando recibió la fe: "En un instante fué tocado mi corazón y creí." Por Claudel, por su obra, muchos, a su vez, fueron conducidos al camino de la vida —Jacques Rivière, Francis Jammes, muchos otros sin duda—. Nosotros conocemos a uno de ellos, un muy grande amigo de Dios y de nuestras almas, cuya vida se consume en Africa, en la soledad abrasadora del desierto.

Si puedo realizar mi propósito de dar continuación a estas memorias, los nombres de nuestros primeros amigos volverán con gran frecuencia todavía a mi pluma, mezclados con los nombres de nuestros nuevos amigos. El orden

cronológico que he seguido hasta este momento me ha obligado a interrumpir y dividir la "historia" de cada uno de aquellos de que he hablado. Tendré que volver a dicha historia. Entonces aparecerá quizá de una manera más clara la influencia ejercida sobre su tiempo por estos hombres que quiso Dios colocar en nuestro camino, y la lección de su vida.

La época a que se refiere este relato ha sido sobre todo, a mi parecer, una época de gran renacimiento espiritual al borde del declinar de un mundo. Por esta razón solamente el pensar en ella pone en el corazón tan indecible dulzura y melancolía, y a pesar de todo, tanta esperanza. Quienes no conocieron este tiempo no podrán imaginárselo. Pero la semilla de que estaba lleno dará más tarde su fruto, en forma que ni siquiera podemos imaginar.

Es en el momento en que las tendencias justas y rectas comienzan a prevalecer cuando el peso de los viejos errores termina por romper el paño que estos errores habían ido gastando poco a poco. No ha habido en un pueblo renovación más bella de espiritualidad que en esta Francia donde ahora se pone de relieve tanto lo que tenía de mejor como lo que tenía de peor; no ha habido tan profundo esfuerzo de cristiandad como en esta Francia "anticlerical y desgarrada". El mensaje profético de León Bloy no ha terminado de hacerse oír, ni el ejemplo del itinerario espiritual de Bergson de iluminar los espíritus. La historia del nieto de Renán prueba de una manera deslumbradora que nunca se aparta de la fe durante largo tiempo una familia francesa. "Nosotros nunca perdimos nuestro banco en la iglesia parroquial", decía un día la madre de Ernest Psichari, que no le siguió, sin embargo, en su conversión. Péguy es más caro que nunca para el corazón de los franceses. Su obra, su vida, su muerte, les dice que no cedan; nos enseña que hemos de estar dispuestos a defender lo que amamos, a salvaguardarlo con la fuerza carnal y con las armas temporales, por desinteresado y espiritual que sea nuestro amor.

Todos estos hombres habrán sido en Francia los primeros obreros de la reconstrucción que un mundo futuro quizá conozca, los anunciadores de este "Humanismo integral" —humano y divino juntamente—, en el cual sólo se encuentran las posibilidades de una vida libre y digna. Pero a la hora en que su acción comenzaba a animar a una juventud magnífica, el huracán desencadenado de las fuerzas brutales ha venido a echar por tierra la antigua casa desde hace mucho tiempo carcomida, donde todos teníamos nuestra habitación, y a revelar con una terrible luz todo lo que las potencias de disolución habían preparado de ruina para el mundo. Cuando los sufrimientos sin nombre hayan terminado nuestra purificación, solamente entonces podrá pasar de nuevo, sobre nuestro infortunio y nuestra paciencia, el soplo de vida capaz de renovar la faz de la tierra.

Nueva York, 11 de julio de 1941.

II

LAS AVENTURAS DE LA GRACIA

NUEVA YORK 1944

Cuando hace cuatro años justos me propuse escribir *Las Grandes Amistades* lo hice por tratar de huir de la desesperación que nos oprimía en aquel año, memorable para siempre, por el desastre en que Europa y Francia —el mundo quizás— había de hundirse. Seguí en aquello un consejo amistoso, pero con cierta repugnancia; jamás, en efecto, había concebido antes la idea de escribir mis memorias, y no sabía qué dirección dar a mi relato. Lo primero que me ocurrió fué el título, y este título me dió la dirección y me reconcilió con toda la empresa.

El primer volumen de aquellos recuerdos fué acogido con simpatía que estaba yo lejos de esperar, y me valió las más preciosas amistades. Muchas cartas bellas y emocionantes me llegaron de corresponsales americanos y de corresponsales franceses, y he sentido una pequeña herida en el corazón al no poder contestarlas todas, por haberme faltado el tiempo y la salud . . .

Con tales ánimos me he decidido, después de vacilaciones bastante largas, a realizar el designio expresado al final de *Las Grandes Amistades*, de continuar el relato.

Pero esta vez ya no escribo para luchar con la desesperación, sino por el contrario animada, a pesar de la angustia y el dolor que no cesan de oprimir mi corazón, por la certidumbre de la victoria de los aliados, y de la liberación de Francia y de Europa.

Todos los que en el exilio hemos tenido el privilegio de la amplia hospitalidad de este libre país, cuyo espíritu hemos

conocido y amado; los que hemos asistido al milagro de su rápida y gigantesca preparación para la guerra, tenemos el corazón desbordante de entusiasmo y gratitud hacia el pueblo americano y hacia todas las fuerzas generosas que, en este continente y en el mundo entero, en Francia, en Gran Bretaña, en Rusia, en Polonia y en toda la Europa oprimida pero no subyugada, se han levantado para librar y purificar al mundo de las potencias infernales del orgullo, la codicia y la crueldad. Todo lo que se ha padecido, todo lo que resta por padecer, visible e invisiblemente, nada puede ya en adelante contra la esperanza.

*
**

En este libro de *Las Aventuras de la Gracia* he tratado de decir todo lo que me ha sido dado conocer respecto a la floración espiritual que precedió y siguió en Francia a la primera guerra mundial. Nada tan lleno de humanidad ni que revele mejor los tesoros ocultos de nuestro país que estas aventuras espirituales y temporales a la vez, en las cuales tantas personalidades poderosas han estado comprometidas. De algunas de ellas he hablado en el tomo primero de *Las Grandes Amistades;* aquí se encontrará su nombre, en compañía de nombres nuevos, unos conocidos por todos y otros ignorados por el mundo y caros solamente a nuestro corazón.

Nueva York, 31 de julio de 1944.

Capítulo Primero

EL DOCTOR ANGÉLICO

Calle de los Feuillantines

Fué el segundo año de nuestra residencia en Alemania —el año 1907-1908— un año de feliz soledad y de profunda actividad interior. Desde mi inesperada curación del invierno precedente nos veíamos libres de la inquietud cruel de la enfermedad. Vera estaba con nosotros. Asistíamos todos los días a misa primera, con bueno y con mal tiempo, hasta durante las grandes nevadas de Heidelberg. En la paz de que gozábamos, la liturgia de cada día impregnaba nuestras almas, desarrollaba en ellas la significación espiritual de sus símbolos, nos revelaba poco a poco la belleza de la Escritura, acostumbrándonos a su luz y a sus misterios.

Como, aparte Hans Driesch y un pequeño número de buenas gentes que nos robaban poco tiempo, no conocíamos ni queríamos conocer a nadie, nos encontrábamos libres durante todo el día para leer y reflexionar a nuestra guisa, para callarnos, orar, o hablar sin fin entre nosotros de los problemas eternos de la filosofía y de la vida, algunos de los cuales formaban parte de nuestros problemas personales. Aprendíamos a recogernos en el silencio, aspirábamos a la contemplación de las verdades divinas, y en este orden de cosas, las tendencias propias de cada uno de nosotros aparecían y se desarrollaban sin embarazo.

Jacques procedía a la crítica de sus conocimientos, y tenía la oportunidad de dejarlos decantarse en él de su estado libresco y didáctico, para convertirse en sustancia de vida.

Confrontaba sin cesar las certidumbres de la fe con las proposiciones de la razón, precisándolas y aclarando las unas por las otras. Las líneas de su prefacio a la segunda edición de *La Filosofía Bergsoniana*, que ya he dejado citadas en el primer volumen de *Las Grandes Amistades*, decían lo esencial sobre la materia: "La reflexión filosófica, escribía, se apoya en nosotros para restaurar el mismo orden natural de la inteligencia en el ser, y para reconocer la inclinación ontológica del trabajo de la razón, en la indestructible verdad de los objetos presentados por la fe. Al afirmarnos por ello en nosotros mismos, sin sutileza ni disminución el auténtico valor de realidad de nuestros instrumentos humanos de conocimiento, somos ya tomistas sin saberlo. Cuando algunos meses más tarde volviéramos a encontrarnos con la Suma Teológica, ya no opondríamos obstáculo a su raudal de luz".

Este feliz año de soledad estuvo a punto de terminar en catástrofe. En la primavera de 1908 sufrí un mal de garganta de naturaleza indeterminada y hube de ponerme a leche durante un mes completo, mientras Jacques al otro lado del tabique de mi cuarto era víctima de la difteria. Vera que, ayudada por una religiosa, nos cuidaba a ambos, tuvo la caridad de no caer enferma a su vez, contra lo que el médico esperaba de un momento a otro. Aquel simpático médico nos trató solamente con agua de Apollinaris, haciéndonosla absorber diariamente en cantidad increíble. Este tratamiento original resultó eficaz, y Jacques se curó dentro del tiempo normal.

De regreso en Francia, después de pasar dos meses en París, en casa de nuestros padres, y un mes en una pequeña aldea de la costa normanda donde yo estuve constantemente enferma, nos instalamos por fin en nuestra casa de la calle de los Feuillantines, en el corazón del Barrio Latino, muy

cerca de la iglesia de Saint-Jacques-du-Haut-Pas, de la calle Gay-Lussac y de la calle de Ulm, y no lejos de la Sorbona y de la Tienda de Péguy.

Allí escribió Jacques, ayudado por mi hermana, el Léxico Ortográfico que le pidió la casa Hachette por recomendación de Péguy, y que debía figurar en un singular volumen titulado *Todo en Uno;* vino después el *Diccionario de la Vida Práctica.* Para mantener su independencia de filósofo renunció Jacques algunos meses antes, tras ciertas vacilaciones, a la carrera universitaria, y aceptó para vivir un trabajo que le dejaba su libertad de conciencia.

Mientras trabajaba así, meditaba en problemas muy distintos, y yo entraba en el conocimiento del Doctor Angélico.

Este privilegio era debido a dos causas: el retorno de la enfermedad en mi vida, y la entrada en la nuestra del padre Humberto Clérissac.

La enfermedad resolvimos vencerla por medios negativos, retirándole, por decirlo así, todo pretexto: ¡nada de médicos! Tenía yo entonces desdichada experiencia de los médicos; todavía no había encontrado a los buenos (algunos años más tarde cambié de opinión). Nada de médicos, pues; y un régimen de alimentación reducido casi exclusivamente a arroz, agua y productos vegetales inciertos. Régimen absurdo, sin duda, en que las vitaminas tenían poca parte, pero que me pareció maravilloso durante largo tiempo porque reducía el sufrimiento al mínimo, me tornaba tan ligera de cuerpo como libre de inteligencia, y me permitía leer y orar a mi gusto.

Este hermoso régimen terminó el día en que Léon Bloy, cansado de ver a su ahijada debilitarse y palidecer, se enojó y escribió a Jacques una carta furiosa acusándole sencillamente de dejarme morir de hambre y recomendándome los consejos no de un médico sino de un escultor, su amigo Federico Brou, de Montmartre, experto en toda clase de artes y recetas caritativas, conocedor de la buena cocina, y tal vez también de la higiene alimenticia, y que, si no me

curó, me hizo recobrar algunas fuerzas prescribiéndome un régimen mejor equilibrado.

No obstante la deficiente salud —y a pesar de esta pequeña agonía de los enfermos que angustia el corazón ansioso de vida—, gozaba yo de las vacaciones; la soledad que fué nuestro privilegio en Alemania estuvo asegurada también en París este año en que apenas vimos a otras personas que a nuestros padres, a Ernesto Psichari, a los Bloy y a Péguy, hasta el día en que hicimos la primera visita al Padre Clérissac en Versalles.

El Padre Humberto Clérissac

Jacques, después de su primera permanencia en el convento de benedictinos de Solesmes en exilio de la Isla de Wight, a donde le envió Péguy para que fuese portador de la buena noticia de su retorno a la fe católica [1], tuvo largas entrevistas con el padre Abad Dom Delatte sobre problemas de vida religiosa y espiritual. Entonces nos parecía fácil alcanzar la perfección desde el momento en que conocíamos los caminos; ¡error socrático!, como lo comprendimos más tarde. Se nos aparecía tan deseable la hermosura espiritual de los santos, y resplandecía con los caracteres de integridad, resplandor y armonía propios de toda hermosura, que no concebíamos otro fin digno del hombre. Verdaderamente toda la belleza que amábamos en el mundo se encontraba allí en el más alto grado de integridad y sabor; y era ya una beatitud hasta el contemplarla desde muy lejos, como una estrella del cielo inmaterial. El tiempo nada ha borrado a nuestros ojos de aquella belleza y de su atractivo, ni tampoco ha desviado nuestro corazón, pero nos ha mostrado cada día más la misteriosa perseverancia con que se aleja a medida que se la persigue, y cuán raros son los que la alcanzan. Una

[1] *Algunas páginas sobre León Bloy.*

gracia por lo menos nos ha sido concedida: la de encontrar, entre tantos pecadores hermanos nuestros, varios santos verdaderos que han sido nuestra edificación y consuelo en los caminos difíciles que a veces hemos tenido que recorrer.

En aquellos días de nuestra juventud, en aquel rejuvenecimiento de nuestra vida por el bautismo, a partir del cual quedó como perdida la noción del tiempo (los años pasados parecen muy próximos los unos a los otros, y el instante, a veces, se profundiza hasta los confines de la eternidad), nos parecía que todos ellos eran tan santos como deberían serlo, los sacerdotes, los religiosos... Las advertencias de nuestro padrino, el juicio severo que emite en todos sus libros sobre algunos de aquellos, y la conducta que no puede ser menos santa de ciertos miembros de la Iglesia en el pasado y en el presente, todo ello aparecía olvidado, borrado de nuestro pensamiento y teníamos confianza sin límites en cuantos habían determinado consagrarse al servicio de Dios. Es preciso decir que si sufrimos decepciones respecto al particular, éstas llegaron muchos años después, a medida que se extendía nuestra mirada sobre el mundo. De los sacerdotes y religiosos que puso Dios en nuestro camino en los primeros años de nuestra vida cristiana, y de aquellos que entraron en la intimidad de nuestra amistad, recibimos auxilio espiritual tan precioso que los sufrimientos procedentes a veces de algunos de ellos quedan reducidos a muy poca cosa.

Pero vuelvo a la primera visita de Jacques a Appuldurcomb. Sabíamos que un monasterio de benedictinos es una escuela de perfección, y que el maestro de esta escuela es el padre Abad, elegido para toda la vida, como ejemplo de la inamovible paternidad divina. Si Jacques tomaba pues consejo del padre Abad, con espíritu de docilidad entusiasta —una de nuestras suertes de aquel tiempo—, consistía en que desempeñaba entonces ese cargo el magnífico y genial Dom Delatte, verdadero Gran Padre por su autoridad y su prestigio, como también por su altura e

intransigencia. Pero aquellas sombras de un gran carácter no habían de aparecérsenos hasta bastantes años más tarde.

Uno de los problemas de Jacques, una de las respuestas del padre Abad que ha jugado gran papel en nuestra vida concernía a la dirección espiritual. Los santos que amábamos, cuya biografía o escritos habíamos leído, una Santa Teresa de Ávila, por ejemplo, conceden al director espiritual importancia extrema. No queríamos nosotros despreciar su consejo. Dom Delatte bromeó al principio sobre el particular, sostuvo algunas paradojas y dijo entre otras cosas a su joven interlocutor, cuyo fervor de novicio un poco encogido se divertía en atropellar, que el director no era necesario más que en tres casos: cuando existe incertidumbre sobre la vocación, cuando se es enfermizante escrupuloso, o cuando se encuentra uno conducido por los caminos extraordinarios de las visiones y revelaciones. Ahora bien, dos de esos casos estaban descontados por nuestro estado de matrimonio, y él nos suponía de conciencia pacífica y en modo alguno visionarios. Nos recomendó, sin embargo, orar durante un año al objeto de obtener de Dios la guía que pudiéramos necesitar, a pesar de la teoría expuesta. Y nombró en el acto al padre Clérissac, uno de sus grandes amigos, cuyo carácter e inteligencia admiraba sin reserva. De esa manera, cuando llegó el tiempo oportuno, nos envió a él —un año más tarde.

Al dirigirnos por vez primera a visitar al padre Clérissac a Versalles, recordábamos emocionados nuestros primeros pasos hacia la Iglesia cuando, tres años antes, subíamos las escaleras de Montmartre, respondiendo al llamamiento de quien había de llegar a ser nuestro padrino. Cumplíamos ahora nuestra primera diligencia importante no hacia la Iglesia, sino en el seno de la misma Iglesia de la cual éramos hacía dos años hijos solitarios y mendigos; mendigos de cielo, de verdad, de paz; y recibíamos la confortacion, no de mano de los hombres, sino de la vida divina de los sacramentos.

Ahora, lo presentíamos, iba a terminar el tiempo de

soledad y debíamos comenzar a aprender a vivir en el mundo sin conformarnos con el mundo, a causa del Evangelio a que queríamos pertenecer. Sentíamos la necesidad de aprender la fidelidad en las vías difíciles, y que más que nunca nos sería necesario rogar a Dios que guardase y dejase crecer en nosotros la vida de la gracia recibida en el bautismo, sin rehusarnos el justo crecimiento de la vida según la experiencia humana.

Llevábamos ingenuamente esos grandes deseos, viendo en ellos la aspiración propia de todo cristiano que vive en el mundo. Y nos parecía completamente sencillo ir a un hombre de Dios y decirle: dirigidnos hacia el cumplimiento de estas aspiraciones.

Jacques y yo sentimos la mirada iluminada y penetrante de unos ojos profundos, llenos de secretos y de conocimiento, y nos consideramos ante aquellos ojos completamente nuevos, y completamente ignorantes.

Mientras hablaba el padre Clérissac, comenzando a instruirnos respecto a la dificultad de lo que buscábamos allí, admiré yo su noble y ardiente semblante de rasgos fuertes y precisos, de frente surcada por arrugas y rematada por un mechón de cabellos grises, dándole semejanza a un personaje de Fra Angélico, los bellos pliegues que el hábito blanco de dominico formaba en su derredor. El programa propuesto era severo, lo mismo que el semblante del Padre, a pesar de la sensibilidad dolorosa que se transparentaba en la rigidez de su aspecto. Tuvo a bien tomar nuestras almas a su cargo, y durante los cinco años que siguieron, hasta su muerte prematura a la edad de cincuenta años, fué nuestro amigo y nuestro guía, sin desmentir jamás la magnífica imagen que formamos de él en la primera entrevista.

Jacques ha esbozado una corta biografía del padre Clérissac en el prefacio al *Misterio de la Iglesia*[1], librito sin terminar, incompleto, pero uno de los más bellos consagra-

[1] Humberto Clérissac, *El Misterio de la Iglesia*, Téqui, París.

dos a ese gran misterio, y que en Francia se ha convertido en clásico. La fisonomía moral e intelectual del padre Clérissac aparece con gran relieve en ese libro, tal exactamente como nos fué dado conocerla, y como no podía menos de seducirnos y atraernos. Amaba la verdad, y amaba la inteligencia. Muchas veces le oímos decir: "La vida cristiana es a base de inteligencia... Ante todo Dios y la Verdad; id hacia Él, amadle bajo ese aspecto". Pensaba como San Agustín que la beatitud eterna es la alegría de la verdad —*gaudium de veritate*. Amaba a la Iglesia cuyos caracteres místicos pertenecientes a su jefe, que es Cristo, profundizaba sin cesar en su animador que es el Espíritu Santo, y decía: "Vayamos a la Iglesia por razones eternas y divinas", y no porque es "una causa defendible ante la razón y la historia".

Amaba todo lo bello, viviente, franco. A la edad de dieciséis años, habiendo leído la vida de Santo Domingo, de Lacordaire, se hizo dominico. Fué un hermano predicador en la plenitud de su vocación, un predicador de gran estilo que paseó su palabra ardiente por Francia, Italia y Londres. Habitó durante bastante tiempo en Inglaterra y le gustaban los ingleses, su espíritu y su cultura. Fué el amigo de Robert Hugh Benson, y el personaje del Papa en *El Amo de la Tierra* se le parecía mucho. Oraba ardientemente "para que la inteligencia y la belleza volviesen a su Señor". Y tuvo el consuelo de ser testigo de la muerte cristiana de Oscar Wilde [1].

De Léon Bloy al padre Clérissac fuimos conducidos de un hombre de lo absoluto a otro hombre de lo absoluto;

---

[1] El Padre Clérissac jamás nos habló de Wilde. Pero dijo un día a una amiga, que nos lo ha contado, que estaba seguro de que Wilde murió católico, porque él presenció su muerte. En la *Revue Hebdomadaire* del 28 de noviembre de 1925, el señor Robert Ross designa al Padre Cuthbert Dunn, de los Pasionistas, que fué quién administro a Wilde el bautismo y la extremaunción. El Padre Clérissac habría sin duda ayudado al Padre Dunn.

uno y otro de fe heroica, inquebrantablemente fieles, intransigentes respecto a nuestros deberes en relación con la verdad y aborreciendo la mediocridad.

No hemos estado sometidos a la prueba de una desnivelación o de una contradicción entre las dos personas que fueron nuestros guías y modelos entre los veinte y los treinta años. No se puede imaginar, sin embargo, hombres más desemejantes por origen y educación. Toda la identidad se encontraba en el carácter. El padre Clérissac, desde los dieciséis años hasta su muerte, vivió en la estricta disciplina de la Orden de Santo Domingo, donde su espíritu se había formado según la tradición altamente intelectualizada de la teología de Santo Tomás. Léon Bloy, por el contrario, misántropo y solitario, ha vivido siempre independiente en el mundo, sin más disciplina que la de la fe y la de la Iglesia. De esa manera, conscientes de sus diferencias, como se está inevitablemente de una diferencia de educación, estaban sorprendidos de encontrarse tan simplemente reunidos en nuestro corazón, donde su influencia ningún conflicto producía. De uno y otro recibíamos la enseñanza fundamental de una doctrina cierta, de una tradición santa; uno y otro tenían el amor y el sentido místico de la Iglesia en su misterio divino, más allá de las contingencias humanas. Uno y otro consideraban con toda libertad de espíritu los errores y faltas de los miembros de la Iglesia, sea cual fuere la elevación en la jerarquía. Y apenas diferían en la expresión que por ello experimentaban, del dolor, desprecio, o cólera santa. Léon Bloy, es cierto, usaba expresiones llamadas "vulgares", mientras que el lenguaje del padre Clérissac era siempre escogido. Pero la exigencia y severidad eran las mismas en ambos casos. Nos daban también uno y otro el ejemplo de un comportamiento bastante duro respecto a las personas, y de una impenetrabilidad a la renovación de las cosas temporales —sociales, psicológicas, estéticas— que nos hizo padecer por razón de no haber sabido primeramente distinguir entre los rasgos de su carácter y las direcciones esenciales y excelentes que de ellos recibimos.

Durante varios meses, cuando estábamos en Versailles, Jacques iba todas las mañanas a casa del padre Clérissac, en el bulevar de la Reina; le ayudaba a misa y mantenían luego preciosas conversaciones sobre las cosas de Dios. El padre Clérissac se apresuraba a dar a una inteligencia ávida el tesoro de los altos pensamientos que alimentaba en su soledad. Las exigencias de una vida cristiana dedicada a lo absoluto de la verdad, la doctrina de los santos, la vida mística de la Iglesia y su herencia de sabiduría sagrada, he ahí los temas que nunca cesaban de tratar. La disciplina del padre Clérissac era una austera disciplina interior, que reclamaba una objetividad inflexible y pura y solicitaba del alma que se perdiese en la luz. No tenía piedad para lo que llamaba "espíritu reflejo", para ese espíritu de vuelta sobre uno mismo, de preocupación de la propia persona. Iba tan lejos en ese sentido que desconocía a veces ciertas aspiraciones y sufrimientos muy secretos en que se agita el alma bajo el aguijón de Dios, y no se busca a sí misma, sino que busca una unión con Dios más profunda que la que procura la inteligencia teológica. Porque si la fe puede tornarse experimental y en cierto modo posesiva de su objeto —*fides oculata*—, los "ojos" que recibe entonces le son dados por el amor: y porque en el amor está comprometido todo elemento subjetivo, el padre Clérissac se defendía contra sus vías. Los dones del Espíritu Santo están presentes en toda alma santa, pero cada una manifiesta más un don que otro: puede decirse del padre Clérissac que era el hombre del don de inteligencia más que del don de sabiduría.

"Si era preciso, escribe Jacques, formular uno de los grandes temas —pero propuestos más bien que afirmados e infinitamente matizables— a los cuales gustaba volver su pensamiento, diré yo que a sus ojos la historia de la perfección cristiana, tal como puede leerse tanto en la vida de los santos como en la de las instituciones, procedía por una parte de una especie de acomodación providencial a las

necesidades del mundo que desciende, y por otra parte de las leyes de crecimiento y progreso orgánico del Cuerpo Místico de Cristo. A decir verdad, no podía prescindir de admirar más la grandeza, simplicidad y espontaneidad divinas de los santos de las primeras edades, más próximos al Viernes Santo y a Pentecostés, de la plenitud indivisa de la gran efusión de donde ha nacido la Iglesia... Él que tanto amaba a Santo Tomás, que sentía alegría en incrustar en la Suma la lectura del Evangelio, se complacía en repetir que la sabiduría de San Pablo, completamente espontánea y producto de inspiración, es más puramente divina que la sabiduría científicamente elaborada de la Suma Teológica." [1]

Cuando nos hicimos oblatos de San Benito, se alegró al vernos de esa manera ligados a la espiritualidad del siglo VI, a una edad en la cual no se inquietaban los cristianos por conocer en qué morada interior del castillo del alma se encontraban.

"Es muy natural, me escribía, que Santa Teresa os haya cautivado, y es bueno ser llamado algunas veces a la noción de la virtud adquirida y del esfuerzo positivo por el ejemplo de esos santos de la edad refleja, que Dios ha suscitado sin duda ninguna para mostrarnos que todo lo que hay de bueno y verdadero en el individualismo no escapa a su Gracia y procede de ella, en parte también por piedad condescendiente hacia los hombres cuando la simple vida de la Iglesia no les ha bastado, — en fin por un efecto de justicia vindicativa respecto a las infidelidades de las antiguas Órdenes que dejaban ¡ay!, palidecer la antorcha entre sus manos.

"Pero no olvidéis que sois de los merovingios, de los feudales, ¿qué digo?, de los primitivos. No olvidéis que es preciso venir a dejar a la divina Gracia que opere en vosotros, y a tener poco menos que por nada los productos de vuestra actividad..." A decir verdad no estábamos completamente seguros de ser de los merovingios. Y nuestro amor hacia

[1] Prefacio al *Misterio de la Iglesia.*

San Benito no nos ha impedido ver en Santa Teresa y San Juan de la Cruz los doctores por excelencia de la vida espiritual.

Primera lectura de la Suma Teológica

"Una est vera philosophia" (S. Agustín, *Contra Julianum pelagianum,* 4, 14, 72).
"No hay, sin embargo, más que una verdad" (Enrique Bergson).

El primero y admirable consejo que me dió el padre Clérissac, fué el de leer a Santo Tomás. Mientras Jacques trabajaba para Hachette y redactaba los primeros artículos, yo, recluída por la enfermedad y dispensada por la misma causa de toda obligación de orden social, podía dedicar todo el tiempo a la lectura y meditación de la Suma Teológica.

Hacía dos años, desde nuestro bautismo, el punto de partida de todas nuestras reflexiones, concernientes a la filosofía o a la vida —y para nosotros la una ha sido siempre inseparable de la otra— el punto de partida era la fe en que vivíamos, cuyas alabanzas no cesábamos de cantar en nuestro corazón, como tampoco de admirar la potencia ordenadora de todas las cosas. Provisionalmente abandonamos los filósofos, reposábamos en una neutralidad temporal, y habíamos hecho tabla rasa de su filosofía hasta más amplios informes. Y era delicioso vivir lejos de sus disputas, y dejar poco a poco restablecerse y repararse, al sol de las verdades eternas, nuestra humana razón.

El porvenir ningún temor nos inspiraba desde el momento en que teníamos la suerte de conocer por la fe verdades de tan penetrante certeza que solo es inferior a la intuición intelectual de la visión beatífica, y que la fuerza de ninguna intuición natural puede comparársele; verdades de un resplandor tan puro y universal que nos parecía atraer a ellas toda verdad, parcelas de verdades esparcidas en

los espíritus más diversos, el fruto de todo conocimiento intuitivo.

Sentíamos nosotros que implantar la razón en la Fe, injertarla en el árbol de Jessé, no era debilitarla sino fortificarla, ni esclavizarla sino libertarla, ni desnaturalizarla sino volverla a la pureza de su propia naturaleza; — como iluminar al que avanza a tientas, al que camina en las tinieblas, no es arrastrarle fuera de su propia vida, sino mostrarle el camino por el que se propone marchar.

Esta actitud de espíritu era, sin embargo, más filosófica que teológica. El teólogo posee los principios de su ciencia en las verdades divinamente reveladas a través de las cuales procede a profundizar los Misterios por las vías racionales, tributarias ellas mismas de alguna filosofía. Mientras que el filósofo encuentra sus mismos principios en el orden de la inteligencia y de la razón. En ese orden puramente natural razona o desatina a su gusto. En la época de que se trata aquí se desatinaba en general, porque por la negación idealista de los lazos ontológicos entre la inteligencia, el ser y la existencia se exaltaba hasta lo infinito un conocimiento cuya naturaleza y validez se había en realidad arruinado. Bergson preconizaba remedio, en parte, para ello, dando a la intuición lo que se había arrancado a la inteligencia. De esa manera nos ayudó provisionalmente, pero con el advenimiento de la fe a nuestras almas, y de las certitudes que le son propias, nos encontrábamos ante un nuevo problema: el de las certitudes de que es capaz la misma razón. La actitud de nuestra inteligencia seguía, pues, siendo filosófica y no teológica; no pensábamos entonces, por ser demasiado ignorantes para ello, en profundizar racionalmente los misterios de la fe, ni en deducir partiendo de las verdades reveladas las verdaderas congruentes menos universales, pero sentíamos prisa por averiguar qué verdades de orden filosófico universal estaban envueltas en la tranquila seguridad de las proposiciones de la Fe. Esas mismas verdades filosóficas se nos aparecieron inmediatamente con todo brillo en la Suma Teológica, enunciadas o sobreentendidas, pre-

sentes por todas partes. Las demás verdades más preciosas y de naturaleza más elevada habían de aparecérsenos más tarde. Ahora Aristóteles surgía en toda su grandeza, tomaba su verdadero semblante, por la gracia de un teólogo inspirado.

Temblando de curiosidad y temor abrí por primera vez la Suma Teológica en el "Tratado de Dios". ¿No era la escolástica, según la reputación que le habían dado, un sepulcro de sutilidades convertidas en polvo? Y el mismo Príncipe de la escolástica, ¿no iría a echar un poco de aquel polvo en el hogar de nuestra joven fe?

Desde las primeras páginas comprendí la vanidad y puerilidad de mis aprensiones. Todo era, allí, libertad de espíritu, pureza de fe, integridad del intelecto iluminado por la ciencia y el genio.

La serenidad del estilo, impersonal en apariencia, el caminar tranquilo de la razón dando a cada palabra su sentido más próximo a la intuición intelectual con que ha nacido, y por lo mismo la plenitud de su sabor, una potencia intelectual casi angélica, que permite a Santo Tomás sostener en las más breves proposiciones, verdades sin número encadenándose unas con otras según la misma jerarquía de los seres reales, todo era para mí luz en lo que leía, y continuaba la lectura con incesantes acciones de gracias.

Escribiendo estas páginas me encuentro de nuevo en la feliz emoción de aquel primer contacto con el pensamiento de Santo Tomás. Tanta luz afluía a la vez al corazón y a la inteligencia que me sentía embriagada de una especie de alegría paradisíaca. Orar y comprender era para mí una sola y misma cosa, lo uno daba sed de lo otro, y me sentía sedienta y jamás saciada. En los mismos días leía yo a Santa Gertrudis, benedictina alemana del siglo XIII y repetía con frecuencia una de sus oraciones preferidas: "Gloria a vos muy dulce, muy benigna, muy noble y excelente, feliz y gloriosa y resplandeciente y siempre tranquila Trinidad...", y el texto de Santo Tomás estaba en maravilloso acuerdo con aquellas alabanzas.

Esta primera lectura de la Suma Teológica fué para mí un don muy puro. En ella recibí de una vez para siempre la certidumbre de las verdades primeras concerniente a la inteligencia y la alegría de ver a ésta bastante fuerte para conducir hasta el seno de la noche estrellada de la fe los principios de la razón. Recibía yo lo que podía recibir según mi débil capacidad, pero con plenitud. Los problemas —como ocurre en tiempos de felicidad— habían desaparecido para reaparecer más tarde. Pero más tarde no era yo quien tendría que resolverlos, sino Jacques, filósofo por vocación.

Este tiempo había de tardar un poco. Hablábamos mucho de lo que yo leía, pero ocupado él entonces por la redacción del léxico ortográfico encargado por Hachette y por la que tomó todavía con mayor interés, de sus primeros artículos, Jacques no abordaría directamente el estudio de Aristóteles y de Santo Tomás hasta un año próximamente más tarde. De qué manera comprendió sus principios y cómo condujo su propia obra filosófica, puede verse en todas sus obras, comenzando por la primera que es el análisis crítico del bergsonismo. Pero como la *Filosofía bersogniana* apareció en 1913, hablaré de ella más adelante.

Mi gran privilegio habrá sido recibir sin ningún mérito y sin ninguna pena, de mano tan querida, los frutos espirituales de su labor, los cuales no hubiera yo podido alcanzar sin su ayuda, y a los que aspiraba, sin embargo, con deseo profundo y vital.

De esta manera he sido colmada; he vivido en una atmósfera de rigor intelectual y de rectitud espiritual, gracias a Santo Tomás, gracias a Jacques, y no puedo escribir estas cosas sin llorar de confusión y amor.

Pequeño elogio de Santo Tomás de Aquino

Interrumpo por un momento estas memorias para rendir a Santo Tomás de Aquino el débil tributo de mi alabanza. Porque es justo alabar lo que se ama. Me preguntaba yo

antes de conocerlo cómo nacían las devociones "particulares." Estas particularidades me parecían extrañas, como una disminución del amor comprometido en la inmensidad de la única devoción debida a Dios. Aprendí por experiencia que esas devociones nacen como nace la admiración y la amistad. Y en ningún caso la amistad, que es una virtud muy dulce, puede disminuir el amor a Dios.

Nosotros estamos, pues, unidos a Santo Tomás de Aquino como a un verdadero amigo, por simpatía, por amor, por gratitud. Es bien cierto que no puede conocérsele sin amarle, y enormemente deplorable que sea ignorado en su vida de santo más todavía que en su obra monumental.

En el deslumbramiento de la luz que irradia de su inteligencia y de su doctrina se ha terminado por olvidar —hace ya seis siglos— la grandeza de su caridad, la dulzura y humildad de su corazón. Y se ha descuidado el recoger sus "fioretti."

Ya no se sabe hoy que los favores divinos más graciosos y más grandes ilustraron constantemente su vida (ni las rosas ni las estrellas faltaron en su camino); que milagros sin número siguieron a su muerte, y trajeron el amor de todo el pueblo cristiano a quien todavía no era conocido sino por la Escuela. ¡Feliz el pueblo del siglo XIII que podía recibir la doctrina de Cristo por columnas de luz como un Santo Domingo y un San Francisco de Asís, como un Santo Tomás de Aquino y un San Buenaventura!

¿Se sabe acaso que Santo Tomás oraba sin cesar, que poseía la gracia del don de las lágrimas tan estimado en la edad media cristiana, que era tal su dulzura al predicar que tocaba el corazón de las gentes humildes, pero tal también su severidad que hacía temblar a los sabios, maestros y estudiantes de teología, cuando les recordaba sus grandes responsabilidades respecto a las almas que esperaban de ellos la verdad?

Teólogo por excelencia, ha aparecido, sin embargo, primeramente ante nuestros ojos como el metafísico de la inteligencia y de la razón que defiende el valor de autén-

ticas facultades del conocimiento real. Y también en eso es caro a la Iglesia, guardiana de la integridad humana, tanto como de la verdad revelada.

Profesa Santo Tomás, en efecto, siguiendo a Aristóteles, la doctrina de que nuestra inteligencia conoce naturalmente el ser, primero en las cosas sensibles, después, gracias a las intuiciones abstractivas de la metafísica, en su inteligibilidad trascendental; y aquella tranquila percepción es en él tan amplia, tan pura y penetrante que los principios de su metafísica son aptos para integrar toda verdad de orden filosófico y natural; hasta cierto punto, guardando las proporciones, como los principios revelados de la fe integran para siempre toda verdad de origen sobrenatural que llegará a ser explícita con el tiempo. Y en todo lo que se relaciona con la ontología de las facultades de deseo, y la ciencia moral de los actos humanos, su doctrina observa tan santamente la verdad especulativa, y todos los derechos de la caridad y de la justicia, que puede decirse es una teología evangélica; y tan grande es su pureza, que apenas sus mejores comentadores han podido atenerse a esto con todo rigor.

Cuanto más se avanza en el conocimiento de la doctrina tomista más se admira que la ciencia, inteligencia y sabiduría estén tan maravillosamente unidas en la santidad del Doctor Angélico; por eso se ha podido decir de él que "su santidad es la de la inteligencia [1]." En la inteligencia misma de Santo Tomás se realizan los milagros de la santidad: esa inteligencia está completamente vuelta hacia Dios; se da toda ella a la verdad, conocida o por descubrir. Por ella ha sido el santo elevado sobre la tierra, y Dios ha dado su aprobación a los trabajos del filósofo y del teólogo al decir: Tú has hablado bien de mí, Tomás.

* * *

[1] Jacques Maritain, *El Doctor Angélico.*

En un mundo como el nuestro, donde reinan la exclusión y la discordia, donde, en lugar de unirse, toda experiencia personal tiende a oponerse a otras experiencias; donde distinguir las esencias o las circunstancias equivale a cortar con el hacha y no a rendir justicia a todo ser en su originalidad, particularidades y verdadera existencia; donde no se concibe la unión de la ciencia con la fe, ni con la prudencia (hasta un intelectualista como Husserl, que exaltaba la filosofía como ciencia, detestaba la prudencia: "Éste, ha escrito Chestov, despertaba en sí mismo toda la indignación de que era capaz") —nos ofrece Santo Tomás en su vida, espíritu y doctrina, el ejemplo de unión más armoniosa y eficaz de las luces de la razón, con las de la fe y la experiencia mística. Se dan en él las tres excelencias: la de ser uno de los más grandes genios de la inteligencia, uno de los más humildes hijos de la Iglesia, y uno de los santos más milagrosos y dados a la humanidad con mayor misericordia para curarla de sus ignorancias. Y él mismo, allí donde su inmensa erudición no podía ya bastar, violentaba al cielo. Se dirigía a apoyar la cabeza en el Tabernáculo, y permanecía allí orando y suplicando con muchas lágrimas. Y el cielo se molestaba para ir en socorro de un filósofo y de un teólogo embarazado. Entonces, saliendo de la oración, cuenta el hermano Reginaldo, su compañero, volvía a la celda libre de incertidumbres, y, tomando de nuevo sus trabajos, seguía escribiendo, o dictando a sus numerosos secretarios.

Y, sin embargo, aquel ser pacífico, aquella luz tan pura cuyo genio y santidad no había de tardar en proclamar la Iglesia, tuvo que sufrir la prueba, inevitable sin duda, de ser desconocido por los suyos. Al finalizar la vida tuvo que sostener en efecto violentos ataques dirigidos contra su doctrina por un gran número de maestros de teología, entre los cuales algunos pertenecían a su Orden. Y tres años después de su muerte, varias de sus tesis fueron condenadas por los obispos (Esteban Tempier, obispo de París; Ro-

berto Kilwardby, arzobispo de Canterbury), que creían proteger así la condición sobrenatural del catolicismo contra un teólogo a quien acusaban de aceptar los principios del pagano Aristóteles [1].

Pero aquellos juicios mal inspirados hace mucho tiempo que murieron, mientras que las tesis del santo Doctor viven siempre con la vida y vigor de la verdad.

A este gran discípulo y amigo de Cristo no le faltó la alegría de poder alabarlo "en himnos y cánticos". Y mientras exista el mundo recibirá los efluvios de la divina dulzura de la poesía y música de Santo Tomás en el oficio del Santísimo Sacramento, que compuso a petición del Papa Urbano IV al instituirse la fiesta del Corpus. Porque el Angel de las Escuelas, el Doctor Angélico, es también el Doctor Eucarístico. Su devoción por los sacramentos, que llamaba "las reliquias de la Encarnación", revela toda la fe y dulzura de su alma. En sus últimas palabras, en sus últi-

---

[1] Es sabido que Santo Tomás encontró la más viva oposición de los partidarios de la antigua escolástica agustiniana, que no comprendían la distinción neta establecida por él entre la filosofía y la teología. No veían que su obra propia consistía en apartar a Aristóteles de las falsas interpretaciones de los árabes, y de una manera especial de la de Averroes; y trataban de envolver en la condenación del averroísmo al gran destructor de los errores averroístas.

El obispo de París, Esteban Tempier, asistía al debate en el cual ciertas tesis del Doctor Angélico, en particular su tesis de la unidad de la forma sustancial, según la cual el alma espiritual del hombre es también el principio de su vida física, fueron atacadas como contrarias a la fe.

Encargado por el Papa Juan XXI de proceder a una información sobre la enseñanza de la Universidad de París, promulgó Esteban Tempier, en 7 de marzo de 1277 la condenación de 219 tesis averroístas, condenación cuya importancia histórica es considerable y en la cual se englobaban nueve tesis enseñadas por Santo Tomás. (Y es precisamente el 7 de marzo cuando la Iglesia celebra la fiesta de Santo Tomás de Aquino...) El 18 de marzo de 1277 el arzobispo dominico Roberto Kilwardby hizo condenar por los maestros de Oxford a una serie de tesis específicamente tomistas (pasividad de la materia, unidad de la forma substancial en el compuesto humano, etc.).

mas lágrimas, cuando, moribundo, ya va a recibir a Cristo en la última comunión, estalla su amor a la Eucaristía:

"Te recibo yo precio de mi salvación. Te recibo compañero de mi vida sobre la tierra. A Ti por cuyo amor he estudiado, velado y trabajado. A Ti, predicado y enseñado por mí."

⁂

¿Cómo el Santo capaz de tal "Confesión" no había de ser para siempre el modelo más puro de todo filósofo cristiano y de todo amante de la verdad?

Capítulo II

ALGUNAS CONQUISTAS DEL MENDIGO INGRATO

Jorge Rouault

No pasamos más que un año en la calle de los Feuillantines. Para acercarnos al padre Clérissac, y también para defender mejor nuestra soledad, nos instalamos en Versalles, en la calle de la Orangerie, en octubre de 1909. Allí tuvimos pronto como vecinas dos familias amigas de los Bloy, la de los Martineau, y la de los Rouault.

Renato Martineau, Ana su mujer y más tarde su hijo Andrés, su cuñada Isabel Joly así como Magdalena, y la hermana de Martineau, fueron amigos fieles y admiradores sin reserva de los Bloy. Renato Martineau rindió un hermoso homenaje a León Bloy en *Un viviente y dos muertos*. Fué exactamente el día 31 de marzo de 1901 cuando León Bloy recibió la primera carta de Martineau. Parecía responder a una orden en lo invisible, proferida por León Bloy cansado de su miseria. He aquí como se refiere esto en su diario[1]:

"29 de marzo. — Ofrecido particularmente a la Madre de Dios, le pido con fuerza que depare un cristiano que nos saque de apuros. Después mando a este desconocido, por la fe que Dios me ha dado y las promesas del Evangelio, que se muestre y obre...

---

[1] Léon Bloy, *Cuatro años de cautiverio en Cochons-sur-Marne*, Mercurio de Francia, Paris.

"31 de marzo. — Ramos. Carta de un turonense llamado Renato Martineau. ¿Será éste el desconocido a quien llamaba yo anteayer? Este pensamiento me traspasa..."

***

Durante nuestra permanencia y la suya en Versalles tuvimos con los Martineau relaciones de buena vecindad, sin intimidad; y no sé yo por qué, más tarde, cuando abandonaron Versalles, decidieron estar enojados con nosotros.

En cuanto a Rouault, a quien encontramos en París en casa de los Bloy cuatro años antes [1], solamente en Versalles pudimos conocerlo verdaderamente. Él también nos había precedido cerca de los Bloy. Creo yo que su nombre aparece por primera vez en el diario de León Bloy en marzo de 1904. El 16 de marzo escribe Bloy en *Cuatro Años de Cautiverio:*

"Me entero de que el pintor Jorge Rouault, alumno de Gustavo Moreau, es apasionado por mí. Habiendo encontrado en casa de su maestro *La Mujer Pobre,* enviada antes con las siguientes palabras: "A Gustavo Moreau, para vengarlo del señor Folantin", ese libro le tocó el corazón, herido incurablemente..."

El 24 de marzo añade Bloy:

"Jorge Rouault ha embarcado, no para Citerea, sino para mi isla desierta y sombría, a su amigo y camarada, Jorge Desvallieres, otro alumno de Gustavo Moreau... Debo yo esos dos corazones a Augusto Marguillier, el amable secretario de la Gaceta de las Bellas Artes, el cual me fué siempre tan favorable, a pesar de los inconvenientes de mi ingratitud..."

Desde sus primeras visitas, con aquella circunspección y vacilación que no disimulaban su seguridad de tener razón, pero que revelaban la fiera delicadeza de sus sentimientos con respecto a su arte, dudando de la respuesta

[1] Cf. *Las Grandes Amistades,* páginas 400 y siguientes.

que encontraría en nosotros, Jorge Rouault comenzó, sin embargo, a mostrarnos sus álbumes de dibujos satíricos que son, a su manera, una "Exégesis de los Lugares Comunes", penetrados de la misma ironía formidable que se encuentra en Léon Bloy. Nos agradeció que no nos riésemos jamás de aquellas caricaturas gigantescas y que comprendiésemos el fondo de exigencias morales y sensibilidad dolorosa, de donde procedían aquellas supuestas caricaturas. Se veía allí por ejemplo una terrible "buena señora" confortablemente acomodada en una butaca y la leyenda decía: "¡Yo iré derecha al cielo!" Estas palabras, tal vez las había oído Rouault en una de aquellas grandes comidas de familia, donde llegó a desvanecerse de indignación. Rouault, comprendiendo la sinceridad profunda de nuestro entusiasmo y emoción, nos dió su confianza, y pudimos de esa manera admirar muchos dibujos y pinturas suyos antes de que apareciesen en las exposiciones.

Conscientes de la grandeza de aquel artista, respetuosos con sus secretos, nunca nos propasamos a pedirle que nos mostrara lo que estaba haciendo. Nuestra conducta le disponía a mayor confianza. Vimos más tarde qué horror le producían los indiscretos. Un día, cuando volvíamos juntos de Bourg-la-Reine, donde León Bloy habitaba desde que dejó Montmartre y la calle de la Barre, Ricardo Viñes estaba con nosotros. Con sincero interés, o tal vez solamente por lo que se toma en general como una cortesía respecto a los artistas, Viñes preguntó a Rouault si podría visitar su estudio. Rouault lanzó un gruñido que debía ser una vaga respuesta, frunció el entrecejo, y desde aquel día detestó cordialmente al pobre músico, a quien, naturalmente, nunca mostró su estudio.

No tengo demasiada afición a las anécdotas, pero quiero, sin embargo, citar otro rasgo que demuestra el humor fiero de Rouault: consiguió, aunque parezca increíble, ocultar su direccion durante decenas de años a todos sus conocidos, con muy raras excepciones. Siempre daba la dirección del Museo Gustavo Moreau. Pero yo dudo que, fuera de nos-

otros, de Andrés Suares y dos o tres personas más, haya conocido nadie los lugares que habitó con su familia, bien en Versalles o en París. Nosotros le prometimos guardar siempre el secreto y cumplimos religiosamente nuestra promesa. El mismo Ambrosio Vollard, en cuya casa tuvo Rouault más tarde un estudio, ignoró durante largo tiempo la dirección personal del pintor.

Cuando vino a vivir a Versalles, hacia 1909 ó 1910, tenía Rouault unos cuarenta años, porque nació en París, según aseguraba, en 1871, en una "bodega", cuando los prusianos bombardeaban la capital.

En el camino del refinamiento en que entró algunos años después de la muerte de su maestro Gustavo Moreau y en el cual perseveraba heroicamente, vivía entonces la fase más dolorosa de su vida. Sus pinturas negras, atroces, extrañaban y desconcertaban a sus primeros amigos, a sus compañeros de la Escuela. León Bloy se lo reprochaba como un error. Desconocido entonces por los negociantes de cuadros, estimado solamente por algunos raros aficionados y por un pequeño número de críticos clarividentes, aunque alarmados también por la línea en que avanzaba y a la que se había aferrado desde 1903, pintaba cuando nosotros lo conocimos, jueces, muchachas, arpías, y payasos, en los cuadros sombríos y suntuosos, paisajes de miseria en otros de colores transparentes, y Cristos cuyo rostro y cuerpo prodigiosamente deformado expresaban el paroxismo de la Pasión divina y crueldad humana.

Así manifestaba su horror a la fealdad moral, el odio a la mediocridad burguesa, el vehemente deseo de justicia, la piedad por los pobres y en fin la fe viva y profunda, tanto como la propia necesidad de verdad absoluta en el arte.

Aquella enorme caricatura humana que buscaba sus vías de expresión hubiera hecho ceder una "virtud de arte" arraigada menos sólidamente. Pero no hizo más que engrandecer al mismo artista, en Rouault. Aquella masa espiritual, lejos de hacerle desviarse, ha pesado en el sentido de la más absoluta exigencia de ser vivamente expresada en una

obra, es decir, según la exigencia más absoluta del arte. Y es así como Rouault, fiel a su alma, a su Dios y a su arte, había de tornarse el más grande pintor religioso de nuestro tiempo, uno de los más grandes pintores de todos los tiempos. "En la búsqueda espontánea de una fórmula sintética al unísono con la conciencia religiosa —dice Lionello Venturi en el magnífico estudio que ha consagrado a la gloria de Rouault [1]—, Rouault ha remontado el curso de los siglos hasta el momento en que toda imagen de la tierra es función de Dios." Este momento es el del arte románico, con el cual llegó el de Rouault a una conformidad no buscada, no imitada, pero necesaria por la identidad misma de la inspiración.

Esta conformidad se torna evidente en las obras de los diez o doce últimos años. Durante los años más lejanos en que le conocimos en Versalles, Rouault se encontraba solamente en el camino. Apenas salía, entonces, de la fase muy sombría que había alcanzado su punto más intenso hacia 1906. Comenzaba a tratar de una manera más desembarazada, más universal y serena, los mismos motivos que entre los años 1903 y 1910 habían provocado su piedad vengadora. Y hasta la gracia femenina surgía de sus dedos en rasgos elegantes. Elegancia noble y grave sin ningún adorno, no hay para qué decirlo.

Rouault fué desde entonces para nosotros la revelación del arte contemporáneo; de él en efecto fuimos a Cézanne, con quien tiene una real filiación, aunque con originalidad absoluta; de él también a las "fieras" con quien han podido compararle por ciertos principios muy generales solamente,

---

[1] Lionello Venturi Georges Rouault, New York, E. Weyhe. — ¿Por qué se da el caso de que en este hermoso libro, tan comprensivo del arte y del carácter de Rouault, León Bloy, el gran amigo del pintor, sea objeto de un juicio que no llega a ser completamente justo? El señor Venturi reconoce la sinceridad y profundidad de sus sentimientos religiosos, pero incurre en el error, tantas veces cometido de no ver en él más que el polemista, y de desconocer la grandeza del escritor.

porque su arte tiene otra inspiración, otra forma, otro colorido, distinto del de un Matisse o un Derain.

Pero Rouault fué para nosotros sobre todo la primera revelación del verdadero y gran artista. En él, advertimos, en concreto, primeramente la naturaleza del arte, sus imperiosas necesidades, sus antinomias y el conflicto de deberes muy real, y a veces trágico, de que puede ser teatro el espíritu de un artista.

Respecto al particular un León Bloy —cuyo encuentro tuvo para Rouault importancia espiritual considerable, aun cuando Bloy nada comprendiese de la evolución artística de su amigo [1]— un Léon Bloy no es más que un caso de excepción. En primer lugar porque, viviendo en una época en que el arte se renovaba en todos sus dominios, permanecía, por muy escritor de genio que fuese, ligado con todas sus fibras al arte de una época acabada. Después a tal título, habiendo satisfecho por su parte las exigencias de su arte, había por decirlo así exorcizado, había sabido encontrar siempre en el modo de su vida contemplativa una armonía trascendental que resolvía las antinomias, una salida hacia lo alto, fuera del modo trágico, en el campo místico y religioso al que por gracia tenía acceso sin perder nada de sus privilegios y virtudes de artista. Había escapado a la maldición, y presentaba de otra manera sus problemas.

Para Rouault el asunto era diferente. Llevaba en sí la madera y destino de uno de los grandes renovadores del arte. Por consecuencia tuvo que vivir en sí mismo, de grado

---

[1] Léon Bloy le dedicó el primer capítulo de *Domadores y Porqueros*, consagrado a los "Cantos de Maldoror" de los cuales había hablado ya en el *Desesperado* en 1887. Fué uno de los primeros que comprendieron la importancia de Lautréamont. En un estilo y colorido sombrío de inaudita riqueza, y que hace pensar en el color complejo y rutilante de los mejores cuadros de Rouault, León Bloy expresa su admiración aterrorizada por aquellos "cantos" que denomina la Buena Nueva de la Damnación. La dedicatoria de aquel capítulo a Rouault, ¿no significa que Bloy veía una sorprendente semejanza entre la inspiración del pintor y la de los Cantos de Maldoror?

o por fuerza, la separación de las formas corrientes de belleza, tuvo que abandonar la herencia adquirida, renunciar al éxito fácil, alejarse de los caminos trillados, establecer sus propias reglas y trazar sus propios senderos hacia un fin presentido, pero envuelto todavía en la obscuridad del porvenir. Jamás precipitó la marcha. Su paciencia en lo referente al arte (la única de que era capaz) es una de sus grandes virtudes.

Hasta cierto punto fuimos nosotros testigos de aquella lucha, de aquel esfuerzo hacia una forma nueva y hacia "un orden interior" (esas palabras afluían sin cesar a los labios de Rouault), esfuerzo querido, tendencia irreprimible, hacia una forma de arte personal, adecuada a su más profunda necesidad, la única verdadera y auténtica para él.

Rouault seguía, pues, semiinconscientemente su recto instinto; y, sin saberlo, proponía al joven filósofo, su admirador apasionado y testigo elegido de tan rara manifestación de renovación en el arte — proponía sin sospecharlo, en su persona, todos los grandes problemas que conciernen al arte y a sus exigencias; éstas se nos aparecieron desde entonces como análogas a las de la perfección del corazón, análogas y no idénticas, opuestas, en conflicto con ellas; sin que el hábito artístico tuviese otra preocupación ni cuidado, en cuanto a la propulsión y fin que la visión interior y la realización exterior de un objeto, y siendo inhumano a tal título, mientras que todo hombre está interesado en la pureza del corazón. Pero en Rouault el artista mismo estaba penetrado de las exigencias de lo absoluto, y de las postulaciones de su fe, simple y profunda como podía serlo la de los constructores de catedrales.

Esto no aminoraba la gravedad del conflicto, al contrario, porque Rouault no podía tratarlo ligeramente. En nuestras conversaciones Rouault volvía al asunto frecuentemente. Aun cuando no lo haya experimentado de la misma manera que los poetas a quienes se llama "malditos" —un Lautreamont, un Rimbaud, un Nerval, un Baudelaire, un Oscar Wilde— ha sufrido realmente, sin embargo, desga-

rrado como estaba, en particular, por el conflicto entre su vocación imperiosa que le conducía por los caminos de la soledad y la pobreza —¡camina, camina, pobre artista, camina!— y sus deberes respecto a los suyos: los viejos padres, la mujer y cuatro hijos. Un sacerdote inhábil y limitado le aconsejó dedicarse a la pintura "que se vende", y ese consejo le ofendió profundamente, persistiendo durante años la herida de su conciencia. Pero el Dios del arte y de la bondad tuvo por fin piedad de aquel hombre heroicamente honrado, y le envió el éxito bajo las apariencias, en primer lugar, del enorme y genial negociante de cuadros Ambrosio Vollard. Después del éxito, llegó la prosperidad, y Rouault no tuvo que conocer más antinomias que las inherentes al arte mismo; pero éstas las resolvería sin pensar en ellas, pintando y gravitando con todo el peso de sus dones y exigencias sobre las posibilidades de la materia pictórica.

⁂

Pensando en Rouault escribió Jacques *Arte y Escolástica*, obra austera cuya primera edición apareció en 1919, y en la cual, al analizar los grandes problemas de la estética con las perspectivas filosóficas de Aristóteles y Santo Tomás, demuestra la justificación —si es que el arte la necesita— de que el arte moderno, así como también todo lo que el arte ha producido de más grande en los siglos pasados, se encuentra en los principios más firmes y elevados de la metafísica.

Tengo la esperanza de que no se me acuse de parcialidad si me detengo un momento —puesto que son también estas páginas recuerdos personales— en unas obras cuyo autor está tan próximo a mí, y cuya preparación tenía en nuestra vida el valor de una decisiva aventura del espíritu.

En *Fronteras de la Poesía*, complemento de *Arte y Escolástica*, que apareció mucho más tarde, hablando de Rouault en un estudio que le consagró (y que apareció

primeramente en 1924, en una revista), hace notar Jacques Maritain que "un filósofo podría estudiar en sí mismo la virtud del arte como en estado puro". Echando una mirada sobre el camino inmenso recorrido por el pintor desde los años de Versalles, recuerda que en todos sus trabajos ha buscado su propio acuerdo interior en el universo de la forma y el color. "Se ha encontrado a sí mismo, pero aquél es un camino que es preciso recorrer completamente solo."

"Por mucha pasión que sintiese por su arte, Rouault jamás sintió la impaciencia de triunfar ante el público... ni de realizar todas las virtualidades que necesitaba llevar a su punto de unidad. Nunca violentó sus dones. Dejó que la savia subiese, y madurase el fruto... Siempre se sintió reclamado por cierto orden espiritual" —su "orden interior"— "ligado a una medida exquisita, a los matices furtivos, que se trata de captar en el interior. Trabajó en lo real e hizo brotar para nosotros cierto esplendor que nadie había de tal manera descubierto; aquellas muchachas y aquellos payasos, aquellos carros monstruosos y miserables, captados en la preciosa transparencia de la más compleja materia, son la herida del Pecado, la tristeza de la naturaleza decaída, penetrada por una mirada sin connivencia y un arte que no se pliega. Por eso aquel arte patético tiene significación profundamente religiosa. Porque la calidad de una obra no depende de su asunto, sino de su espíritu. Por eso desde 1892 trató Rouault asuntos religiosos. Y así continuó desde entonces. Su paso a través del mundo de los abismos humanos no debe hacer olvidar aquella orientación esencial de su corazón", —(por el contrario explica su visión personal de tan trágica realidad)— no debe hacer olvidar "aquel movimiento profundo hacia la calma y la claridad. Su obra religiosa, lo mismo que sus admirables paisajes — y toda la gran producción acumulada en treinta años de labor ininterrumpida... reserva muchas sorpresas, aun a quienes siguen sus trabajos hace largo tiempo".

*
* *

En Versalles, durante años, Rouault comió en nuestra mesa casi todas las semanas. Le recibíamos a él solo, a fin de darle oportunidad de hablar abundantemente, como lo necesitaba. Desde que entraba, cuanto era objeto de su preocupación brotaba en discursos tan sabrosos como desordenados. Porque no se cuidaba de preliminares ni explicaciones, y era completamente inútil el pedírselo, pues la cosa no tenía arreglo; era preferible escuchar hasta el fin; entonces se podía, retrospectivamente, restablecer el orden de los hechos, que había contado con la mirada fija en la lejanía, aquella mirada clara y fría, y como dotada de infalible precisión.

Su gran preocupación fué durante mucho tiempo el Museo Gustavo Moreau, del cual, desde 1898, era conservador; sus deberes respecto al legado santo de su Maestro. Respecto a todos los que, en cualquier grado, aparecieran mezclados a la vida e intereses del Museo, desde el administrador, señor Rupp, hasta el conserje, Rouault era inagotable; sus impaciencias, sus reivindicaciones eran infinitas, y tenía el don de hacer pintoresca la cosa más insignificante de que hablaba. Repetir lo que decía hubiera sido vana tentativa. Aquellas anécdotas incontables eran un género muy rico, pero ¡ay! perecedero.

Después de las jornadas invertidas en un trabajo encarnizado, secreto, del cual nadie pudo nunca ser testigo, y en la solución de problemas difíciles de su arte y su vida material, llegaba exasperado y comenzaba por soltar todo lo que le había abrumado o solamente molestado. Sin embargo, se calmaba poco a poco, pasaba a un estilo más claro, recuperaba la ironía y la risa, se ponía a contar historias divertidas —jamás groseras—, pues aborrecía la trivialidad; poseía en alto grado la delicadeza y el pudor del verdadero hombre del pueblo y del verdadero artesano que nunca dejó de ser.

Con frecuencia, en aquel tiempo. sacaba del bolsillo papeles ilegibles donde sólo él podía descifrar el último poema que acababa de escribir, o un poema más viejo que quería mostrarnos, según el humor del día. Tal vez se sepa que aquel gran pintor escribió también un número incalculable de versos. Su imaginación siempre en actividad, sus vivos sentimientos de piedad y oposición y su sentido satírico tenían necesidad de aquel modo de expresión. Es cierto que no escribió sonetos, pues se limitaba a una forma regular de versificación. Las rimas y las asonancias venían al buen tuntún; usaba ampliamente las libertades de la poesía moderna y algunas otras, de que tenía necesidad. Suprimía, por ejemplo, casi todos los artículos. El estilo de los poemas que conocemos es el de la canción popular, o como el de un Villón un poco relajado.

Rouault vaciló siempre en publicarlos. Sentía pudor de hacerlo, pues no se consideraba maestro en la técnica de la poesia como lo era en la de la pintura. Una vez, sin embargo, hizo imprimir a su costa una voluminosa colección de canciones. Él mismo nos las mostró pero bien pronto cambió de parecer, y por su orden fué destruída toda la edición. Por lo menos eso es lo que nos dijo pensaba hacer. Lo cierto es que no apareció en librería. Algunos raros poemas solamente fueron en diversas ocasiones publicados.

Pedro y Cristina

En aquella misma época recibimos de Dios, y por manos de nuestro padrino, un presente infinitamente dulce y precioso: dos seres maravillosamente dignos de ser amados se nos dieron como hermano y hermana, según las más profundas aspiraciones de nuestro corazón.

Algunos años mayores que nosotros, Pedro van der Meer de Walcheren y su mujer Cristina —él holandés de familia protestante, ella belga de familia católica; él escritor, ella pintora—, después de una evolución singularmente pareci-

da a la nuestra, vinieron como nosotros, por no encontrar nada que les satisficiera, a llamar a la puerta del "Mendigo Ingrato". Como nosotros fueron socorridos y colmados en su esperanza, y como nosotros, llegaron a la Iglesia, depositaria de la divina paz. Nuestro padrino fué también el suyo, y el 24 de febrero de 1911, fiesta del apóstol San Matías, Pedro y su hijo de siete años fueron bautizados en la Iglesia de Saint-Médard; Cristina se reunió con ellos en la fe recobrada de su infancia.

Pedro ha descrito en el *Diario de un Convertido* [1], referente a cuatro años de su vida —de noviembre de 1907 a junio de 1911— su evolución espiritual, desde los días de búsqueda angustiosa hasta los primeros años de su vida cristiana.

"Entonces cuando notaba desde hacía varios años, dice en la Introducción escrita en 1913, lo que me producía alegría o dolor, todo aquello hacia lo cual tendía mi espíritu lleno de angustia o de esperanza o torturado por una horrible desesperación, trastornado por el espectáculo trágico de la humanidad y el de mi propia alma, escribía sin advertirlo la historia de mi incansable aspiración hacia la Verdad... Miraba con avidez la vida, quería estrecharla completamente, con todos sus contrastes; pensaba que me elevaba sobre ella, y podría de esa manera dominarla como un rey, forjándome, con mi voluntad, un sistema de resignación irónica... Pero no me era posible ahogar el doloroso deseo de la Verdad..."

Jacques encontró por primera vez a los van der Meer en casa de León Bloy, el día 22 de febrero de 1911, dos solamente antes del bautismo de Pedro y de su hijo, al que asistió y del que volvió muy emocionado, sorprendido sobre todo por la actitud tan regocijada, tan consciente y tan

---

[1] Traducido del holandés por el autor. Introducción de Léon Bloy. De la edición francesa, se ha hecho otra traducción en Buenos Aires por la misma editorial Desclée, De Brouwer, en idioma español, bajo el título *Nostalgia de Dios*.

decidida del niño, el pequeño Pedro León, predestinado a una vida de excepcional perfección.

Vinieron, un poco más tarde, a nuestra casa de Versalles. No podíamos figurarnos el hermoso porvenir reservado a nuestra naciente amistad; de aquel momento data, sin embargo, la perfecta inteligencia entre nosotros que nada ha venido nunca a turbar ni desmentir.

Yo los quise inmediatamente por su belleza. Me parecían una pareja de leyenda, un poco románticos, un tanto wagnerianos, y habrían de tornarse cristianos de Leyenda Dorada.

Ambos son altos y esbeltos, rubios, de ojos azules; Cristina tiene abundante cabellera de reflejos rojos, y el cutis claro y caliente de los flamencos. Pedro es de rostro noble y tranquilo, con la expresión irónica y flemática a la vez de los holandeses.

En 1911 tiene Pedro treinta y dos años. Acaba de vivir con su mujer cuatro años de ardiente inquietud en la busca de una verdad presentida y deseada antes de ser conocida; buscaba, pudo decir Pedro, en cada latido de su corazón.

Muy enamorados el uno del otro, ni el amor ni la felicidad, los han vuelto sordos a los agudos problemas del conocimiento; no les han cegado respecto a su ignorancia de las verdades esenciales; no han ahogado la aspiración de sus almas a una plenitud de orden extraño a la fragilidad de la vida, y no han colmado su soledad. "Un hombre sin Dios está amargamente solo", piensa Pedro, y se admira al no oír, lanzado por cada uno de los que encuentra "el grito sordo de la desesperación que busca".

Persiguiendo su empeño a través de la experiencia de la vida y la obra de los hombres, Pedro y Cristina pasaron una larga temporada en Italia. Descubrieron allí la potencia de la inspiración religiosa en el arte de los Primitivos; y su alegría de artistas quedó impregnada desde entonces de cierto presentimiento de la fe. Pero nada de decisivo se produjo en ellos, y después de tantos días de vibrante entu-

siasmo volvieron desilusionados a su nórtica morada: según su propia confesión no era aquello lo que esperaban.

Pero otra influencia, más profunda y misteriosa que la del arte, obraba desde tiempos atrás, al parecer, sobre ellos, y aumentaba aquella especie de fructuosa inquietud que conduce generalmente a la paz estable y sin decepción. Hacía ya varios años que leían a León Bloy y sentían gran admiración por su obra. Tan grande que nos resistimos a creer fuera motivada solamente por el estilo del escritor. Por lo demás, Pedro, al encontrarse ante los hombres de letras que trataban habitualmente a León Bloy de fanático y de loco, al mismo tiempo que afirmaba no ver en Bloy "sino el gran artista que tiene algo que decir, y que lo dice magníficamente", añadía: "A veces me parece más que un gran poeta, cuando presenta ante nosotros, como si fueran relámpagos, extrañas bellezas del mundo espiritual... Desprendese de sus palabras, en ocasiones hasta para mí, una luz extraña sobre los misterios de la vida y de la muerte... León Bloy tiene Fe..."

Veo yo también la influencia de León Bloy en el hecho de que los van der Meer, se cuentan entre las pocas personas que leían entonces a Ana Catalina Emmerich, a Santa Ángela de Foligno, a Santa Teresa de Ávila, así como también la Vulgata, y hasta "el Año Litúrgico" de Dom Guéranger, lectura reservada al parecer solamente a los católicos.

Pedro hizo su primera visita a Bloy en diciembre de 1909. Bloy no tomó nota de ella en su diario, pero Pedro escribe: "Para mí que le conocía tan bien por sus libros, fué aquella una gran alegría... Como lo había pensado, no sentí en su casa ningún desabrimiento, ninguna amargura. Su espíritu es humilde y de infinita ternura, de infinito amor..." Comienzan entonces Pedro y Cristina a frecuentar la capilla de las benedictinas de la calle Monsieur. Y por la liturgia llegan a conocer la actitud de la Iglesia respecto a los Misterios que por su función ha de celebrar, iluminar y guardar. Vuelven después a Uccle, Bélgica, donde viven hace siete años. Pero París les atrae de nuevo, más que

nunca; hacen el propósito de establecerse allí. En noviembre de 1910 se instalan en París, y ahora para largo tiempo...

Pedro no tarda en escribir a Bloy, y con fecha 5 de diciembre de 1910, León Bloy anota en *El Peregrino de lo Absoluto,* uno de sus "diarios":

"Carta de Pedro van der Meer de Walcheren, este holandés amable, escritor célebre en su país, que vino a verme el año pasado. Pide permiso para venir, y se lo concedo espontáneamente y con alegría." Después, con fecha 11 de diciembre, dice así:

"Acontecimiento inmenso. Pedro van der Meer me pide un sacerdote para instruirle. Es católico de deseo y querría convertirse pronto en católico de hecho..."

Conoce entonces Pedro horas de obscuridad y de duda, pero pronto adquiere la certidumbre y el bautismo queda decidido. Mas una enfermedad de su hijo obliga a los van der Meer a retrasar la fecha. Se celebra por fin, y Bloy escribe de nuevo en *El Peregrino de lo Absoluto:*

"San Matías. Bautismo de los van der Meer en Saint-Médard, parroquia actual de nuestros ahijados... El padre ha recibido los nombres de Pedro Matías y el hijo los de Pedro León, patronatos ofrecidos por mí, y helos ya cristianos luminosos. Paréceme que me vuelvo ciego de alegría. No sé qué tiempo hace. Es como si lloviese oro y perfumes. ¿Soy acaso yo alguien del cielo para haber podido dar esas almas a Dios, esos caros amigos, esas almas queridas que intercederán por mí contra todos los perros del infierno, a la hora de mi agonía?"

Los seis últimos años de la vida de León Bloy están llenos de estas caras amistades. El número de aquellos a quienes los libros de Bloy conducen a Dios aumenta sin cesar — y no ha dejado de creer después de su muerte— y su corazón doloroso recibe con ello un acrecentamiento de paz.

Tuvo gran deseo de que una amistad fraternal nos uniese a los van der Meer, y ese deseo se cumplió sin trabajo. En aquella época de nuestra vida a nadie tratábamos tanto como

a ellos, y todo lo que con ellos se relacionaba, alegría o pena, nos alcanzaba también profundamente.

Aquellos seres de naturaleza tan rica y tan bella, continuaron, en la paz del alma, tan sensibles como lo habían sido en la inquietud; son más que nunca capaces de entusiasmo y amor. Siéntese Pedro dichoso en el trabajo, y crece su influencia en su país, sobre todo cerca de los jóvenes artistas. Habitan en París. En el verano nos suceden en una casa que descubrimos varios años antes de conocerles, en la encantadora aldea de Bures, Seine-et-Oise, cerca de Orsay: A veces pasamos allí reunidos las vacaciones. Allí nació Juan Francisco, el 17 de diciembre de 1915. Allí, una mañana, al volver de misa con Jacques, le declaró el pequeño Pedro León, que una voz interior acaba de decirle que será benedictino. Le encarga la transmisión del mensaje a sus padres. Pedro León tiene nueve años, pero su seguridad no es pueril. Tranquilizado por la respuesta de su padre que le deja completamente en libertad, el niño vive feliz, estudia y se divierte con todo entusiasmo, pero no deja de pensar en su vocación. A la edad de quince años quiere entrar en el convento de benedictinos de Oosterhout, en Holanda, del que es Abad un monje francés de la Abadía de Solesmes. Dicho padre Abad Dom Juan de Puniet, juzgándole demasiado joven, quiere probarlo, y le pide pase dos o tres años en un colegio de Luxemburgo, donde podrá terminar el ciclo de estudios secundarios. Pedro León acepta, y sale victorioso de aquella prueba. Nos preguntábamos cómo aquel niño que no podía estar separado de su madre un solo día, podría vivir alejado de ella. Pero su paz fué perfecta desde el principio; vivía tan feliz y alegre, sintiendo llegar a él la vida religiosa, que le encargaban de los chicos del colegio que tenían necesidad de ser animados y reconfortados. Del colegio pasó al convento, donde había de morir en olor de santidad a la edad de treinta años, víctima de una gripe infecciosa que se lo llevó en tres días.

El dolor de Pedro y Cristina fué trágico, dentro de una perfecta resignación. Demasiado perfecta, y demasiado maravillosamente rápida, aquella resignación les destrozaba.

Habían tenido tres hijos, y se encontraban solos. El pequeño Juan Francisco, una criatura de tres años adorada por todos nosotros, se les fué víctima de una rápida y terrible enfermedad. La llaga de su corazón era incurable, pero entonces, y después de la marcha al convento de Pedro León, les quedaba su hija Ana María. Se había convertido en una muchacha exquisita, muy inteligente, con gran disposición para la pintura y la música, inclinada por instinto a las formas modernas de dichas artes, como si se tratase de algo innato. Pero también ella sintió vocación irresistible, y cuando murió su hermano León, hacía ya dos años que era religiosa en el monasterio de benedictinas de Oosterhout.

Pedro y Cristina aceptaron generosamente el sacrificio; sus dos hijos dados a San Benito eran felices, sus almas, puras y fuertes, que nunca conocieron turbación de ninguna clase, se abrían al clima de la contemplación y de la disciplina, y daban naturalmente frutos de gracia y prudencia. Dos o tres veces por año Pedro y Cristina iban a pasar algunos días, raramente algunas semanas, en la vecindad de los conventos de Oosterhout. A su regreso los veíamos cada vez más valerosos y más fuertes, y como resplandecientes de la dulce y humilde gloria de sus hijos. Aun llevando en su corazón la inevitable herida de tal separación, vivían en la paz del sacrificio consentido, con el sentimiento de que todo lo habían dado y de que Dios nada más podía pedirles. Pero el amor de Dios es insaciable ¡ah! ciertamente, "no nos ha amado en broma!" —He aquí que se lleve definitivamente de este mundo al joven monje llegado tan pronto a la perfección.

Cuando, golpe tras golpe, recibieron nuestros amigos el anuncio de la enfermedad, agonía y muerte de su hijo, Jacques no estaba allí para ayudarles a llevar tan pesada cruz, — Jacques estaba en América. ¡Cuánto lo necesitaron aquel día! Vera y yo recibimos aterradas las llamadas

telefónicas que llegaban de Issy-les-Moulineaux donde los van der Meer habitaban entonces. Corrimos a su casa, para encontrarlos como dos grandes Pobres, despojados esta vez de todo. ¿De dónde sacarían la fuerza para estar de pie? Abrazaron de todo corazón la ley del dolor. Aquellos dos seres nobles y altivos no disputaban con Dios. Una brava resolución nació entonces en ellos y les inclinó a vencerle en generosidad, a cogerle la palabra a Aquél que dijo: "Si alguien te pide la capa, dale también la túnica."

*
**

Cuando volvieron de los funerales de su hijo habían resuelto ya dar a Dios la túnica y la piel, y el corazón de su vida, al romper —si no su verdaderamente indisoluble amor—, por lo menos la vida común, la feliz vida de perfecta plenitud y belleza. Concibieron la locura de entrar cada uno en un monasterio hasta agonizar en la muerte producida por el martirio de su separación. Era aquel un desafío a Dios, y Dios lo aceptó.

El padre Abad de la Abadía de Oosterhout a quien manifestaron su designio, les hizo esperar un año. Pasado el año, y continuando firmes en su resolución, la realizaron. Pedro condujo a su mujer al convento de Santa Cecilia de Solesmes, y salió él después para Oosterhout.

Su heroísmo no nos causó extrañeza, pero aquella resolución no nos pareció prudente. Pensamos que si el padre Abad hubiera conocido como la conocíamos nosotros la santidad y belleza de su unión, nunca hubiera autorizado la separación. Tampoco podía darse cuenta del bien que se producía alrededor de ellos, del precio de tal presencia resplandeciente y tranquila entre las tinieblas turbadoras del mundo. Y además, su felicidad de tan rara calidad nos parecía en sí misma algo sagrado sobre lo cual no debía ponerse la mano.

Pero Dios aceptó el reto y durante año y medio vivieron separados y torturados en su alma, sin demandar gracia.

Fué solamente al aproximarse la fecha de sus votos, cuando el padre Abad, antes de concederles la autorización definitiva, quiso, por última vez, darse cuenta de la realidad de aquellas vocaciones. Dióle Cristina a leer las cartas que había recibido de Pedro durante todo aquel tiempo, con autorización de sus respectivos superiores. Después de leerlas, conoció realmente lo que era su amor, y les dijo que volviesen en paz al mundo.

Volvieron a encontrarse en nuestra casa, en Meudon. Pedro venía de Holanda, y Cristina de Solesmes. Llegaba ella sin su magnífica cabellera, envejecida y enflaquecida, pero tan humilde y conmovedora en su fragilidad que era imposible mirarla sin llorar. Pedro, físicamente, había soportado mejor la terrible prueba, pero a costa de una exaltación nerviosa.

Volvieron a la vida común con la mayor simplicidad. En algunas semanas recobró Cristina su juventud y Pedro su calma holandesa. Se instalaron en nuestra vecindad, en Bellevue. Cristina tuvo de nuevo un jardín para cultivar, y bordados para preparar y realizar. Pedro recobró, en París, la dirección de la casa editorial Desclée, De Brouwer, donde Estanislao Fumet lo había reemplazado. De nuestros queridos Estanislao y Aniouta Fumet espero poder hablar más tarde; decir la amistad que nos unió, su papel en el renacimiento católico de Francia, el trabajo llevado en común por Estanislao y Jacques; recordar la obra de Estanislao en el Semanario *Temps Présent,* y sobre todo desde los días tenebrosos de 1940. Sabemos con qué firmeza y grandeza de alma ha sufrido y luchado por la causa sagrada —francesa y cristiana— de la resistencia. Pero todo ello está muy alejado de la época a que se refiere el presente libro . . .

Todos los antiguos colaboradores de Pedro le vieron volver con alegría. Jacques le dió para editar varios de sus libros y continuó dirigiendo con él la colección "Les Iles" que sucedió a la del "Roseau D'Or". Estuvimos nuevamente

de acuerdo en todas las cosas, y, juntos y con la misma angustia, vimos llegar la nueva guerra, que nos separó, en 1939, teniendo que volver a Holanda los van der Meer. Pedro ha publicado recientemente los volúmenes segundo y tercero del diario de su vida.

Capítulo III

LOS CONFLICTOS RELIGIOSOS DE PÉGUY

"He vuelto a encontrar la fe, soy católico"

Del tiempo de nuestra instalación definitiva en Francia datan estas conversaciones con Péguy que tuvieron casi como único tema su retorno a la fe, las exigencias de la Iglesia, las dificultades y resistencias de Péguy. En este diálogo tomaron también parte, un poco más tarde, Juana —la hermana de Jacques—, Dom Bailler con sus cartas, y Ernesto Psichari. Ninguno de nosotros llegó a justificar la posición reticente de Péguy. Nos tenía éste acostumbrados a actos claros que no daban lugar al equívoco, y no volvíamos a encontrarlo. Estábamos persuadidos de la sinceridad y profundidad de su fe, e íbamos de decepción en decepción. Ni los actos ni tampoco a veces la actitud intelectual de Péguy nos parecía que revelaban la simplicidad de un compromiso sin rodeos, cuando esperábamos que manifestasen claramente su pertenencia a la Iglesia de que era miembro, y a la religión que profesaba. Péguy, por su parte, iba de reticencia en reticencia, de irritación en irritación, hasta que por fin nuestra conversación con él se hizo completamente imposible, antes de la tardía reconciliación fundada en la amistad, herida por todo, pero que nada había podido destruir.

Péguy decía: "Cuando se ama no se puede desamar". La madre de Jacques cita estas palabras en sus "Recuerdos

de Péguy" [1], y añade: "Durante interminables meses el alma amiga quedó desconsolada, ajada; súbitamente renacía triunfante de la prueba. Bajo el sol de la suntuosa primavera de 1914, acababa de abrirse ante él el camino de la reconciliación: mi hijo y él se volvieron a encontrar; y fué aquella una alegría que irradió sobre todos nosotros." Y dice además: "A través de todas las divergencias, de todos los silencios y separaciones, seguía Péguy estrechamente ligado con el amigo, por una invencible fidelidad."

Y nosotros que a través de todo aquello no habíamos dejado de amarle, demasiado ansiosamente tal vez, y con demasiada impaciencia, jamás perdimos la seguridad de que la fe de Péguy era real y viva a pesar de lo que su conversión podía tener de inacabada hasta el día de su partida para la guerra.

Aquel desacuerdo entre la fe infusa en el alma y los actos, y los pensamientos mismos, de un hombre que ha recibido ese don de Dios, lo veíamos allí por primera vez; después hemos vuelto a encontrarlo con frecuencia. Se precisa largo tiempo, en este caso, para que la fe sobrenatural recibida en la infancia en el bautismo y relegada después a las profundidades de lo inconsciente, se desgaje e invada poco a poco todas las facultades; o bien para que, recibida en edad adulta, llegue a restaurar los hábitos inveterados del espíritu, y cambie todo el aparato conceptual y el lenguaje especulativo constituídos ya netamente. A veces no tiene tiempo suficiente para cumplirse esa transformación. Frecuentemente, apenas comenzada, la vida toca ya a su término. Y, sin embargo, manifiéstase la fe en actos que emanan del fondo del alma, como la oración ferviente y el deseo de los sacramentos. Es más difícil por ejemplo que un gran filósofo deje transformar su filosofía que su alma, y a veces Dios juzga que eso no es necesario. Es difícil a alguien que durante toda su vida ha pensado las cosas en el lenguaje de las ciencias matemáticas y físicas, expresar

[1] Genoveva Favre, *Europa*, 15 de febrero — 15 de abril de 1938.

su fe en fórmulas teológicas exactas; y esto tampoco, sin duda, es necesario. Así ha ocurrido con Bergson, y lo mismo con nuestra amiga Catalina Pozzi.

Así ocurrió también con Péguy. Cuando volvió a la fe de su infancia, el don de Dios entraba en un organismo intelectual y físico fuertemente constituído, solidificado en todas sus partes. Tenía ya entonces, en 1907, treinta y siete años. Habia establecido sus propias disciplinas con recta intención, y con el favor del genio, y la disciplina de la Iglesia no tuvo en ello parte. Todavía en 1900 escribió: "Los trece o catorce siglos de cristianismo introducidos en mis antepasados, los once o doce años de instrucción y a veces de educación católica sincera y fielmente recibida pasaron sobre mí sin dejar huella." [1] Había aprendido todo lo que podía en adelante aprender, la pobreza, la miseria, la historia de nuestra patria, Corneille, Víctor Hugo, la filosofía de Bergson. Ya no podía penetrar el sentido profundo, ni por consecuencia la necesidad de la teología; se limitaba a chocar con sus fronteras, con sus defensas, lo mismo que le ocurría con la doctrina de Santo Tomás que juzgó imprudentemente, sin conocerla, como una compilación; jamás aproximó a ella el alma viviente, unificadora y vivificadora del saber. ¡Una compilación! Es como si se enunciase la blasfemia de que la catedral de Chartres es un "amasijo" de piedras y estilos. Pero en medio de todo esto su fe vivía, y su influencia, que no ha hecho otra cosa que crecer después de su muerte, es una influencia cristiana y católica; menos especulativamente que moralmente, cristiana y católica. Por más que se epilogue sobre su conversión, o se ponga en duda, esto es así. Péguy, que conocía el valor de las palabras, lo ha declarado él mismo: "He vuelto a encontrar la fe, soy católico". En sus últimas páginas escritas antes de la movilización *(Nota conjunta sobre Descartes)*, se describía a sí mismo, frente a la Iglesia, como

[1] Carlos Péguy, *Siempre la Gripe*. Obras completas, tomo 1°, página 165, edición Gallimard.

"un gran hijo semirrebelde, enteramente dócil y de una solidez a toda prueba".

Su cristianismo vivo y profundo, aun cuando todavía no había tomado conciencia, le dió un sentido tan justo y tan ardiente de Francia, un tal amor a su patria carnal, preservándole siempre del nacionalismo pagano de un Maurras y del cinismo político de Maquiavelo.

La delicadeza de su sentido cristiano, de su intuición cristiana de la historia y de su pasión cristiana por la justicia le hizo escrutar el misterio de Israel con tan inteligente atención, y le inspiró la lucha contra el antisemitismo y todas las iniquidades que encierra. A Daniel Halévy, uno de los compañeros de Péguy partidarios de Dreyfus, y de los primeros colaboradores de los *Cuadernos de la Quincena*, pero que, en 1907 publicó una *Apología para nuestro pasado* donde dice: "No cantemos por haber sido vencedores, porque el asunto está embrollado..." Contesta Péguy en *Nuestra Juventud:*

"Y nosotros, ¿qué decimos? Decimos que una sola injusticia, un solo crimen, una sola ilegalidad sobre todo si aparece oficialmente registrada o confirmada, una sola injuria a la justicia y al derecho, sobre todo si es universal, legal, nacional y cómodamente aceptada, un sólo crimen rompe y basta para romper todo el pacto social, una sola prevaricación, un solo deshonor basta para perder el honor, para deshonrar a todo un pueblo. "Muy pronto cesó la colaboración de Péguy y de Halévy."

De los años en que conocimos a Péguy, y que evoco aquí, he sido traída violentamente al momento actual. Varios de los actores de un gran drama, unidos por la amistad, están ahora reunidos en la vida que no declina. El primero que nos abandonó fué el Padre Baillet, a quien su precoz vocación de benedictino había separado en hora temprana de Péguy y del grupo de sus amigos del Colegio Sainte-Barbe. Después, la primera guerra mundial se llevó a Ernesto Psichari, muerto el 22 de agosto de 1914; dos semanas más

tarde, el 5 de septiembre, le tocó el turno al mismo Péguy que cayó en la batalla del Marne. El padre Clérissac, que desempeñó tan gran papel en la conversión de Psichari, murió también en 1914, el día 16 de noviembre. Por fin Genoveva Favre, la madre de Jacques, la gran amiga de Péguy, la siempre fiel, acaba de juntarse con él en el cielo a la edad de 87 años. Ahora todo se ha aclarado para ellos en lo referente a su inspiración y a la nuestra, pero en los días dolorosos de la tierra, en la luz crepuscular de esta vida, ¡cuántos tanteos para conocerse y comprenderse!

Nuestras graves desavenencias con Péguy comenzaron el mismo día en que todo debiera haber sido luz entre nosotros, el día de enero de 1907 en que, habiéndole enterado Jacques de nuestra conversión, Péguy exclamó: "¡También yo estoy en ello!" Jacques comprendió entonces que todo se resolvería para Péguy como para nosotros, de la manera más sencilla (para nosotros la única posible), por la aceptación de la doctrina y disciplina de la Iglesia. Pero no todo estaba resuelto para Péguy. Jacques había vuelto a Heidelberg con el secreto maravilloso que Péguy le pidió guardase algún tiempo, el tiempo que los suscriptores de los "Cuadernos" necesitasen para que el mismo Péguy los preparase a fin de que pudieran comprenderlo. La buena noticia se la llevó Jacques al padre Baillet, exilado con todo el convento de Solesmes en la isla de Wight, el amigo que Péguy tuvo siempre en gran veneración, desde los años del colegio de Sainte-Barbe. Allí, en aquellos días lejanos se agruparon alrededor de la personalidad dominadora ya de Carlos Péguy, los Tharaud, Porché, Baudouin, con cuya hermana se casó Péguy, y Lotte, profesor más tarde del liceo de Coutance, muerto también en la primera guerra mundial.

Lotte fué siempre el confidente más íntimo y cordial de Péguy, y sin embargo Péguy no le reveló su conversión hasta 1908. He aquí el relato de Lotte concerniente a dicha

confidencia. No teniendo otros documentos a mi disposición lo copio en el *Péguy* de Daniel Halévy [1]:

"Todos los años en septiembre, escribe Lotte, iba yo a verle. En 1908 lo encontré acostado, agotado y enfermo. Toda la enorme fatiga sostenida sin desfallecimiento durante doce años lo aplastaba por fin. Inmensas desdichas me habían castigado también a mí. Me habló de su pena, cansancio y sed de reposo... En cierto momento, se incorporó apoyándose en el codo y con los ojos llenos de lágrimas: "No te lo he dicho todo... He vuelto a encontrar la fe... Soy católico." Aquello fué de repente como una gran emoción de amor; mi corazón se fundió, y llorando con lágrimas ardientes, con la cabeza entre las manos, le dije casi a mi pesar: "¡Ah! pobre viejo, todos estamos en el mismo lugar."

"¿De dónde me venían aquellas palabras, puesto que un momento antes, era yo incrédulo todavía? ¿De qué trabajo, de qué lento, obscuro y profundo trabajo procedía aquella acción? En aquel minuto sentí yo que era cristiano."

"Eso es todo lo que supe y sin duda no hay nada más a saber", añade Daniel Halévy. Todo lo esencial está ahí, ciertamente: "He vuelto a encontrar la fe, soy católico", testimonio del mismo Péguy; hay, sin embargo, muchas cosas todavía por saber; y puesto que, en las *Addenda* de su libro sobre Péguy, Daniel Halévy lamenta la ausencia del testimonio de Jacques Maritain, y apela a él [2], diré yo aquí, tanto de parte de mi marido como de la mía, lo que sabemos de más.

Indecisiones y tormentos

"¡Ah! ¡Pobre viejo, todos estamos en el mismo lugar!" Este grito de Lotte es como una réplica de las palabras casi

---

[1] Daniel Halévy, *Péguy*, pág. 159.

[2] Daniel Halévy, *Péguy*, pág. 363.

semejantes que se le escaparon a Péguy, cuando Jacques, veinte meses antes, le comunicó nuestra conversión. — "¡Yo también estoy en ello!" Aquel grito revelador de una realidad profundamente oculta, aquella confesión arrancada por la emoción y la sorpresa, me inclino a creer que fué para Péguy como una eclosión prematura. La fe iba a vivir, iba a crecer en su alma, pero una más larga madurez interior en el secreto hubiera sin duda evitado a Péguy dolorosos conflictos. Un choque llegado de fuera produjo demasiado pronto en la luz de una conciencia retrasada sobre lo inconsciente, aquella fe de nuevo viviente, pero todavía mezclada con preocupaciones humanas. Péguy no quería que se hablase de conversión refiriéndose a él. Obedecería esto a que no conoció la ruptura producida por una iluminación repentina, o a que la obra de la gracia pedía desenvolverse en él por medio de un proceso continuo. Se necesitaba tiempo para que asimilase toda la substancia humanamente elaborada ya, cuyo precio conocía Péguy. Ésas eran las espinas de los conflictos inevitables y dificultades trágicas que iba a encontrar inmediatamente.

Después de su confidencia a Jacques, guardamos nosotros estrictamente el secreto de Péguy, lo guardó también Dom Baillet, y el mismo Péguy, puesto que los amigos como Lotte y Daniel Halévy nada sabían sobre el particular en septiembre de 1908. Esperaba siempre Péguy que sus "abonados" estuviesen preparados para comprenderle, preparados para admitir la fe de él, si no todavía a aceptarla ellos para sí mismos. Pero su fe católica, más o menos explícitamente, estuvo desde entonces presente en toda su obra.

Desde Heidelberg escribió Jacques a Péguy cartas que respiraban inquietud y deseo de crítica. Resintióse Péguy por ello y los choques comenzaron a espesarse. Pero cuando Jacques va a verle, a la "Boutique", basta con que se miren "para que aquellas tinieblas, por lo menos en cuanto al afecto que nos tenemos mutuamente, desaparezcan", escribe Jacques en su diario. Sí, "por lo menos en cuanto al

afecto". En aquel momento réstanos todavía bastante que saber de las resistencias de Péguy. El 12 de junio de 1908 Jacques hace notar sorprendido: "Péguy no ha oído misa el domingo ultimo, y parece que no quiere oírla el día de la Ascensión. ¿Qué tiene, pues?" añade ingenuamente. Nuestra ingenuidad es extrema, en efecto. Pensamos que siendo católico ha de creer en la Encarnación del Verbo, en la presencia del Verbo hecho carne en el altar donde se celebra una misa; en el infinito valor espiritual de aquella presencia, en el llamamiento que parte de ella para nosotros, en la dulzura del deber que nos invita, en la facilidad con que podemos, en general, atender aquel llamamiento de Dios y de la Iglesia, y en la gravedad, en ese caso, de la abstención que hiere el amor que Cristo nos tiene.

Ahora bien, Péguy no desautoriza su palabra; como se lo ha dicho a Jacques hace más de un año, como va de nuevo a afirmarselo a Lotte dentro de algunos meses, él es católico. Cree en la Encarnación, en la presencia eucarística de Cristo y nada, absolutamente nada de exterior le impide asistir a misa. ¿Existirá, pues, para ello un obstáculo interior? No podemos concebir su naturaleza ni admitir su validez. Péguy dijo, y a veces nosotros lo creímos, que no oía misa porque su dolor por no poder comulgar con los demás fieles era demasiado grande. Esto es conmovedor y, aunque debilidad, es una debilidad sagrada. Sin embargo, teníamos nosotros la impresión de que no era aquella toda la razón de su abstención; que sin duda encontraba la pena y desgarramiento de que hablaba, pero que se resignaba a ello en virtud de consideraciones nunca claramente declaradas, que debían, no obstante, pesar sobre su conciencia. Nos preguntábamos si el esperar el día en que su presencia pública sancionaría como una victoria, como un "honor" después de la "pena", el retorno con él de su propio rebaño, de toda la banda de los abonados y amigos —y quizás también un sentimiento de justicia humana hacia su mu-

jer [1]— no sería lo que le hacía considerar como legítimo el diferir el cumplimiento de lo que debía a Dios. Si no hubiera tenido más idea que la de esa última obligación, hubiera obrado en términos de hacer posible la comunión eucarística. Hubiera hecho bautizar a sus hijos —entonces muy jóvenes— y hubiera pedido a la Iglesia la bendición de su matrimonio. Pero, eso no lo quería. Como ya he hecho notar en el primer tomo de estas memorias, no quería imponer su voluntad a su familia, ni exponerse a una ruptura con ella, ni recurrir a la regularización secreta de su matrimonio. Esperaba, quería esperar y quería que se aceptase la espera.

Péguy, desde su retorno a la fe católica, cada vez se sentía más aislado de los suyos; "sus allegados no le seguían, escribe Genoveva Favre, toda la casa estaba dominada por la autoridad de la señora Baudouin y por la influencia de su hijo Alberto..." que, "con abnegación incansable, se consagraba a los hijos de Péguy, porque éste no podía hacerlo en absoluto", siempre fuera de casa, en la tienda o en la imprenta, o corriendo por París, abrumado como estaba por las dificultades materiales de los *Cuadernos*, ocupado en la edificación de su obra propia cuya importancia comprendía; y, al parecer, tenía también la intuición del poco tiempo que le quedaría.

En julio de 1908, después de un almuerzo con Péguy, Jacques anota rápidamente en su diario: "Péguy, en la

[1] Citemos estas líneas generosas de un teólogo: "Se presenta a veces, por qué habiendo vuelto a encontrar la fe, no practicó ni hizo bautizar a sus hijos. La razón, por paradójica que parezca, es una razón de justicia. Me explicaré. Péguy se casó cuando era socialista y revolucionario y ya no tenía fe; su mujer compartía sus ideas, y el matrimonio fué solamente civil. Ahora bien, habiéndose comprometido así, Péguy realizó una especie de contrato de respetar siempre las convicciones de su esposa, de vieja cepa revolucionaria e indiferente al catolicismo; y jamás quiso su mujer hacer regularizar su matrimonio ni bautizar a sus hijos. Y Péguy esperó a que la gracia obrase, viviendo en esperanza. "I. M. Régis, O. P. *Revista Dominicana*, Montreal, mayo de 1944, págs. 275-276.

mesa ha dejado ver su aflicción extrema. Nos ha hablado a Raissa y a mí, y nos desconsuela su pena excesiva". Está agotado por las preocupaciones, fatigado y enfermo y los suyos no le siguen en su evolución espiritual (no le seguían todavía; será preciso que muera y que aparezca su grandeza). Su mujer y la madre de su mujer rehusan el consentimiento a que los hijos sean bautizados. Éstos, demasiado jóvenes para darse cuenta del drama que se desarrolla entre sus padres, padecen, sin embargo, por la turbación de la familia dividida, a causa de la ausencia de quietud y alegría, e instintivamente se refugian junto a su madre. Llega Péguy de esa manera a sentirse extraño a los suyos, extraño en su casa. ¿Dónde podrá encontrar consuelo suficiente para su dolor? Y he aquí que nacía a su lado "una nueva amistad preciosa, armoniosa, exaltada de admiración... Era aquella la comunión perfecta". En tal prueba la lealtad de Péguy no se debilitó. "Péguy quiso asumir, por sí solo, todo el sufrimiento que nadie en su derredor suponía. Su amiga fundó un hogar de paz y de afección él quiso estar solo frente al perturbador misterio del dolor." Péguy escribía a su gran confidente Genoveva Favre: "El trabajo y la ayuda de Dios me han hecho pasar esta gran pena que os he confiado". Y añadía: "trabajo a fondo para entrar en razón. He estado un poco enfermo, pero prefiero estar un poco enfermo por el trabajo que faltar a mi vocación por un desarreglo del corazón". Péguy, sin embargo, confiesa su secreto en el emocionante poema que se transcribe a continuación:

PLEGARIA DE CONFIDENCIA

Cuando hubo que sentarse en la cruz de dos rutas
Y elegir, entre angustias amargas y pesares,
Cuando hubo que sentarse al pie de los pilares
Del templo, rematados por sus dobles volutas,

Vos sola conocisteis, confidente secreta,
Que uno de los caminos abajo conducía,
Y que otro elegiríamos, contentos, a porfía,
Como se elige el cedro para hacer una arqueta.

Y no por virtud honda pues no es grande la nuestra,
Ni por cumplir deberes que no amamos de más,
Sino cual carpintero que se arma del compás,
Por afán de meternos en la dura palestra.

Sólo por colocarnos de la angustia en el eje,
Por el sordo deseo de ser más desdichados,
Y de sufrir tormentos aun más refinados,
Y de vestir el manto que la aflicción nos teje.

Que esa vieja pericia, esa nuestra destreza,
Que ya no ha de servirnos para hurtar el dolor,
Sírvanos a lo menos para amar el honor,
Y consagrarle toda nuestra pobre terneza.

No conocíamos entonces aquel secreto, pero lo conocimos un poco más tarde. Vivíamos al día nuestra ansiedad, nuestras dudas, nuestra piedad, nuestra pena, al ver a Péguy tan intranquilo, tan reticente, tan desdichado. A distancia su amigo Dom Baillet padecía como nosotros y le daba idénticos consejos. No podía decirle otra cosa —la verdad divina no hace acepción de personas los casos particulares conciernen a una misericordia y una justicia cuyos decretos nos son incognoscibles.

*
* *

Un día nos habló Péguy de uno de sus amigos gravemente enfermo, de un voto por su curación, de una peregrinación a Chartres, la gran arma espiritual de Péguy. El problema de la comunión se posó de nuevo. "Se siente el alma de nuestro querido Péguy atormentada, desdichada, hace notar Jacques, buena y llena de amor hacia el

Santísimo Sacramento." Jacques le dice que debe apartar completamente en su espíritu el problema de la comunión, imposible entonces para él, de la consideración de otros actos que puede realizar en testimonio de su fidelidad, como la asistencia a misa y la confesión. Aquel día todavía esperábamos su asentimiento pues no había contestado que no, aun cuando tampoco había querido comprometerse contestando que sí. Péguy nunca fué a misa antes de la guerra, antes del 15 de agosto de 1914. Aquel día sin duda no existieron dificultades para él, en sí mismo. El 16, en efecto, escribió a Juana Garnier-Maritain: "Tal vez le diga a usted un día en qué parroquia oí misa el día de la Asunción. Si no vuelvo usted irá a Chartres una vez al año por mí".

En aquella misa de la Asunción tal vez comulgó. Tuvo la posibilidad de confesarse con el joven capuchino, soldado de su compañía, de quien habla con elogio en carta de 17 de agosto de 1914, añadiendo: "lo nombro capellán de mi compañía y capellán mío particular" [1].

Pero todo esto no habíamos de saberlo hasta después de la muerte de nuestro amigo; todo esto no había de madurar sino en el despojo de sus últimos días, en el entusiasmo del sacrificio total consentido.

Los cinco o seis años que precedieron a aquellos días de luz y sangre fueron años de vacilación e inquietud, en los cuales parecieron abismarse ciertos días la fe divina y la amistad humana. Pero la nave resistió la tempestad; Dios lo sostuvo todo con sus manos; y al final todo se salvó. Y de aquellos tiempos también debo yo decir lo que sé, aun cuando sea penosa para mí la evocación de tales recuerdos.

Nos encontramos en 1909. Jacques, que ha almorzado en casa de los Péguy, ha podido comprobar la amargura

[1] Citado por Victor Boudon en su obra *Con Carlos Péguy de la Lorena al Marne*, agosto-septiembre de 1914.

no disimulada de la señora Péguy. Dice que su marido está "en una crisis aguda de catolicismo". Péguy deja que corran las cosas y la amargura aumenta por ambos lados. En ciertos días Péguy parece roto y sin fuerzas, confiesa que se libra en él un combate terrible, y que se siente físicamente agotado.

Juana, la hermana de Jacques, tiene a veces discusiones muy vivas con Péguy. No acostumbra a morderse la lengua, y un día le censura "por haber querido servir a dos amos a la vez, y ser innoblemente cobarde". Nos refiere ella que Péguy, sentado en una silla, se encontraba abatido, y que al fin exclamó: "¡Sería mejor que fuese usted a contar todas esas cosas a Lozere!" "¿Quiere usted que lo haga?" preguntó Juana. "Sí", responde Péguy. "Que sea ésta nuestra última palabra."

¡Comisión difícil entre las difíciles! Jacques escribe a Dom Baillet, pidiéndole consejo. Responde éste que es preciso hablar a la familia de Péguy.

Está decidida la visita a Lozere, pero no es Juana la encargada de hacerla sino Jacques. No deja de ser una contrariedad, porque una mujer hubiera sabido salir mejor del paso, hubiera gritado con las mujeres, y todos los gritos hubieran quedado en nada; ningún resultado positivo sin duda se hubiera obtenido pero por lo menos nada grave, nada ofensivo hubiera pesado sobre la memoria de las unas y de la otra.

En lugar de aquello la visita que debió parecer indiscreta, de aquel joven que pronuncia palabras inolvidables, acepta una discusión teológica y enuncia verdades absolutas. ¡Pobre embajador generoso! No será ésta la última vez que acepte ingratas defensas de causas perdidas de antemano. Diligencias que debieron hacer (pienso en cierta visita a André Gide) aquellos que no se resignaban por falta de valor; y Jacques aceptaba la humillación de un fracaso presentido, el riesgo de ver deformar sus intenciones y sus palabras, por no desperdiciar lo que pudiera ser ocasión de reconciliación entre las almas. En aquella época teníamos,

por lo menos, la excusa de nuestra juventud e inexperiencia...

Incumbía a Péguy el arreglar por sí mismo con su mujer aquella cuestión del bautismo de sus hijos. La presencia de un extraño en la lucha cruel no podía dejar de ser ofensiva e irritante para la señora de Péguy.

Como era de esperar, pues, la conversación fué penosa, tormentosa, y de resultado nulo. Jacques no la hizo constar en su diario con fecha 22 de julio escribe solamente: "Visita a la señora Baudouin y a la señora Péguy." Pero la madre de Jacques habla del asunto en sus *Recuerdos de Péguy*.

"Una mañana apareció Péguy... en la minúscula pieza donde trabajaba yo... Sin sentarse me dijo rápidamente: «Tendría usted la gentileza de ir hoy a Lozere.» ¿Está alguno enfermo? le pregunté. «No, pero no deje usted de ir hoy.»"

¡Los daños de la visita de Jacques eran considerables!

"Me pareció que un desastre había caído sobre aquella pobre casa.

"...¿En qué estado encontré a la señora Baudouin y a la señora Péguy? En estado de desconsuelo y exasperación... ¿y contra quién? Contra mi hijo... Traté primeramente, pero en vano, de calmarlas, pero pronto me quedé consternada antes sus revelaciones.

"Jacques estuvo, en efecto, como me lo explicó más tarde, viendo a la familia Baudouin, por encargo de Péguy: quería él, quizás un poco ingenuamente, pero sin idea ninguna de hostilidad, decir a la señora Péguy y a su madre que el bautismo de los niños, acto a sus ojos sin significación, podían autorizarlo sin dificultad accediendo al deseo de Péguy.

"Entablada así la conversación, se convirtió en discusión religiosa muy viva: la señora Baudouin y su hija conservaron de ella el más amargo recuerdo, que no respondía poco ni mucho a las intenciones de mi hijo."

Péguy se quedó resentido con Jacques por la agravación

de su situación familiar. "Hubo entre Péguy y mi hijo un enfriamiento: se distanciaron . . . "

*

* *

Persuádese poco a poco Péguy de que las exigencias de la Iglesia son justas en sí mismas, pero no con relación a él. Se forja una imagen justificativa de su actitud: es él uno de aquellos pobres pecadores cuyo lugar en la cristiandad sabía la Edad Media es una función la que él desempeña que le dejen tranquilo sólo pide —como en su admirable "Presentación de la Beauce a Nuestra Señora de Chartres"— el último lugar en el Purgatorio . . . ¡Humildad maliciosa! ¿Quién no desea ese último lugar que asegura la salvación? ¿Y quién, también osaría pretenderlo por sus propios méritos? Lógica divina — nosotros no tenemos ni el derecho de creernos dignos, ni el de no desear más. ¿Acaso un precepto explícito no nos ordena que seamos perfectos? —"como lo es vuestro Padre celestial".

Se juzga, pues, incomprendido por Jacques y por el padre Baillet . . . Como éste, que se encuentra ahora en la Abadía de Ooterhout, en Holanda, le pidiese que fuera a verle, Péguy confía a Jacques que la carta de su amigo le ha "molestado mucho". Es porque no espera convencer al padre Baillet.

Ahora su actitud religiosa ya no es un secreto, sino que se discute públicamente. En un artículo muy elogioso que encanta a Péguy, Marcelo Drouin (que firma Arnauld) escribe en la *Nouvelle Revue Française* del 1º de noviembre de 1909 lo siguiente: "Péguy no está dispuesto a una segunda conversión y toma su fuerza en sentimientos tanto más seguros cuando que son puramente humanos". En verdad, nos satisfacen los elogios tributados a Péguy. Pero nos parte el corazón que Péguy se regocije sin reserva por cumplimientos tan ambiguos. ¿Acaso irá él también a repudiar el origen divino de lo mejor de su pensamiento y de su fuerza?

Largo tiempo demostró Péguy en sus sufrimientos y vacilaciones una dulzura y una humildad profundamente conmovedoras; ahora se endurecía con el sentimiento de su caso excepcional. Parecíamos a veces que declinaba hacia el protestantismo. Pero esto no era sino una apariencia; si se defiende contra la Iglesia en la que cree, pero a la que ve con mala cara, conserva por lo menos siempre sus devociones particulares: en primer lugar a Nuestra Señora, que invoca sin cesar y a quien va a rezar en circunstancias graves en su catedral de Chartres, "catedral única en el mundo"; a Santa Genoveva, la Patrona milagrosa de París, a San Luis rey de Francia; a Juana de Arco, en fin, bajo cuyo signo está colocada toda su vida militante, desde que le consagro, en su primera *Juana*, las primicias de su genio; anota como una gracia especial la de haber sido "designado durante las maniobras militares para desfilar a la cabeza de su peloton ante la estatua de Juana de Arco, y saludarla con la espada". ¿Y no celebra acaso incansablemente las tres virtudes teologales en sus grandes obras? ¿No le preocupa constantemente el misterio de la gracia? "La acción de la gracia, decía a Jacques, he ahí lo que es preciso contestar a los imbéciles que piden las razones de la fe." "Pero yo se, escribe, en *Clio*, que la gracia es insidiosa, retorcida e inesperada. Y que es tenaz... Se la pone en la puerta y vuelve a entrar por la ventana... Cuando no viene derecha, es porque viene de través." "¿Cuál no tendrá que ser, pues, mi prudencia? hace decir a Dios. Es preciso crear, es preciso enseñar esa libertad. Sin exponer la propia salvación. Porque si yo los sostengo demasiado, nunca aprenden a nadar. Pero si no los sostengo lo justo en momento oportuno, caen de cabeza y beben un buen trago de agua, se hunden. No es preciso que se pierdan en este océano de infamias." [1] No podría Dios hablar más católicamente en la lengua del pueblo de Francia. La fe católica ha sido hasta el final la savia del pensamiento de Péguy.

[1] *El misterio de los Santos Inocentes.*

En 1909, para regularizar su situación matrimonial, hizo Péguy una tentativa cerca de monseñor Batiffol a quien conoció cuando era capellán del colegio de Sainte-Barbe y cuya relación conservó siempre. Péguy dijo a Jacques que monseñor Batiffol iba a estudiar las últimas disposiciones del Derecho Canónico en lo referente al matrimonio. Pero monseñor Batiffol, lo mismo que Dom Baillet, no pudo dar a Péguy una respuesta satisfactoria: la Iglesia exige la educación cristiana de los hijos, efectiva, y no solamente prometida. Péguy se quedó perplejo.

El Misterio de la Caridad de Juana de Arco

Nuevas complicaciones entre Péguy y Jacques. *El Misterio de la Caridad de Juana de Arco* ha aparecido en diciembre de 1909. "Cuaderno para el día de Navidad y para el día de Reyes, de la serie onzava", escribe Péguy. La obra es magnífica, literariamente; sin embargo, nos ha desilusionado. ¿Qué esperábamos, pues? Nos ha desilusionado y nos ha herido. Y Jacques le ha escrito a Péguy, y Péguy se ha irritado. Ese día estuvimos injustos con él, y tenía razón para irritarse contra nosotros. Nuestra impresión procedía de causas tan poco objetivas que no puedo ni invocar su recuerdo. Acabo de releer todo el libro y me pregunto cómo, entonces, pudo no conmovernos profundamente. La única explicación —que no es una "razón"— es nuestro sufrimiento subyacente; la pena, la ofensa, que nos produce en general la actitud de Péguy, de que ya he hablado y de la cual volveré a hablar aquí. Y así éramos nosotros menos aptos que los demás, que amaban a Péguy mucho menos que Jacques, para recibir una justa impresión de aquel "Misterio de la Caridad..." Quizás, a mayor abundamiento, esperábamos un drama sobre la vida misma y el martirio interior de Juana, frente a aquellos jueces y aquellos acusadores designados por la Iglesia; allí estaba para nosotros el secreto más sublime y la prueba heroica

de su santidad; y no es éste el asunto de que trata Péguy en su obra.

Ahora nada encuentro en esa obra que no me conmueva. Y veo en ella, más todavía que a Juana de Arco en "el misterio" de su caridad, al mismo Péguy en el misterio de su fe renovada, o vuelta a encontrar. Aquella fe completamente nueva, completamente fresca, completamente simple en su piedad, que Péguy es dichoso al contar y describir. El contenido de su fe, y el amor con que está animada. Ha encontrado de esa manera el medio de enseñar, sin apariencia de hacerlo, a los virtuales discípulos y creyentes que son, a sus ojos, los lectores de los *Cuadernos*. Se las ingenió para contar, primeramente por medio de Juana y después de la señora Gervaise, la historia completa de Cristo desde su nacimiento a su muerte. La Pasión de Jesús. La compasión de María. La vocación de los apóstoles; su grandeza. El manantial inagotable de gracia y de santidad en Cristo. La comunión de los santos y la oración.

El relato del todo sencillo, desnudo, unido y, sin embargo, cargado de amor, adoración y angustia, corre casi sin interrupción del diálogo de punta a cabo del libro. Porque son tres solamente las que hablan: Juana y la señora Gervaise; y Hauviette solamente al principio.

Juana comienza. Medita sobre la Reina de Dios que, después de veinte siglos de profetas y catorce de cristianismo, todavía no ha llegado. "Oh Dios mío si se diese solamente el comienzo de vuestro reino... Todo está lleno de guerra y de perdición..." Se pierde en la visión de Jesús. "Dichosos aquellos que lo vieron pasar por su país..." Contempla a Belén. "Tú brillarás eternamente por encima de todos los pueblos de la tierra... eterna e infinitamente..." Contempla, envidia y felicita a las santas y santos que rodeaban a Jesús — la Magdalena y la Verónica; y Lázaro; Simón de Cirene y San Simeón, "aquel hombre justo y temeroso de Dios, que esperaba la consolación de Israel..."

Allí continúa Juana su dolorosa meditación:

"Esperando la consolación de Israel; y la consolación ha llegado; y la consolación no ha bastado... La consolación no ha consolado a Israel; y tampoco ha consolado a vuestra cristiandad, oh mi Dios... Hasta cuándo, oh mi Dios, esperaremos nosotros la consolación del reino de Francia; la consolación de la gran piedad que existe en el reino de Francia...

"Pero él, aquel anciano..., dichoso no conoce ya ninguna historia. Feliz, el más feliz de todos, no conoce ya otra historia de la tierra...

"Había tenido en sus manos la mayor realeza del reino del mundo.

"No conoce ya ninguna otra historia de la tierra.

"Así todo el mundo podía aproximarse a vos..." Medita Juana sobre la felicidad de todos aquellos, de los verdugos inclusive, que pudieron aproximarse a él... "Dichosos los que bebían la mirada de vuestros ojos; dichosos los que comían el pan de vuestra mesa... dichosos los que comieron un día, un día único, aquel Jueves Santo, dichosos los que comieron el pan de vuestro cuerpo; a vos mismo consagrado por vos mismo... Cuando vos mismo dijisteis la primera misa... Qué os habían hecho, pues, Dios mío, aquellas gentes para ser honradas con tal honor, favorecidas, afortunadas, benditas, agraciadas con aquella gracia..." — "Aquellas gentes" eran los judíos. Y Juana medita sobre la singular elección. "Y vosotros judíos, pueblo de los judíos, Dios mío, Dios mío, ¿qué os había hecho, pues, aquel pueblo, para que lo hayáis preferido así a todos los pueblos... qué os ha hecho, pues, para ser vuestro elegido?... Para que de siglo en siglo... vos hayáis tomado en él, dentro de él, la línea de los profetas, la raza de los profetas. Qué pueblo Dios mío no se hubiera estimado dichoso... de ser vuestro pueblo... Qué raza no hubiera querido ser la raza elegida; vuestra raza..., vuestro pueblo; elegido, con aquella elección; a cualquier precio, Dios mío, a cualquier precio temporal, aunque fuese al precio de esta dispersión. Vos habéis escogido... Vos habéis to-

mado entre ellos de ascensión en ascensión, vos habéis tomado entre ellos la línea larga, la alta, la línea ascensional de los profetas; y como una cima al último de todos; el último de los profetas; el primero de los santos; Jesús que fué judío, un judío, un judío entre vosotros . . . , raza elegida; lo que no ha sido dado a los más grandes santos, a los más grandes santos del pueblo cristiano, vosotros lo habéis tenido . . . Porque vosotros, santos cristianos, grandes santos de la cristiandad; en vuestra eternidad no contempláis a Jesús sino en su gloria; y vosotros judíos, singulares judíos, pueblo singular, pueblo único, pueblo primero vosotros lo habéis considerado en su miseria . . . Y su miseria era vuestra miseria . . . Nosotros somos hermanos de Jesús en nuestra humanidad. Pero vosotros, judíos, vosotros fuisteis sus hermanos en su familia misma. Hermanos de su raza y de la misma línea. Sobre vosotros mismos vertió él las lágrimas únicas . . . De la misma línea para lo eterno." Y la larga y admirable meditación termina con este grito, allí donde todo se tendía: "Jesús, Jesús, nos estaréis así siempre presente. Si vos estuvieseis allí, Dios, esto no pasaría como ha pasado. Jamás hubiera pasado así".

La señora Gervaise se muestra y dice:

"Él está allí.
Él está allí como el primer día.
Él está allí entre nosotros como en el día de su muerte.
Eternamente él está entre nosotros lo mismo que el primer [día.
Eternamente todos los días . . . "

Casi todo lo que sigue (las tres cuartas partes del libro), pertenecen ya al monólogo de la señora Gervaise. Juana no la interrumpirá sino raramente con breves y obstinadas palabras, sobre dos o tres temas que son los de su vocación particular. Pero de la amplia y universal vocación cristiana es la más humilde Gervaise la verdadera recitadora. A veces se leen un poco de prisa sus discursos —lo que no se ha

hecho con los de Juana—, se recorren con los ojos. Pero con mayor frecuencia se pronuncian de corazón todas las palabras. Dice la fe profunda y firme, en un lenguaje popular, en un francés generoso, puro y honesto, con algunas faltas de gramática, usuales y exigidas.

En todo el libro sólo una aserción me parece desplazada; y sólo una frase, una sola frase se me antoja nota falsa. La frase dicha por Hauviette no es más que una falta de gusto. La aserción es ésta, sorprendente en la humilde señora Gervaise. Insiste en ella, la repite: "He ahí lo que no han comprendido los doctores de la tierra". ¿Qué podría saber ella, la señora Gervaise, de los doctores de la tierra? ¿Qué podía saber de Santo Tomás y de los teólogos? La aserción llega, inoportunamente, en las últimas páginas del libro. Da la impresión de que Péguy la tenía en la cabeza desde tiempo atrás, y no acertaba a encontrar para ella un lugar conveniente. Y que se decidió a colocarla a cualquier precio y en cualquier sitio, al final, porque su antiteologismo tenía necesidad de manifestarse. ¿Hemos hecho antes esta observación? No lo recuerdo. En todo caso los doctores nos importan menos que la doctrina, pero sabíamos que era de la doctrina, de la que no se reduce a las fórmulas del catecismo, de lo que Péguy desconfiaba.

Me acuerdo de una cosa mínima; recuerdo que tomamos a mal que Péguy hiciese decir a la *señora Gervaise* que la madre de Cristo se puso "fea, horrorosa", mientras subía el Calvario detrás de su hijo. Sigo creyendo que teníamos razón.

Es cierto que de Péguy esperábamos siempre maravillas, pero no siempre del género de aquellas que nos daba. La juventud tiene reacciones duras que llegan a la injusticia, exigencias y esperanzas desmesuradas; y la imaginación, en su frescura intacta llénala de imágenes que eclipsan fácilmente lo poco de realidad de que tiene experiencia. Así reaccionábamos cuando Jacques tenía veinticinco años. Y así nacieron desaveniencias suplementarias entre Jacques y

Péguy, que se unieron a las divergencias de juicio fundadas en la realidad objetiva.

Fuese lo que fuese, la carta de Jacques a Péguy con motivo del *Misterio de la Caridad de Juana de Arco* tuvo la consecuencia no solamente de apenar y molestar a Péguy, sino también de enojar terriblemente a la madre de Jacques; y tanto más cuanto que acababa de leer *El Invendible* de León Bloy, donde se cuenta nuestra historia... Diluvio de palabras amargas sobre nosotros, resentimiento contra la Iglesia, cólera contra Bloy y contra nosotros. Nos encontramos en el centro de la tempestad que nuestra adhesión al catolicismo ha provocado; resentimiento agravado, es cierto, por la evolución del mismo Péguy, la conversión de la hermana de Jacques, y los primeros síntomas de la conversión de Ernesto Psichari, preludio de otras varias entre los íntimos de Genoveva Favre, fenómeno absolutamente desconcertante para ella, parecido al que se produjo más tarde en derredor de André Gide.

De la inquietud que siente en el comienzo de nuestra evolución espiritual dice la madre de Jacques en sus *Recuerdos de Péguy:*

"Este año de 1906 se desarrolló para mí cargado de sorpresas, luchas y desgarramientos a los cuales se asoció Péguy sin reserva.

"Se apoderó de mí una sorda inquietud desde que mi hijo se entusiasmaba con las obras de León Bloy.

"Cuántas cartas perturbadoras recibí de Alemania donde, hacía dos años, se había instalado mi hijo con su mujer...

"Por más que dos personas, muy serias... me afirmasen la conversión de Jacques, y de mi nuera, me crispaba y revolvía, convencida de que aquello no podía ser."

Jacques, en sus cartas, trató de preparar a su madre para que nos comprendiese y admitiese nuestra adhesión al catolicismo, pero no lo consiguió. Nada le había dicho de nuestro bautismo cuando vino a pasar algunos días a Francia, en 1907. Su madre escribe:

"En 1907 pasó mi hijo algunos días en Francia y me

manifestó su interés por las cuestiones espiritualistas... nada más. En la estación del Este, adonde le acompañé el día de su partida, vi con estupefacción cómo surgía un sacerdote a quien mi querido viajero acogía muy favorablemente.

"Entré en mi casa trastornada.

"Como vigila un médico los desórdenes de la fiebre en un enfermo, me vigilaron Péguy y Mauricio Reclus, atormentados por las consecuencias de mi desolación.

"Fué entonces cuando Péguy me repetía: «Ah, mis hijos pueden hacerse curas, pastores o rabinos; ya no se me revolverá la bilis por semejante cosa...»"

Son ésas, sin duda, palabras de consuelo como las que se dicen a los enfermos y a los niños. Genoveva Favre merecía otra cosa. Quizás Péguy, el día anterior, acababa de contestar a la confidencia de Jacques, notificándole nuestro bautismo con el grito de "en el mismo lugar estoy yo también". ¿Por qué no hizo, pues, entender a Genoveva Favre que participaba de la fe de sus hijos? ¿Que no estaba ella frente a una catástrofe sino frente a una bendición? Quizás sintió, sin embargo, alguna vacilación, porque añade:

"¿No me ocultaba él su propio tormento?" Pero inmediatamente da esta explicación: "Era Jacques Maritain aquel con quien Péguy contó para una plaza excepcional en los *Cuadernos*, para asumir... quizás, un dia, la dirección..., quien se le escapaba..."

Péguy desconfía de los curas

A nuestro regreso de Alemania tuvimos que sufrir mucho por causa de aquellos que nos eran tan queridos. Pero el odio a León Bloy, de que Péguy se dejaba llevar también, nos indignaba más todavía que lo que nos apenaba.

Péguy nunca había leído una página de nuestro padrino, y cometía, por lo tanto, con él una injusticia absolutamente

gratuita. Con ello contribuía a envenenar, todavía más, nuestras relaciones con la madre de Jacques. Trató sinceramente de dulcificarlas, y consiguió lo contrario, por causa de sus propias vacilaciones.

Cuando, después de haber leído *De Jean Coste*, Bloy escribió a Péguy manifestándole su admiración sin reservas, Péguy habló de ello a la señora Favre.

"Una noche, en que comí, no recuerdo si en Orsay o en Lozere, Péguy me acompañó a la estación, con gran anticipación, según su costumbre; en el muelle oscuro y desierto nos paseamos conversando; súbitamente me habló de una carta de León Bloy que acababa de recibir: todas mis antipatías y terrores brotaron en palabras precipitadas... si os aproximáis a ese hombre fanático, sentiréis estrangulada vuestra libertad, la integridad de vuestro pensamiento: se hundirá toda vuestra obra, y el sufrimiento que desgarra mi ternura maternal desgarrará nuestra amistad... Paró el tren; me llevó a un departamento, y de pie sobre el estribo, antes de cerrar la portezuela, me gritó: «No os desoléis, no iré a verle, y ni siquiera le contestaré»."

Un poco más tarde, Péguy dió lugar a que creyésemos que consideraba en efecto la adhesión sin reserva de algunos de sus amigos a la Iglesia como una pérdida para él. Hago alusión a un acontecimiento del que más tarde hablaré: la conversión de Ernesto Psichari, el nieto de Renán. Una vez más voy a citar a la madre de Jacques:

"Habían pasado pocos días, desde su retorno de Mauritania en diciembre de 1912, y fué aquél el gran acontecimiento de la conversión de Ernesto.

"Silencio impresionante de Péguy hasta que por la mañana apareció en mi casa, con el gesto contraído...

"Debemos llevar luto por Ernesto: está perdido para nosotros; ha caído en manos de los curas. Todas las cartas mías que tiene usted, quedan, desde hoy, legadas a Reclus solamente. ¿Me promete usted hacer esto inmediatamente?

"No había más remedio que inclinarse ante su voluntad.

"Después, con infinita tristeza, prosiguió:

"¿Cómo él, tan maravillosamente inspirado siempre, ha podido llegar a dar semejante triunfo a los enemigos de su abuelo?"

Y ahora diremos nosotros, ¿cómo Péguy, tan atento siempre a distinguir entre política y mística, pudo poner en el mismo plano y comparar el "triunfo", completamente hipotético por lo demás, de los enemigos de Renán, y la ascensión de un alma a la plenitud de la fe? Y cómo no habría pensado Péguy que si él mismo tenía, en una situación familiar excepcionalmente difícil y delicada, razones que bastaban a su conciencia para no aceptar totalmente la disciplina de la Iglesia, Ernesto Psichari completamente libre para disponer de su vida, no podría tener ninguna excusa para rehusar la gracia infinita de los sacramentos. Esto indicaría que existía en la actitud de Péguy alguna otra causa distinta de aquélla, muy exterior después de todo, de los rozamientos con los suyos.

De tal manera estaba habituado a contemplarlo todo en el aspecto de las luchas temporales y en una perspectiva humana y "carnal", que lo que veía ahora en la conversión de un alma era, no una victoria de aquella gracia en la que, no obstante, creía con todo su corazón, sino una victoria del partido de los curas. En aquello estaba cogido en el cepo del viejo anticlericalismo católico con el que simpatizaba por su tradición popular francesa. La corteza le ocultaba la sustancia, "los curas" le impedían ver en profundidad la Iglesia y su realidad sobrenatural. En definitiva la oposición era de fondo, y sobre el misterio de la Iglesia, entre Péguy de un lado y Bloy, el padre Clérissac y nosotros, del otro.

Los sentimientos que acabo de recordar a propósito de la conversión de Ernesto, las consideraciones completamente mundanas —y casi académicas— ante un acontecimiento puramente religioso, señalan el momento más grave de su desarreglo espiritual, aquel en el cual trata Péguy de justificar sus reticencias tanto por la consideración de lo

que su caso presenta de excepcional, como por su singular teoría sobre los "curas" y los sacramentos. Decía, por ejemplo, a Lotte:

"Lo fastidioso en esto es que hay que desconfiar de los curas. Éstos no tienen fe o poco menos. La fe se encuentra todavía en los laicos. Los curas son además muy fuertes, los tunantes de ellos. Como tienen la administración de los sacramentos, hacen creer que no hay otra cosa que los sacramentos. Olvidan decir que existe además la oración, y que la oración es la mitad por lo menos. Los sacramentos y la oración suman dos. Ellos tienen los unos, pero nosotros disponemos siempre de la otra." Péguy se consuela así. ¿Qué sabe él de los curas? Nunca les oye ni les lee, pues si lo hiciera sabría que hablan por lo menos con tanta frecuencia de la necesidad de la oración como de la de los sacramentos. Su amigo Dom Baillet, en su monasterio, canta siete veces por día las alabanzas de Dios. Pero él también es un "cura", y por la gracia de un sacramento; Péguy pensaría sin duda que también esto era "fastidioso" [1].

Dom Baillet iba a morir; Péguy está afligido por esa razón, y, sin embargo, se abstiene de ir a su lado.

"Está peor: pregunta por mí", dice a la madre Jacques; y ésta le dice:

"Si no va usted a ver a su amigo, temo ha de tener usted terrible pesar."

"Quizás lo tuviese más terrible si volviese a verlo..."

Y no volvió a verlo.

Tal vez sospechase que Baillet le pediría obrase de manera contraria a su deseo. Sin duda se equivocaba; no sabía todavía que los santos oran mucho más de lo que hablan y exigen.

---

[1] Había, sin embargo, escrito algunos años antes: "Hoy puedo decir sin herir a nadie que la metafísica de nuestros maestros no tiene para nosotros ni para nadie especie ninguna de existencia, y que la metafísica de los curas ha tomado posesión de nosotros con una profundidad que los mismos curas jamás hubieran sospechado". *(El Dinero.)*

Murió Dom Baillet en los últimos meses de 1913. Ahora tendré que volver un poco más atrás. *El Misterio de la Caridad de Juana de Arco* apareció en diciembre de 1909, pocos meses después de la Beatificación de Juana de Arco verificada el 17 de abril del mismo año — singular sincronía entre la devoción de la Iglesia y la de Péguy. En enero de 1910 le manifestó Jacques la decepción que tal obra le produjo, y Péguy fué más sensible a la crítica de su obra que a la que él mismo se refería. Sin embargo, cuando Jacques vuelve a encontrarlo dos meses más tarde, Péguy lo acoge amistosamente, con gesto claro, y le habla largamente de sus dificultades. Vuelvo yo aquí al diario de Jacques: "... Toda la Sorbona está contra él, y nunca había librado semejantes batallas... Por el contrario, todo el mundo oficial católico está con él para sostenerlo, Goyau va a escribir un artículo sobre Péguy; Tavernier en *El Universo* y los padres jesuítas en *Estudios* le dedicarán también un trabajo; Trogan ha hablado de él en el *Correspondant* etc. Prodúcele contrariedad que no esté yo con él en este combate. Le contesto que le ayudo en efecto, pero desde el exterior; que mi punto de vista no consiste en eso, sino que es su alma, su fe lo que me interesa." Péguy dice entonces a Jacques que éste tiene una situación de fraile, y que no comprende la acción pública. —"Sí, responde Jacques, pero a la manera de Juana de Arco", —es decir con pleno compromiso consigo mismo, con total confesión de fe. Y ahora pienso yo en la desgracia de Jacques de tener razón, a los veintiséis años, contra un hombre de más dolorosa experiencia. Péguy reprocha a Jacques por estar más resentido con sus amigos que con sus enemigos. "Pero, responde Jacques, ¿no es eso prueba de mayor amor?"

¿En qué se equivoca Péguy, a nuestro parecer? ¿En qué consiste toda aquella penosa y fatigante lucha? Nosotros pensamos que un creyente debe siempre a Dios y a los hombres la profesión clara y neta de su fe. Y que las dificultades reales que Péguy encuentra sobre el particular

no le dispensan de dicha profesión. Pensamos que la Iglesia aparece cubierta al exterior, como con un manto de contradicción, por los defectos de sus miembros, comprometidos, y a veces de mala manera, en los negocios del mundo, pero que eso no obstante, la Iglesia es santa e inmaculada, sin defecto ni mácula en su esencia, y que la doctrina que dispensa es el alimento que todo cristiano debe desear con avidez; y que los reformadores son desgraciados. Y reprochamos a Péguy de que prescinda con demasiada facilidad de los actos religiosos que podría practicar, de tomar demasiadas precauciones contra la Iglesia; de despreciar en nombre de la fe la sabiduría teológica que tiene a gala ignorar.

La vocación de Péguy

Péguy tenía intuición muy profunda en lo que respecta a la obligación en que se encontraba de rendir testimonio a la vocación temporal del cristiano. Esa misma intuición lleva consigo la viviente realidad de la fe de Péguy. A pesar de sus manifestaciones de anticlericalismo no era un teorizante del laicismo; tuvo conciencia de la misión y dignidad propia de los laicos en la Iglesia y la cristiandad. En ello radicaba el verdadero y auténtico sentimiento de su vocación particular. Ahí precisamente reside el valor incomparable de su mensaje. Enterados por nuestra proximidad a él del detalle de sus conflictos y tergiversaciones, vimos sobre todo, en aquella época, lo que era como el rescate humano de tal mensaje y vocación. Lo esencial, lo positivo, lo más importante de todo y lo que demuestra la predilección divina, es dicho mensaje y dicha vocación.

Varios años antes de su conversión decía un día a Jacques, ante Sorel que aprobaba: "¡Si los católicos supiesen! Sólo ellos están en condiciones de responder a las necesidades del mundo; ellos podrían ponerse a la cabeza

de la historia temporal, y nada resistiría ante ellos; pero son demasiado necios para hacerlo."

Él mismo que sabía lo que "los católicos" no "sabían", él mismo consideró con excesiva exclusividad la obra que su instinto profético le mostraba había de realizarse en el siglo, por la cristiandad temporal. No supo equilbrar el sentimiento muy justo de su vocación con todo el conjunto de las exigencias del cristianismo, y le sacrificó obligaciones que a todos nos incumben. Se dejó arrastrar por sí mismo a una especie de pasión antiteológica (en la cual Descartes le precedió). Débese sin duda a esto en definitiva su larga expectación respecto a los sacramentos. A mi juicio todo hay que referirlo a eso. Nada más falso que hacer por eso de él un rebelde, un iluminado, un librepensador impenitente. Fué un católico de fe profunda, un hombre de oración a quien la idea de la obra temporal de los cristianos y de su propia obra temporal, de su misión en el mundo de realidades carnales, absorbió y dejó en cierto modo descentrado en medio de grandes dificultades y conflictos desgarradores.

Ruptura y reconciliación

La acrimonia de Péguy aumentó. Por primera vez, en mayo de 1910 escribió a Jacques una carta "necia y malvada" a propósito de los admirables estudios del padre Clérissac sobre Juana de Arco (pero aparecían en forma de sermones) que el padre Baillet le había enviado. "Advierto", Jacques lo hace notar duramente también, "advierto que el odio a las «formas intelectuales» puede muy bien ocultar el odio a la verdad". El antiintelectualismo innato de Péguy va a manifestarse cada vez más, mientras el joven filósofo, va a orientarse de manera decisiva hacia el realismo intelectual de Aristóteles y Santo Tomás.

Péguy se arrepiente, sin embargo, de su carta, y cuando, algunas semanas más tarde, pasa Jacques por la tienda de los "Cuadernos", encuentra a un Péguy "muy amable, dulce y conciliador", que, hasta casi con demasiada humildad (pero, ¿no es la teoría del pobre pecador la que juega entonces?) se apresura a declarar "que tiene demasiado quehacer, que no comprende claramente la autoridad intelectual de la Iglesia, que hay en él malos residuos, etc." Nada cambia en realidad. Es aquél el tiempo de la gran confianza entre Péguy y la madre de Jacques. Es aquél el tiempo en que los dos nos reprochan nuestro catolicismo, (el cual, al parecer, no es el mismo de Péguy), nuestro pobre doloroso padrino, y hasta la independencia filosófica de Jacques. A juicio de su madre, en efecto, éste tenía tres modelos bien claros: en política, su abuelo Julio Favre; en religión (puesto que tenía religión), Péguy; y en filosofía, Bergson. La decepción de la madre de Jacques necesitó mucho tiempo para curarse.

Desde que vivíamos en Versalles veíamos a Péguy cada vez menos. Los motivos de Péguy en su política de los "Cuadernos" los ignoramos cada vez más. Y cuando, en mayo de 1912, si mal no recuerdo, editó Péguy *La Ordenación* de Julián Benda, obra de categoría insuficiente para aparecer en los "Cuadernos de la Quincena", nuestra extrañeza y nuestra pena llegaron al colmo. No estábamos tan resentidos con Benda como con Péguy. Benda nos es indiferente; no tenemos por él ahora ni hemos tenido nunca ninguna admiración. Pero, ¿cómo pudo Péguy equivocarse de tal modo? Jacques devuelve *La Ordenación* a Burgeois administrador de los "Cuadernos", rogándole, en los términos pocos suaves de que tiene el secreto, y que yo me abstengo de citar literalmente, que no le condene en adelante a la lectura de semejantes obras. Furor de Péguy que sostiene y cuenta que nos hemos dado de baja en la suscripción de los "Cuadernos" y ya no nos los envían. Gran crimen pero reproche injusto. Entonces

sobreviene la ruptura [1], que debía durar cerca de tres años durante los cuales Péguy ha prescindido de Jacques. Como ya lo he dicho antes, la amistad fué renovada, poco tiempo antes de la guerra de 1914, como si él y nosotros tuviéramos el presentimiento de que se imponía una reconciliación total, llamada misteriosamente por las supremas iluminaciones de la fe en su alma, y por los acontecimientos trágicos que se preparaban.

La última misa de Péguy

No he escrito las precedentes páginas por aclarar lo que personalmente nos afecta en los seis últimos años de la vida de Péguy, sino por aportar a la historia de Carlos Péguy lo que nos ha sido permitido conocer respecto a sus conflictos religiosos. Fueron duros y amargos para su alma; pero esta alma, en medio de las perplejidades, nunca perdió la esperanza, la virtud de la esperanza de que, con convicción tan sobrenatural, habló Péguy. Por razón de su esperanza Péguy confiaba los suyos a Nuestra Señora, y por esa misma razón obtuvo después de su muerte la gracia de que se convirtiesen a la fe católica [2], y por la misma razón fué a Chartres en junio de 1912, para cumplir un voto que hizo cuando estuvo enfermo su pequeño Pedro; y otra vez también, en 1912 ó 1913, en compañía de Alain Fournier, muerto también en la primera guerra mundial. Aquella virtud se acreció en él con los primeros rumores de la guerra. Ardió con llama exaltada el día de la movilización, 4 de agosto de 1914. Péguy depositaba su carga; confiaba los suyos a Dios y Nuestra Señora, y partía, como dijo el mismo día a Genoveva Favre, "como

[1] *La Ordenación* fué también la causa determinante de la ruptura de Péguy con Sorel, a quien acusó Péguy de la no obtención por Benda del premio Goncourt de 1912. Vease el *Péguy* de Daniel Halevy.

[2] Con excepción de Marcel, el hijo mayor, que se hizo metodista.

soldado de la República para el desarme general y la última de las guerras". (Ay, no habrá última guerra antes del Juicio Final). Iba a vivir como soldado treinta jornadas prodigiosamente reales, luminosas, heroicas, hasta su muerte g'oriosa en la batalla del Marne, el 5 de septiembre de 1914, cumpliendo plenamente su destino.

Péguy sale, pues, de París, el 4 de agosto. Su regimiento, el 276 de infantería, es llevado hacia el Este hasta Hauts-de-Meuse.

El 15 de agosto, por primera vez desde los días de su infancia, oye Péguy misa [1].

El 23, recibe su regimiento la orden de trasladarse hacia el Oeste. La víspera, Ernesto ha caído en Bélgica; por lo menos no habrá conocido la angustia de la precipitada retirada, que pone a Péguy el 2 de septiembre a 24 kilómetros solamente de París.

El 3 de septiembre la compañía de Péguy se aloja en Saint-Witz. El 4, todo el regimiento está en reposo. Joffre ha decidido que se ataque el 6; su orden del día es leída a los soldados en el patio de una granja de Vémars.

El día 5 por la mañana, el 276 se pone en camino... "No se trataba de combatir en ese día, sino solamente de formar el frente de ejército que atacaría al día siguiente..." Pero los alemanes lanzaron un ataque "para obligar a los franceses a desenmascarar sus fuerzas, y ver claro. De modo que en este punto preciso del frente de los ejércitos, la batalla del Marne comenzó con 18 horas de anticipación..." [2].

El 276 se forma, pues, para el combate. La compañía 19 se encontraba en los alrededores de Villeroy, donde Péguy había de caer antes de terminar el día.

*
**

[1] Ver en la pág. 242, su carta de 16 de agosto de 1914, a la señora Juana Garnier-Maritain.

[2] Daniel Halévy, *Péguy*, Grasset.

Sobre los últimos días y sobre la muerte de Péguy existe, entre nosotros, un testimonio muy precioso, el de uno de sus compañeros de armas, —Víctor Boudon, que fué con él en el mismo batallón "de la Lorena al Marne", en agosto y septiembre de 1914, y que publicó en 1916 un libro que lleva ese título, y del cual insertamos algunos pasajes [1].

"Aquel hombre pensativo, escribe Victor Boudon, parece presentir la conclusión feliz de la terrible guerra que comienza. Todo en él respira confianza, y hasta el último momento la certidumbre del éxito final ilumina sus facciones..."

Cuando la lucha comienza, "la voz joven y aguda del subteniente Péguy dirige el fuego. Sin preocuparse de las balas que le rozan, corriendo de uno a otro para hacer activar el tiro, apoyándose por momentos, para recobrar el aliento, en un rodillo agrícola abandonado en el camino, de pie, valeroso, admirable... loco glorioso en su bravura... Se endereza como desafiando a la metralla, y parece llamar a la muerte que glorificaba en sus versos. En aquel momento una bala mortal rompe aquella noble frente. Cae de costado sin un grito, oyéndose una queja sorda... Cuando, algunos metros más lejos, saltando como un loco, echo una mirada detrás de mí veo allá abajo tendido sobre la tierra cálida y polvorienta... el cuerpo de nuestro querido, de nuestro bravo subteniente..."

Un mes más tarde Claudio Casimir-Périer, que tomó el día 5 de septiembre el mando de la compañía de Péguy escribía a su mujer:

"Péguy... parecía la víspera del 5 de septiembre presentir su fin glorioso. Todos los que estuvieron con él lo sintieron lo mismo que yo... La víspera se había alojado con sus hombres en un viejo convento, y pasó la noche acumulando flores al pie del altar de la Virgen."

Daniel Halévy explica que aquel altar de la Virgen

---

[1] *Víctor Boudon, Con Carlos Péguy de la Lorena al Marne, agosto-septiembre de 1914.* Prólogo de Mauricio Barrés. París, Hachette, 1916.

se encontraba en Saint-Witz, en una capilla sencillísima. Un cartel fijado en la puerta, que Péguy debió leer, relataba los orígenes de la capilla:

"La colina de Saint-Witz era objeto de culto y peregrinación inmemorial." Durante la Revolución "una estatua de la Virgen, venerada por los peregrinos, fué escondida bajo el heno, en una granja, y salvada así del martillo de los impíos, y dejada después por gratitud en esta granja consagrada y convertida en capilla..."

"Es indudable que Péguy reconoció en aquel conjunto de circunstancias un signo..."

La Virgen fiel a la cual había confiado lo que de más querido tenía en el mundo, y su alma, se presentaba ante él. El *ahora* y *a la hora de nuestra muerte* ya no estaban separados, y Péguy que durante largo tiempo sintió más dulzura cuando recitaba el primero que el segundo momento, podía unirlos en un mismo sentimiento de total abandono.

El peregrino de Chartres estaba colmado, prosigue Halévy, la guerra se componía para él como una inmensa peregrinación, a cuyo término encontraba a la Virgen, alojada en la más humilde y campesina de las moradas que habita en Francia, para asistirlo en el umbral de su prueba decisiva. Todos los elementos de un poema que Péguy no ha escrito parecen reunidos aquí por una mano invisible. Cortó flores, las llevó a la granja consagrada, y, llegada a noche, mientras los hombres reposaban en paz, volvió a la capilla para pasar la noche en oración... Todos aquellos que durmieron juntos en dicha noche habían de morir al día siguiente", en la aurora de la Victoria del Marne [1].

[1] Daniel Halévy, en los lugares citados, págs. 354 y 355.

Jesucristo se viste de pobre

Mientras evocaba estos recuerdos, he estado yo acompañada, en varias ocasiones, en mi meditación feliz y dolorosa, por la melodía de la humilde canción popular de la predilección de Péguy, a quien se la oí cantar dos o tres veces: "Jesucristo se viste de pobre..."

¿Por qué milagro aquel acompañamiento musical?

Ningún milagro, sino coincidencia singularmente emocionante para nosotros.

El señor Vernon de Tarr, maestro del carillón de la iglesia episcopal de la Ascención, —aquella que posee un fresco tan bello de John La Farge— ofrece dos veces por día al tranquilo barrio de Nueva York, próximo a Wáshington Square, la más exquisita colección de aires clásicos, gregorianos y populares. Y constituye una de las pocas dulzuras de nuestro exilio en este país acogedor y hospitalario, la música tan discreta y pura que, durante algunos instantes, y dos veces por día, mece nuestras angustias y las transforma en resignada melancolía.

No conozco al señor Vernon de Tarr, él tampoco me conoce. Pero anoto aquí este singular encuentro, y los sentimientos de gratitud de que llena mi corazón, para acordarme como de una de nuestras deudas con esta gran ciudad.

Cada vez que sonaba esta canción —que nunca hubiera pensado oír en Nueva York— me parecía que Péguy venía a mí y saludaba también, con su mirada tierna y maliciosa, a la América que comienza a conocerle, y a amar su alma francesa y franciscana.

Jesús vestido de pobre,
a una casa va a llamar:
"Por caridad, unas migajas,
para que pueda cenar."

"Las migas de nuestra mesa
los perros las comerán;
ellos conejos nos traen,
tú nada nos has de dar."

"Señora de la ventana,
hacedme la caridad."
"Sube, sube, pobrecito,
buena cena encontrarás."

Después que hubieron cenado,
como él muy cansado está,
aquella dama tan buena
le hace subir a acostar.

Hay en toda la escalera,
relumbre de claridad;
son los ángeles del cielo
que les vienen a alumbrar.

"A la gloria iréis, señora,
adonde los buenos van.
Y en cambio a vuestro marido
los diablos lo han de quemar."

Capítulo IV

MISERICORDIAE DOMINI

Los últimos días de mi padre

El mes de febrero trae con frecuencia para nosotros grandes pruebas y gracias espirituales.

Así, un año exactamente después del bautismo de Pedro y León van der Meer, el 24 de febrero de 1912, moría mi querido padre y los tres últimos días de su vida fueron iluminados y dulcificados, para él y para nosotros, por la irrupción de la gracia divina.

Nuestros padres, desconcertados al principio, afligidos hasta la desesperación por nuestra conversión al catolicismo, se habían resignado al vernos felices en nuestra nueva vida.

En Rusia, cuando un judío se bautizaba, era siempre, según nuestros padres sabían, para obtener la igualdad de derechos cívicos con los demás ciudadanos. Y a aquellos judíos, los despreciaban profundamente. Pero, en Francia el que un judío pasase al cristianismo, les parecía que no podía ser sino para separarse de su pueblo, por antisemitismo, por una horrible traición a la gran familia desdichada, y aquello no podían admitirlo, ni siquiera explicárselo.

Sólo cuando pudieron darse cuenta de la profundidad de nuestros motivos religiosos —y que, por ellos, mi hermana y yo, comenzábamos a entrever la grandeza y el sentido de la vocación de Israel— se dulcificaron poco a poco, y examinaron ellos mismos nuestros motivos; han sido pre-

cisos cerca de tres años para que apareciesen débiles síntomas de su cambio. Ocurrió que a principios de 1910 comprobamos la pasión de mi padre por el órgano, lo que le hacía entrar con frecuencia en la iglesia. Ahora bien, para un judío como él, el entrar voluntariamente en la iglesia es ya una prueba de que ha renunciado a rehusar el cristianismo en principio; ¿cómo no lo comprendí yo desde el primer momento? ¿Y aquella creciente dulzura respecto a nosotros? El sábado santo de aquel año mamá fué con Vera a Nuestra Señora de Versalles. Y el domingo de Pascua Jacques lo llevó a mi padre. Pero aparte de esto, existía entre nosotros una gran reserva. Algunas discretas alusiones vienen más bien de mi padre, y quiere, sin duda, con ellas, hacernos entender que el cristianismo no es extraño a sus pensamientos. Como frecuentemente, conmigo, procede a modo de juego: "¿Quién es una muchachita de 3 a 4 años, que sabe francés, ruso y alemán, casada hace cinco años." Soy yo, naturalmente, y aquello significa que sabe bien que la vida del espíritu debe contarse a partir del bautismo.

Muy raras conversaciones a propósito del cristianismo, con mi madre; escúchame siempre con dulzura. Después de todo, aquel cristianismo le parece admisible. ¡No para ella, naturalmente! Ella, que conoce bien el judaísmo, jamás se prestará a ser bautizada. —Ya lo veremos, piensa el Dios de los judíos sonriéndose...

Dios es paciente; sus criaturas lo son mucho menos; ocurre que tenemos que reparar las consecuencias desastrosas del inhábil apresuramiento de nuestros mejores amigos cerca de nuestros padres. La señora Bloy, en el momento más doloroso de su trastorno, por causa de nuestra conversión, les escribió diciéndoles: "Ustedes crucificaron a Nuestro Señor Jesucristo..." Aquel estilo solemne era letra muerta para la sencillez de mis padres, y lo tomaron al pie de la letra; su escándalo fué mayúsculo.

En otra ocasión, almorzaban los Bloy con nosotros, y en el momento del *Benedicite*, que Bloy no omitía nunca, he ahí que toma la mano de mamá, y trata de obligarle

a hacer el signo de la Cruz. Siéntese mi madre profundamente herida, y nosotros pagamos las consecuencias. Es que para un judío hacer el signo de la Cruz es realizar un acto de gravedad religiosa que compromete al alma, y rompe con la Thora.

Pasan los años sin traer nada de decisivo. Mis padres se instalan junto a nosotros en Versalles, en el año 1911. De tiempo en tiempo algunas palabras pronunciadas al pasar por mi padre, me prueban que reflexiona sobre problemas religiosos. Me decido por fin, temblando, con miedo de obrar inoportunamente, a darle un catecismo en lengua rusa. Un poco más tarde me hace preguntas que prueban que lo ha leído; me pregunta un día qué significa el pecado contra el Espíritu Santo.

Dos de febrero de 1912. Cae mi padre gravemente enfermo, y pronto el médico juzga desesperado su estado. Vivimos días de dolor y angustia. Es la primera vez que la muerte se aproxima a uno de los que amo; ¡y cuán querido me es éste! Me parece que he llevado siempre su alma en mi alma, como si tuviese a mi cargo la defensa de un ser indefenso a causa de su simplicidad y bondad. ¡Y ahora tenía que defenderle contra la muerte, contra las tinieblas y la angustia de la muerte! ¡Lo queremos tanto los tres! ¡Nos quiere él tanto! Ama a Jacques con singular dilección; penetra como con instinto profético el valor de aquella alma, que, sin embargo no ha dado todavía prueba de su valor. ¿Es que, en la pena de aquella grave enfermedad no cuenta con Jacques, con Vera y conmigo, para que le ayudemos en las vías de la verdad y de la muerte? ¿No tiene derecho de contar con nosotros que pretendemos saber? Todo esto lo sentimos obscuramente, pero, ¿cómo hablarle? ¿Pensará en el bautismo? ¿Pensará en aquel bautismo en el cual encontraron sus hijos la certidumbre y la alegría? ¿Qué cree él en términos precisos? Durante quince días guarda silencio obstinado. Quizá espere curarse. ¿Habremos de ir nosotros a añadir la angustia de la muerte a sus sufrimientos de enfermo? Será preciso que tengamos

ese terrible coraje. Pero el pensamiento de la muerte lo prueba tal vez ya, y quizás espera que Dios le dé la fuerza de contemplarle al darle la fe.

Jacques presenta la cuestión a mamá, a mi pobre mamá, en su dolor desesperado. Ella grita, y afirma que nunca consentirá su marido ser bautizado. Al día siguiente, a mi vez, abordo la cuestión con ella, y me responde lo mismo que a Jacques. Lejos de la habitación del enfermo, en la pequeña cocina del departamento, sollozamos los dos, y llorando trato de bosquejar una rápida apologética. Trato de hacerle comprender lo que significa el Bautismo, y de demostrarle en el catolicismo el cumplimiento de la religión judaica. Pero piensa ella que se trata de una interpretación mía, y me dice: "Nadie cree lo mismo que tú." Nos damos cuenta de que no conoce realmente el pensamiento de su marido sobre el cristianismo. Será, pues, preciso, que hablemos a nuestro padre. Jacques le dice algunas palabras respecto al particular. Mi padre responde que no puede hablar de aquellas cosas en francés; que más tarde, cuando esté curado, hablará del asunto conmigo.

Pedimos a todos los santos del Paraíso, a San Bernabé, patrono de nuestro bautismo, y sobre todo a Nuestra Señora de la Salette: ¡Que se cure nuestro padre, que Dios le dé tiempo de comprender . . . y que es demasiado horrible arriesgar el perturbarlo, ahora que está tan enfermo!

Y cuando pedimos así por nuestro padre cada uno de nosotros recibe impresiones de dulzura y esperanza; y Jacques comprende que en el orden de la gracia podemos pedirlo todo.

Pero nuestro padre no se ha de curar. El 21 de febrero, al entrar temprano en su habitación, por la mañana, Jacques ve en el rostro de mi padre los signos de la muerte. Hace llamar al médico —nuestro amigo el doctor Legrain—. Entre tanto llego yo. Mi padre respira con dificultad; tiene los ojos apagados, velados. Parece tener apenas conciencia de sí mismo.

Cuando a eso de las diez, llega el médico, mi padre se reanima un poco y nos pide que le dejemos solo con él. Salimos de la habitación.

Al cabo de algunos minutos el doctor Legrain abre la puerta y nos dice completamente emocionado: "¡Vengan ustedes, tienen ustedes un buen padre!"

Mi padre está sentado en la cama, con el rostro grave y tranquilo. Nos explica lo que ha pasado:

"He preguntado al doctor la verdad sobre mi estado, y me ha respondido: Solo un milagro puede curarlo.

"Le he preguntado: Doctor: ¿acaso lo creéis así? Él se ha arrodillado ante mí y me ha dicho; sí.

"Y puesto que me ha dicho la verdad sobre mi enfermedad, yo quiero prepararme, quiero recibir el bautismo."

Y se vuelve hacia su mujer para pedirle su consentimiento, pues, según dice, espera no causarle pena. Mi madre, llorando responde que no se opone a nada.

Pensamos todos que la muerte es inminente. El doctor Legrain se arrodilla junto al enfermo que se convierte en su ahijado y el mío; Jacques toma un frasco de agua de la Salette, y lo bautiza "en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo". Se llama Judas Bernabé. Desciende sobre él la paz de Dios y sobre nosotros con la alegría.

Corre Jacques a buscar a Vera. Estaba indispuesta, y no figurándonos que las cosas iban a precipitarse durante la mañana la habíamos dejado descansar. En cuanto mi padre la ve, le dice: "¿Eres feliz, pequeña mía?" Mi padre está contento, resplandeciente; sus ojos, un momento antes apagados, brillan dulcemente. "Soy dichoso, dice a mi madre; como si me hubieran quitado un gran peso del corazón, una torre Eiffel". Es el miércoles de Ceniza, 21 de febrero de 1912.

Así nuestra intervención que tanta ansiedad nos había dado se encuentra justificada. Ya sólo resta procurar por todos los medios la salud corporal. La transformación física de mi padre es tan grande que creemos va a restablecerse.

Espiritualmente ya nada pedimos. El don de la inocencia

estaba en él, con la gracia de Dios, y no creemos que el bautismo le produzca por el momento efectos interiores distintos de los que produce a los niños.

Pero he aquí que le oímos decir de repente que desearía recibir todo lo que la Iglesia da a los enfermos, y que querría ver a un sacerdote "que no le deje dormir" y que hable con él durante dos o tres horas. Dice esto con regocijo. Querría también recibir la visita del obispo de Versalles monseñor Gibier. Después declara: "¡Ahora necesito que me coloquéis las medallas en el cuello!" (Tenía en el portamonedas una medalla de la Santa Virgen, con una inscripción: "medalla milagrosa", y una medalla de San Benito, que le regalamos antes y que aceptó gentilmente; añadimos a ellas una crucecita y una medalla de la Salette). Dijo después: "¿Cómo me las arreglaré para rezar? —Yo no sé leer— (Leer en francés). Entonces le dí una hojita en la cual había yo escrito en francés —con caracteres rusos— el "Padrenuestro" y el Acto de Caridad. Me arrodillo junto a él, pide los anteojos y deletrea penosamente, con profunda gravedad, las santas palabras, mientras yo le ayudo un poco traduciendo ciertos pasajes. Le pregunto si perdona a sus enemigos: ¡oh sí!, responde sonriendo.

Aquel papelito donde están sus primeras oraciones lo guarda con amor, lo coloca sobre el corazón. Por la noche habrá de buscarlo, dirigirá la mano hacia él en su agonía, y después de muerto lo conservará pegado al pecho.

En fin, durante la misma mañana de aquel miércoles de Ceniza me pide que le enseñe a hacer el signo de la Cruz; así daba los primeros pasos en la vida cristiana. Nunca olvidaremos el grave recogimiento con que se santiguó lentamente, pronunciando bien las palabras: "En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo".

Para atender el deseo de mi padre había ido Jacques a buscar a uno de los vicarios de la Catedral, a nuestro amigo el abate Courtellemont, a quien puso al corriente de lo ocurrido. Conversa mi padre largamente con el sacerdote, y recibe después el sacramento de la Penitencia. Al salir del

cuarto, muy emocionado, nos dice el sacerdote que ha encontrado al enfermo maravillosamente instruído, y "con tan buenas disposiciones que nada puede rehusarle"; le hará, pues, comulgar al día siguiente y le administrará la extremaunción.

Pasa mi padre una jornada bastante buena. Al día siguiente, 22 de febrero, recibe la Eucaristía y la Extremaunción. Y no sabiendo como unirse a las oraciones de la Iglesia, deseando ardientemente manifestar su fe, no cesa durante toda la ceremonia de hacer grandes signos de la Cruz; va su mano ampliamente de la frente a las rodillas, y de un hombro a otro.

Mi madre está presente y deshecha en lágrimas. Entonces mi padre le dice: "Yo rogaré por ti, a fin de que estés conmigo." Y un poco más tarde: "Los hijos nada te dirán." En efecto, no tuvimos necesidad de "decir" nada; fué sin duda, suficiente la oración de mi padre; y la evolución religiosa de mi madre se hizo lenta y dulcemente.

Aquella jornada, pareció favorable al enfermo. La pasó en paz. Al día siguiente, viernes 23, el obispo de Versalles vino a administrarle el sacramento de la Confirmación; y profundamente emocionado por la fe y la confianza del moribundo, lloraba monseñor Gibier con nosotros, y le decía: "Sóis ahora un soldado de Dios."

Con esta preparación —en tres días había recibido todo, y resplandecía de la luz de los sacramentos—, mi querido padre entró en una agonía serena, salpicada con algunos momentos de un poco de delirio en los cuales se manifestaba todavía una esperanza de curarse. Varias veces nos dijo que era feliz y que también nosotros deberíamos serlo.

Estábamos todos juntos a él, con mamá. Pero yo iba de un cuarto a otro, pues no podía soportar el verlo morir. Jacques no lo dejaba; siempre estaba junto a él, en la cabecera. En los últimos minutos, a la aurora del sábado 24 de febrero, un poco antes de las cuatro de la mañana, le oyó decir: "¡Dios mío, salvad mi vida!" Jacques le sugirió dulcemente: "Dios mío, yo os doy mi vida", y mi padre

repitió: "Dios mío, yo os doy mi vida." Así exhaló su último suspiro.

Tiene un hermoso y noble semblante; la habitación se llena de dulzura. Estamos rotos, como después de un combate en que todas las fuerzas del cuerpo y del alma han estado en tensión hasta el último límite; la paz divina que ha llenado el corazón de nuestro padre hasta el fin, nos sostiene en nuestro dolor.

Mi querido Jacques, recordando que la primera vez entró nuestro padre a la iglesia para oír el órgano, le encarga espléndidos funerales llenos de música. Asistieron con nosotros los Bloy, y nuestros nuevos y fraternales amigos Pedro, Cristina y León van der Meer.

Isabel María

La conversión de mi padre deja inquieta a mamá, e irritada contra nosotros. Aquello dura cierto tiempo, después del cual vuelve a nosotros con toda ternura. Como habitaba ya con nosotros quedó unida estrechamente a nuestra vida. Por su carácter muy sociable fué feliz al recibir a nuestros amigos, sacerdotes y laicos. Los amó como nosotros los amábamos. A lo largo de los años, oyó a los padres y a los religiosos —el abate Millot, el padre Lamy, el abate Carlos Journet, el padre Garrigou-Lagrange, el abate Altermann, el padre Vicente Lebbe, monseñor Wladimiro Ghika, Carlos Henrion, el padre Bernadot... hablar en nuestra casa de las maravillas de Dios y de María; a Enrique Gheon leernos casi todo lo que ha escrito después de su conversión, a Jacques explicar la filosofía y la teología de Santo Tomás de Aquino, en las reuniones de nuestros círculos de estudios tomistas—. Le gustaba a ella el fervor de aquellas reuniones, su gravedad e intención, aun cuando no fuera capaz de seguir las discusiones. Cuando se nos concedió el privilegio de un oratorio, asistió a las misas celebradas en él. No hacía el signo de la Cruz, ni se arrodillaba; permanecía de pie llena

de respeto, y rezaba en su corazón a su manera, sin separarse de nosotros. Durante trece años completos vivió así con nosotros y ni una sola vez durante ese tiempo le hablamos de cuestiones religiosas. Obraba sin duda sobre nosotros, la promesa de nuestro padre: "Los hijos nada te dirán." Sin embargo, deseábamos ardientemente verla tornarse cristiana, y pedíamos a Dios que llegase aquello en tiempo tranquilo, cuando estuviera llena de salud, cuando la cruel perspectiva de la muerte no nos tuviese abrumados... Eso es lo que ocurrió en efecto.

Mi intención no es hablar, largamente, ahora de estas cosas, tan alejadas de la época de nuestra estada en Versalles, de que se trata en este libro. Pero como no sé si me será dado hablar más tarde de ello, quiero decir ahora, por lo menos lo esencial.

La primera persona que presentó directamente a nuestra madre la cuestión referente al bautismo, fué un santo sacerdote, un santo simplemente, el padre Lamy, párroco de la Courneuve. Lo habíamos conocido en 1921, exactamente el jueves de Pascua de aquel año. Desde que habitábamos en Meudon, venía a decir misa a nuestro oratorio en las grandes fiestas. Así tuvimos la dicha de tenerlo entre nosotros los días 24 y 25 de diciembre de 1924. Entonces nos confió que dos semanas antes, encontrándose solo con mamá, le preguntó cuando iba a hacerse católica, y ella le contestó amablemente: "Un poco más tarde." Nada nos dijo mamá de aquel corto diálogo, y nosotros no la importunamos.

Dos meses más tarde, el príncipe Wladimiro Ghika, ordenado de sacerdote hacía sólo dieciocho meses, acababa de regresar a toda prisa de Roma (adonde había sido llamado para un asunto tragicómico del que no puedo hablar), para no dejar de celebrar en nuestra casa la misa aniversario de la muerte de mi padre, el 24 de febrero. Nos pidió permiso para hacerle a mamá la misma pregunta que le había hecho el abate Lamy el día 10 de diciembre. Se la hizo después de misa. Esta vez mamá misma me habló del asunto. Sin comprometerse poco ni mucho, contestó al

príncipe Ghika que estaba dispuesta a hacer la voluntad de Dios. Mamá, a partir de aquel día, me interrogó frecuentemente sobre tal o cual punto de doctrina. Tenía libros en ruso, el catecismo de que se había servido mi padre y el Nuevo Testamento. Estuvo conmigo más cariñosa que nunca. Yo no intervenía, sino a su petición. Ella estaba en paz, y nosotros también. No parecía que las cosas habían de ir de prisa.

Las primeras palabras de compromiso me las dijo tres meses más tarde, el 26 de mayo. "Voy a leer todo eso de las oraciones, porque es preciso, sin duda, que me prepare". El domingo 7 de junio, en la fiesta de la Santísima Trinidad, mamá me contó el sueño que había tenido la noche precedente: "El Papa estaba delante de mí, vestido de blanco, dió a Jacques, para mí, una cosa blanca que se parecía a *un* pájaro, y eran *tres* (insistía respecto a los nombres que subrayo). Y Jacques tenía que dármela, yo estaba cerca de Jacques". Mamá se emocionó cuando supo que aquéllo ocurrió justamente el día de la Santísima Trinidad — lo que ella ignoraba. Su sueño le impresionó profundamente, aun cuando no le diese ella significación precisa.

Los días siguientes nos trajeron acontecimientos felices; fué aquello como una extraordinaria floración de un verano espiritual: fundación de la *Caña de Oro*. Confesión y comunión de Juan Cocteau, Erick Satie, que está muy enfermo se confesó y comulgó varias veces antes de morir el 2 de julio. Jacques lo vió por última vez el 29 de junio; estando Satie adormecido, Jacques permaneció a su lado, rezando en voz baja. Entonces Satie se despertó y dijo a Jacques estas palabras tan dulces: "Es bueno estar así juntos sin decirse nada, sobre todo cuando se piensa de la misma manera."

En fin el 29 de julio, hacia la noche, encontré a mamá abajo, en el comedor, leyendo la Epístola de Santiago, con el semblante feliz y tranquilo. Quizás leyera estos versículos: "Todo don perfecto, toda gracia excelente des-

ciende de lo alto, del Padre de las luces en quien no existe vicisitud ni sombra de cambio..." "Esto es muy hermoso", me dice. — "Sí, mamá, y tú sabes muchas cosas en el momento presente." "¿Así lo crees?" me dice; y añade después: "Entonces, ¿crees tú que estoy presta?"...

Estamos los tres alrededor de ella un poco delirantes de felicidad. Nos dice que estos últimos días se encontraba en la ansiedad, pero que hoy mismo había desaparecido toda inquietud y había tomado la resolución de hacerse bautizar. Pide que sea nuestro amigo el abate Millot, vicario general de Versalles, quien la bautice. Trátase de un sacerdote de angélica simplicidad y que ama a la Santa Virgen a la manera de un San Bernardo. La elección de nuestra madre nos conmueve profundamente. Y la simpatía entre ellos es recíproca. Él no quiere hacerle esperar el bautismo más de dos o tres días. Jacques será su padrino y yo la madrina, y a su nombre de Isabel añade ella el de María. Es, pues, bautizada el domingo 2 de agosto, a las cinco de la tarde, en nuestra capilla que está en el primer piso, mientras abajo se reúnen nuestros amigos, que no han sido prevenidos, ni saben nada de lo que pasa, y que quedan extrañados ante la profusión de rosas que adornan el salón. Bajamos con el corazón rebosante de felicidad, a eso de las seis, guardando el secreto de mamá con el fin de permitirle cierto tiempo de paz y silencio.

Mamá es feliz, y su salud excelente; Dios nos ha escuchado maravillosamente: escuchó la súplica de nuestro padre que dijo a su mujer algunas horas antes de morir: "Pediré por ti, a fin de que estés conmigo". Ahora ella estaba con él en la Iglesia de Dios; y durante siete años había de vivir en la fe e inocencia de su bautismo, pidiendo sin cesar por sus hijos.

Elisabeth-Marie

Oh se peut-il que se défasse ton doux visage
dans le nuage de tes cheveux d'argent
Et que jamais plus je ne baise tes petites
mains diligentes?
Sur l'humble royaume de ta maison tu as
régné avec sagesse
Et nous ne fûmes jamais que des enfants
pour ta tendresse.
Tu avais dans ta mémoire les plus beaux
chants de l'Ukraine
Et des neumes de Synagogue ornés à l'infini
Et dans ta voix passaient des regrets et des
peines
En longs soupirs où s'apaisait la mélodie.

Ton grave esprit fit lentement le chemin de
l'Ancien au Nouveau Testament
D'Elisabeth à Marie.
O ce jour enfin où tu nous dis, l'Evangile
ouvert sur tes genoux — je suis prête.
Ton visage paisible brillait, la vie entière nous
parut un jour de fête.
Tu pris ta place à la chapelle comme une
enfant
Silencieuse en oraison ou murmurant des
rosaires
Coeur recueilli de la maison coeur vigilant
Die te fit don de sept années de vie et de
prière.
Un matin de mai tout finit, un samedi le jour
de la Vierge
Et tu parus attendre la dernière onction
Pour dans un baiser d'abandon
Unir tes lèvres et mourir.

Dans la robe claire que tu as aimée,
une mantille sur tes cheveux fins
A tes pieds un bouquet de roses, et le chapelet
entourant tes mains,
Je te verrai toujours si doucement dormir.
Sommeil absolu, recueillement corporel
Corps immobile et qui diffuse le silence
Présence tout à coup d'une vie totale comme
un astre
Conclusion du lent travail de l'âme et de la
grâce
La Sagesse a bâti cette maison — c'est l'évidence.
Et ce corps est sacré.
C'est pourquoi la paix qui l'environne est si
douce et si déchirante
Et absorbante comme un gouffre.
Je n'ose regarder la fenêtre de ta chambre
Où tu te penchais por nous voir dans le pardin
Et le soir quand nous montons il n'est plus
nécessaire
De baisser la voix pour préserver ton sommeil.
Le bruit que nous faisons nous est toujours
un dur rappel
De ton absence
Et de ton repos éternel.

Capítulo V

ERNESTO PSICHARI

El llamamiento de las armas

Si la conversión de Carlos Péguy, después de un momento de feliz sorpresa y un período de pura alegría debió, extrañamente, convertirse entre él y nosotros en una causa de dolorosa mala inteligencia, hasta el punto de no quedar, en cierto momento, más que la fidelidad, de nuestra antigua amistad; la conversión de Ernesto Psichari fué para él y para Jacques un estrechamiento de los lazos fraternales que les unían desde los años de colegio y nos dió el espectáculo trastornador de las grandezas de la gracia en un corazón magnánimo y simple, y en un alma caballeresca y libre.

Ya he hablado antes del medio elegante y liberal en que Ernesto creció [1], de lo felices que fueron los años de su amable infancia y brillante juventud. La gloria de Renán, su abuelo materno, y la esclarecida solicitud de sus padres le rodeaban de una atmósfera de dicha fácil. Desde entonces conoció casi todo lo que la Francia contaba de jóvenes celebridades, entre los escritores, los sabios y los hombres políticos de aquel tiempo, que frecuentaban la hospitalaria casa de los Psichari.

Estaban abiertas para él todas las puertas y todos los corazones; parecía que todo había de sonreírle, y que con-

[1] Ver *Las Grandes Amistades,* primera parte.

taba con todas las posibilidades de un desarrollo pleno de las ricas facultades de su espíritu y de su alma. Y en verdad que así ocurrió, pero de acuerdo con otras ambiciones, previsiones y circunstancias; todo, hasta la desesperación y hasta la muerte. Porque de una desesperación mortal resucitó a la vida. Por su vida generosa y dura caminó por las vías de la verdad, y por su muerte sangrienta llegó a la más pura de las glorias [1].

*
**

Rápidas son las etapas de esta vida breve y plena. La primera contrariedad que su destino le opuso sepultó de un solo golpe todo el edificio de su felicidad. La desesperación de un amor desgraciado —su primero y único amor— rodea su corazón de espesas tinieblas. Abandona la dulce casa de su infancia; yerra por París a la busca de un trabajo manual; escaso de dinero, conoce los rincones lúgubres de la miseria; trata de perder en una vida de infame libertinaje el recuerdo a la vez de su vida feliz y de su puro amor. Pero no puede olvidar; añádese el disgusto a la desesperación, y opta por la muerte. Bebe un frasco de veneno. Llega a tiempo un amigo para hacerle volver en sí. "Pero, cuenta su hermana Enriqueta, al salir Ernesto de la noche donde pensaba sepultarse, tiene un sobresalto de odio contra la vida... Todavía le queda un recurso, saca rápidamente del bolsillo el revólver compasivo. Los dos muchachos luchan en el cuarto casi a obscuras. Es un cuerpo a cuerpo silencioso en el cual el más mínimo falso movimiento puede hacer dispararse el arma que tratan de arrancarse mutua y brutalmente. Rueda por fin el arma

[1] Tendré que citar en este capítulo, y lo haré sin otras referencias, las páginas de Jacques Maritain sobre Ernesto Psichari en *Antimoderno; Nuestro Amigo Psichari*, de Enrique Massis; *Ernesto Psichari, mi hermano*, por Enriqueta Psichari; *Recuerdos de Péguy*, de Genoveva Favre; *Las Grandes Amistades*, primera parte.

por tierra; Ernesto salvado pero sin fuerzas, se derrumba en los brazos de su amigo."

¿Quién era este amigo? Enriqueta Psichari no nos lo dice. ¿Acaso era Mauricio Reclus, que en aquellos días sombríos trataba de ayudar cuanto podía a Ernesto? Reclus era un gran amigo de Jacques y de Ernesto, más tarde de Péguy. Jacques y él se hicieron amigos en el Liceo Enrique IV, donde eran compañeros de clase. Lamento haberle conocido yo muy poco, porque la vida espació nuestras relaciones, sin que por ello disminuyera el profundo afecto que Jacques y él se profesaban mutuamente. Jacques me ha hablado con frecuencia del espíritu radiante de Mauricio, de su aplicación al trabajo, de su bondad y de su abnegación. Era Mauricio uno de los concurrentes habituales a las reuniones de los jueves en la calle de Rennes, y fué para la madre de Jacques un amigo incomparable. A él le confió la empresa de escribir sobre Julio Favre el libro que su piedad filial hacía tanto tiempo deseaba. Hijo del célegre geógrafo Onésimo Reclus, nieto de Eliseo Reclus, dejó las tradiciones anarquistas simpáticas a su familia para convertirse en alto funcionario de la Tercera República, en el Consejo de Estado. Sin noticias de él desde junio de 1940, hemos pensado con frecuencia en la mortal tristeza en que ha debido sumirle el desastre de Francia.

Ernesto reacciona lentamente contra aquella crisis de desesperación. Pasa largos meses en el campo en la más completa soledad. Se familiariza con el dolor, y aprende a vivir con él. Contempla entonces el porvenir y decide su destino. Se separa en espíritu de la vida elegante que conoció hasta los dieciocho o diecinueve años, donde le acechaba el diletantismo. Ahora tiene veinte años. Sin querer atender a ningún consejero, sensible solamente a un instinto superior del espíritu, toma la única decisión que en aquel momento podía serle saludable. Sólo y errante, se sobrepone por sus propias fuerzas a la desintegración que le invade.

"Cualquier otro joven, al atravesar una crisis tan grave, se hubiera dejado socorrer por la religión —dice su hermana Enriqueta—, Ernesto no piensa en ella, nada sabe de ella. Considera la religión como un fenómeno histórico... es a sus ojos una abstracción escolar, ignora todavía lo que puede ser el poder de la fe."

Sin embargo, "quiere, como escribirá a Jacques, su propia reforma... y para crear él mismo en sí su orden interior, reducirse a un orden dado por los hombres". Busca, pues, una escuela de disciplina, una disciplina lo más extraña posible a su vida hasta entonces, y la encuentra en el ejército. Aquello está hecho, su decisión es irrevocable. Comienza por adelantarse al llamamiento. En 1903 es soldado, el más humilde de los pequeños soldados, soldado de segunda clase del regimiento 51 de infantería. En 1904, ante la estupefacción de todos sus amigos —con escándalo de los intelectuales antimilitaristas amigos de su familia— firma el reenganche en el 51 de línea. "Llega a sargento, pero impaciente por obrar pasa a la artillería colonial, como simple artillero. Recibe pronto los galones de suboficial de artillería, parte en misión para el Congo bajo las órdenes de un jefe muy amado, el comandante. Lenfant. Vuelve a Francia en 1908 con la medalla militar, después del inmenso desatino de la cuenca del Sangha y la llanura del Tchad... Entra entonces en la escuela de artillería de Versalles, de donde, en septiembre de 1909, sale subteniente. Inmediatamente parte para la Mauritania, de donde no volverá hasta diciembre de 1912, después de haber recorrido en una soledad de tres años el más bello de los itinerarios espirituales".

He ahí, pues, seis años durante los cuales ve su decisión justificada día por día. No se había equivocado al buscar la salvación en la disciplina. Lo que le sostuvo durante todo ese tiempo, lo que le dió la razón de vivir — no fué sólo ciertamente, la potencia de olvido y distracción que proporciona la regla dura, y la fatiga desgarradora del oficio de las armas — fué el convencimiento que tuvo desde

el principio del valor formador, espiritual, de la disciplina libremente consentida con un fin generoso. Presintió que su alma sería enderezada y que su libre arbitrio resultaría fortificado. "Nosotros somos de los que arden en deseos de someterse para ser libres", escribirá en *Las Voces que claman en Desierto.* Para él, el último fruto de su obediencia de soldado habrá sido la libertad, la liberación espiritual. El ejército, escuela de voluntad, corroboración del libre albedrío; escuela de abnegación también, y amplio campo abierto a la generosidad de un gran corazón. ¿No está todo el ejército consagrado esencialmente al bien de otro que no es él, al bien del país? (No siempre —ya lo sabemos—, y peor para los que, formando parte de él, no piensan sino en servir a su propia carrera y a su propia gloria; pero Ernesto nunca pensó en tales vicisitudes.) Ernesto tiene un concepto místico del ejército (en el sentido en que emplea Péguy esa palabra), es decir, que lo ve tal cual sería si se realizase lo mejor de su esencia. Le consagrará un libro entusiasta —*El llamamiento de las armas*— que es "el canto de retorno a las virtudes del orden militar, de la disciplina y de la acción, del retorno amoroso a la Francia". Es cierto que Ernesto concede al ejército un poco más de poder bienhechor que el que comporta la naturaleza del mismo. Más tarde lo comprenderá. Por el momento el ejército es su Iglesia. Pero más tarde dirá que aquel "pobre libro" databa del tiempo en que él esperaba "sin hacer nada para volverse digno de la luz que cura y salva". Pudo, sin embargo, escribir con toda verdad en el *Llamamiento de las armas:*

"Cuando el autor de este relato hizo sus primeras armas al servicio de Francia, le pareció que comenzaba una vida nueva. Tuvo verdaderamente el sentimiento de dejar la frialdad del mundo y de llenar la primera etapa de un camino que había de conducirle hacia las más puras grandezas."

Y más tarde, en *Las voces que claman en el Desierto:*

"Sabemos lo que es la sumisión de un soldado. Pero no sabemos también que no es sino la figura de una sumisión más alta." Esta es la verdad que comprendió muy pronto.

El llamamiento del amigo

El bello y conmovedor libro que Enriqueta Psichari escribió sobre su hermano, cuenta que los primeros días de cada mes de octubre, al comienzo del curso, el joven Ernesto "sin fallar una sola vez había pescado entre los treinta camaradas el que debía ser su amigo íntimo durante el año... La familia, muy habituada, acogía el domingo con su acostumbrada benevolencia al elegido del día. Apenas algunas pequeñas burlas mordaces de su padre denotaban la crítica: Y bien, dinos pues, ¿dónde está el que veíamos tanto el año pasado?...

"Ninguna extrañeza produjo, pues, el que en la aurora de sus quince años, anunciase Ernesto que acababa de encontrar un "tipo interesante", de inaudita inteligencia, y que ya, desde hacía algunos días, estaban unidos por amistad fraternal. Nadie le creyó, a pesar de que la cosa era cierta. Ernesto orgulloso de su encuentro, condujo inmediatamente al nuevo amigo ante sus padres, y trató de averiguar ansiosamente por la noche la impresión producida. No se había engañado esta vez, todo el mundo estaba de acuerdo en que el amigo era perfecto".

La amistad que desde aquel día unió a Ernesto y Jacques, nunca declinó. Jacques era tan entusiasta de Ernesto como Ernesto de Jacques. Éste, un año mayor, ejercía sobre Ernesto "un derecho de primogenitura innegable". Sus naturalezas tan diferentes estaban en perfecto acuerdo, y sus cualidades eran complementarias y no opuestas. Se parecían en una misma capacidad de entusiasmo, un mismo amor a sus ideas, una educación igualmente arreligiosa. Su afecto fué desde el principio muy profundo. Según un rasgo constante de su naturaleza, Jacques rodea a Ernesto

de solicitud; cuando Jacques está enfermo es Ernesto quien se afana. Y en una circunstancia grave arrostra el peligro de contagio, no puede impedírsele que entre en la habitación del enfermo atacado por la viruela:

"—¡Ah!, viejo, ¡qué amable eres! ¡Ponte a salvo! Ya te escribiré, murmura Jacques."

Por su parte Jacques, triunfante, había presentado la magnífica adquisición a su madre, por quien Ernesto fué inmediatamente adoptado y querido siempre como un hijo. La felicidad de los dos amigos no decayó durante los tres años en que las discusiones literarias y filosóficas, políticas y sociales, y su trabajo de estudiantes fué suficiente para llenar su vida.

Pero he aquí que tienen diez y ocho y diez y nueve años, respectivamente; Ernesto se enamora de la hermana de Jacques, que no puede aceptar su amor, y la joven vida de aquél se derrumba.

Jacques está desesperado por la desesperación de Ernesto. ¡Qué angustia la suya, temiendo lo peor, y no sin motivo! Con toda la fuerza de su abnegación trata de ayudar a Ernesto a sobreponerse a su pena atroz. Pero, ¿qué puede la amistad contra la magia del encantamiento amoroso? Se ve precisado a asistir impotente a los estragos de la pasión en el alma de Ernesto, a verle hundirse "en días sin luz", alejarse de su influencia y del afecto de los suyos.

Salvada la crisis suprema, la decisión tomada por Ernesto de entrar en el ejército lleva también a Jacques cierta tranquilidad, aunque no mucha alegría. Después, mientras Ernesto hace el aprendizaje de la vida de soldado, vivimos nosotros nuestro propio drama. En 1905 conocemos a León Bloy. En 1906 nos hacemos católicos. Nada sabe todavía Ernesto de nuestra evolución; hemos querido conducir solos, hasta el fin, nuestra aventura. Dos meses próximamente antes de nuestro bautismo, parte Ernesto, lleno de alegría, para el Congo. Nosotros salimos para Heidelberg en el mes de agosto. Desde que Jacques vive en la fe sueña con el recurso admirable que Ernesto encontraría en ella.

No cesa de rogar por él; piensa que ha llegado el momento por fin, de enterarle de la gracia que hemos recibido. Lo hace, sin duda, con la torpeza de nuestra inexperiencia. De Heidelberg le envía al Congo una carta que termina bruscamente con estas palabras:

"Espero que vuelvas de esas soledades creyendo en Dios."

"He estado a punto de atrapar una calentura", escribe Ernesto a su madre en 15 de febrero de 1907, y le dice lo siguiente: "Pienso con frecuencia en usted en estas soledades, con tanta frecuencia que eso me impide un poco pensar en Dios, como lo querría el buen Jacques"; y Enriqueta Psichari, que cita esta carta de su hermano, añade: "Ernesto había de permanecer durante largo tiempo extrañado, aturdido de que Jacques se hubiera hecho creyente..."

Jacques, sin embargo, sin cuidarse demasiado de las reacciones de su amigo, le escribió de nuevo, esta vez desde la Salette, donde pasamos algunos días en junio y julio de 1907:

"Hemos rogado por ti desde lo alto de la santa montaña. Me parece que esta Virgen tan bella llora por ti, y que te quiere. ¿No habrás de escucharla?"

Aquella carta le extrañó como la precedente, y le proporcionó la ocasión de afirmarse en su propia irreligión. Sin embargo, asegura Enriqueta que en el paquebot que le volvió a Francia, en enero de 1908, su hermano "sueña con la misteriosa tarjeta postal, con aquel Dios desconocido que tal vez un día le lleve la salud. A partir de aquel momento, dice, Ernesto... siente siempre subir hacia él la influencia de su amigo".

En enero de 1908 vuelve Ernesto del Congo con la medalla militar, para la cual le propuso el comandante Lenfant. He aquí la "nota de proposición especial concerniente al sargento de caballería Psichari", que cito porque están exactamente señalados en ella los principales rasgos del carácter de Ernesto:

"Este suboficial, el más joven de la misión, ha estado

encargado de empresas delicadas, en las cuales su juicio, sus aptitudes militares y sus disposiciones viriles se han revelado en su honor. Después de haber contribuído enérgicamente al aprovisionamiento de la columna de la Nana, ha formado parte del destacamento del Boubandjidda desde Bouala hasta Leré. Su energía moral, firmeza y espíritu de justicia y sus sentimientos de bondad hacia los indígenas han asegurado el éxito de la columna que atravesaba poblaciones muy impresionables. Encargado desde el principio de la columna de la Penndé, la dirigió completamente solo desde Lai a Dokoula con mucha iniciativa, energía, abnegación, inteligencia y cuidado. El suboficial de artillería Psichari ha demostrado una hermosa sangre fría al pasar por las tribus reacias. Siempre activo y dispuesto a correr al peligro, su valor no se ha debilitado una sola vez en el curso de esta columna muy pesada, difícil de defender y constantemente expuesta.

"De regreso en la Sangha, después de un recorrido de 3.200 kilómetros, ha realizado dos reconocimientos en país yanghéré, de donde ha traído estudios juiciosos, así como documentos llamados a prestar un real servicio a la ciencia.

"El suboficial de artillería Psichari ha mostrado iniciativa y actividad durante la Misión. Siempre en la brecha, ha dado sin tasa la medida de su resistencia, energía para el trabajo, y bella inteligencia, de sus cualidades guerreras y de su valor personal..."

Ernesto Psichari comenzó en Africa y acabó en Francia la redacción de su primer libro, *Tierras de Sol y de Sueño,* que presenta huellas de diletantismo, y una tendencia a la paradoja que se manifiesta sobre todo al final del libro en un himno a la violencia guerrera. El equilibrio del alma se revela todavía inestable. Se la siente en movimiento, en la busca de un punto de apoyo completamente seguro, pero que todavía no encuentra. El libro tiene un gran éxito; Mauricio Barrès está entusiasmado de él. Jacques mucho menos, porque aquellas páginas no están

al nivel del carácter de su amigo. Y le escribe con toda naturalidad:

"Al leer tu libro tan lindo me parecía verte en sueños allá lejos, como verdadero dominador, y en hábito distinto del de soldado."

Es de nuevo Enriqueta quien cita esta carta y añade:

"Ernesto no se encoje de hombros; ya ha desaparecido la sonrisa escéptica. Hay allí algo más fuerte que él, una grandeza a la cual, a pesar de las exhortaciones de Jacques, no llegará sin duda jamás. Peor para él, si no puede subir tan alto, si no puede plegarse totalmente todavía bajo la fascinación que el pensamiento de Jacques ejerce sobre él, si no está dispuesto a recibir lo que hay de mejor en el tiempo y en la eternidad, la paz de Dios, la que el mundo no puede darle [1]."

Aquella carta de Jacques que Ernesto acaba de recibir, se la lee inmediatamente a Enrique Massis, mientras deambulaban por las calles de París en la noche del 31 de diciembre de 1908 al 1º de enero de 1909, y no se sabe por qué, comienzan a hablar de Dios.

"¿Quién de nosotros habló el primero de Dios? Ya no me acuerdo, pero fué entonces cuando Psichari pronunció ante mí un nombre hasta entonces desconocido, el de Jacques Maritain... Volvíamos a bajar por la avenida de los Campos Elíseos, parecida entre las orillas de las aceras y el doble cordón de luces, a un gran río por donde corría el viento frío. Psichari se detuvo bajo una lámpara, y sacando del bolsillo una carta que Maritain acababa de escribirle a propósito de *Tierras de Sol y de Sueño*, dijo: "¡Qué pavorosa idea tiene este buen Jacques! Me ve volver de allá lejos con el hábito de misionero."

Massis añade:

"Por mucha admiración que experimentase por la gran idea que llenaba el corazón de Maritain, por mucha turbación que le produjese la conversión de aquella alma tan

[1] Carta de Jacques Maritain, 31 de diciembre de 1908.

rica y tan rara, se resistía. No pasaba de hacer una confesión al amigo fraternal. En aquellos comienzos de 1909, Psichari no estaba todavía dispuesto a oírle."

"Todo lo que puedo decirte, por el momento, escribe entonces Ernesto a Jacques, es la atracción que siento hacia esa hermosa casa espiritual donde quieres hacerme entrar. Tu pensamiento, mi querido Jacques, es de esencia tan preciosa que ejerce sobre mí verdadera fascinación. No sabría decirte la impresión de regocijo y alegría refrescante que experimento leyéndote o escuchándote. Pero esa impresión es, sobre todo, debo confesártelo, una impresión física. Me siento atraído hacia tu casa, pero no entro en ella."

A eso se redujo por el momento la atracción. Durante los dieciocho meses que pasó en Francia —antes de su partida en octubre de 1909 para la Mauritania—, Ernesto adquirió sobre todo clara conciencia de su vocación militar. Le ayudó a ello la potente influencia de Péguy, que Ernesto amaba profundamente, y a quien dedicó su segundo libro — *El llamamiento de las armas*. Pero cuando apareció, en 1913, ese libro marcó también una etapa rebasada, que se acababa ya cuando comenzó a escribirlo en 1910, en los primeros tiempos de su estada en Mauritania.

"Psichari debía darse cuenta bastante pronto, escribe Jacques, de lo absurdo que resultaba el buscar en la "mística" militar el equivalente de una religión, y lo que necesita el hombre para vivir y morir. Dada, sin embargo, su propia historia individual, se comprende por qué tuvo que pasar por tal estado, y por qué su apología del soldado no debía colocarse en un punto de vista positivo y exterior de realismo político y social, sino en el punto de vista del realismo del alma, en el punto de vista del heroísmo y conquista del orden interior."

Fué durante los tres años de su permanencia en la Mauritania cuando Ernesto debió si no acabar perfectamente aquella conquista, abrirse por lo menos al don de Dios, a la invasión de la gracia. De aquellos encaminamientos de la

verdad en su alma rindió admirablemente cuenta en *Las Voces que claman en el Desierto* — relación directa de su experiencia; y en *El Viaje del Centurión*, donde su itinerario espiritual está contado en tercera persona; no es él el que habla, sino Maxence, su sinónimo.

Para terminar el relato de aquella busca de Dios recurriré, al mismo tiempo que a mis recuerdos personales, a las confidencias del mismo Ernesto Psichari tales como las encontramos en *Las Voces que claman en el Desierto*.

Este libro describe un doble itinerario: el del soldado que ha recorrido, a la cabeza de un grupo de meharistas, los desiertos de la Mauritania, para afirmar allí las posesiones francesas, conquistar para la Francia ardientemente amada la adhesión y la confianza de los nómadas; y el itinerario espiritual, el único del cual hablaré aquí, y cuyo punto de llegada ha sido la conquista de la fe.

El llamamiento de Dios

Sin embargo, en los comienzos de 1909, nada todavía parece haber conmovido el pensamiento de Ernesto con inquietud religiosa de ningún género. En el mes de octubre del mismo año partía para la Mauritania sin cambiar en apariencia. Pero cuatro o cinco meses más tarde las primeras páginas de las *Voces* . . . , que se remontan al mes de febrero de 1910, testimonian, si no una inquietud religiosa, por lo menos una preocupación moral muy significativa. Al llegar el 18 de febrero ante el puesto de Alej, donde flota la bandera francesa, Ernesto, impresionado por la pura belleza del lugar, exclama: "Cuadro magnífico . . . y que, desde el principio, nos da la clave del África. Nos enteramos de que hablará más a nuestra alma que a nuestros sentidos, y henos ya comprometidos, por el puro símbolo de lo que hay de más noble bajo los cielos, en la más noble vida espiritual."

"Lo que a todo trance se necesita, añade, es que el África

vuelta a encontrar me dé consejos útiles... No existe en mí voluntad más decidida, ni más firme propósito, que los de marchar ahora a través del mundo, en tensión sobre mí mismo, decidido a conquistarme a mí mismo por la violencia. No atravesaré yo como aficionado la tierra de todas las virtudes, sino que a toda hora le pediré la fuerza, la rectitud, la pureza del corazón, la nobleza y el candor..."

Estas palabras nos dan la clave, nos dan el tono de la vida que va a desarrollarse en el alma de Ernesto, en la tierra africana. De esta tierra siente "hasta el dolor" la gravedad singular, donde nada se presta a la ironía o la sonrisa: "¡Ah!, no, nosotros no nos reíamos en África. Yo sé bien que no seremos allí escépticos, que *escogeremos*, que todos los días querremos escoger. No somos de los que quieren conciliarlo todo, amarlo todo. ¡Que los delicados se vayan, pues! ¡Que aquellos a quienes asustan los sentimientos un poco rudos, que aquellos a quienes ofende una excesiva simplicidad de corazón, dejen para siempre la tierra de la fuerza y de la virtud! ¡Que todos aquellos que vacilen, todos los que tiemblen ante una verdad demasiado fuerte, no vengan a tomar el rudo alimento del África! Se necesita aquí una mirada firme sobre la vida, una mirada pura, que vaya recta ante uno, una mirada joven, completamente franca y clara."

Hablando de un puesto militar a él asignado, al borde de la maleza de Moudjeria, donde permanece desde el 24 de mayo al 12 de junio de 1910, "es allí, dice, donde conocí las primeras horas de verdadera soledad, donde escuché piadosamente por primera vez, caer las horas en el eterno silencio del desierto. Pero aquella tierra muerta, donde jamás un hombre fijó su mirada, me parecía salir de los límites ordinarios de la vida, conducirme, temblando de vértigo, sobre el borde de la eternidad. Durante los días de calor aplastante, mientras los guerrilleros dormían bajo un sol familiar, permanecía yo en mi tienda, con el mentón sobre las rodillas, percibiendo, con el latir del corazón, una especie de sentimiento de misteriosa espera".

En la misma época despiértase en él una sombría suscep-

tibilidad, extraña en un incrédulo, respecto a la reputación de irreligiosidad que se ha hecho a Francia: cuando se afecta olvidar, ante él, que Francia es una "potencia de la cristiandad", le asalta el deseo de releer las historias del señor de Joinville y de volver a enterarse de qué manera se portaba "en la aventura de la peregrinación de la cruz".

Cosa extraña, habrá de deber a los contemplativos musulmanes aquel recuerdo del cristianismo. "La vida ruda de los corredores de malezas, la vida austera de los contemplativos... no nos aleja tanto de nosotros, dice, como lo que podría pensarse."

Lee una obra de Coppolani sobre las cofradías religiosas del Islam: "Nada tan interesante como seguir en Coppolani los diferentes peldaños que conducen a la perfección mística desde la pobreza, que es el estado inicial... Tantos sueños elevados, tanto misticismo floreciente en pleno siglo veinte sobre el suelo más inhospitalario del mundo, pueden muy bien conmovernos... pero en último caso, también allí nos volvemos a encontrar con nosotros mismos. Así afinamos el oído, cuando Coppolani nos cita la respuesta de un sufí a un rico que le ofrecía dinero: "¿Querrías tú hacer desaparecer mi nombre del número de los pobres mediante diez mil dracmas?" y que recuerda las palabras de Santa Teresa: "Nos han arrebatado la pobreza que era nuestro tesoro." Estamos aquí en una tierra conocida, estamos en nuestra casa."

¿No ha hecho rápidamente mucho camino, aquél a quien la conversión de su amigo desconcertaba hace apenas un año? ¿Cómo, de repente, sabe que el espíritu de pobreza forma la base de la perfección cristiana, y que la contemplación es el corazón viviente de esa misma perfección? El ejemplo de los moros contemplativos, la inmensidad y la miseria del desierto, la simplicidad y los rigores de la vida de soldado le despojan de los pensamientos vanos y le introducen en las vías de la verdad divina.

Ernesto escribe: "Las grandes facilidades de meditación que nos proporciona esta tierra espiritual, las utilizan los

moros y hacen admirables adornos a esta aridez. ¿Por qué, transformando a nuestra medida semejantes fuerzas... no tratamos también nosotros de enriquecernos, o más bien de reconquistar nuestras riquezas perdidas?... Nosotros valemos más que los moros." Cita, tomándolas de Gobineau, unas palabras esenciales del Islam: La tinta de los sabios es más preciosa que la sangre de los mártires, y exclama: "Tiembla uno al imaginar lo que seríamos nosotros, lo que sería Francia, si los teólogos de occidente hubiesen proclamado semejante verdad. Valemos más que los moros. Valemos más que nosotros mismos. Pero necesitamos advertencias... Entonces, al tocar ciertos bajos fondos, hacemos como el zambullidor enredado en las algas y que da una vigorosa patada para subir en vertical, con los brazos tendidos, hacia la luz del mundo."

Hacia la luz del mundo. Hacia la luz que es Cristo. Ernesto ya no dejará de elevarse hacia dicha luz desde el fondo de su miseria, no sin ceder a veces, no sin sentir el peso terrible de todos los espesores del cuerpo y del alma que es preciso atravesar de abajo arriba. Pero aquel que le tira hacia sí ya no lo abandonará como tampoco ha abandonado al más próximo a su corazón, en la vida y en la muerte, dentro de poco tiempo.

Ahora estamos en febrero de 1911. Ernesto que ha recibido orden de partir para el Adrar ha llegado a los confines del Tagant, y advierte la inmensa llanura sembrada de escollos rocosos, que conduce a Adrar. "En el umbral de las tierras nuevas, me sentía con el corazón henchido de aurora, y oía todo el vuelo de la vida, como si fuese el choque de un gran aletazo."

Un joven moro, que lleva uno de los más hermosos nombres del Islam —Mohammed Fadel Oued Mohammed Roulam— inteligencia cultivada y ávida de saber, acompaña a Ernesto durante el largo camino hacia el Adrar. La conversación recae siempre en el tema de la religión. "La nuestra le preocupaba vivamente, dice Ernesto. Un día me pregun-

ta con verdadera ansiedad si los franceses creían en un solo Dios o en tres." La gravedad de los dos compañeros es igual. "En adelante, ¿cómo sonreír en este país? . . . Nuestras etapas nos preparan poco a poco la llegada al Adrar . . . Ya en El Argoub la tierra se hace tan dura que no puede ponerse de acuerdo con la figura humana. No se toleran aquí más que altos pensamientos, los de gloria, virtud y altivez. Y aun éstos no resultan todavía bastante purificados. Se necesitaría una música venida del cielo más bien que de la tierra . . . Henos ya preparados para franquear el umbral de este cantón de pura grandeza que se llama el Adrar . . . Penetramos en el corazón mismo de esta extraña conmoción granítica donde reinan como señores el silencio y la muerte . . . donde no brota un sólo árbol, ni una sola brizna de hierba . . . Oprímese el corazón, se ahoga en tristeza ante las masas brutales de las cuales la vida ha huído para siempre . . . Y todo se calla — si no es este viento que sopla desde el principio hasta el fin del año . . . Esta tierra miserable, donde nosotros mismos somos tan miserables, tiene una singular virtud de excitación, Siéntese uno elevado por encima de sí mismo . . . Es ésta la tierra del *aura* mística que nos hace temblar un poco . . . Vedla: es un perpetuo gemido, una lamentación. Está pelada, limpia, lavada y relavada, raída hasta los huesos por el viento . . . Al marchar hacia tierras que no conocemos, descubrimos en nuestro corazón grandes espacios inexplorados." Advierte Ernesto que en aquella miseria se encuentra en su terreno, y que en aquel despojamiento está a gusto: "Esta pura simplicidad . . . , esta pura rudeza, he ahí las virtudes que nos gustan y en las cuales deseamos movernos." Allí siente Ernesto que es un hombre de fidelidad: "Nosotros no somos rebeldes, hasta nos gustan estas dulces cadenas habituales" que nos ligan "a las grandezas del mundo".

Pero entonces, piensa de repente, "¿por qué tantos abandonos consentidos por nosotros, tantas negaciones de que somos culpables? . . . ¿Por qué rechazar a la Iglesia?"

En las largas conversaciones con Mohammed Fadel tendía a aparecer "francés", y con la mayor naturalidad, impulsado por el mismo deseo, hablaba de Cristo, como cristiano, "y yo hubiese experimentado la mayor vergüenza, dice, de no hacerlo así". Recuerda aquellas conversaciones "como la cosa más extraña del mundo. Yo no tenía fe y hablaba como creyente, y, sin embargo, no experimentaba el sentimiento de falta de sinceridad. Entonces, por primera vez, comprendí cómo me atraía Cristo, a mi pesar y sin darme cuenta de ello".

¡Cómo iba haciéndose la luz en aquel corazón sincero "inundado de aurora"! Ahora ya no cesará de progresar en la luz. ¿No es el germen de verdad sobrenatural, puesto en él por el lejano bautismo recibido en la cuna, que quiere vivir, que se esfuerza hacia el sol de la gracia perdida?

Sin embargo, continúa caminando por el desierto, y realizando magníficamente su oficio de soldado. "En los parajes sin nombre por donde paso, la inmensidad está atravesada de hálitos idénticos. Todos quieren enseñarme lo que, en la tierra, se puede saber de lo infinito." *El espíritu de Dios era llevado sobre las aguas.* Esta frase la recuerda sin cesar mientras se siente "balanceado monótonamente sobre el camello durante las largas horas del día", y piensa, víctima del vértigo ante los huracanes de arena, "el espíritu de Dios es llevado sobre las arenas..."

Piensa mucho también, en el sosiego indecible de las horas de la mañana, en "un centurión de Roma que admiró a Jesucristo el mismo día de su entrada en Cafarnaum. *Nec in Israel tantam fidem inveni*... ¡Un humilde subteniente de las cohortes romanas ha superado en amor a los hombres de la raza escogida entre todas!" Y se siente la misma alegría, la misma altivez que él diciendo:

"Nosotros también somos centuriones. Tenemos cien hombres bajo nuestras órdenes... Nosotros también mandamos y obedecemos. Nada ha cambiado, — sino la sumisión verdadera, que no tenemos, sino la modestia y el amor...

quizá no conozcamos nunca la felicidad del centurión de Cafarnaum. Pero sabemos que no resistiremos y que Dios entrará en nuestra morada cuando él quiera."

Hundido en profunda meditación, está en Cafarnaum con el centurión. Cuando sale de la tienda de campaña, por la tarde, hacia las seis, el vértigo se apodera de él:

"La inmensa extensión horizontal del Tijirit se asemeja ya a un negro terciopelo, pero el cielo hasta el cénit es todavía de maravillosa claridad... Grandes cosas pueden hacerse seguramente por ese cielo. Su mismo silencio nos apresura. La hora vesperal nos acosa. Nos ordena que volvamos a nosotros mismos, quiero decir a esta parte de nosotros mismos que es espíritu puro y donde volveremos a encontrar *aquello mismo que no somos nosotros*. Nos limpia de las bajezas del egoísmo, y sin embargo, nos pide que tomemos plena posesión de nosotros mismos. Nos proyecta fuera del tiempo, y del espacio, en una región donde la experiencia humana aparece miserable, y donde, no obstante, lo que en nosotros mismos descubrimos es indeciblemente bello.

"Yo siento que están más allá de las últimas luces del horizonte, todas las almas de los apóstoles, de las vírgenes y de los mártires, el innumerable ejército de los testigos y confesores. Todos me hacen violencia, me elevan por la fuerza hacia una región moral más alta que ésta en que hoy vivo. Esta noche, deseamos de todo corazón, su pureza, su humildad, su piedad, su castidad, su prudencia, su fuerza, su ciencia, su piedad. Concebimos que pueda aspirarse a la perfección.

"Cuando pienso en el problema de la fe, ninguna de las dificultades presentadas por la exégesis moderna llega a emocionarme. Las supuestas "contradicciones de los sinópticos" no sirven sino a los que están, desde el principio y antes de todo examen, decididos a negar lo sobrenatural. Por muy ignorante que yo sea, siento bien que tan miserables discusiones no podrán crear convicción de ningún género. De hecho —toda la cuestión está aquí— se trata

de saber si se desea cierto fondo moral, cierto reflejo del alma, una especie de pureza inocente. Se trata de saber si se tiene el gusto del cielo, o no; si se desea vivir con los ángeles, o con las bestias; si se tiene la voluntad de elevarse, de espiritualizarse sin cesar. Ahí está toda la cuestión. A todo argumento puede oponérsele un argumento, y así aparece la vanidad de la argumentación. Si, pues, este deseo de agrandar el corazón, si este gusto de Dios no existe, ninguna prueba puede ser administrada útilmente, ningún argumento es eficaz. Pero si uno se complace en abismarse en tal angustia del cristiano que no es otra cosa que deseo de perfección, si no se teme a lo absoluto, sino que por el contrario se tiene un corazón suficientemente grande para contenerlo, si se tiene suficiente fineza para desear otra cosa que la moral natural, por beneficiosa que sea, entonces no se está lejos de decir, como San Pablo fulminado: "Señor, ¿qué queréis que yo haga?"

***

En el desierto dos personas no cesan de crecer ante los ojos purificados de Ernesto Psichari: la persona humana, de que cada uno toma conciencia con el sentimiento de sus responsabilidades, y la persona Francia. Sabe que allí donde la empresa le ha sido asignada "un solo hombre representa para millares de seres a la Francia entera. Sabemos que somos aquí hombres considerables. Estamos obligados a triunfar. Si nos dejamos vencer, procederemos mal. Si nos dejamos vencer moralmente, es decir, si fundamos la injusticia donde ha de fundarse la justicia, todavía procederemos peor. Por humildes que seamos tenemos una misión que cumplir".

Aquella misión de hacer amar a Francia y su justicia, he ahí lo que, en primer lugar, puso al caballero Psichari en el camino de la verdad absoluta. Lo que le llevó a defender el honor espiritual de su patria, fué en primer lugar el amor a Francia. Y allí encontró el cristianismo.

Ahora es Psichari el centurión en busca de la curación de su alma, va tras la libertad espiritual: "Nosotros somos de aquellos que ansían someterse, para ser libres"; ¿no lo demostró ya cuando para reconquistar su alma se entregó a la disciplina del ejército? ¡Pero qué ocurrirá ahora! "¡Qué maestro no nos hace falta ahora! El maestro a quien llamamos es el dueño del Cielo y de la Tierra. Conocemos la sumisión del soldado. Sabemos su grandeza. Pero sabemos también que es imagen de una sumisión más alta."

En sí mismo, en su vida interior, ve claramente que debe aplicarse con todas sus fuerzas a "merecer a Dios", a perfeccionarse "hasta forzar a la Gracia", y que, sin embargo, sin Dios nada puede. 'La gracia es la parte de Dios", dice, "el deseo de la gracia es mi parte".

En adelante y hasta su regreso a Francia en diciembre de 1912 (y un poco más allá), seguirá en la misma disposición de espíritu: sabe donde está la verdad y la vida que desea, pero no puede llegar a ella por sus propias fuerzas; es como el paralítico en la orilla de la piscina cuya agua podría curarle. Y gime con pena por no tener la fe a que aspira. "¡Ah! ¡Cómo hubiera utilizado yo esta tierra de Africa tan saludable a mi alma, si hubiese venido como cristiano!"

En julio de 1911 pasa por la ciudad de Chingueti, ciudad de los sabios y de los sacerdotes. "En el fondo del desierto, en plena desolación, se levanta una ciudad de oración, una ciudad de Dios batida por todos los vientos y que, arrojada de los jardines de la tierra, va a buscar el cielo." Lo que le extraña a Psichari, "es la abrumadora tristeza de los semblantes", y piensa que la horrible preocupación de aquellos hombres de Dios procede de su creencia de que el cielo está cerrado a las plegarias de los hombres; "mueren por no haber oído la frase adorable, única de la que puede fluir sobre la tierra un poco de alegría: *Petite et accipietis, pulsate et aperietur vobis*". Pero volviéndose hacia sí mismo, añade: "Nosotros no valemos tampoco más que esos grandes soñadores que adoran por lo menos al verdadero Dios, aunque no lo adoran en verdad."

Un sentimiento doloroso respecto a la grave responsabilidad que pesa sobre él y sobre los jóvenes franceses en general, lo anonada: "Lo sabemos, de nosotros depende la salvación de Francia, y por lo tanto la del mundo y la de la civilización. De todo somos responsables." Escribe esto tres años justamente antes de la primera guerra mundial. ¿No se encuentra en el mismo corazón de la realidad aquel joven de veintisiete años, que dentro de tres habrá dejado de vivir? Ante la obra que Francia habrá de realizar bajo pena de muerte piensa con espanto en la mediocridad de los jefes intelectuales y políticos de la juventud: "Toda nuestra dignidad, toda la grandeza moral que ha presidido veinte siglos de historia no existe ya, ahogada en la inmensa mediocridad que nos sumerge." Entonces recuerda lo que su amigo Jacques, que hace en aquella ocasión sus primeras armas de filósofo, ha escrito hace poco tiempo, en 1910: "... Puede asegurarse sin pena que los pensadores modernos prefieren *a priori*, y sin ninguna vacilación, diez errores que vengan del hombre a una verdad que proceda de Dios."

Y él, que ama ya lo que todavía no cree *creer*, quiere por lo menos, hablando y obrando como cristiano, contribuir a la fuerza y a la salvación de Francia. ¿No es cierto que esto es más importante que la salvación personal? Se dice: "¿Qué importa una vocación particular ante la elección de todo un pueblo? Si yo no camino por los senderos de la gracia, sé, sin embargo, bien, que obro en cierto sentido, y que continúo una gran acción cristiana pasada, así como también que participo en una gran acción cristiana presente... Sin ser elegido yo mismo, participo, no obstante, en la gran elección del pueblo francés. ¿Qué es la salvación de un particular ante la salvación eterna de Francia?" Este pensamiento le reconforta, pero si por su dialéctica tan generosa como sofística pensó, por poco que sea, ahogar la voz que clama en el desierto: "¡Seguid derechos vuestros senderos" ha fracasado. Porque la cuestión no es saber quién es elegido —¿cómo habríamos de

saberlo con certitud?— sino saber qué es lo que tenemos que hacer: *Señor, ¿qué queréis que haga yo?* exclama San Pablo cuando la fe abre sus ojos. Ernesto trata de huir de sí mismo, en la embriaguez del espacio, o en el reposo de sus cortas paradas. Pero, ¿qué es el reposo, qué es la embriaguez del espacio, "para quien teme por encima de todo encontrarse frente a frente con el cenagal de su alma, para quien ya no ha de detenerse hasta que haya encontrado el orden perfecto y la suave armonía de la verdad?"

Lo que hace de la experiencia de Psichari en el desierto un testimonio tan sorprendente de las vías de Dios, es que está todavía hundido en una vida de pecado, y que al mismo tiempo está, sin embargo, invadido por las más radiantes gracias de iluminación. Se diría que se hacen tanto más penetrantes cuanto que son inestables, pero, ¡qué fuerza tan invencible la de su atracción! Le preservan de la angustia, le dan la seguridad de que Otro le curará, tienden en primer lugar y antes que todo a infundir en él la Fe.

Y piensa de todo corazón, con cierta nostalgia, "en las vidas francesas bien ordenadas, dedicadas todas ellas a oraciones y honestos trabajos, bien firmes en la pureza y la paz del corazón. Allá lejos, hay almas que no buscan la embriaguez del viaje, porque han encontrado el puerto... en la incomparable beatitud.

"Mientras que nosotros, estamos lanzados en el mundo, en el pecado... El miedo se desliza en nosotros. No es posible, nos dice una voz obscura, que la vida esté ahí en ese odio, en esa desesperación que es el pecado. No es posible que sea ése el verdadero camino, que no conduce a ninguna parte, no es posible que los santos no prevalezcan contra nosotros y que la pureza no prevalezca contra la impureza".

Pero en esto las morales humanas no pueden bastar. "Son impotentes para darte la paz, dice la voz... Toma al más puro de los paganos. Supón el estoico más admirable. Pronto llega al término de su perfección. Llegado a aquel término, se detiene, se contempla, y escribe, si le place, los *Pensamientos* de Marco Aurelio o el *Encheiridion* de Epicteto.

Toma ahora al más humilde de los santos. La moral natural es poco para él, porque lo que es fácil no le basta... Guarda la inquietud de la perfección hasta la muerte... Por eso su vida es un brotar perpetuo, un perpetuo movimiento, una gloriosa ascensión, y como una escalada del cielo que no deja ningún reposo..."

Una vez más, pues, habrán dado los santos a un alma llena de deseos el deseo de aquél que es el autor de la santidad.

Ahora Ernesto piensa plenamente en Cristo, y en sus mandamientos, los más opuestos, al parecer, a la humana razón. "¿Es, pues, preciso que yo crea que ese pan es vuestra carne, y que ese vino es vuestra sangre? He ahí una exigencia imposible. Yo digo como vuestros mismos discípulos, al día siguiente de vuestras grandes enseñanzas de Cafarnaum: *Durus est hic sermo.* — "He aquí palabras bien duras, ¿quién puede escucharlas?"

Y sin embargo, misteriosa fe obrando en aquella alma llena "del humilde deseo de verdad", Ernesto sabe ver en aquella "dura palabra" una verdad que, traspasando nuestros medios naturales de conocer, deja en nuestra adhesión el privilegio de ser libremente consentida. Si no puede alcanzar aquel *misterio* de la fe, es por razón de estar enfermo, porque no se puede mover por sí mismo. Entonces, no sabe si cree o no cree, Dios lo sabe, él pide la curación:

"¡Oh Señor dignaos ver mi miseria y mi confianza! ¡Tened piedad del hombre que está enfermo hace treinta años!"

Él no tiene todavía treinta años. Los tendrá dentro de tres, el día de su muerte. Es preciso que se apresure; es preciso que Dios se dé prisa a rehacer la fe del centurión.

Helo aquí desempeñando bravamente su oficio de soldado. Helo aquí sufriendo las fatigas de largas peregrinaciones, en la miseria, el hambre y la sed, en medio del calor tórrido y de las tempestades de arena.

"¡Oh Dios, nosotros zozobramos en medio de vuestros

elementos. Henos aquí, con la cabeza inclinada, ante el soplo de las tempestades. Tenemos miedo. Temblamos de no poder responder a vuestro llamamiento, el día en que os plazca venir hacia nosotros. Haced, Dios mío, que en aquella hora os veamos distintamente y haced también que tengamos la fuerza de decir a nuestra vez: "Señor, ¿qué queréis que haga yo?" — Sin negar, ni tergiversar, ni discutir la hora, aquella hora, que habréis escogido en toda la eternidad."

A esta buena voluntad responde Dios con el don de la alegría y de una mayor seguridad:

"¡Qué alegría la de despertarse en las jóvenes mañanas y dormirse en las jóvenes tardes, más joven uno mismo y más confiado, y sin temer el reconocimiento en nosotros de lo Absoluto, sino por el contrario llamándolo con todo nuestro corazón curado por fin! Crepúsculos de beatitud, a vosotros se debe el sentirse todavía capaz de adoración y ser como Israel esperando la llegada del Señor: *A custodia matutina usque ad noctem, speret Israel in Domino* . . . Y ahora, oremos, también, del todo humildes y sinceros ante su Faz:

"¡Oh Dios mío!, ya no tendré miedo de mí mismo, porque sé que Vos estáis en mí mismo. Yo no os conocía, porque quería probaros y ahora os conozco porque ya no puedo probaros. Y mientras no os conocía, Vos estabais en mí, sin embargo, y durante este gran abandono en que he estado de todos Vuestros sacramentos, durante esta larga noche, Vos preparásteis el advenimiento de esta luz sobrenatural.

"Yo Os conozco, oh Dios mío, porque simplemente habéis tenido a bien haceros conocer. Yo Os conozco por lo que es incognoscible en Vos. Yo Os conozco por Vuestros misterios incognoscib'es que son la Santísima Trinidad, la Encarnación y la Redención. He ahí las pruebas que Os habéis dignado enviarme.

"¡Oh Dios mío! perdonadme la gran mentira en que he vivido, puesto que yo sentía bien en mí esa fuerza interior que me guiaba en la vida, y no quería conducirla a Vos. Perdonadme esta ingratitud en que he estado al no resti-

tuiros lo que de mí Os pertenecía, y que esta vela que hinchaba el ideal no haya tendido hacia Vos. Perdonadme la cobardía de haber creído en el amor sin haber creído en Vuestro Amor, en la ley, sin haber creído en Vuestra Ley, en la bondad, sin haber creído en Vuestra Bondad. Perdonadme esta felonía, de haber contemplado el océano de la luz y de no haberme aventurado en él, y de haber vacilado al borde de la eternidad que Vos me habíais dado. Perdonadme el gran orgullo de haber querido estudiaros, antes que amaros, y de haber querido conoceros, lo que era, en cierto modo, dejar de conoceros."

¿Qué le falta, pues, a la fe de este mendigo del desierto, de este mendigo de la verdad? Cuando un día su compañero Sidia le dijo: "Yo sé que *Issa* (Cristo) es un gran profeta", Ernesto no vaciló un segundo en responder a Sidia:

"Issa, amigo mío, no es un profeta, sino verdaderamente, es el hijo de Dios... es el hijo de la Virgen Miriam, que lo concibió por la gracia del Espíritu de Dios"; y le cuenta toda la santa historia del Verbo Encarnado, y añade al terminar: "Aprende que por el servicio de este Amo, nosotros daríamos voluntariamente nuestra vida."

Se da él mismo cuenta del extraño estado de espíritu en que se encuentra en aquel momento: "Yo no creía que Jesucristo fuese el hijo de Dios... y sin embargo, hablaba desde el fondo de mi conciencia... En aquel momento sabía yo bien que mentía, pero sabía también que hubiese mentido más todavía si no hubiese confesado la verdad de mi Dios."

Más tarde tuvo que llorar "lágrimas deliciosas ante el recuerdo de aquellas horas inquietas que preceden a la llegada de la Gracia". Si no hubiese sido sincero aquellas lágrimas habrían sido amargas y no deliciosas. "Horas inquietas" aquellas en que las gracias discontinuas de la luz instruyen el alma durante el tiempo en que obran, y dejándola de nuevo en la obscuridad desaparecen. O bien, estado todavía dividido de un espíritu que ha recibido ya las primicias

de la fe en sus profundidades, pero cuyas facultades conscientes de inteligencia, memoria y voluntad no han sido todavía instruídas por ella, ni corregidas de sus errores, ni modificadas, ni transformadas por una aquiescencia consciente y razonable. *Rationabile est obsequium nostrum.* Ernesto obraba, pues, y hablaba en la rectitud de su corazón, a pesar de lo incompleto de su fe, en razón misma de tal deficiencia ¡y ni él mismo sabía quizás hasta qué punto era sincero!

Así las gracias se suceden en su alma. Mientras que, hacia el tiempo de Navidad de 1911, se recoge en la esperanza de las batallas próximas, piensa que "quien está sediento de heroísmo, se convierte pronto en sediento de lo divino. Se ha embarcado en lo Absoluto, sea terrenal o celestial, y ya no puede hacer otra cosa que someterse humildemente a todo lo que es imperecedero en el mundo". Entonces llama en su ayuda "al Dios de los Ejércitos" y le suplica que se le manifieste. Una vez que se aventuró bastante lejos, llegó a conocer uno de los instantes que quedan imborrables en la vida. En el lecho eternamente seco del Oued un árbol bastante frondoso le invitaba al descanso. "Todo era tan melodioso, tan adormecedor que me pareció estar en aquella tierra como en una cuna. Cuando me encontré bajo el árbol, caí de rodillas. Aquella era la primera vez de mi vida, — pero el gesto tan nuevo para mi, me había sido ordenado desde muy lejos y toda resistencia hubiera resultado imposible." Se siente infinitamente bien en su débil abrigo, y a "la potencia" que le inclina expone con franqueza las necesidades de su corazón. "Sabía yo con toda certeza que tales necesidades serían satisfechas, que aquellos deseos serían atendidos, y más allá. Estaba bien seguro de que un día sería católico y sentía impaciencia sin nerviosidad, por la felicidad que se me había prometido": Tales eran, pues, en aquel momento los deseos de su corazón y su plegaria. Insiste: "No atravesé ninguna crisis en Mauritania. Ningún

drama interior. Ningún desgarramiento. Ninguna ansiedad. Una espera tranquila..." Maldecía los desórdenes de su vida y se decía inmediatamente: "Esto también será curado." Temblaba ante la idea de ser abandonado en la vida, pero inmediatamente decía: "Una mano se tenderá hacia mí un día." "Y mi corazón golpeaba hasta romperse, cuando pensaba en lo que podría ocurrir aquel día... No veía yo belleza más que en el cristianismo, no podía pensar que la belleza estuviese fuera de la verdad." Un poco más de tiempo todavía, un año apenas, y la soledad del centurión habrá terminado, y los deseos de su corazón serán colmados. El año 1912 que comienza, verá su retorno hacia nosotros. Pasamos por la gran prueba de la enfermedad y la muerte de mi padre. En la misma época, Ernesto, en el desierto, hace el balance de lo que han puesto en él, "dos años de errar ininterrumpidamente en la miseria y la alegría". He aquí, pues, algunos de sus pensamientos de entonces:

"1º El Padre celestial: "Cómo lo amaré cuando sea católico." La Santísima Virgen: "Qué humildemente la amaré postrado a sus pies, cuando sea católico." Y además: "¡Cómo amaré cuando crea!" Pero yo no dudaba, como ya lo he dicho, de que la fe había de dárseme un día...

"2º Nada sé, pero no tengo miedo... No sé, en el fondo, adónde me llevará esta aventura... Quizá lo lamente, pero más lo lamentaría todavía si me detuviese en el camino.

"A mi edad es un paso bien rudo el que tengo que dar. Pero no, yo nada haré, Jesús lo hará todo. Él se ocupará de mí y me inquietará, mientras esté yo despreocupado y tranquilo... Oh mi Dios yo sé que Vos habéis dicho. No sois vosotros quien me habéis elegido, sino Yo quien os ha elegido.

"3º El pecado. "Yo hablo de vos, Señor, y no paso un día sin ofenderos... Me detendré, *después de mi conversión.*" (¿No habla como un enfermo que dijera: trabajaré después de mi curación?). "¿Tendré fuerza para ello? Con seguridad que sí..." Tenía yo remordimiento —como todo el mundo—. Porque en el fondo el pecado no es agradable. Porque el vicio a nadie divierte... Tenía yo remordimien-

to, un remordimiento sordo, molesto, pero no tenía miedo... No sabía yo bien lo que pasaría. Pero sabía que el día que fuese católico, en aquel instante preciso todo cambiaría, todo se arreglaría según un orden nuevo, toda dificultad se allanaría.

"4º En el mundo aquellos a quien amo más, en el fondo, son los devotos... los verdaderos devotos... los hombres de escrupulosa fidelidad, los hombres de exactitud y unción... los obedientes y los pacíficos. ¿Por qué no voy a mis verdaderos amigos? No me falta en absoluto *sino* esta pequeña chispa de la Gracia."

En espera de que Jesús encienda aquel fuego en el alma de Ernesto, éste no cesa de querar *la Verdad*... una plenitud de Verdad, un pensamiento no de ficción sino de realidad...

"Durante días y años nos hemos bañado en la unidad del mundo, y hemos dormido bajo las estrellas. La soledad, la verdadera soledad nos ha vuelto a nosotros mismos, y ¡cuánta riqueza hemos encontrado allí! Sueños de la Iglesia, promesas de Israel...

"El gran silencio de nuestras Tebaidas preparaba los caminos de la Gracia... Y caminábamos llenos de confianza, después de olvidar nuestras ciudades. Pero menos felices que los peregrinos de Emmaus, esperábamos siempre la "fracción del pan".

"*Deum quem in divinae scripturae expositione non cognoverant, in panis fractione cognoscunt.* "Ellos *sabían*, dice San Gregorio el Magno, —¡y es Jesús quien les dió la lección!— y, sin embargo, continuaban en las tinieblas. Fué precisa la fracción del pan para que reconociesen a Jesús, es decir, toda la Verdad."

"Me parece que nosotros *sabemos*, añade Ernesto. Sólo nos falta, pues, el verdadero signo del reconocimiento, el gaje de la certitud: ¿La FRACCIÓN DEL PAN?"

Estamos en abril de 1912. Ernesto no cesa de meditar en la luz que poco a poco se descubre en él, en los medios naturales, también. que concurren para despertar en nosotros

el deseo de Dios. "Primeramente el silencio... después la pobreza. Porque somos pobres, y la pobreza nos ha sido enviada. Ahora bien, nada nos hace avanzar tanto en la vida espiritual como el vivir con un puñado de arroz por día y un poco de agua salada... Con toda naturalidad nace el pensamiento de la eternidad en el corazón de donde todo lo efímero de la vida ha sido arrojado, que no tiene ya otro deseo que el de la cruz de su Dios...

"*Esurientes implevit bonis*. Ésta es la divisa del Sahara... Ya por la sola miseria... como por el silencio, nos sentimos transportados muy lejos, todo lo lejos a que pueden llevar los medios naturales. Estamos verdaderamente en el umbral de Dios...

"¡Oh mi Dios! la tierra misma de los infieles se convierte en instrumento de vuestra misericordia... Oh tierra auxiliadora...

"¡Oh! aprovechemos celosamente las horas de recogimiento que nos están contadas. Utilicemos como avaros estos puros instantes de libertad."

Mientras Ernesto da el primer paso hacia la perfección evangélica, con ayuda según su propia confesión de las virtudes del desierto que son el silencio, la soledad, el despojo y la miseria, otro gran francés da en el mismo lugar sus últimos pasos hacia la santidad y el martirio. Ernesto no lo encuentra, ni en Francia, ni en África, pues la morada del eremita está en el Sahara septentrional —pero nombra, de pasada, "al venerable e ilustre padre de Foucauld"—, sin sospechar que pronto abandonarán uno y otro el desierto y la soledad, para tomar su puesto en la innumerable multitud de las cohortes del cielo. Efectivamente, al comienzo de la primera guerra mundial el eremita francés fué asesinado por orden de los alemanes.

Ahora, desde el 16 de mayo al 18 de julio, va Ernesto a recorrer el Zoug. Ciertas jornadas son "monótonas y sin empleo". Sin embargo, pasan rápidas en conversaciones con los moros. ¿Cómo le llevan aquellas conversaciones a

pensar en Durkheim y en Santo Tomás? Ernesto no ha roto sus relaciones con sus amigos de Francia. Las cartas de Péguy le hablarían del sociólogo, y las de Jacques del teólogo. A propósito de los moros piensa que su vida tan sencilla, tan despojada nada tiene que ver con el "retorno a la simplicidad", con la "ingenuidad de los primeros ángeles", con que tanto sueñan nuestros escritores. "¡Qué historia divertida! —exclama Ernesto—. Habría que ponerse de acuerdo, y saber quién es el sencillo y el ingenuo, si el señor Durkheim o Santo Tomás . . . " En cuanto a los moros, "cuando se considera el punto de vida interior a que han llegado, se encuentra que han sabido guardarse de la incultura y de la grosería mejor que nosotros . . . Por lo que a mí respecta, no estimo que el país de Zoug lleve a la simplicidad . . .

"Estamos bien advertidos de que es preciso volver a algo, recogernos en el fondo de nosotros mismos. Pero no se trata de simplicidad. San Pablo y San Agustín no eran simples; y nada más contrario a la tradición francesa que la fe del carbonero . . . Lo que constituye el fondo de la tradición francesa, es una fe sólida —la de la religión católica, apostólica y romana— apoyada en una amplia cultura, o paralela a una amplia cultura intelectual." No puede, pues, tratarse de buscar la simplicidad de espíritu; y en cuanto a los moros su simplicidad es la de las costumbres, que está "en razón inversa de la simplicidad de espíritu". Y si prefiere la lección del desierto "a la de los intelectuales", no es en el sentido de un "retorno a la naturaleza en la ingenuidad, sino más bien en la inteligencia, que es, dice admirablemente, en un sentido, si se quiere, la mayor de las simplicidades".

***

En aquella época escribió Ernesto a Jacques la carta que nos trastornó al darnos la certeza de su próxima entrada en la plenitud de la fe. Esta larga carta resume casi por

completo todo lo que he citado respecto a las *Voces que claman en el desierto.* He aquí sus principales pasajes:

"Zoug, 15 de junio de 1912.

"Mi muy querido Jacques:

"He recibido con placer y he leído con provecho tu querida carta y los dos folletos que has tenido a bien enviarme con ella.

"—Me dices que «la filosofía debe ser poco cultivada y poco atrayente en el desierto».

"—Sin duda, y sin embargo, la naturaleza sahariana, extremadamente depurada y desembarazada de todo ornamento, vestida de silencio y soledad, inclina pronto a la meditación y al poco hacer, oficia en cierto modo de claustro... Si yo tratase de averiguar las razones de creer —y en efecto: *Fidei assensus nequaquam est motus animi caecus*—, comprendo que el punto de partida sería para mí tu discusión de las tesis bersognianas de la nada, del orden y de la finalidad.

"Pero teniendo en este momento más necesidad de amor que de luces, no te extrañará que haya saboreado con mayor placer el primer estudio, más ferviente, más apasionado —por lo menos en la forma— que el segundo...

"Todo ensayo de «liberación» del catolicismo es un absurdo, porque, queramos o no, somos cristianos — y una maldad, porque todo lo que tenemos de hermoso y de grande en nuestros corazones nos viene del catolicismo. No borraremos veinte siglos (y además toda una eternidad) — no borraremos veinte siglos de historia y como la ciencia ha sido fundada, según tu justa observación, por los creyentes, nuestra moral, en lo que tiene de grande y elevado, viene también de aquel único y gran manantial del cristianismo de cuyo abandono surge la falsa moral — como también la falsa ciencia.

"Yo creo que ésas son para nosotros las verdaderas razones de creer. Aun manteniendo el texto del concilio del

Vaticano que tú aclaras por lo demás singularmente con tu apología de la inteligencia, — y sin desear que sea un «movimiento ciego» que nos lleve hacia la fe, se puede decir en efecto que estamos en tiempos en que el peligro de la barbarie y de la impiedad es tan grande que no hay posibilidad de detenerse en argumentos teológicos. Además, la «Suma teológica» no está al alcance de todo el mundo. Lo que importa ante todo es demoler esa canalla «intelectual», todo el ciclo de mediocres que nos dominan, novelistas de adulterios, mundanos, fracmasones y radicales socialistas que dan a nuestra época un aspecto de confusión anárquica tan sorprendente para cuantos, como yo, nos alejamos a cierta distancia...

"Ahora, querido Jacques, ya te he dicho bastante para osar hacerte mi confesión hasta el fin.

"Con todo esto, no tengo fe. Soy, si así puede decirse, esto tan absurdo: un católico sin fe.

"Pienso en mí, y con bastante tristeza, al leer esta hermosa página:

" «Parece que en estos tiempos es la verdad demasiado fuerte para las almas...», y me preguntaba si tú podías tratarme con rigor por mi impiedad. Me parece, sin embargo, que detesto a las gentes que tú detestas y que amo a aquellos que tú amas y que casi no difiero de ti sino en que la Gracia no me ha tocado.

"¡La Gracia! ¡He ahí el misterio de los misterios! Vas a decirme que no caiga en el error jansenista, y que el hombre es libre y puede por sus obras si no forzar, por lo menos provocar la Gracia (no sé si me expreso bien).

"¡Pero no! Siento que llegado al recodo en que me encuentro, nada hay que hacer, sino esperar.

" «Embruteceos», me dice Pascal. Pero esto es imposible. No es posible embrutecerse, como tampoco es posible darse inteligencia. Iba a decir «aprended», pero los discípulos de Emmaus no creyeron después de la enseñanza de Cristo: «*Deum quem in scripturae sanctae expositione non cognoverant, in panis fractione cognoscunt*». Esta frase de San

Gregorio me hace soñar infinitamente. Así sin ninguna semejanza con el ciego que no pide su curación, llamo a grandes gritos al Dios que no quiere venir.

"¿Tiene todo esto gran importancia? No se trata después de todo más que de mi salvación individual. Si sirvo lealmente a la Iglesia y a su hija primogénita, Francia, ¿no habré cumplido todo mi deber? Frente a la Iglesia, la indiferencia no es posible. Quien no está conmigo está contra mí. Y yo tomo partido con toda mi alma.

"Ahora, después de esto, pienso que la obra de mi salvación a nadie interesa, puesto que apenas si, en todo lo grande que hay que hacer en el mundo, puede interesarme esta obra a mí mismo. Yo tomo todo en la religión, salvo mi salvación.

"Cuando pienso, querido Jacques, en la dificultad terrible de reanudar una tradición perdida, comprendo mejor la lección que me dan los moros con quienes vivo hace ya más de dos años. ¡He ahí a los puros, a los simples, que conservan su fe tal como la recibieron de sus padres! Pero sobre todo son grandes porque una civilización podrida no ha ahogado en ellos las fuerzas vivas de la meditación. ¿Será preciso venir aquí para ver las últimas figuras de místicos y ascetas?

"Hace algunos días, estaba yo de paso en Port Etienne. Enseñaba a uno de mis compañeros moros, a mi fiel Sidia, las instalaciones de telegrafía sin hilos, los aparatos de destilación... y le decía:

"—Como ves, los moros están locos al tratar de resistir a gentes tan ricas y poderosas como los franceses.

"Sidia permaneció un momento pensativo, y después me dijo esto, que traduzco casi textualmente:

" «Sí, vosotros los franceses, tenéis el reino de la tierra, pero nosotros, los moros, tenemos el reino del Cielo!»

"¡He ahí la estima en que nos tienen los moros después de cinco o seis años de contacto con los oficiales franceses!

"He dado cuenta de esto a monseñor Jalabert, obispo del Senegal, en una carta en que le expresaba mi deseo de

ver pronto elevarse en Dakar una grande y hermosa catedral que muestre a los musulmanes que también nosotros tenemos nuestro Dios y nuestra fe [1]. Pero este Dios, ¡ay!, está muy poco en nuestros corazones, como la anécdota lo prueba...

"No te han engañado, querido Jacques, al decirte que he escrito una novela. También he intentado algunos otros pequeños ensayos que tienen por objeto fijar algunas boyas, a las que me agarro firmemente. Pero si me decido a publicar algunos de mis manuscritos pienso firmemente que la «chusma intelectual» no podrá reivindicarme como uno de los suyos.

"Tampoco tú podrás estar conforme conmigo plenamente, pero por lo menos reconocerás en mí una buena intención y esto me consolará del furor de los demás.

"Ruégote presentes mis respetos a tu mujer, a quien envío mis más respetuosas condolencias, y que creas en mi constante y gran afecto

Ernesto."

Creemos en la profunda sinceridad de Ernesto y quedamos persuadidos de que su espera no se verá frustrada, porque Dios responde siempre con el don de la fe a la buena voluntad de los que lo buscan, y porque es él mismo quien nos hace buscarlo.

Durante el verano de aquel año, último que ha de pasar en África, y que fué la época de más ruda miseria que vivió en Mauritania, llegaron a él, como dice en *Las Voces*, ..."los más dulces pensamientos referentes a los consuelos" que, como sabía, le estaban reservados. Sufría por el hambre, la sed y el ardor del clima, en la ruda vida de soldado desprovista de todo. "A pesar de la miseria me puse a vivir en una exaltación extraordinaria... En mi abandono, ciertas virtudes en las que todavía no había

[1] El voto de Ernesto se ha cumplido, y la catedral ha sido erigida en Dakar.

pensado, se me aparecían como las más altas que pueden enriquecer al alma. Pero todas ellas eran virtudes propiamente cristianas: el renunciamiento, la humildad, el apartamiento del mundo, el espíritu de penitencia, el ascetismo, la castidad — no la del cuerpo, que es vulgar, sino la del espíritu. Experimentaba yo una dicha infinita al sentir por primera vez el buen olor de las virtudes cristianas...

"Y me volví hacia los santos... y no podía negar que no fuesen los más altos ejemplares de humanidad que haya habido en el mundo. Entonces, después de las miradas de amor hacia el Paraíso, no podía pensar que el deseo de más suaves virtudes me estuviese vedado para siempre." Y pregunta: "¿La religión que proclama tal moral, puede ser falsa?... No, la religión católica no era falsa. Sin duda había en ella dificultades pero ninguna insuperable y, por el contrario, si se las superaba, todo aparecía perfectamente bello y armonioso, tanto en nuestro corazón como en nuestro espíritu".

Para nosotros también la santidad de los santos había sido el argumento determinante... Y, mucho más tarde, después de una larga información entre las morales y las místicas, ¿no reconoció también Bergson, en los santos —en las místicas cristianas, únicas "que han tenido éxito"— la más alta cumbre de la humanidad?

Si aceptamos la moral católica, esta moral "que nada iguala, ... inmediatamente —dice Ernesto—, una luz milagrosa se distribuye por los rincones y recovecos más obscuros de nuestra alma". Llegado a este punto de sus reflexiones bendice no solamente al Dios de los santos, sino también su propia miseria, porque en medio de ella ha descubierto "los tesoros infinitos que oculta el Evangelio".

Ernesto ha terminado su misión en África y le llega el tiempo de volver a Francia. El 15 de octubre de 1912, cuando deja el campamento de Agoatim, siente en sí mismo un gran desgarramiento: "Un gran agujero sombrío se

abría detrás de mí. Un pesado crepúsculo gravitaba sobre mis años de miseria.

"Pero también, una aurora se levantaba, una aurora de juventud y pureza, —y una claridad celestial iluminaba el horizonte delante de mí. Esta vez sabía adonde iba. — Iba hacia la Santa Iglesia, católica, apóstólica y romana. Iba hacia la morada de paz y bendición, iba hacia la alegría, hacia la salud, iba ¡ay! hacia mi curación. Y entonces pensando en aquella verdadera madre que hacía tantos años me esperaba allá lejos, a través de dos continentes... lloraba de felicidad, amor y gratitud.

"Sí, era una magnífica verdad la que me llamaba allá lejos, en la dulce patria. Todo el orden cristiano se me aparecía, en un cielo rejuvenecido; un templo inmenso y majestuoso, fundado sobre piedras sólidas, un templo de Razón y de Sabiduría divina se levantaba ante mí, y todas las líneas de aquel templo eran tan rectas, tan puras, tan unidas, que, ante él, no se podía desear otra cosa sino vivir eternamente a su sombra, lejos de los prestigios y vanidades del mundo."

Aquella Visión de la Iglesia, la conocen un día u otro todos los que transponen su umbral con corazón sincero.

Mientras el Ángel de la Tentación nos eleva sobre la montaña de las concupiscencias, y, poniéndolos ante nuestra vista nos muestra, y nos ofrece, los reinos de la tierra, el Ángel de la Conversión nos hace caminar por los valles de la humildad y de las lágrimas, y atrayendo nuestra mirada hacia las alturas nos muestra, descendiendo "junto a Dios, la ciudad santa, la nueva Jerusalén, vestida como una novia, adornada para su esposo". Y experimentamos entonces la verdad de lo que está dicho por San Juan en el Apocalipsis: "He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres: Él habitará con los hombres, y éstos serán su pueblo; y Él mismo será el Dios con ellos, será su

Dios... Escribe, porque estas palabras son ciertas y verdaderas" [1].

Esta visión inspirada, real, mística, si las hay, no para los ojos sino para el alma y el espíritu, podrá atenuarse; pero las salpicaduras de barro humano en los muros de la Jerusalén celestial no podrán ocultarnos completamente el resplandor de su luz eterna; nosotros no perderemos jamás —de no ser por pecado mortal de infidelidad,— el conocimiento de la bondad esencial de esta madre protectora de las almas, de esta ciudad "brillante de la gloria de Dios" [2].

Aquella revelación interior de la Iglesia precede muy de cerca a la conversión de Ernesto. Sus últimas palabras en *Las Voces...*, cuando deja África, nos dicen que él no discute ya con Dios; "confiando en Él y descansando en Él, después de tantos viajes y gestiones, esperaba yo, por el contrario, en paz y alegría, conocer hasta su magnífica plenitud la dulzura del nombre cristiano".

La Respuesta del Centurión

El 8 de diciembre de 1912 se embarcaba Ernesto en Dakar; tres semanas más tarde estaba en Francia, en París, entre nosotros. Nuestro corazón, como el suyo, latía con esperanza angustiada. Lo que esperábamos era tan grande, aventajando hasta el infinito la potencia de todo deseo, que no podíamos esperarlo con toda certidumbre: ¿no depende enteramente de Dios, el don de Dios? Y Ernesto, al alejarse de las soledades africanas, al acercarse a las tierras de su cultura, hirviendo todas ellas "en controversia y discusiones de filósofos y sabios", ¿no se preguntaría si, en el silencio de las extensiones desérticas habría sido víctima de un espejismo del espíritu? Esto ocurrió en efecto, el demonio de la ilusión trató de persuadirlo y de apartarlo del fin a que tendía realmente su alma fuerte y fiel. Así ocurre

[1] *Apocalipsis de San Juan*, XXXI, 2-4.
[2] *Apoc.*, XXII, 11.

siempre, antes de una conversión: Dios nos pone a prueba en las condiciones en que toda exaltación natural debe caer. Solamente entonces podemos ver hasta qué punto nuestra voluntad está realmente comprometida en nuestros deseos, solamente entonces podemos acoger la gracia divina.

Ernesto conoció, pues, algunos días de obscuridad y turbación, pero ¡qué breves fueron aquellos días! En menos de seis semanas todo se habrá realizado.

En nuestras primeras conversaciones se nos presentaba como "un católico sin la gracia", a quien el servicio de la patria bastaba. "Era sincero —escribe Jacques—, y ¡cómo se comprendía que decía la verdad!" No, el servicio de la patria no le bastaba, y la verdad tardó poco en aparecérsele. En el diario de sus más íntimos pensamientos —publicado por su hermana Enriqueta, escribe el 10 de enero de 1913:

"Ven a mi, mi Señor, mi Dios... y ayúdame a acabar con pureza de corazón y de inteligencia la empresa que contigo he comenzado..." Y el 16: "Era preciso que este amor viniese".

Jacques y Ernesto se veían todos los días, bien en Versalles o en París donde Ernesto va a buscarle a la salida de los cursos del colegio Stanislas, y examinan y discuten, interminablemente, los dogmas y la doctrina del catolicismo. Pero no les bastan las conversaciones, sino que también escriben: y Ernesto anota en su carnet tan pronto sus propias palabras como las de Jacques. Jacques le escribe el 23 de enero: "Lo que yo suplico a Dios es que te haga entrar en su Iglesia por la puerta real de la Paz y de la Luz, sin ningún retraso de la Gracia".

Y Ernesto escribe a Jacques cuando le parece que éste se desanima por la lentitud:

"Me parece imposible que continúe durante largo tiempo contemplando este adorable pensamiento cristiano como extraño, y me digo que después de haber estado privado durante tanto tiempo de sacramentos, no es de extrañar que la pendiente sea tan dura de subir... Te suplico, querido Jacques, que no me abandones y que trates de no

desanimarte, por triste que sea la opinión que te doy de mí. Tu sólo puedes sostenerme y guiarme. Date cuenta de que mi buena voluntad es inmensa..."

El 21 de enero anota en su carnet:

"Hoy suplico a Jacques que me haga conocer un padre que pueda oírme..."

Hacía ya mucho tiempo que sabíamos quién había de ser aquel padre. Jacques, después de la partida de Ernesto para la Mauritania, no cesó de hablar de él al padre Clérissac, aquel hombre de gran fe y alta inteligencia, que ahora conocía a Ernesto casi tan bien como Jacques. ¡Pero, no obstante, y de nuevo, qué angustia para nosotros! Nos encontramos en el terreno precioso y delicado de las simpatías y las amistades; del encuentro de un alma con otra y con Dios. ¿Acaso nuestras torpezas, las de Jacques y Raissa, van a hacer fracasar todo? Ahora, sabemos que han chocado a Ernesto ciertas exteriorizaciones de nuestra fe: el retrato del Papa Pío X en el gabinete de trabajo de Jacques, el pequeño oratorio con una imagen de Nuestra Señora de la Salette; y aquella conversación en que se ha tratado casi exclusivamente, a mi parecer, de Melania y de Santa Hildegarda, extraordinarias profetisas del siglo XIX, y de la Edad Media...

Pero no, habilidad o torpeza, ¿qué importa tratándose de Dios? ¿Se habrá detenido Dios por mi estupidez, por mí que ruego por el alma de mi amigo, o por un momento de mal humor de aquella alma cariñosamente disputada a Dios por el Príncipe de la Mentira? ¿No es éste el caso en que nuestra enfermedad y nuestra impotencia son nuestra mayor fuerza cerca del Autor de la gracia? ¿No ha sonado para Ernesto Psichari la hora de la gracia?

El 31 de enero se encuentra por primera vez con el padre Clérissac. He aquí la impresión que recibe, anotada en su carnet en aquella fecha:

"Tomo a Jacques en Stanislas. Vamos a Versalles y encuentro en su casa al padre Clérissac, de la orden de

Santo Domingo. Tiene este hombre una cabeza magnífica, ojos de fuego, boca amarga, aspecto de sufrimiento y de fe. Se adivina a un hombre ardiente, una inteligencia sólida, un gran corazón, enemigo de debilidades, de beaterías, pero lleno de fuego interior que resplandece. De instrucción amplia y cultura refinada... Vamos a pasearnos él y yo en el Parque, y le expongo el inmenso deseo que tengo de confesarme y el sentimiento en que me encuentro de mi propia indignidad. Él me ayuda y me anima con bondad iluminada que va derecha al corazón."

Su segunda entrevista tuvo lugar el lunes 3 de febrero. Ernesto y el padre Clérissac almuerzan en nuestra casa. La armonía es perfecta y la emoción viva, porque la decisión grave que va a comprometer toda una vida está próxima y sabemos que "el amor de Dios es sin misericordia" [1].

Después del almuerzo el Padre conduce a Ernesto al parque. Su ausencia, durante la cual no cesamos de orar, dura dos horas. Por fin vuelve. Todo en efecto ha sido decidido: Ernesto se confesará mañana; será confirmado esta misma semana y el domingo hará la primera comunión.

Y los días señalados con grandes e inmateriales acciones van a sucederse rápidamente, recordándonos, en este mes aniversario del bautismo, la enfermedad y muerte de mi padre, los grandes días iluminados con las gracias de su conversión.

Al día siguiente, pues, el Padre y Ernesto vienen juntos hacia las cuatro. Y nuestro pequeño oratorio adornado con flores, donde arden los hermosos cirios benditos del domingo, por la Candelaria. Ernesto Psichari, arrodillado ante la imagen de Nuestra Señora de la Salette, lee con voz fuerte, las profesiones de fe de Pío IV y Pío X. El Padre, su responsable ante Dios, le escucha de pie. Jacques y yo, testigos temblorosos, estamos de rodillas. Después de esta lectura salimos. Ernesto hace confesión general y recibe la absolución. Entonces nos llama. He aquí un hombre nuevo.

---

[1] Palabras de Melania Calvat, pastora de la Salette.

Su semblante, sus ojos son nuevos, lavados con agua del cielo. Recuerdo los ojos luminosos y puros de mi padre después del bautismo. Milagro de la "renovación de las imágenes", de las imágenes de Dios que nosotros somos y cuyos colores borra el pecado.

"Vean ustedes —nos dice el padre Clérissac, un hombre todo de Dios." Comprendemos que una ternura recíproca, paternal y filial, ha nacido por la gracia del sacrificio sacerdotal de Cristo y de su sacerdote, entre aquellas almas igualmente heroicas en la diversidad de sus destinos.

Ernesto vuelve a Versalles al día siguiente, 5 de febrero, para tomar ceniza en la catedral.

El 7, escribe en su carnet: "Víspera de mi confirmación. Tomo la firme resolución de vivir en Dios y para Dios". El sábado 8 de febrero es confirmado en Versalles, por monseñor Gibier. "Me parece que tengo otra alma", dice al obispo después de la ceremonia.

Ernesto anota en su diario: "Por una casualidad providencial era hoy la fiesta de San Juan de Mata que, en 1198, fundó una Orden para rescatar los cristianos cautivos, y fué con frecuencia a Marruecos . . . "

El día 9 hace la primera comunión, en Versalles también, en la Capilla de la Santa Infancia, y es el padre Clérissac quien se la administra y dice la misa. Estamos solos, Santiago, Vera y yo, con Ernesto y el Padre. Silencio admirable, recogimiento ardiente de nuestras almas.

Aquella jornada fué toda ella para Ernesto "magnífica, soleada, de pura claridad, ciertamente *intencional*". ¡En esos días de gracia tenemos en efecto el sentimiento de que Dios no piensa sino en nosotros! Y esto es verdad, Dios obra en cada uno de nosotros como si estuviéramos solos en el mundo.

En el único aniversario de su primera comunión, pensando en aquella jornada en que reconoció a Cristo "en la fracción del pan", el 9 de febrero de 1914, Ernesto había de escribirnos:

"Es cierto, sin embargo, hace un año justo estábamos

arrodillados en una capillita de Versalles, y ustedes me asistían, mis buenos amigos, mientras entraba yo en aquella luz incomparable de la vida eucarística y me plegaba al yugo tan deseado de Jesucristo..."

La misma mañana del 9 de febrero de 1913, el padre Clérissac, Jacques y Ernesto fueron en peregrinación a Chartres, a la Catedral elegida de nuestras devociones, que ha desempeñado tan gran papel en la conversión de Péguy y en la nuestra. ¡Péguy! ¡Qué presente le tuvimos en aquellas horas! Cuánto deseamos para él la plenitud de alegría y de paz que iba a ser en adelante el viático de aquel joven tan querido para él, y que le había dedicado tan apasionada admiración. ¿No debiera haber estado Péguy a nuestro lado aquel día?

Al contrario, como ya se ha visto [1], aquel mismo día comenzó entre Péguy y Psichari el disentimiento que todavía sólo nos había alcanzado a Jacques y a mí, y con el cual, a su vez, iba Ernesto a sufrir.

***

Muy distinto del de Péguy, que atribuía a los "curas" el cambio de Ernesto, es, evidentemente, el punto de vista de Jacques sobre la conversión de su amigo. "Es —dice— un testimonio magnífico rendido a la realidad y eficacia de la gracia, y a la esencia sobrenatural de la fe." En efecto, "el acto de fe es un acto de la inteligencia, pero de la inteligencia dominada por la voluntad, rectificada ella misma y enderezada hacia Dios; y, ¿dónde aparece con mayor esplendor que en el caso del Centurión del Adrar, ese enderezamiento de la voluntad, indispensable para la génesis del acto de fe, ese rapto, esa elevación del deseo hacia la Belleza substancial? Trátase de un acto sobrenatural, cuya sola gracia nos vuelve capaces, y, ¿dónde aparecen mejor marcados que en la espera sagrada de Psichari, esa necesidad del auxilio de la gracia, y esa impotencia de la naturaleza frente

[1] *Cf.*, más arriba, pág. 254.

al misterio insostenible de la Deidad?" "Quizás no conozcamos nunca la dicha del Centurión de Cafarnaum, escribe Psichari, pero sabemos que no resistiremos y que Dios Nuestro Señor entrará bajo nuestro tejado, cuando le plazca. He ahí la base; no resistir a la verdad, cualquiera que sea; esperar, esperar pacientemente..."

"El acto de fe —continúa Jacques Maritain —es en sí mismo un misterio propiamente dicho... y solamente por analogía puede la creencia humana o natural ayudarnos a formar idea de él." En efecto, creer, humanamente, es mucho menos que saber; pero creer por la fe sobrenatural es mucho más, incomparablemente más, que saber naturalmente.

"Esta escuela en la cual Dios se hace entender y enseña —ha dicho San Agustín—, está muy alejada de los sentidos y del conocimiento carnal. Nosotros vemos mucho en ella venir al Hijo porque tambien nosotros vemos mucho creer en Cristo; pero no vemos como oyeron y aprendieron ellos esto del Padre. Porque esta gracia es además secreta..."[1]

A aquella gracia "que está en lo alto, y desciende del Padre de las luces" *, Ernesto le será fiel hasta la muerte;

---

* Epístola del Apóstol Santiago, I, 16-18.

[1] *De Praedestinatione Sanctorum*, M. L., t. XLIV, col. 970. — Después de haber citado ese texto, Jacques Maritain continúa así, en *Antimoderno*:

"Sin duda, es preciso al acto de fe teologal una preparación prudencial y válidos fundamentos apologéticos. Pero el *motivo formal* de la fe no está en los argumentos humanos, la fe no es una conclusión científica o racionalmente adquirida a la cual sobrevendría un modo sobrenatural y meritorio para la salvación, "como una capa de oro sobre el cobre", la fe es *esencialmente* sobrenatural *quoad substantiam*, y por consecuencia se resuelve no en la verdad humana de las demostraciones apologéticas, sino en la revelación misma de la Verdad primera, que es a la vez *aquello que* creemos y *aquello por lo cual* creemos, como la luz es al mismo tiempo aquello que se ve y aquello por lo cual se ve; y se apoya formalmente en una iluminación e inspiración sobrenaturales, sobre una gracia, infusa de arriba, que nos hace recibir en nosotros el testimonio de Dios. "Adherirse al testimonio de una criatura, ángel u hombre, dice Santo Tomás, no puede conducir *infaliblemente* a la

— la muerte de la cual está tan cerca ¡ay! Vivirá santamente durante los dieciocho meses que de ella le separan, continuando hasta aquel momento su oficio de soldado.

De guarnición en Cherburgo, su solicitud se dirige a los soldados que manda, a los pobres que visita, al mismo Dios cuyo cuidado toma en su alma, atento a servirle por su amor.

¡Qué fiesta para sus amigos cuando vuelve a París, a Versalles! Recordaremos siempre las Navidades de 1913, y las Pascuas de Pentecostés de 1914, que pasó con nosotros juntamente con el padre Clérissac. ¡Qué vida, qué alegría había en él! ¡Cómo cantaba, cómo reía! Atravesaba, sin embargo, días difíciles. Tenía gran preocupación por su madre. Su padre la abandonaba, se volvía a casar. "Ella no era ya —según la emocionante frase de Ernesto— más que una pobre anciana abandonada."

Como es natural, había encontrado en París a la herma-

---

verdad, sino en la medida en que se considera en ello el testimonio de Dios que habla. Por eso es preciso que la fe haga adherirse a la verdad la inteligencia del hombre, a la verdad propia para el mismo conocimiento divino, trascendiendo la verdad del intelecto humano". (*De Veritate*, 14, 8) ... "Hay tres cosas que nos conducen a la fe de Cristo, la razón natural, los testimonios de la Ley y de los profetas, la predicación de los apóstoles y sus sucesores. Pero cuando un hombre ha sido conducido así, como por la mano hasta la fe, entonces puede decir que no cree por ninguno de los motivos precedentes: ni a causa de la razón natural, ni a causa de los testimonios de la Ley, ni a causa de la predicación de los hombres, sino solamente a causa de la Verdad primera misma... La fe tiene su certidumbre de la luz que Dios infunde." (In Joannem, IV, lect. 5, n. 2.)

"En fin, los comienzos mismos de la fe, y el deseo mismo de creer — *pius credulitatis affectus* — por el cual el alma se confía afectuosamente al Dios que salva del pecado, y quiere ganar a Dios, y quiere amarlo, y quiere esperarlo, y quiere creer en él sin creer todavía categóricamente, todo esto es un don de la gracia y viene al hombre por inspiración del Espíritu Santo. ¿Y lo que el Centurión vivió en Mauritania, no es desde el primer momento este *initium fidei*, estos estremecimientos sobrenaturales y estas primeras iluminaciones de la gracia, todo este vasto movimiento de inteligencia y de voluntad que llaman los teólogos "la intención de la fe"? Después de esto vino "la

na de Jacques. Separada de su marido, ella también. Convertida al catolicismo, como Ernesto. Libre; pero solamente a los ojos del mundo: ligada para siempre en su conciencia, por el matrimonio, sin embargo, destruído.

La diferencia de edad, ahora, no hubiera sido obstáculo para una unión deseada por uno y otro. Juana apenas ha envejecido en estos diez años. Para Ernesto, por el contrario, los años de África deben duplicarse. Lo que va a separarles ahora, ¡terrible obstinación de la desgracia!, es la fe misma de uno y otro. La fe, en la cual están unidos espiritualmente. Y en esta unión solamente se desata la tragedia de su doble destino.

Fué en la primavera de 1913 cuando apareció el *Llamamiento de las Armas*. Cuenta Enrique Massis que "entre todas las pruebas que en esas agotadoras semanas habían colmado a Psichari de tristeza, la publicación del *Llamamiento de las Armas* no fué la menos penosa . . . " "Esta novela

---

elección de la fe", que supone la busca prudencial de las razones de creer, inspirada y sostenida por el auxilio divino. Pero es siempre la luz sobrenatural quien puede sola, al término de esta segunda etapa, hacer llegar el juicio de "credibilidad": *es preciso creer*, juicio todavía precedente al acto de fe mismo, a ese *credo* que Psichari pronunciará definitivamente después de su retorno a Francia.

"No es que los fundamentos apologéticos razonablemente válidos, los motivos de credibilidad racional le falten al Centurión. Pero no se presentan como una argumentación separada, y no son de naturaleza científica o filosófica, que podemos llamar puramente especulativa. ¿Habrá que extrañarse de ello? ¿Quién exigiría a un enfermo el mismo trabajo muscular que a un hombre sano? En muchos que han crecido en la atmósfera del mundo moderno, y que están, por la misma razón de su ardor intelectual, saturados de los miasmas de dicho mundo, la inteligencia, por muy brillante y penetrante que sea, aparece embarazada con obstáculos que le hacen perder parte de su vigor natural; está mucho más enferma y languideciente en realidad que lo que imaginan ciertos filósofos que no conocen, gracias a Dios, las simas de la más profunda amargura. La acción de *sanation* de la gracia estaba primeramente requerida antes de que una inteligencia de ese género pudiera captar todo el valor de las demostraciones puramente racionales, y Psichari se da cuenta de ello, desde el origen, y lo dice con fuerza en la carta que acabo de citar."

me desagrada, me da náuseas —fué a decir (a Massis) cierta tarde a la imprenta de *La Opinión*—. Todo esto ya no está de acuerdo con mi vida cristiana... Piensa en lo horrible del caso: ¡un libro entero en que Nuestro Señor no aparece siquiera nombrado! ¡Qué vergüenza! No quiero dejar que aparezca..." Fué preciso que el padre Clérissac se lo ordenase para que consintiese la publicación del *Llamamiento de las Armas* por espíritu de humildad... por preocupación de verdad...

***

"Orientábase Ernesto hacia la vida religiosa en la Orden de Santo Domingo. El 19 de octubre de 1913 entró en la Tercera Orden dominicana. Seguía siempre, con ferviente fidelidad, la dirección del padre Clérissac, que le dió como regla de vida la de portarse en todo momento "como si fuese a comulgar o a morir". Esperaba en paz la decisión divina. Ésta vino con la guerra.

La muerte de Psichari

Enriqueta Psichari recibió muchos relatos de la muerte de su hermano, y de la batalla de Rossignol. Ella misma se refiere a la obra del coronel Grasset[1]. Por otro lado, en aquel momento en que Enrique Massis terminaba su propio libro, *Nuestro amigo Psichari*, Enriqueta le comunicó el relato, que Massis ha citado, de quien fué el último compañero de Ernesto, el ayudante Galgani, artillero del segundo regimiento de artillería. Hago, pues, uso de todas estas fuentes en las páginas que siguen.

Ernesto Psichari, movilizado el segundo día de la guerra, deja a Cherburgo con su regimiento.

El 20 de agosto se encuentra en el Este, en los alrededores

[1] *La sorpresa de una división, Rossignol-Saint-Vincent*, Berger-Levrault, 1932.

de Montmédy; faltó poco para que Péguy y él no se reuniesen.

El 21 comienzan los trágicos errores de jefes militares tan bravos como mal informados cuyas órdenes terminan por poner ante una división alemana completa, en Rossignol, al segundo regimiento de infantería colonial completamente solo. Contra toda evidencia aquellos generales están persuadidos de que no tienen ante ellos más que una "cortina" de soldados alemanes.

El 22 de agosto el regimiento de Ernesto se encuentra, pues, en situación desesperada. Ernesto y sus hombres lo saben al mediodía. Oponen al enemigo una defensa heroica, y comienza la agonía del regimiento.

"Mientras prosigue el envolvimiento del cuerpo de ejército colonial el regimiento obedece hasta el fin la orden que le da el general Raffenel: «Es preciso defender a Rossignol a todo trance, en espera de los refuerzos que no pueden tardar».

"Ellos saben que los refuerzos no llegarán...

"La última defensa de la aldea está asegurada por los dos cañones de Ernesto, que no se separa del capitán Cherrier, y por algunas secciones de ametralladoras... Ernesto tira siempre, sin saber adónde. ¿Acaso existe un objetivo, una cohesión en aquel infierno? Todo es inútil, pero las detonaciones de las piezas son tranquilizadoras para los hombres." [1]

"A las cinco —cuenta Galgani— los alemanes llegan a la aldea... El subteniente de Saint-Germain viene para decir al subteniente Psichari que debe, de orden del coronel, abandonar la pieza. Mi subteniente responde volviéndose hacia mí: «¿Por qué volver para morir allá? Quedémonos aquí». Pero como el subteniente de Saint-Germain insiste: «Tanto peor —me dice entonces—, venid, seguidme...» Nos refugiamos en un pequeño jardín y no llevábamos allí

[1] Enriqueta Psichari, *Ernesto Psichari, mi hermano*, pág. 228 y siguientes.

un minuto cuando me pregunta: «¿Ha quitado usted la chaveta a la pieza?» «No», le respondí. Volvimos juntos y me metí la chaveta en el bolsillo... Acabábamos de aventurarnos en el camino, completamente al descubierto, cuando mi subteniente hizo un gesto con el brazo, como para decirme que pasara de prisa, que el lugar era peligroso... Yo le oí gritar: «Gal...»; no terminó, dió una vuelta sobre sí mismo y cayó con los brazos en cruz... El subteniente Psichari había recibido una bala en el temporal...

"Con el subteniente de Saint-Germain y algunos hombres que había allí, deposité su cuerpo al borde del camino..." [1]

"Ernesto —escribe Enriqueta Psichari— está enterrado en una tumba provisional con otros tres camaradas, pero es fácil reconocerlo, porque lleva sobre las ropas el escapulario de Santo Domingo...

"La medalla militar, conquistada en aquella África a la que tanto quiso, ha quedado cosida a la blusa...

"Los hombres que enterraron a Ernesto, y que son sus camaradas prisioneros, vieron también alrededor del cuello de aquél una delgada cadena de oro en cuyo extremo cuelga una crucecita. Es la cruz de su bautismo...

"Una anciana religiosa está allí, a su lado, arrodillada, una mujer humilde que acaba de ofrecer a los pobres muertos sus oraciones, que viene a ayudar a los soldados en su fúnebre tarea.

"¿Qué tiene en la muñeca izquierda ese joven oficial de rasgos tan puros, casi infantiles todavía? Y al levantar la manga, descubre un rosario de cuentas negras, sobre el cual aquellos labios ahora lívidos han desgranado tantas oraciones. Ernesto lo ha llevado alrededor del brazo durante la horrorosa batalla..."

*
**

[1] Enrique Massis, *Nuestro Amigo Psichari.*

Nos enteramos al mismo tiempo de la muerte de Carlos Péguy y de la de Ernesto. Así comenzaron a abandonarnos nuestros grandes amigos, y los más queridos partieron los primeros. El padre Humberto Clérissac, el guía de Ernesto y nuestro, siguió de cerca en la muerte a su heroico hijo espiritual. Expiró el 16 de noviembre de 1914. Pocos días después de haberse enterado de que Ernesto había caído en Rossignol.

Capítulo VI

DE ALGUNOS QUE ERAN JÓVENES EN 1912

Enrique Massis y la información de Agathon

A principios de 1913, el domingo 5 de enero, vino Psichari a vernos con Enrique Massis uno de sus amigos que todavía no conocíamos, y a quien condujo hasta nuestra soledad de la calle de la Orangerie [1].

Ellos habían almorzado aquel día en Versalles con Péguy, y habían pasado largas horas oyéndole hablar con su elocuencia sabrosa, de su fe recuperada, del papel que representaría en la recristianización de Francia, y de los rasgos en los cuales difería su acción de la de Claudel: "Claudel no tiene simplicidad —había dicho a sus jóvenes amigos—; busca lo extremado... Su cristianismo tiene algo de provocante... yo no soy el hombre de las cumbres, soy el hombre del llano... Yo no marcho con la gazmoñería; yo tomo el camino corriente, permanezco con todo el mundo, con todo el pueblo que vive, para hablarle de la gracia de Dios... Y no tengo para mi salvación otras armas que las suyas... la contrición, la esperanza, la oración... yo rezo, rezo constantemente..." [2]

Cuando Péguy les dejó, "Psichari me tomó por el brazo

---

[1] A propósito de la fecha de aquella visita, Enrique Massis, en su libro *Nuestro Amigo Psichari*, comete dos errores; en la página 134 la sitúa en el domingo 26 de enero, y en la página 144 el 3 de enero. Tuvo lugar el domingo 5 de enero.

[2] Enrique Massis, *Nuestro Amigo Psichari*, Flammarion, París.

—cuenta Massis— y arrastrándome me dijo: «Ahora ven conmigo a casa de Maritain»".

De los tres jóvenes reunidos así por primera vez, Massis era el menor. De talla mediana, delgado y nervioso, representaba apenas veinticinco años. De fisonomía ardiente, inteligente, nos fué simpático desde el principio, a pesar del mechón demasiado barresiano que le atravesaba oblicuamente la frente.

Ernesto y Massis nos hablaron de Péguy, a quien acababan de dejar, y después, sin vanos preámbulos, recayó la conversación en el catolicismo y la Iglesia. "Psichari y yo —escribe Massis— no sabíamos hablar más que de nuestra soledad, de nuestro exilio, porque no teníamos ya objeciones." Y se declaraban uno y otro "católicos sin fe".

Jacques hablaba poco, atento al sonido de aquellas almas. Vera y yo hablábamos menos todavía. Éramos inhábiles (seguimos siéndolo). No teníamos ninguna idea del mundo. De la Sorbona habíamos ido directamente a la Iglesia. Carecíamos de formas, y nuestro corazón estaba desnudo, — la peor de las torpezas. De la conversión de las almas no conocíamos todavía sino la nuestra, y la de nuestro padre. Esperábamos la de Ernesto con confianza. Pero Ernesto era tan íntimo de Jacques que por él no salíamos del círculo de la intimidad. Massis era el primero que llegaba hasta Jacques desde afuera. Jacques no argumentaba. No tenía opinión sobre sí mismo, y no se comparaba con nadie. Deseaba solamente la verdad para las almas, y amaba a todos aquellos cuya vida se encontraba animada por la busca de la verdad.

Estoy agradecida a Massis porque comprendió todo esto, y lo escribió, acordándose de aquel primer encuentro: "Nos miraba a uno y otro como se reza... Y nosotros sentíamos en nuestro derredor redes invisibles tendidas y tejidas solamente con los hilos del amor".

Proseguidas separadamente durante aquellos tres últimos años, desde la partida de Ernesto para la Mauritania, su evolución y la de Massis conducían a los mismos deseos, a

la misma angustia: "¿Por qué correspondencia verdaderamente divina, aquel joven oficial que volvía del Adras, trémulo de acción —escribe Massis—, nos confiaba la misma necesidad que nosotros renunciábamos a satisfacer en el triste materialismo de los modernos? ... Formulábamos a la vida la misma interrogación impaciente, decisiva, y no nos conformábamos con que nuestro destino careciese de sentido. No podíamos prescindir de un absoluto moral ..." Nuestra propia historia recomenzaba en ellos. "Los dos sin confesar la fe católica, advertíamos ya en la Iglesia el resplandor de la belleza eterna... Nuestra inteligencia nada tenía que oponer a sus dogmas; antes bien, estábamos persuadidos de que allí solamente se encontraba la verdad."

Aquello era ya la fe que pronto les fué dada. Un mes más tarde, como antes hemos visto, Psichari era recibido en la Iglesia. Massis no tardó en reunirse con aquel a quien consideró siempre como el modelo y el joven jefe de su generación.

Massis nos habló también de la información que él y G. de Tarde realizaron en 1912 cerca de lo más escogido de la juventud intelectual de Francia sobre sus tendencias principales, y que se publicó en *La Opinión* con el seudónimo de Agathon.

Las conclusiones de aquella información fueron después reunidas en un volumen [1], acompañadas de los mismos testimonios que las habían motivado, y de las cartas que habían suscitado. Dichas conclusiones eran emocionantes. Nos mostraban que ya no éramos aquellos solitarios, aquellos animales extraños que nos habíamos resignado a ser. El camino que cinco o seis años antes habíamos seguido, sin encontrar en aquel momento y entre nuestros camaradas uno solo que nos comprendiese, lo habían seguido después muchos jóvenes, desilusionados con la misma desilusión que nosotros, animados por las mismas exigencias, llegando a idénticas determinaciones en lo concerniente a la fe religiosa. Aquello

[1] Agathon, *Los Jóvenes de hoy*, Paris, Plon, 1913.

se nos aparecía como una reacción natural —e inesperada— de la inteligencia; y nos sentíamos dichosos al perder nuestra singularidad, al alinearnos en la humanidad de nuestro tiempo para las severas batallas que se preparaban, como nosotros sabíamos.

Massis y Psichari estaban también profundamente impresionados ante todas aquellas convergencias. Agathon había encontrado generalmente en los muchachos que, en 1912, tenían de diez y ocho a veinticinco años, la afición a la acción, que algunos oponían a la inteligencia, mientras otros la oponían solamente al epicureísmo del pensamiento; cierto optimismo, opuesto al "desencantamiento" de los "desarraigados" de la generación de Barrés; sensibilidad realista que consentía con alegría en ser engañada por la vida, generoso amor a la nación, que podría todavía no desviarse, como de hecho se ha desviado en muchos, hacia un nacionalismo maurrasiano; afición a las letras clásicas y a las humanidades, mezclada demasiado frecuentemente, con una ingenua desenvoltura respecto a la ciencia; y ora el antiintelectualismo ultrabergsoniano, ora el intelectualismo agresivo inspirado por Maurrás, — oscilación del balancín de la inteligencia hacia ambos lados de la línea inmaterial de la verdad. Y aquellas diversas tendencias se totalizaban en general "en la forma tradicional y franca del catolicismo". El sentimiento religioso de los jóvenes "tiene necesidad de una armadura neta y definida donde insertar su viviente riqueza; tiende a una disciplina para asegurar su libertad; acepta las posiciones tradicionales porque parecen ofrecer un cuadro maravilloso de amplitud y flexibilidad para acoger y organizar los descubrimientos del presente. El amor a la vida les guía hacia la fe... ¿No será, añade Agathon, de cierta manera, el sentido de lo divino una forma superior del sentido de lo *real*?"

Según Agathon, cuyas conclusiones fueron reconocidas como exactas fuera de los medios católicos, —por ejemplo por un socialista que hacía profesión de ateísmo como

Marcelo Sembat—, toda la joven universidad de la primera década del siglo XX —la de nuestras grandes escuelas, de nuestros liceos más "intelectuales", como Condorcet, Henri IV, Louis-le-Grand—, parece trabajada entonces por el catolicismo, y más todavía entre los "científicos" que entre los literarios. En la Escuela Normal, por ejemplo, este semillero de la inteligencia universitaria, donde hacia 1905 justamente se contaban tres o cuatro católicos, se contaban cuarenta en 1912, es decir cerca del tercio de la Escuela.

En la Sorbona "los estudiantes de filosofía se apartaban de los métodos sociológicos de un Durkheim o de un Levy-Bruhl, y escogían como maestro a un católico, a Victor Delbos", o a Emilio Boutroux "cuya especulación les conducía al umbral de la vida religiosa". Bergson ejercía desde aquella época la misma influencia. Claudel, Péguy, Francis James y León Bloy, —conocido solamente entonces de un pequeño número—, tienen desde entonces sus lectores y sus discípulos apasionados.

Otro hecho notable es que, entre los jóvenes creyentes de 1912, se encuentran casi siempre los convertidos: "No han buscado durante largo tiempo. Un año o dos a lo más, y helos ya sometidos fielmente a la Iglesia", ha escrito alguien que había de llegar a ser uno de nuestros más grandes amigos, convertido él mismo en fecha próxima, y del que hablaré más adelante.

No creo que carezca de interés el volver aquí a esta lejana información que en su tiempo produjo profunda impresión. Si lo hago, es porque el estado de espíritu que ha permitido poner de relieve, y que hizo decir a Bergson: "La evolución de la juventud actual se me aparece como una especie de milagro" [1], no se ha disipado como humo. De las tendencias de entonces nada se ha perdido, toda la semilla de verdad o de error ha producido sus frutos en abundancia.

---

[1] Información del *Gaulois*, 15 de junio de 1912.

***

Los más fervientes jóvenes que, en los primeros años del siglo XX, afirmaron su fe vuelta a encontrar, han perseverado en ella y han cumplido sus promesas, después de haber hecho ellos mismos discípulos en las generaciones que siguieron a la suya, y eso en todos los medios, tanto en los manuales como en los intelectuales. El número de los católicos influyentes no ha cesado de aumentar en Francia en estos treinta últimos años iluminados por las conversiones famosas. Muchos de ellos en los cuales descansaban grandes esperanzas cayeron en la primera guerra mundial: — Péguy, Psichari, Leonard Constant, Lotte, Alain Fournier, Pedro Villard, de los que hablaré en el tercer volumen de estos recuerdos, y tantos otros. Pero su pensamiento ha inspirado a los jóvenes católicos de hoy que con fervor tan heroico han participado en la resistencia francesa.

¿A qué, pues, se había opuesto, y a qué se había consagrado lo más selecto de la juventud intelectual de principios de nuestro siglo? No puede menos de interesarnos el asunto apasionadamente.

Creyentes e incrédulos se apartaban igualmente de lo que se ha convenido en llamar el diletantismo renaniano; unos porque Renán hería sus creencias, otros porque la acción les atraía, y porque la acción impone la elección, y el amor fuerte y perseverante del objeto de dicha elección. Sin embargo, ningún camino humano queda nunca interrumpido completamente, y la influencia de André Gide, con la ayuda de los prestigios del arte, había de suceder más tarde a la de Renán.

Además, los franceses que eran jóvenes en 1912 no tenían ninguna afición a un texto, como éste que aparece en el *San Pablo* de Renán:

"Nos gustaría pensar en un Pablo escéptico, náufrago, abandonado, traicionado por los suyos, solo, víctima de desencantamiento y vejez. Nos agradaría que por segunda

vez hubiesen caído los velos de sus ojos, y nuestra dulce incredulidad tendría su pequeña compensación si el más dogmático de los hombres hubiera muerto triste, desesperado, digamos mejor, tranquilo, en cualquier ribera o camino de España, diciendo también: *Ergo erravi.*" De donde se deduce que la palabra diletantismo es demasiado suave, y que puede cubrir resentimientos de singular amargura.

Los jóvenes franceses de aquel tiempo tampoco tenían ninguna afición al "culto a los incrédulos" que parecía ser el ideal del *Patricio* de Renán.

"Querríamos emplear nuestros más preciosos perfumes para embalsamar el cristianismo y depositar en su tumba nuestros lacrimatorios, si consintiera seriamente en darse por muerto." De tales perfumes, mezclados a tales lágrimas, saldría un olor bien malo.

La misma juventud cultivada que rechazaba el diletantismo se apartaba también del antipatriotismo que la generación precedente puso en moda. Sin haber experimentado la humillación de la derrota de 1870, había vuelto a encontrar el santo amor de la patria, la fe en Francia, el sentimiento de su vocación en el mundo, no de dominación sino de liberación. Aquella juventud estaba dispuesta al sacrificio presentido, lo mismo que a la acción.

En esta restauración del sentimiento nacional, Péguy y Maurrás han desempeñado un gran papel, y han continuado desempeñándolo; el primero en el sentido de un patriotismo muy puro, místico y moral, el segundo en el sentido de una política amoral. Los partidarios de una y otra tendencia han desempeñado un papel benéfico o nefasto en la Francia martirizada.

Sobre el eclipse del patriotismo francés hacia 1890, Agathon recordó textos que parecerían hoy extraños e increíbles: Remy de Gourmont titulaba uno de sus artículos del *Mercure de France*: "El Juguete Patriótico" y declaraba: "Si es preciso decir claramente las cosas, lo diremos: Nosotros no somos patriotas". Un tal León Bazalguette escribía

en *El Problema del porvenir latino*: "Un hombre verdaderamente humano no debería rehusar la concepción de la posibilidad de la ruina de su patria". Francia ha podido ver más tarde de qué eran capaces aquellos hombres "verdaderamente humanos".

En su creencia absurda en el fatalismo histórico, algunos de nuestros primogénitos, añadía Agathon, llegaban a juzgar saludable que pasase la prioridad a aquella raza germánica "en la cual todo es puro y grande". Éstos también dejaron herederos, que han venerado la fuerza más que la "pureza" del conquistador.

La generación de 1905

Se hacía partir de esa fecha de 1905 "el advenimiento de la generación nueva". La amenaza alemana estaba de nuevo presente y toda la juventud se encontraba dispuesta a oponerse a dicha amenaza. Se indignaba ante las fórmulas miserables que acabo de recordar, y ante la afirmación de uno de sus profesores que trataba a los patriotas de "sentimentales puros". El pensamiento de la guerra llegó a serle familiar, lo mismo que la convicción de que "Francia tiene necesidad de heroísmo para vivir".

Ernesto Psichari era el muy joven precursor de aquella juventud, y hacía diez años, desde la edad de dieciocho, pertenecía al ejército por libre elección.

A su regreso de África quiso dar su testimonio a la información de Agathon, y escribió:

"Tenemos el sentimiento de una terrífica responsabilidad, la certidumbre abrumadora, arrastrada por todas partes, remachada en nosotros de una grave obligación. Nuestra generación —la de quienes comenzamos con el siglo la vida de hombres— es importante. Todas las esperanzas se reconcentran en ella y nosotros lo sabemos. De ella depende la salvación de Francia, y por consiguiente

la del mundo y la civilización. Toda la responsabilidad es nuestra.

"Me parece que los jóvenes comprenden oscuramente que han de ver grandes cosas, que han de realizar grandes empresas. No serán aficionados ni escépticos. No serán turistas a través de la vida. Saben lo que de ellos se espera."

Jacques, por su parte, a requerimiento de Massis, escribió a Agathon, a propósito de la orientación de la juventud francesa hacia el catolicismo, una carta insistiendo sobre las verdades que más le parecían en peligro de ser desconocidas:

"...El movimiento de conversión de la juventud contemporánea, ¿quedará limitado a una minoría cultivada? ¿Querrá Dios enviar por fin en socorro de sus pobres a los apóstoles de los últimos tiempos, anunciados por Nuestra Señora de la Salette y el Bienaventurado Grignion de Montfort, para que le separen a los que haya elegido? ... — He aquí en todo caso lo que la razón y la experiencia permiten afirmar: las tendencias en cuestión no llegarán a nada sólido y durable, si no se está bien resuelto a dejarse informar radicalmente por el espíritu *eclesiástico*, que es el Espíritu Santo. *Sicut estis azymi.* Dios nos quiere completamente renovados, y sólo la Iglesia puede rehacernos.

"Pero para esto la piedad sola es insuficiente, la doctrina es necesaria. *La lámpara de tu cuerpo es tu ojo. Si la luz que está en ti se convierte en tinieblas, ¡qué grandes serán las tinieblas!* Por poco que la doctrina se altere en nosotros, comenzamos a corrompernos. ¿No pertenecen los cristianos a la Verdad, a la segunda Persona de la Santísima Trinidad? Al despreciar la Inteligencia hacen irrisión del semblante de su Dios, cuya luz ha sido sellada en ellos, al mismo tiempo que se exponen a los más viles desfallecimientos. Conservarse intacto de las más insignificantes salpicaduras del error y tener la mirada vuelta hacia Dios, he ahí la pureza católica. Ésta tiene su origen en la inteligencia, que discierne la esencia y mantiene la integridad...

"Sin duda los «simples» no tienen necesidad de estudiar

la teología. Pero «una pobre campesina, cuando sabe el catecismo, sabe precisamente la teología que es capaz de saber». Es justo que «el grupo elegido y cultivado» sepa tanto sobre el particular —*guardadas las distancias*— como aquella pobre campesina...

"La vocación cristiana es vocación contemplativa. Si en el cielo hemos de tener la beatitud, será por la inteligencia: *gaudium de veritate*. Y aquí abajo, si el mérito depende de la voluntad, es también la inteligencia quien regula la voluntad. Y sobre todo todos estamos llamados, desde la regeneración bautismal, a gustar desde esta vida un anticipo de nuestro fin. Porque Marta añade la vida activa a la vida de oración, pero no está privada de la parte de María, porque esta parte es necesaria y la única necesaria. Por eso los Padres del desierto, según testimonio de Cassien, hacían de la contemplación el término normal de toda vida cristiana, y a ella estaba todo lo demás subordinado como un medio, incluso las virtudes. Seguramente la caridad es el principio y fin de la contemplación. Y los santos nos enseñan que en la unión contemplativa los procedimientos naturales de la inteligencia deben dejar lugar a aquellas tinieblas llenas de luz en las cuales se hace conocer Dios por experiencia. No es menos cierto que la potencia intelectiva es la condición y el instrumento de la contemplación, y que la doctrina —adquirida por el estudio o infusa por gracia extraordinaria— es el indispensable fundamento de la casa del alma.

"Por eso, desde el más iletrado al más erudito, los cristianos son, «propiamente», los *intelectuales*; y el mayor fracaso de los seudo intelectuales del mundo moderno es el de haber llevado, a muchos, la confusión de la inteligencia con su frenesí."

De esta manera tomaba Jacques posición en problemas que se le aparecían desde entonces como esenciales. Al mismo tiempo procuraba trazar una línea de pensamiento independiente y auténticamente cristiana en medio de las corrientes que en esta época chocan entre sí.

Querría yo insistir un poco sobre la confusión de ideas que padecía entonces una parte de la juventud y cuyos efectos no han terminado todavía de agotarse. He citado antes la página en que Agathon explicaba cómo el sentimiento religioso de los jóvenes tenía necesidad de una "armadura neta y definida", y cómo aceptaban, —por lo menos algunos de ellos—, "las posiciones tradicionales", guiados hacia la fe por "el gusto de la vida".

Había en ello mucho de bueno, mezclado con grandes riesgos: "la armadura neta y definida" se corría el riesgo de buscarla por el lado de un orden más aparente que real, y de un falso rigor que endurecería el espíritu en una actitud negativa y amarga. Las "posiciones tradicionales" se corría el riesgo de aceptarlas como una imagen fija del pasado a la cual se estaría ligado para aplicar de través los principios verdaderos. Jacques veía el peligro de aquellas tradiciones humanas cargadas con el peso de excesivas impurezas y errores, y comprendía que no había otra salida que la de atenerse a la única tradición donde no hay riesgo de error, a la tradición puramente divina de la fe católica. Pero comenzaba apenas a advertir las exigencias que lleva consigo una determinación de esa naturaleza; y todavía no había tenido tiempo suficiente de aprender por experiencia lo necesario que es avanzar solo a la descubierta en ese camino. Gran contrariedad experimentó más tarde por no haberse separado inmediatamente de aquella desdichada agrupación heteróclita que Massis había de "lanzar" con el nombre de "partido de la inteligencia", como si los dos nombres pudieran reunirse y como si el primero no produjese injuria al segundo. Tenía también conciencia del poder de renovación que la tradición tal como él la entendía implica y exige manifestar atrevidamente, pero no hacía tampoco mas que comenzar a discernir los modos según los cuales habría de ejercitarse.

En aquella época una parte de la juventud, atraída justamente por todo lo que hay de evangélico en las aspiraciones sociales de los tiempos modernos, se plegaba bajo la

misma influencia a una especie de irracionalismo sentimental en el terreno filosófico. Otra parte de la juventud, reaccionando ardientemente contra tal irracionalismo se endurecía contra toda influencia evangélica. De suerte que muchos de los que eran (teóricamente) católicos de inteligencia corrían el peligro de convertirse en paganos de corazón; y muchos de los que eran cristianos de corazón corrían el peligro de tornarse heréticos de inteligencia (la herejía de aquellos tiempos se llamaba "modernismo"). Jacques, que no se preocupaba entonces sino de metafísica y teología, estaba preocupado ante todo por aquel último peligro. Más tarde había de comprender que era preciso hacer frente al mismo tiempo a los dos.

Es difícil representarse hoy a qué estado estaba reducida la razón especulativa de muchos por el gusto de la acción, y por un antiintelectualismo que debilita en ellos el sentido de la verdad. La influencia de Bergson había pasado del campo filosófico al campo religioso y dogmático, bajo la acción, no del maestro mismo, que guardaba respecto al particular, la más estricta reserva, sino de los discípulos que hacían el uso más intemperante de los temas bergsonianos. Entre esos discípulos, bastantes sacerdotes jóvenes y seminaristas, débiles filósofos y superficiales teólogos, mantenían las tesis más alarmantes. Los jóvenes bergsonianos apoyaban de esta manera en una filosofía seductora las posiciones del modernismo religioso. La información de Agathon reveló las tendencias de un grupo importante de intelectuales católicos que se adherían con fervor a las doctrinas de Le Roy y de Laberthonniere, y a las de Mauricio Blondel. *La Acción*, libro famoso de Blondel, desempeñaba cerca de los jóvenes católicos un papel importante y les libraba de los tabús del seudo intelectualismo que dominaba la enseñanza oficial, pero se prestaba a interpretaciones de dudosa teología. Uno de los testimonios más notables publicados por Agathon, el de un joven estudiante de veinte años, expresa muy bien aquellas tendencias.

"Nosotros no somos ya religiosos a la manera de nuestros antepasados, y, sin embargo, adoptamos, con plena buena fe, las mismas fórmulas y los mismos dogmas. Cada una de las palabras que empleamos expresa una idea que es nueva, o que por lo menos ha vivido y se ha enriquecido; pero aunque estas ideas han cambiado, sus relaciones han permanecido inmutables, y los mismos dogmas expresan lo que nosotros creemos con todo nuestro ser. Como lo quería Pascal nosotros hablamos como el pueblo «con un pensamiento de atrás» ... Bergson ha abierto nuevo camino, en el cual nos aventuramos siguiendo a Le Roy, Blondel y al Padre Laberthonniere. Nuestra razón puede de esa manera conceder a nuestra sensibilidad las efusiones religiosas que ésta necesitaba ..."

Lo ilógico y peligroso de tal posición era evidente: Podía preguntarse cómo, si "cada una de las palabras que empleamos expresa una idea nueva", han de poder continuar invariables sus relaciones. Normalmente, las ideas nuevas designan realidades nuevas, o nuevamente conocidas. ¿Por qué esas realidades habrían de traducirse en relaciones sin cambio? Y si las relaciones cambian al mismo tiempo que el contenido real del conocimiento, ¿cómo el enunciado dogmático —a que se declara no renunciar— podría continuar designando la misma verdad revelada, objeto inmutable del dogma?

El antiintelectualismo bergsoniano, en parte al menos accidental, porque en Bergson está dirigido primeramente contra los errores del racionalismo, antes de poner en cuestión la verdadera naturaleza del intelecto, estaba de esa manera agravado por los partidarios antiguos o nuevos del modernismo, al ser aplicado al campo, que Bergson mismo no había considerado, del enunciado dogmático del dato revelado.

Los jóvenes católicos fervientes y de buena voluntad que se creían discípulos de Bergson se oponían a otros jóvenes católicos fervientes que por un error más grave, o por inadvertencia, se adherían al racionalismo maurrasiano. Antiin-

telectualismo y racionalismo que no podían ser eficaces y justamente combatidos sino por la metafísica de Aristóteles y de Santo Tomás de Aquino.

Responsabilidades

De su primera visita a la calle de la Orangerie, habló Massis, mucho más tarde, de manera emocionante y generosa en *Nuestro Amigo Psichari.* "¿Podré yo jamás, dice, —cualquiera que sea hoy la oposición de nuestras ideas políticas— olvidar lo que su encuentro fué para mí? . . ."

No hemos olvidado tampoco a un amigo como fué Massis durante largo tiempo para nosotros, ni su deseo de verdad e integridad intelectual, y su confianza. Con gran tristeza pienso en las fatalidades que sobre él se cebaron. ¿Por qué debiera él haber evolucionado en el sentido menos generoso de su naturaleza? ¿Por qué había de convertirse en víctima de los corazones duros y de las inteligencias falsas que han dominado durante largo tiempo sobre una parte notable de la juventud de nuestro país? Si Ernesto Psichari hubiera vivido, es seguro que no hubiera ocurrido tal cosa. Massis estaba mucho más cerca de Ernesto que de Jacques. Ernesto, un día u otro, lo hubiera libertado.

Hablaré más adelante de las responsabilidades que sentimos con respecto a él, en los días lejanos a que ahora me refiero. Queda por decir que después se cerró cada vez más a los consejos del amigo de quien el Padre Clérissac le aconsejó que nunca se separara, y que rehusó, —y no solamente en lo concerniente a ideas políticas, sino también en lo que hace referencia a las posiciones que comprometen toda la vida del espíritu— lo que Jacques, en medio de las tempestades de la época, trataba de hacerle ver a medida que él mismo lo discernía mejor. Todo esto había de terminar en una estúpida cábala a la cual Massis se prestó y por la cual los hombres que aborrecían al autor de *Primacía de lo Espiritual*, trataron —no era la primera vez ni

sería la última— de llevar hasta Roma las calumnias que satisfacían sus sentimientos y sus combinaciones políticas, y donde utilizaban ahora el celo doctrinal de un antiguo alumno de Jacques de quien pensaban servirse para "hacer condenar" a éste. Aquella empresa fracasó tristemente, y sin duda, Massis lamentó el haber puesto la mano en ella. Pero mucho más que este incidente personal, que puede despreciarse, es, mucho antes de la guerra actual, la orientación política de Massis y su actitud generalmente opuesta a la de Jacques en cuestiones de interés personal, lo que ha puesto fin a su amistad. Si Massis lee estas líneas, sepa, sin embargo, que nos acordamos de aquella amistad y que querría yo no haber dicho nada que pudiera herirlo.

En la época en que lo conocimos, en vísperas de la primera guerra mundial, —en el umbral del Apocalipsis, según León Bloy—, Enrique Massis era todavía políticamente libre, independiente de "La Acción Francesa". De esa independencia él mismo da testimonio en *Los Jóvenes de Hoy.*

Uno de los rasgos comunes que Massis señala entre los jóvenes es el "realismo", de calidad, a decir verdad, muy diferente, en que coinciden demócratas y monárquicos. Agathon escribe que la juventud demócrata "es la más numerosa y, si no la más agitada, sin duda la más verdaderamente realista". Esta juventud desconfía "del orden puramente racional" de un Maurras, y "de una perfección formal que se burla de la perfección interior". Los jóvenes de Acción Francesa "confiesan los disentimientos individuales que los separan; declaran contentarse con la concordancia práctica de su acción" lo que les es fácil porque "un completo escepticismo moral inspira su doctrina".

Agathon lo comprueba por lo demás, pues es "del grupo de la Acción Francesa, —de Carlos Maurras y de sus jóvenes discípulos de *La Revista Crítica de las Ideas y de los Libros,* de donde le llegaron «las más vivas objeciones... El señor Maurras nos califica de doctrinarios del entusiasmo y de la fe". El señor Clouard escribió a Agathon una carta

en la que defendía ardientemente las posiciones de Maurras.

Otro ferviente partidario de Maurras, a quien éste había de tratar más tarde con especial ferocidad, se sorprendía de que Agathon encontrase "demasiado secos" los métodos empleados por la Acción Francesa. "No hay, escribía, en los comienzos del siglo XX, movimiento mas apasionado que el de la Acción Francesa." La observación era sin duda exacta. Pero, ¿de qué clase de pasión estaban animados aquellos enemigos del romanticismo?

"Ved, decía también el mismo corresponsal, los jóvenes que acaban de entrar en la vida y que tienen el sentido del realismo político y social saben que el amor no reina en la tierra . . . y que la primera preocupación de un hombre es la de estar siempre dispuesto a batirse. Imagino yo que cuando ven entre ellos un niño que no piensa más que en el amor se dicen: ¡Ay imbécil, tú serás vencido por la vida!"

Aquellos ingenuos "que no pensaban sino en el amor", eran en el pensamiento de los discípulos de Maurras, los discípulos de Marc Sangnier que formaban el grupo católico del "Sillon". A los tales no les ha faltado la caridad ni la buena voluntad, sino la firmeza de las doctrinas filosóficas y teológicas. A causa de ello las posiciones del "Sillon" fueron condenadas; sin embargo la fidelidad de sus adherentes a la Iglesia apareció en el entusiasmo con que declararon inmediatamente que rechazaban los errores designados por el documento que les condenaba, y se plegaron a las decisiones del Papa Pío X.

Durante largo tiempo los partidarios de la Acción Francesa se atribuyeron un fácil triunfo. Pero llegó un día en que su escuela fué también condenada; en 1926 fueron castigados por la Iglesia, y considerados fuera de su comunión hasta su sumisión que se hizo con gran trabajo en 1939.

*
**

Fué, si no me equivoco, después de 1918, cuando Massis unió su actividad de escritor al grupo de la Acción Fran-

cesa. Desde entonces había de perseverar en la actitud general —intelectual y política— de los partidarios de Maurras.

En los comienzos de aquella orientación, el padre Clérissac, y nosotros mismos, tuvimos una parte, cuyo alcance no puedo apreciar, pero que basta para añadir un sentimiento de responsabilidad, y una pena particularmente aguda a los recuerdos que conservamos de nuestras ingenuidades e inconsideraciones de entonces. El padre Clérissac admiraba apasionadamente a Maurras; y en su disgusto por el mundo moderno, en su puro entusiasmo por la noción metafísica de orden, prestaba confianza al movimiento que se desenvolvía entonces bajo los auspicios del orden, y cuyos peligros espirituales no discernía. Aparecía entonces la escuela de Maurras con cierta apariencia de vitalidad intelectual, y no se había endurecido todavía en lo que tenía de peor; eso explicaba en parte las ilusiones del padre Clérissac. Sus consejos y su influencia prevalecían en absoluto sobre nuestro espíritu, y nos dispensaban de todo examen de problemas que por lo demás carecían para nosotros, en aquel momento, de importancia real. Porque Jacques no concedía importancia más que a la metafísica y a la teología, y yo, perdida en la felicidad sin sombra que me venía entonces de la oración, y de la meditación del Tratado de la Trinidad en la Suma Teológica de Santo Tomás, me sentía completamente extraña a los problemas políticos; además, tenía yo por instinto una invencible aprensión de todo lo que concierne a la actividad política, donde veía, y veo siempre, el terreno de lo que San Pablo llama la malicia del tiempo; materia reservada a los que están llamados a hacer triunfar cualquier gran idea en medio de las circunstancias, pero enteramente inapropiada para la acción del hombre de pensamiento, que se realiza por encima del tiempo, y tiende a persuadir y no a vencer. Si en el relato la continuidad de los acontecimientos de nuestra vida me obliga a entrar en este terreno, lo hago de mala gana, y para dar una idea de los problemas dolorosos en los cuales se ha visto comprometido Jacques.

Por nuestra cuenta no hubiéramos pensado en prestar el menor interés al movimiento del cual el padre Clérissac hablaba a Massis y a nosotros con tanta simpatía. Nuestras preocupaciones, como ya lo he dicho, eran de orden puramente especulativo y religioso. A mayor abundamiento nuestras afinidades estaban y han estado siempre del lado de quienes desean mayor justicia en la tierra, de quienes tienen respeto a la persona humana, y se indignan ante la miseria a que están reducidas tan grandes masas de hombres. Nosotros no podíamos tomar en serio la restauración monárquica propuesta por Maurras y que el padre Clérissac deseaba. El orden, antiguo o nuevo, tampoco era para nosotros un absoluto incondicional, pensábamos que debería llevar también la marca espiritual de la verdad y de la caridad.

Pero salíamos apenas del desorden profundo del espíritu del cual Dios nos había salvado por el don de la fe, y Santo Tomás por el rigor de una doctrina en que la Iglesia misma se inspira.

De la paz y del equilibrio del alma nos sentíamos deudores además a nuestro padrino León Bloy, y al padre Clérissac, — dos hombres de perfecta integridad de conciencia. Su ejemplo estaba siempre cargado para nosotros de prestigio considerable. Y el destino ha querido, —el destino, que es una pequeña providencia ciega—, que dichos dos patronos de nuestra juventud fuesen igualmente [1] antidemócratas y antirrepublicanos. Dichas tendencias despertaban en nosotros una antipatía instintiva, pero conscientes de nuestra inexperiencia, ignorantes sobre todo de los derechos y límites de la dirección espiritual, considerábamos como un deber el de ir contra nuestra inclinación.

El padre Clérissac se burlaba sin piedad de nuestras tendencias democráticas y de las ideas socialistas simpáticas al corazón de Jacques. Todo aquello era a los ojos del padre, restos del hombre viejo de que habíamos de despo-

[1] Aunque de manera muy diferente: León Bloy jamás simpatizó con la Acción Francesa.

jarnos. Cuando Jacques fué de parte de Péguy a Appuldurcomb, el padre Abad Dom Delatte, barrió de un manotazo las cuestiones que con el mayor candor le sometió respecto a la "legitimidad del préstamo a interés", a las cuales, unos quince años más tarde, otro religioso, nuestro querido amigo, el padre Vicente Mac Nabb, había de conceder muy distinta acogida.

Jacques admitía con gusto que su bagaje de ideas políticas y sociales, o más bien de tendencias, no criticadas, no elaboradas, no valía gran cosa; aquellas ideas databan de un tiempo en que la humanidad ocupaba para él el lugar de Dios, y no era cosa de establecer una nueva doctrina... Metido a fondo en la crítica del liberalismo teológico, estaba dispuesto a considerar como serias las críticas encarnizadas del "liberalismo" en todo terreno que hacían los partidarios de la Acción Francesa, y aquello tanto más cuanto que veía a la democracia oficial de la época ligar su causa a la de todos los mitos antirreligiosos.

En un esfuerzo de docilidad intempestivo difirió excesivamente el examen del valor de un antiliberalismo que oponía en realidad un error a otro error; está pesaroso de haber aceptado pasivamente una influencia, una dirección que fué, respecto a ese punto, fuera del orden espiritual, y de no haber realizado desde aquel mismo momento un examen serio de las ideas religiosas y políticas de Maurras. Nos contentábamos con leer sus artículos que en aquella época eran siempre favorables a la Iglesia, pero no nos dábamos cuenta de que la admiración de Maurras y sus elogios se dirigían solamente a la Iglesia en tanto romana, y no en su carácter de apostólica. Tampoco nos tomamos el trabajo de leer sus libros hasta el día en que nuestra atención sobre ellos fué atraída violentamente por la condenación que el Papa Pío XI formuló en 1926 contra aquella escuela y doctrina.

Sabíamos que muchos jóvenes habían pasado de la Acción Francesa al catolicismo y creíamos que lo mismo ocurriría a Maurras. Por otra parte, y esto contribuyó más

todavía a mezclarlo todo, las posiciones filosóficas de Jacques, a pesar de su anticartesianismo declarado, fueron inmediatamente aceptadas por cierto número de jóvenes católicos de la Acción Francesa. Más tarde varios de ellos perseveraron en el "tomismo" (entendido a su manera) más largo tiempo que en su obediencia a la Iglesia. Pero en la época a que me refiero fué al "Sillon" a quien la Iglesia condenó. Y ciertos jóvenes partidarios de Maurras que trataban con Jacques eran cristianos verdaderos de una vida interior muy pura y muy elevada; uno de ellos, que fué arrestado y conducido a la prisión por su celo de *camelot du roi*, llegó después de su conversión a ser un sacerdote de espíritu evangélico. Todo lo que veíamos en nuestro alrededor inmediato nos llevaba a dar razón a las opiniones optimistas del padre Clérissac sobre el porvenir religioso de la Acción Francesa.

Antes de transcurrir tres meses desde la muerte de Ernesto Psichari otro golpe terrible venía a herirnos; nos enteramos de que en Angers, a donde se había retirado hacía algunos meses, acababa de fallecer el padre Clérissac. Era aquél el tiempo de la unión sagrada, y, como nos absorbía completamente el drama de la guerra, nos preocupábamos menos que nunca de estudiar seriamente las posiciones de Maurras. Después de la guerra y del tratado de paz deberíamos haber hecho aquel examen. Fué entonces, a partir de 1920, cuando nuestra responsabilidad se encontró comprometida sin que lo hubiéramos pensado, — hasta la ruptura ruidosa de Jacques con la Acción Francesa, de la cual habré de hablar en otro volumen. Copio aquí dos páginas recientes del diario de Jacques, donde éste considera retrospectivamente estos incidentes de un pasado ya lejano:

"En aquella época los partidarios de la Acción Francesa tenían siempre a mis ojos el prestigio de su patriotismo, y me imaginaba presuntuosamente que podría ayudarles a separar aquel patriotismo y las ideas sanas que llevaba en sí, del sistema positivista de Maurras y de la idolatría nacionalista cuyo peligro advertía yo. Las costumbres parla-

mentarias de la Tercera República parecían dar razón a los críticos de la Acción Francesa que las ennegrecían a placer con la complacencia de oficiales de la República que ya no creían en nada. El ateísmo profundo de Maurras, el culto de la violencia y el caporalismo intelectual que hacía estragos en sus discípulos, los procedimientos cada día más odiosos de su polémica (hasta el día en que se me aparecieron en su falsedad en el uso cínico de la calumnia, durante su feroz campaña contra Jorge Valois), — sobre todo esto cerraba yo los ojos, con la ingenua esperanza de la próxima conversión de Maurras, que muchos de sus discípulos católicos anunciaban en Francia y en Roma, y por la cual tantas almas sinceras fatigaban al cielo con sus oraciones; y en la esperanza absurda de provocar un enderezamiento doctrinal y la instauración de una filosofía política cristiana en el seno de una escuela en la cual no veía yo, por no tener sino las ideas más superficiales en aquel terreno, sino que los principios políticos padecían errores irremediables.

"Más tarde, después de la publicación de *Primacía de lo Espiritual*, Dom Florent Miege, el santo contemplativo que me invitó entonces a visitarle en la Cartuja de la Valsainte, y cuya incomparable amistad había de ser para mí compensación de odios suscitados en los medios eclesiásticos de la Acción Francesa, solía decirme que Dios aprovecha hasta los errores de quienes le aman, y que mis relaciones con las gentes de la Acción Francesa habían permitido que en el momento más crítico mi testimonio pudiese ayudar e iluminar a las almas de buena voluntad. Me acusaré siempre como de una imperdonable ligereza de haber dado crédito durante cierto tiempo a un movimiento cuyos sofismas políticos tienen como base el desprecio del Evangelio. Hoy más que nunca bendigo la intervención liberadora de la Iglesia que, en 1926, denunció los errores de la Acción Francesa, y a consecuencia de la cual examiné yo por fin las doctrinas de Maurras y vi lo que valían. Entonces comenzó para mí un período de reflexión dedicada a la filo-

sofía moral y política, en la cual traté de fijar los rasgos de una política cristiana auténtica y de establecer, a la luz de una filosofía de la historia y de la cultura, la verdadera significación de la inspiración democrática y la naturaleza del nuevo humanismo que esperamos. Así por lo menos he podido desde hace veinte años combatir sin descanso las ideas y a los hombres cuya influencia nefasta había visto de cerca, y que llegarían más tarde a ampararse del poder a favor de la derrota de la patria, y traicionar el alma de Francia."

A las ilusiones que Jacques se reprocha en esas páginas, contribuyeron muchas causas: su juventud primero en el momento en que todo aquello comenzó, y la docilidad sin experiencia de que he hablado frente a direcciones, siquiera fueran completamente humanas, del padre espiritual que veneraba, y la indulgencia o entusiasmo que tantos grandes teólogos demostraban entonces hacia el teórico del empirismo organizador, y la misma actitud general de la Iglesia en aquellos años, del Papa Pío X que pacientemente esperaba la conversión de Maurras...

Dedúcese de ahí que aunque Jacques no haya formado nunca parte de ninguna organización o institución de la Acción Francesa, y aunque siempre haya mantenido su independencia del filósofo, podía echársele en cara la actitud de que por negligencia era responsable, así como su colaboración durante algunos años en la "Revista Universal" que fué dirigida al principio por Jacques Bainville y después por Enrique Massis.

El contexto de los artículos de Jacques era filosófico y no político, pero sin embargo de tiempo en tiempo, aparecía en ellos, en medio de otros puntos, una nota irónica sobre la democracia, último vestigio de la influencia política de León Bloy y del padre Clérissac, en un orden en que el pensamiento personal del joven filósofo todavía no se había aplicado sistemáticamente. Sobre todo las posiciones políticas de una parte de los que se creían sus discípulos

corrían el riesgo de crear disensiones intolerables, y de desfigurar la significación de un pensamiento que ha estado siempre por encima de los partidos, y que, cuando se ha aplicado a los problemas sociales y políticos, había de elevar contra los prejuicios de la "derecha" y de los "bien pensantes" una síntesis más atrevida —pero estrictamente fundada en doctrina— que las inspiraciones desgraciadamente plagadas de errores de los "católicos liberales del siglo XIX".

Si Jacques Maritain, saliendo de las regiones de la especulación metafísica, emprendió sus obras de filosofía política, de las cuales la primera es *Primacía de lo Espiritual*, que apareció en 1927, fué por disipar todo equívoco y para precisar en sí mismo el problema de la filosofía práctica.

Entonces hubieron de volverse contra él algunos jóvenes que le habían seguido hasta allí, y que se vieron en la necesidad de elegir entre la *Política en primer lugar* de Maurras, y la *Primacía de lo Espiritual* que ha sido siempre, implícita o explícita, la doctrina de Jacques. Pero habían de venir nuevos amigos y nuevos discípulos que han sido —que son— su alegría y que forman parte de aquella heroica juventud en la cual en los días más sombríos de esta guerra nunca hemos dejado de esperar; es ella, esa juventud, quien según la expresión favorita de Jacques, "ha impedido que Francia pierda su alma [1]".

De la dirección espiritual

Lo que antes he dicho respecto de nuestra docilidad en toda materia a los consejos del padre Clérissac, y de la manera con que esos consejos comprometieron a Jacques en un prejuicio favorable a la Acción Francesa que él mismo había de reprocharse tan vivamente, plantea un problema en el cual Jacques y yo pensamos con frecuencia más tarde.

[1] *Francia, cuida de no perder tu alma*, es el título del primer número de los "Cuadernos del Testimonio Cristiano", publicación clandestina de la Resistencia Francesa.

Hubo de parte de nuestro guía una inadvertencia —y de nuestra parte un error— porque aquel elemento de orden temporal jamás debiera haber sido incluído por él en el contexto de su dirección espiritual, ni aceptado por nosotros sin examen.

En aquella inadvertencia de un hombre de tan rara rectitud de juicio y carácter aparecen sin duda esos "límites de lo creado" que el padre no dejaba de hacernos melancólicamente notar en la acción de los mejores.

Si me permito formular un juicio que puede parecer presuntuoso con relación a un sacerdote admirable, con el cual nuestra deuda es inmensa, no es por ligereza y no lo hago sin confusión. Si sólo de mí se tratase, en la estrechez de mis propios límites, me atendría silenciosamente al examen de mi conciencia; pero se trata de lo que interesa a la misma verdad en cierto orden práctico, y en ese terreno ni nuestra pequeñez, ni la grandeza de un guía santo bastarían para impedir la comprobación de un hecho. Un prejuicio que en el padre Clérissac era accidental a la esencia de su propia vida espiritual y de sus consejos espirituales —junto a nuestra confianza y a nuestra inexperiencia—, resultó de consecuencias graves para nosotros mismos, y para algunos de los que habían seguido con nosotros sin crítica la impulsión recibida.

Desde entonces hemos encontrado con gran frecuencia errores análogos, en diversos sentidos, y hemos observado sus funestas consecuencias. Podemos, pues, de una manera general, comprobar cierto peligro inherente a la dirección de las almas, y hablar aquí de él. Cualesquiera que sean las críticas en que pueda yo incurrir por ello, escribo estas líneas sin ningún temor, de acuerdo con la convicción de mi deber actual; llega en todas las vidas un momento en que resulta natural no temer sino al Dios que se ama y de quien se espera la luz y la salvación.

Naturalmente yo no pongo en duda un solo instante la utilidad general de la dirección espiritual. Nosotros mismos

hemos experimentado cuán necesarios y beneficiosos nos han sido los guías espirituales que Dios nos ha hecho la gracia de enviarnos, y nuestra gratitud hacia ellos nunca cesará. Sé yo también lo que Santa Teresa y otros santos han enseñado sobre este gran asunto. Si el mismo padre Clérissac se burlaba de los directores que aconsejan a sus penitentes sobre el color del sombrero o que pretenden llevarlos al cielo "en una butaca", estaba persuadido, de acuerdo con la tradición cristiana, de que las almas, sobre todo cuando están comprometidas en las vías espirituales, tiene la mayor necesidad de los consejos de un hombre prudente y experimentado, y no podrían sin temeridad confiar solamente en sí mismas. El nombre de paternidad espiritual sería también quizás más justo aquí que el de dirección. La autoridad moral de un padre, la educación que da, son tan necesarias en el orden espiritual como en el orden natural. Si no fuera así, ¿cómo podría el alma limpiarse de las ilusiones del amor propio, no dejarse engañar por las inclinaciones que se identifican con su naturaleza individual, librarse de las emboscadas y espejismos del camino, y aprender a formar poco a poco el juicio de su conciencia en aquella "paz de Dios que sobrepasa todo sentimiento"? El alma cristiana sabe el precio incomparable de la confianza total y de la simplicidad por donde le llegan las luces que nada en el mundo puede reemplazar.

Las observaciones que yo querría hacer aquí son notas al margen de esas grandes verdades. Conciernen a la vez a la prudencia del director y a la del dirigido. La experiencia nos ha demostrado hasta qué punto la dirección de las almas exige en el director el más puro discernimiento de las cosas que son de Dios y de aquellas que son del César. Para ser verdaderamente espiritual pide que el director haya distinguido en sí mismo lo que es del orden de la gracia, la fe, la teología y la perfección, de cuanto lo es solamente de la herencia humana, de los hábitos seculares, de los prejuicios de familia, raza o casta, o del orden de las inclinaciones individuales, de las preferencias y de los gustos. Este

discernimiento angélico no existe sin duda en grado de perfección: hasta los santos, desprendidos de todo, llevan alguna vestidura de su época. Casi siempre queda algo que enturbia por poco que sea la transparencia de la mirada del más escrupuloso director, y mezcla a sus directivas espirituales consejos o indicaciones de otro orden.

Ocurre así, en virtud de embrollos psicológicos muy difíciles de evitar, que las opiniones completamente humanas toman en la inteligencia de aquél que ha de practicar "el arte de las artes" casi la misma categoría que las certezas atinentes a la vida sobrenatural, y que sean propuestas casi con el mismo título que el requerido para la perfección del alma.

El problema de que hablo no concierne solamente al papel de guía espiritual y al número restringido de las personas que recurren a un director. Atañe también, en condiciones diferentes y en otro nivel, al ministerio del sacerdote con relación a la masa de los creyentes. ¡Qué difícil es aquí la situación del sacerdote! Debe enseñar y guiar. Y aun cuando se trate de cosas de la tierra debe enseñar y guiar para el cielo, no para la tierra. Es una gran desdicha que los creyentes reciban a veces, mezclados con la enseñanza religiosa, dogmática y moral, los consejos que añaden a los principios eternos prejuicios y pasiones de orden temporal, social y político. De las cosas de ese campo la Iglesia como tal no se ocupa, sin embargo, sino en sus principios más elevados, en los que tocan al orden de la moral, y cuyas aplicaciones varían a todo lo largo de la historia humana, y pueden ser sanas según los diversos modos analógicos.

Cuando la necesidad de tal discernimiento no aparece claramente reconocida, la influencia del sacerdote que debiera ser puramente espiritual y moral aborda las regiones de la contingencia política y se encuentra uno en el caso de que las personalidades eclesiásticas hacen de buena fe uso de su autoridad para dirigir al pueblo fiel por las vías efímeras y engañosas de la política de un país o de un día. Y esto, a veces, como lo hemos visto en el asunto de la

Acción Francesa, contrariando las direcciones y las órdenes del mismo Papa, y sin preocuparse de arrastrar en una desobediencia formal a las almas religiosas que sin aquella funesta confusión habrían reconocido la legitimidad de la obediencia. Así se producen los cismas, —con mayor frecuencia por cuestiones de orden temporal que por cuestiones de orden religioso y teologal.

En cuanto al dirigido, para volver a nuestras primeras consideraciones, es evidente que su propio buen sentido y prudencia, y por consiguiente su responsabilidad, están comprometidos en la cuestión. Se le ahorrarían errores si supiese claramente desde el principio que por mal desbastada, por deficiente en virtudes que esté al principio su conciencia, es a ella a quien corresponde, después de haberse iluminado con prudentes consejos, el llevar sola ante la mirada de Dios el juicio del que depende la moralidad del acto libre: porque la dirección espiritual tiene por objeto enseñarnos a formar bien nuestra conciencia, no a eludir su juicio. El peligro acidental que he señalado es sin embargo tanto más grave para el dirigido cuanto más segura sea la dirección espiritual que ha aceptado; la autoridad del padre espiritual admirado y venerado se desborda entonces casi inevitablemente sobre todos los consejos que da a un alma inclinada ya a la docilidad filial.

Esta clase de almas hacen rudos aprendizajes. Felices aquellas en que a fuerza de experiencias, errores, sufrimientos y purificaciones divinas, se opera el discernimiento que no han encontrado en la inteligencia de su director. Su vía espiritual se simplifica entonces en la medida en que ha sido así purificada y tiende a conformarse más de día en día con la simple vía de la caridad, del amor a Dios y al prójimo, en que consiste toda la Ley de los Profetas. Simplicidad verdaderamente evangélica, la más difícil de alcanzar de todas las simplicidades, y cuyo nombre es sinónimo de perfección. Son esas almas las que, por la virtud de Cristo, compensan nuestras faltas y errores en el seno de la Iglesia.

Capítulo VII

DONES DEL CIELO

El Golpe duro de la Conversión

"Dichosos los que mueren en el Señor", y en el tiempo mismo en que la gracia les ha tocado y convertido a Dios. No acumularán las faltas y errores que acechan en el camino de la vida los que recibieron el golpe duro de la conversión, aquellos a quienes se les dió súbitamente el precepto sobrehumano de vivir "como no viviendo". San Pablo decía a los primeros cristianos, que eran todos convertidos:

"¿No sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Jesucristo, hemos sido bautizados en su muerte? Hemos sido, pues, sepultados con él por el bautismo en su muerte [1]."

Todo cristiano es esencialmente un ser "separado", separado del mundo por el sudario de la muerte de Cristo; pero el convertido, es separado del mundo de un golpe brusco, rasgando los lazos de sí mismo consigo mismo y con los demás. En un instante, a la hora de la gracia, todos los valores han sido desplazados para él. Se ha convertido en un ser extraño a los ojos de su prójimo, a quien ama o trata de amar "como a sí mismo", — pero que no le ama, no le comprende, y mira con extrañeza no exenta de desprecio a aquel bizarro habitante de una ciudad situada en lo infinito de las vías conocidas de este mundo. El mundo no tiene pudor porque es animal, pero el cristiano debe

[1] Rom., VI, 3.

tender a tornarse un hombre espiritual. El mundo respeta las grandezas de cantidad y fuerza, el hombre espiritual debe glorificar a Dios por la humildad y la pobreza.

La eternidad ha irrumpido en un alma consagrada hasta entonces al tiempo que pasa, la ha herido como el rayo. La tempestad divina todo lo ha trastornado y puesto en desorden, y la caridad solamente ha comenzado a ordenar en nosotros nuestros diferentes amores.

La intención del convertido está en adelante suspendida de la verdad inmutable y eterna, atravesada por la fe, y necesita ahora colocar en su justo lugar todos los objetos de la casa que la invasión de la gracia ha puesto en desorden; es preciso poner de acuerdo lo que pasa con lo que queda, vivir a la vez según lo eterno y según lo temporal: la desproporción es infinita. ¿Cómo ajustar nuestra acción entre esos extremos?

Se está todavía deslumbrado por la visión de las cosas espirituales, y es uno depositado de nuevo en la tierra por la que avanza a tientas. Se cae, se extravía en los propios juicios, se es injusto y parcial con parcialidad divina, — con torpeza demasiado humana.

Debe establecerse el equilibrio, la visión de las cosas del mundo debe tornarse clara; pero esto no debe venir demasiado de prisa, no ha de hacerse a expensas de la realidad espiritual conocida por la fe. Es preciso, — pero eso es lo que precisamente no se comprende sino más tarde, — es preciso que el aterrizaje se haga sin violencia, suavemente, y que poco a poco las cosas más humildes de la vida cotidiana queden asumidas en la visión espiritual, — las cosas, las gentes, las obras de los hombres. Poco a poco irá uno habituándose a la luz y aprenderá a juzgar con equidad.

Esta adaptación es difícil, es preciso que Dios nos ayude y que nosotros ayudemos a Dios. Éste hará todo el bien en nosotros; y a nosotros nos convendrá dejarle hacer para evitar el mal, y hacer con él lo poco de bien que no hayamos impedido.

Dios dispone de los acontecimientos que nos tocan, que

son independientes de nuestra voluntad, y que se desarrollan en el tiempo. Obra también sobre nuestra voluntad, desde el interior, porque es más íntimo nuestro que nosotros mismos, y porque es el autor de nuestro libre albedrío.

Los santos responden a su acción con perfecto abandono, con confianza absoluta, con dulzura y humildad que hacen toda acción justa y prudente.

Pero quien acaba de nacer a la vida de la gracia, el pobre convertido, comienza la vida espiritual como el niño la natural, — está a la vez provisto y desprovisto de todo. La vida está presente, y eso es *todo*, esencialmente; pero la experiencia está ausente, salvo aquella, fuera del tiempo, que le ha dado la fe. La sabiduría, que todo lo ordena, con orden de amor, no está todavía allí sino en potencia; y la perfección no es más que un fin lejano, deseado pero no adquirido.

Comienzan, pues, las dificultades, a causa de una voluntad que no ha aprendido todavía a plegarse a las exigencias de la gracia, y a causa de la desproporción existente entre las luces del régimen de la gracia y las del régimen de la razón. Estas luces no son opuestas, — están separadas solamente por la infinita distancia entre la vida natural y la vida sobrenatural.

El convertido no aprende sino poco a poco a conocer sus verdaderas fuerzas. Ocurre que tiene al principio aspiraciones desmesuradas a su capacidad real. Necesita un guía sabio y santo (y más sabio que santo todavía, según dice Santa Teresa de Jesús). Este guía si se tiene la dicha de encontrarlo, evaluará la solidez y resistencia del alma; impedirá una acción inspirada más en la presunción que en el heroísmo, y la moderará a fin de evitar el hundimiento de una energía física y moral insuficiente para alimentar grandes deseos prematuros.

Pero largo tiempo todavía, aun progresando hacia el equilibrio interior que da Dios, el alma del convertido, — caminando entre las vicisitudes de la naturaleza y las aventuras de la gracia, conducida por la invisible mano de

Otro que la lleva a donde ella no quiere ir. — se encaminará ella misma a las acciones mal ajustadas: con excesivo atrevimiento o excesiva timidez, con excesiva piedad o excesiva rigidez; se desollará por todas partes, hasta que advierta por fin la verdadera medida que es desapropiación y libertad. Y benditas sean estas heridas que el aguijón de Cristo hace en la carne del pobre Adán, y que valen más que la falsa paz del mundo y la satisfacción propia.

*
**

Muchos incrédulos convertidos o en vías de convertirse al catolicismo se encontraron entre nuestros amigos en la época a que este libro se refiere (y más tarde). Las conversiones al catolicismo en Francia han sido numerosas a fines del siglo XIX y después. En derredor de grandes creyentes como León Bloy y Pablo Claudel, y hasta de incrédulos como Maurras y André Gide, entre sus más próximos amigos, y entre sus discípulos, estas conversiones han sido muy numerosas. En derredor de Gide son notables por la importancia del papel artístico y literario y la calidad intelectual de los que aprendieron de él a tornarse libres de él, y que más tarde comprendieron mejor que él la parábola del Hijo Pródigo. Pienso en Dupouey, Gheon, Francis Jammes, Copeau, Jacques Riviere, J. P. Laurens, Carlos Du Bos, Gabriel Marcel, Renato Schwob, Juan Pedro Altermann que se hizo sacerdote, y cuya acción sacerdotal ha llevado tantas almas a Dios. Una hija de Jacques Copeau es religiosa misionera, el hijo y la hija de Riviere son monje y monja de la Orden de San Benito, un hijo de Francisco Jammes es sacerdote... Entre los que acabo de nombrar contamos varios amigos muy queridos que Dios nos ha dado sin quitárselos a André Gide, porque a Dios le gusta la fidelidad.

Pero yerro sin duda al llamar incrédulo a André Gide; ya no lo era en 1916-1919, cuando escribía en "*Numquid et tu...*" dedicado a Carlos Du Bos:

"... No se trata tanto de creer en las palabras de Cristo porque Cristo es Hijo de Dios — como de comprender que es Hijo de Dios porque su palabra es divina e infinitamente elevada por encima de todo los que nos proponen el arte y la sabiduría de los hombres.

"Esta divinidad me basta. Mi inteligencia y mi corazón se satisfacen con esta prueba. Las que aportáis además de ésta la obscurecen.

"Es preciso creer en sus palabras, porque Cristo es Hijo de Dios. Y vinieron otros que no tuvieron cuenta de tales palabras porque no admitieron que Jesús fuese el Hijo de Dios.

"Señor, no es por haberme dicho que vos érais el Hijo de Dios por lo que he escuchado vuestra palabra: pero vuestra palabra es bella por encima de toda palabra humana, y en esto he reconocido que érais el Hijo de Dios." [1]

Parece que Gide creyó siempre en la divinidad de Cristo, en el tiempo mismo en que ésta era la última preocupación de sus amigos y discípulos.

Hoy no es así a juzgar por su último libro: *"En atención a que..."* (Como en *"Numquid et tu..."*, los puntos suspensivos que forman parte del título también tienen sin duda su significación), y por las líneas que Enrique Hell ha destacado con predilección en un informe. [2] "Citando la última palabra de Cristo en la cruz: ¡Dios! ¡Dios mío! ¿por qué me habéis abandonado? Gide escribe: "Cómo no ver en esta trágica palabra, no una cobardía, una traición de Dios, sino esto: que Cristo creyendo y haciendo creer que tenía partida ligada con Dios, se engañaba y nos engañaba, porque aquél a quien llamaba "mi Padre nunca lo había reconocido como Hijo, porque el Dios que representaba, él mismo, era solamente, como lo dice a veces "Hijo del Hombre". Solamente a ese Dios puedo y quiero adorar."

---

[1] André Gide. Citado en el *Diario*, pág. 588.

[2] *Fontaine*, Nº 32, págs. 220-221, Argel, 1944.

No añadiré, como lo hace el autor del artículo "Ah como se le ama a este Gide"... Yo diré: ¡cómo Gide a quien se ama ha podido pensar y escribir estas pobres y desatinadas palabras! — "Cobardía, traición de Dios"... "Haciendo creer que tenía partida ligada con Dios." Adorar, y no poder adorar, más que a aquél que "se engañaba y nos engañaba"... "Solamente a ese Dios puedo y quiero adorar." Pero ese Dios que se engaña y nos engaña, "mentiroso y padre de la mentira", cuyas armas son la mentira y la ilusión ¡sería el mismo Satán!

El día en que Gide escribió esta página, que se opone exactamente a la que he citado de *Numquid et tu...*", debía estar borracho de desesperación e ignorar lo que se hacía...

Corresponde a los creyentes más modestos el deber de decir la verdad infusa en su alma, sin timidez ante las grandezas de este mundo, por grandes y admiradas que sean. Porque, por una reversibilidad contraria a aquella que reporta a Jesús el bien que se hace al más pequeño de nosotros, el mal que se hace a Jesús, el error que respecto a él se enuncia recae sobre nosotros, pobres de nosotros, en heridas espirituales.

Al tomar la naturaleza humana quiso Cristo identificarse a toda la miseria humana: él es el pobre que tiene hambre y sed, y que está desnudo; él es el enfermo, el extranjero privado de su patria, el hombre privado de su libertad. El mismo lo ha dicho: "Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria" para juzgar a los vivos y a los muertos, dirá a los que estén a su derecha: "Venid benditos de mi Padre... porque tuve hambre y me disteis de comer... era extranjero y me recogisteis... estaba en prisión y vinisteis a mí... En verdad os digo, todo lo que hagáis con el más pequeño de mis hermanos, me lo hacéis a mí." [1]

Él se identificó con el pecador, más aún, — con el mismo

[1] Mateo. XXV, 31 a 40.

pecado. Los estigmas eternos que recibió en la cruz son las llagas que le produjo el pecado asumido todo entero.

A causa de esto es también el Abandonado por excelencia. Su grito trágico: ¡Dios, mi Dios, por qué me habéis abandonado! es el grito que corresponde al Salvador de nuestras almas. ¿Cómo no lo habrá visto Gide? — Él nos ha amado hasta ese extremo, — hasta tomar en sí mismo aquel abandono en el cual, si no hubiera venido para salvarnos, estaríamos eternamente.

Ese grito no debe encandalizarnos como a los judíos que movían la cabeza en vista de la desgracia de Jesús y le reprochaban su pretensión de salvar al mundo, siendo así que no podía salvarse a sí mismo y descender de la cruz. No comprendían que en aquella hora suprema en que se realizaba nuestra salvación, fuese tan completa la identificación de Cristo con la humanidad impotente y pecadora, que la omnipotencia de su divinidad estuviese allí mismo ligada, puesta completamente por el Hijo entre las manos del Padre. Fué aquella la hora del vencimiento de Lucifer por la absoluta desapropiación del Hijo de Dios: aquella en la cual el Verbo crucificado puso de manifiesto que no solamente en su humanidad sino eternamente en su divinidad lo recibió todo del Padre, manantial perfecto de la procesión del Hijo y del Espíritu Santo.

Un gran amigo de nuestras almas

Entre los jóvenes cuyo acceso o retorno a la fe comenzó a anunciar en los primeros años de este siglo un renacimiento católico en Francia hay uno, particularmente querido por nosotros, con el que establecimos relación gracias al libro de Agathon. Aquel libro contiene muchos documentos preciosos firmados con nombres que habían de convertirse en familiares más tarde para nosotros, — el de Roberto Vallery-Radot, el de Jacques Copeau, director entonces de la Nueva Revista Francesa, y el de Enrique

Hoppenot. Contiene en particular dicho libro una carta firmada por C. H. (Carlos Henrion) y la carta de Jacques de que antes he hablado.

Gracias a esas cartas Jacques y Henrion reconocieron sus afinidades, y por causa de las mismas trataron de ponerse en contacto.

He aquí algunos pasajes de la carta de Henrion que caracterizan bien las tendencias principales de quien había de ir a vivir al desierto a la manera del Padre de Foucauld:

"Quisiera yo sobre todo hablar aquí de los adolescentes católicos de hoy, cuyo rasgo distintivo es, a mi parecer,... una necesidad de la verdad total.

"... Necesitan estabilidad, profundidad, la inagotable riqueza de la religión... Esta sed de vida religiosa total arrastra a los más resueltos al seminario, aun antes de haber terminado sus estudios... El número de las vocaciones casi no ha hecho otra cosa que aumentar bajo la persecución. Muchas de ellas se realizan; un número mayor parece reservado por Dios para llevar en el siglo una especie de apostolado que no deja de hacer pensar en aquello que la Virgen de la Salette y el Bienaventurado Grignion de Montfort dijeron de los "Apóstoles de los últimos tiempos."

Hablando de la joven literatura, "esperamos, escribe Carlos Henrion, deseamos obras apasionadamente religiosas, sí, es decir obras de santos... en las cuales reine la gracia sobre las palabras y nada nos conmueva sino la ardiente presencia del amor"... porque no estamos hechos más que "para lo que avanza nuestra unión con Dios".

"La religión no es para nosotros una «disciplina», — como decían los literatos de anteayer: — es en su plenitud una vida. Convendría insistir largamente sobre esto, porque es el corazón de nuestro corazón; lo que convendría explicar a toda nuestra juventud y lo que deberían ayudarnos a realizar... Se ha dicho que nosotros éramos moralistas, ¿no sería mejor decir que somos místicos? ¡Que

nadie se admire! Tampoco de esos seres extraordinarios, que viven en el éxtasis y las vías especiales. Aunque vivamos en el mundo y en las labores de cada día, nuestra profunda y secreta tendencia es la de reunirnos, cada minuto más, con «Dios que alegra nuestra juventud», no para gozar en ello, sino para estar más seguros de servirle, en un mundo en que ya no tenemos guía, donde nadie nos enseña la verdad... Pero se ignora que el mejor alimento de nuestro fervor nos viene del dogma preciso, tal como lo expone un Santo Tomás... Llegamos difícilmente a comprender la acción más exterior, la política por ejemplo, inclinados a creer que no nos salvará, y que Dios no nos dará el gobierno que necesitamos sino cuando nos convirtamos, y las almas en primer lugar vuelvan a él."

Ni una sola de estas líneas de Henrion hubiera dejado de ser firmada por Jacques; pero lo que más les ha impresionado tanto a uno como al otro es la mención que hacen —ellos sólo— de Nuestra Señora de la Salette y del Bienaventurado Grignion de Montfort. León Bloy nos hizo conocer los escritos de este último; Henrion los descubrió por sí mismo.

Cuando Jacques y Carlos Henrion se encontraron, su simpatía recíproca fué inmediata, y nació entre ellos una gran amistad; y los años de la guerra que alejaron casi inmediatamente a uno del otro no interrumpieron el desarrollo de dicha amistad.

La amistad de Carlos Henrion es una de las gracias más preciosas de nuestra vida; encontramos en ella maravillosa confortación y profunda alegría espiritual. El fué grandemente ayudado en su evolución religiosa por Claudel. Después de su conversión, y hasta 1914, llevó en los Vosgos, donde habitaba su familia, una vida de contemplativo y apóstol laico, predicando en los campos el Evangelio y las enseñanzas del Papa Pío X que invitaba entonces a los cristianos a la comunión frecuente. Tenía desde entonces una devoradora pasión por la ciencia teológica

de las vías místicas y de la contemplación; leía a Saudreau (que tuvo el mérito de atraer la atención hacia la teología mística), y llegando a los manantiales estudiaba las obras de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz.[1] Las cuestiones urgentes e insistentes que perseguía entonces en sus cartas el padre Garrigou-Lagrange influyeron sin duda en los grandes estudios de teología mística a los cuales debía éste consagrarse, y a los que debemos también la admirable obra sobre *La Perfección Cristiana y la Contemplación.*

Movilizado desde los primeros días de agosto de 1914, herido en el campo de batalla, prisionero de los alemanes, Carlos Henrion estuvo después hasta el fin de la guerra detenido en Suiza. Allí se hizo estudiante de teología de la Universidad dominica de Friburgo (donde conoció al eminente padre Del Prado) y es en esta época cuando tuvimos con él una correspondencia importante sobre los problemas de la vida espiritual.

Terminada la guerra, impaciente por realizar su voto de vida solitaria, se retiró a una casa de campo de su familia de la aldea de Thuillieres, deseando sólo la oración y la unión con Dios, no tratando de reanudar su acción apostólica de antes de la guerra y huyendo humildemente los honores del sacerdocio, como fiel discípulo de San Francisco de Asís.

Nuestra intimidad con él aumentaba a pesar del alejamiento. Jacques y él se daban más cada día al estudio de Santo Tomás de Aquino y de San Juan de la Cruz. Y cuando por fin las circunstancias permitieron algunos encuentros, — vino Carlos Henrion a vernos a la aldea de Vernie, y habiendo sido llevado después a París para hacer estadas más o menos largas, nos encontramos unidos a él con profundo afecto y entera confianza en las vías espirituales por él seguidas.

[1] De los libros de San Juan de la Cruz, publicó Carlos Henrion un resumen precioso titulado: *Compendio de la Doctrina Espiritual de San Juan de la Cruz.*

Eva Lavalliere

De la larga historia de aquella preciosa amistad no puedo hablar aquí sin traspasar con mucho la época a que se refiere el presente relato. Diré simplemente que Dios no permitió a Carlos Henrion permanecer al margen de toda actividad exterior, y fué justamente su querido retiro de Thuillieres, el lugar donde su acción espiritual debía comenzar.

Fué allí, en efecto, donde un día llegó el párroco de la aldea a pedirle ayuda. Le caía del cielo una feligresa extraordinaria, recientemente convertida y llena de celo, que exigía una dirección espiritual superior a las fuerzas del humilde sacerdote, al parecer de éste. Pidió, pues, a aquel laico que asumiese la dirección del alma excepcional que Dios le enviaba.

Tratábase de Eva Lavalliere, actriz célebre, mimada por los parisienses, que, tocada repentinamente por la gracia, iluminada y fortificada por ella, había roto todos los contratos y rechazaba los despojos de su opulencia; conservando solamente lo necesario para una vida pobre y humilde, se había retirado también (con Leona su camarera de las "varietés", convertida juntamente con ella), a la aldea que Carlos Henrion eligió como perfecta soledad.

Este, aun temiendo terriblemetne la idea de encargarse de un alma, no pudo rehusar la entrevista con la Lavalliere que se le pedía en nombre de la caridad espiritual. Y a partir de aquel día se convirtió, quieras o no, en el guía de la nueva convertida.

Casada con Fernando Samuel, director de "varietés", perspicaz artista que tomó el seudónimo bíblico de Samuel, para tener éxito, Eva Lavalliere actuó también en los Mathurins, en el teatro Antoine y en el "Vaudeville", con fama siempre creciente. En la primavera de 1917 había firmado un contrato para una campaña en América con Lucien Guitry.

Pero fué primero a pasar las vacaciones a una aldea de la Turena, en la casa que alquiló para la temporada al párroco del pueblo. En el curso de una visita que éste le hizo, y en la que se trató de las cerezas del huerto que Eva quería recoger, como hablase del diablo burlonamente, el sacerdote le respondió dulcemente: "Señora, si usted supiera lo que es el infierno no hablaría con tanta ligereza." El tono de gravedad del sacerdote le impresionó inmediatamente. Una vez sola se deshizo en lágrimas pensando en su propia vida. Al domingo siguiente fué a misa, no pensando todavía sino en hacer una visita de cortesía al buen párroco que le había permitido recoger las cerezas del huerto; pero la impresión que allí recibió fué profunda. Leyó algunos libros... y así comenzó su conversión. La idea de Dios se apoderó de su corazón, y eclipsó todas las demás. Lo dejó todo por él. Pronto anunciaba su cambio a sus camaradas, abandonaba el teatro, rompía el contrato para América y partió para Lourdes.[1] Allí aprendió algo relacionado con los sufrimientos de la pobreza, — de la pobreza voluntaria que fué su primer impulso y su atractivo constante hasta la muerte. Era invierno. Eva hizo con alegría el conocimiento del frío cuya existencia había

---

[1] En sus interesantes recuerdos *(Rideau a Neuf Heures*, págs. 296-298), sugiere Luis Vermeuil la hipótesis de que la retirada prematura de Eva Lavalliere se explica por el fracaso de las dos últimas piezas que representó, y cita, en apoyo de esta opinión, una conversación que tuvo con ella, en presencia de Feydeau, el día 6 de mayo de 1917, en cuya ocasión rehusó Eva el papel que le ofrecía en una nueva obra, declarando que París ya no la quería y que ella no deseaba seguir representando. Estoy persuadido de que Feydeau veía más justo cuando atribuía aquella respuesta a un momento de sobreexcitación nerviosa y decía a Vermeuil:

"Dentro de quince días habrá olvidado *Carminetta* y se ocupará de su próxima creación." También tenía el proyecto de salir para la América a realizar una campaña, después de las vacaciones en Chanceaux. ¿Sería un sufrimiento de artista el que la condujo inconscientemente a hacer un retorno sobre sí misma cuando el aguijón de la gracia la esperaba? Ésta es una cuestión completamente diferente. En

olvidado en su vida de lujo. Se regocijaba al descubrir la realidad en la pobreza.

Un poco más tarde se instaló en Thuillieres con su fiel Leona, — divinamente conducida sin saberlo hacia el mejor guía que pudo dársele. Allí murió el 10 de junio de 1929. Dispuso que en el epitafio de su tumba se escribiese lo siguiente: "Todo lo dejé por Dios, Él sólo me basta. Vos que me habéis creado tened piedad de mí." [1]

Carlos Henrion nos escribió varias veces hablando de este asunto. En primer lugar para comunicarnos su confusión ante la empresa que le incumbía de manera tan inesperada; después para notificarnos su alegría, su admiración ante la generosidad de aquella alma tan perfectamente olvidada de sí misma, tan absolutamente entregada a Dios.

Quiso por fin hacérnosla conocer. Nos encontramos en Violot, pequeña aldea del Alto Marne donde el santo abate Lamy nos esperaba para que fuéramos juntos a la peregrinación de Nuestra Señora de los Bosques. ¡Nuestra Señora de los Bosques! otra maravilla de Dios, otra hermosa historia entre las más hermosas de Francia, pero que no puedo abordar aquí.

Jacques, Vera y yo llegábamos de Meudon; Carlos Henrion con Eva Lavalliere y Leona llegaban de Thuillieres.

---

todo caso, ella misma nos dijo muchas veces que no había abandonado el teatro por una desilusión y se indignaba cuando oía esa interpretación que corría ya, juntamente con otras, entre sus antiguos camaradas. Vermeuil se equivoca cuando dice: "Dejó de representar; largo tiempo después entró en el camino del arrepentimiento y la piedad". Él mismo, algunas líneas antes, ¿no había escrito que Eva partió hacia Turena, y que marchó a Chanceaux, "al día siguiente" de la conversación que con ella tuvo? ¿No dijo también que allí "un día, conversando con el cura de la aldea, se sintió por primera vez tocada por la gracia"? Cuando Eva fijó su domicilio en Thuillieres en 1919, hacía ya dos años que había "entrado en las vías del arrepentimiento y la piedad". La verdad sencilla, constantemente afirmada por la misma Eva, es que dejó el teatro para consagrarse a Dios.

[1] Omer Englebert, *Vida y Conversión de Eva Lavalliere.*

Estábamos todos muy emocionados ante aquel encuentro que significaba tantas gracias de Dios. Pero inmediatamente todo fué muy sencillo entre nosotros. ¿No era del todo sencillo que Dios nos hubiese convertido, que nos hubiese dado un nombre nuevo, y que no se acordase ya de nuestras faltas? Nosotros nunca, a decir verdad, hubiéramos conocido a Eva Lavalliere, pues nunca fuimos a ninguno de los teatros en que con tanto éxito actuaba. La que ahora venía a nosotros era la hermana Eva María del Corazón de Jesús, — su nombre de terciaria de San Francisco; completamente humilde y fervorosa, vestida pobremente sin ningún esmero y con toda sencillez. Su semblante conservaba la belleza de los rasgos regulares y puros; pero, sin ningún artificio carecía de esplendor. No era ya aquel conocido de Eva Lavalliere, quien padecía al darse cuenta de ello.

Su humildad era muy grande, y juzgaba severamente su vida pasada. "Una sola cosa me tranquiliza, decía, el abandono total en el amor; entonces todo lo olvido, lo pasado, lo presente, vuelan los escrúpulos y me siento inundada por una profunda alegría, hecha de paz y de confianza." Y añadía: "No vayan a creer que todo esto es humildad, es sencillamente la verdad." — Lo que exactamente viene a ser lo mismo. Daba desde el primer momento la impresión de una perfecta rectitud. Su encanto natural se convertía en una especie de cortesía respecto al sufrimiento mientras avanzaba en medio de pruebas muy amargas que no le fueron escatimadas. Después de su conversión lloraba mucho por compunción y amor, y tenía los ojos heridos por tal causa, pero no podía frenar las lágrimas. Aquel dolor lo sufrió hasta el fin.

Mercedes de Gournay

La experiencia del bien espiritual de que Dios le hizo instrumento en aquellos años de Thuillieres contó mucho sin

duda en la decisión que Carlos Henrion tomó al fin de ceder a los consejos e instancias de sus amigos y hacerse sacerdote. La soledad que tanto deseaba sólo por poco tiempo le fué concedida. Destinábale Dios al desierto, pero no solo.

Fué ordenado de sacerdote por monseñor Lemaitre, arzobispo de Cartago, y se retiró al desierto junto a otro convertido, el ex almirante Malcor, que le había precedido poco tiempo antes. En el terreno comprado por el padre Malcor, por el cual pasaban los nómades y los áspides, comenzaron los dos sacerdotes por construir dos celdas y una capilla. Vivían allí como los padres del Desierto de que nos habla Cassien, de escasa alimentación y mucha oración; y prestaban también asistencia médica a los árabes que pasaban. Otro sacerdote fué a reunirse con ellos un poco más tarde; y después a alguna distancia se formó también una pequeña comunidad de contemplativas, que prestaban su asistencia a las mujeres árabes.

Conocimos a varias de aquellas contemplativas, y su modestia, su obscurecimiento perfecto no me permite siquiera nombrarlas. Pero de una de ellas, por lo menos, puedo decir algunas palabras, porque hace mucho tiempo está al abrigo de esta vida, viviendo la vida eterna cerca de Dios.

Me refiero a la admirable Mercedes de Gournay. Largo tiempo buscó su camino; escribió tres hermosos poemas. Pero Dios tomaba cada vez mayor espacio en su corazón. Un día por fin encontró en nuestra casa a Carlos Henrion, —al padre Carlos— le oyó hablar del desierto y de las jóvenes que llevaban allí una vida de contemplación. Mercedes quemó el libro de sus poemas que acababa de aparecer y partió para Africa a reunirse con la pequeña comunidad. El tiempo de su felicidad terrenal duró poco. Una árabe a quien atendió y curó le contagió el tifus, y murió el 18 de febrero de 1932, víctima de aquel acto de caridad, asistida hasta el fin por el padre Carlos. Tenía entonces 34 años. Es la primera habitante del pequeño cementerio de Sidi-Saad, adonde los árabes van en

peregrinación para postrarse ante la tumba de esta santa cristiana.

Mercedes de Gournay ¡admirable muchacha de Francia! que escribió en la tierra africana el más bello de los poemas de amor.

Amigos y poetas

En el curso de su primera conversación con Jacques, Carlos Henrion nombró incidentalmente a Luis Massignon. Henrion no lo conocía, pero había oído hablar de él como de un personaje de leyenda.

Un poco más tarde, Henrion y Jacques conocieron a Massignon. Recuerdo la emoción con que Jacques me habló de él. En los comienzos del verano de 1914, Henrion, Massignon y Jacques se encontraban juntos en casa de Roberto Vallery-Radot, en una reunión a la que asistían varios amigos suyos, y entre ellos el doctor Luis Pichet. Aquel día se celebraba una especie de vela de armas espiritual; juntos hacían grandes proyectos para el reino de Dios, al sentir aproximarse la catástrofe, porque la primera guerra mundial estaba próxima. Hasta donde puedo acordarme, todos los que tomaron parte en aquella reunión, o casi todos, habían de continuar en la amistad que les unió aquel día.

Luis Massignon es uno de los grandes maestros del orientalismo francés. Muy joven todavía ha sido designado para ocupar la cátedra de civilización islámica en el Colegio de Francia. También él es uno de los convertidos de principios de este siglo, cuya vida toda ha sido dirigida por la fe ardiente.

Mientras el joven sabio preparaba una tesis de doctorado sobre el gran místico musulmán Al Hallaj,[1] fué tocado

[1] Luis Massignon. *La pasión de Al-Hosayn-ibn-Mansour-al-Hallaj, mártir místico del Islam*, 2 volúmenes, Paris, Geuthner, 1922.

por la gracia en el curso de un peligroso viaje por Siria, — literalmente puede hablarse respecto a él del camino de Damasco. Desde entonces, abrasado por un celo heroico, sentía el gran deseo de reunirse con el padre de Foucauld en el desierto; pero, siguiendo humildemente la opinión de sus consejeros espirituales, permaneció en el mundo y se casó. Vino a nuestra casa poco antes de su matrimonio, y él mismo nos contó su conversión. Desde entonces y hasta el día en que la actual guerra hizo imposible toda comunicación, él y Jacques han estado siempre uno junto a otro en lo que hace relación a las importantes direcciones de su actividad en el orden religioso; durante los numerosos años que preceden a la segunda guerra mundial se han establecido entre ellos y el padre Carlos cambios constantes fundados en una profunda y mutua afección, aunque el acuerdo no haya sido siempre perfecto —no podía serlo— entre el padre Carlos y Jacques, en los años que precedieron a la segunda guerra mundial, a propósito de las posiciones tomadas por Jacques en materia política, no ha alterado su amistad, pero la ha puesto a prueba cruelmente.

⁂

En verano el padre Carlos solía dejar su retiro y venía a Francia durante dos meses poco más o menos para vivir bien con su madre en los Vosgos, bien con nosotros en Meudon, donde en 1925 encontró entre otros amigos nuestros a Pedro Reverdy y a su mujer Enriqueta, y a otros poetas, como Juan Cocteau, Paul Sabon y Mercedes de Gournay.

Por haberlo visto una o dos veces Pedro Revery, recientemente convertido entonces al catolicismo — gracias al querido Max Jacob, paño de lágrimas de genio, cuyo papel ha sido tan grande en la poesía de nuestro tiempo, y que acaba de morir no en su viejo refugio de Saint-Benoit-sur-

Loire, sino, según el periódico clandestino *Liberation* [1] en el abominable campo de concentración de Drancy, — Pedro Reverdy deseó con toda la violencia de su naturaleza retirarse, si no al desierto donde su mujer no podía seguirle, por lo menos cerca de un monasterio benedictino. Realizó rápidamente su deseo y se instaló en Solesmes, donde lo hemos vuelto a ver en 1939 cultivando entonces un hermoso jardín, — y donde parece que su mujer que le había seguido a disgusto a su retiro, ha encontrado más que él todavía un lugar propicio al desenvolvimiento de su vida religiosa. (Así ocurría por lo menos a fines de 1939.)

Qué recuerdos desgarradores y extraños nos han dejado aquellas entrevistas, en los días muy sombríos, con un admirable poeta más ardiente que nunca en su poderoso fuego interior. La aldea de Solesmes nos rodeaba, viviendo su vida cotidiana, y la Abadía se alzaba más cerrada, más aislada que nunca en su silencio. Rodaba la angustia buscando los corazones, con el peso abrumador que precede a la tormenta. La palabra de Reverdy estallaba en imágenes fulgurantes, y Jacques contestándole no cesaba de pensar en su próxima partida para América, llamado por compromisos anteriores a la guerra, y por el deseo de tratar de servir desde allí a la causa de Francia. Y se agitaba dolorosamente dentro de sí mismo para resolver si debía llevarnos con él a Vera y a mí, a pesar de las minas eléctricas y de los submarinos alemanes. Para Vera y para mí no existía problema.

El padre Carlos desempeñó también un papel importante en la conversión de Pablo Sabon, joven poeta de grandes condiciones, pero que todavía ha vivido poco para dar su fruto. Había ido a Andrés Breton como hubiera ido a la Poesía en persona y a la liberación del alma, — con toda su generosidad. Mal alimentado con los frutos amargos del

[1] 7 de abril de 1944.

surrealismo, roto de cuerpo y alma, parece que ha comenzado a inquietarse vagamente por el catolicismo, gracias a la lectura de *Juana de Arco* de Delteil. Este libro poco ortodoxo respira una admiración sincera por Juana de Arco. ¿Aparece por primera vez el heroísmo de la santidad a los ojos del joven poeta? Paul Sabon escribió a Delteil, y Delteil se lo envió a Jacques.

Ganó nuestro afecto por su rectitud y por la fidelidad de su apego hacia nosotros. Necesitó varios meses para curarse de la desesperación que se había apoderado de él, y otros tantos para comprender que la libertad espiritual está ligada, no al querer arbitrario, sino a la verdad, y depende de la presencia en el alma de virtudes que vienen del cielo. Cuando encontró en nuestra casa al padre Carlos, reconoció en él a quien había de poner fin a sus últimas vacilaciones. Pero no recibió los sacramentos hasta después de la muerte de su amigo Andrés Grange, que acababa también de abandonar el surrealismo. Poco tiempo antes de adquirir la enfermedad violenta que puso fin a su vida, encontró Grange el camino de la surrealidad divina leyendo el compendio de las obras de San Juan de la Cruz en el librito compuesto por el padre Carlos. A Jacques, a quien vió algunas horas antes de morir, le habló de su alegría de haber recibido los sacramentos y de poseer la certeza de la fe, añadiendo: — "San Juan de la Cruz lo ha hecho todo". A Sabon le dijo: "Yo soy dichoso, yo sé ahora, haz como yo."

*
**

La impresión que el padre Carlos podía producir desde el primer momento, ha sido descrita de manera sorprendente por Juan Cocteau en su *Carta a Jacques Maritain*.[1] Cocteau escribe:

[1] Stock, París, 1926.

"...Fundó usted una colección en la editorial Plon [1]... Una noche nos reunimos varios en casa de usted para hablar sobre el asunto... Había anunciado usted la visita probable del padre Carlos. Nada sabía yo de él, salvo que lleva el hábito del padre de Foucauld y vive en el desierto africano como eremita...

"...Entró un corazón; un corazón rojo con una cruz roja sobrepuesta en medio de una forma blanca que se deslizaba, se inclinaba, hablaba y estrechaba las manos. Aquel corazón me hipnotizaba, apartaba mi mirada del semblante, decapitaba el albornoz. Era el verdadero rostro de la forma blanca y Carlos parecía tener la cabeza sobre el pecho, como los mártires. Así bien, la cabeza quemada por el sol parece un reflejo del corazón, un espejismo en toda aquella luz de Africa. Los pómulos y el mentón dibujan allí los relieves y la punta. Distingo después una mirada mal regulada para las cortas distancias y las manos de ciego, quiero decir las manos que ven... Yo estúpido, *groggy* como dicen los boxeadores, miraba tras un vidrio espeso aquella cosa blanca que se movía en el fondo del cielo.

"Supongo que la señora de usted y sus huéspedes debieron darse cuenta; salón, libros y amigos, nada existía ya.

"Fué entonces, Maritain, cuando usted me empujó.

"Empujado por un golpe del alma de usted... La cabeza en primer lugar. Todos vieron que yo perdía pie. Ahora bien, nadie me socorrió, porque sabían que en aquella ocasión, prestarme auxilio hubiera sido perderme. De esa manera aprendí el espíritu de aquella familia que la fe nos da instantáneamente y que no es una de las menores gracias de Dios...

"Un sacerdote me conmovió con el mismo choque que Strawinsky y Picasso...

"El día de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, por

---

[1] *La Caña de Oro.*

la mañana, en la capilla de usted, rodeado de algunos íntimos, recibí la comunión de manos del padre Carlos..."

Y Jacques contestaba a Cocteau: [1] "Dios le daba prisa a usted... Reverdy y yo veíamos llegar el momento en que necesitaría usted verse con un sacerdote. ¿A quién dirigirle? Fué entonces cuando encontró usted al padre Carlos. Si hubo en ello complot, lo prepararon los ángeles. Un telegrama me anunció su llegada, el mismo día en que usted había de comer en Meudon. Cuando entró, un gran remolino de silencio en el alma, y que duró hasta el fin, nos hizo saber en seguida que no venía sino por usted. Aquel corazón que dibujaba usted debajo de sus cartas, lo llevaba él sobre el pecho, pero con la cruz plantada dentro. La soledad le enviaba a usted un contemplativo; el contemplativo y el poeta se comprenden, un hombre habituado a los usos del cielo se encontraba a gusto con su invisible..."

Carlos había dado a Cocteau un consejo precioso como un testamento: *Permanezca usted libre,* en aquella hora que el alma del poeta purificada por los sacramentos estaba habitada por el amor de Dios. Cocteau no se dió siempre cuenta exacta del sentido que Carlos daba a aquellas palabras, que es el de *ama et fac quod vis* de San Agustín. Ama —a Dios— y haz lo que quieras. En este amor tu voluntad tomará la forma de la voluntad de Dios mismo, y tú la cumplirás libremente, *in legem perfectam libertatis,* [2] *et quasi liberi... sicut servi Dei.* [3] El error que se deriva de un defecto de amor, todos lo cometen, en cierto grado; y ofendemos la real libertad de nuestras almas cuando olvidamos las exigencias de este amor.

De las decepciones o tristezas que nos vinieron después no deseo hablar; basta hacer alusión a ellas. Y, ¿quién de nos-

---

[1] *Respuesta a Juan Cocteau,* Stock, París, 1926.

[2] El apóstol Santiago, I, 25.

[3] San Pedro, *Primera Epístola,* II, 16.

otros habrá sido siempre perfectamente fiel a sus amigos, y no habrá herido los bienes invisibles que habían de guardarse en común, un día u otro, con sus actos o sus palabras, en una falsa libertad de juicio o de conducta?

⁂

Me he alejado de nuevo y grandemente de los años principales a que este libro se refiere, — a causa de Carlos Henrion que vino a nosotros en aquellos años, y de todo lo que su nombre evoca de precioso recuerdo. Pero estas páginas incidentales son demasiado breves para la realidad que relatan, y me propongo volver sobre el particular, si me es dado poder continuar un día el relato de las misericordias de Dios, cuyos testigos muy indignos hemos sido nosotros.

Capítulo VIII

LOS COMIENZOS DE UN FILÓSOFO

Primeros Ensayos

Me propongo hablar ahora de ciertos acontecimientos domésticos, y de los primeros trabajos de Jacques, y esto me obliga a volver un poco hacia atrás.

Como ya lo dije, nos instalamos en Versalles en octubre de 1909, en la calle de la Orangerie, donde habitamos hasta 1913.

De 1909 a 1913, Jacques, al mismo tiempo que a sus trabajos personales se dedicó a la redacción del "Diccionario de la Vida Práctica". Retrasado, con sus colaboradores, agotadas todas las prórrogas que sucesivamente le concedieron, llevó, sin embargo, a término aquella labor fastidiosa, pero abandonando en el camino sus derechos de autor sobre la venta de una obra maestra que siempre le fué difícil reconocer como suya.

En cuanto a su trabajo filosófico en aquellos mismos años, estuvo consagrado por una parte al estudio profundo de Aristóteles y Santo Tomás, y a la lectura de los autores escolásticos contemporáneos, y por la otra a sus primeros escritos y sus primeras conferencias.

Había escrito en 1909 un estudio sobre el "Neovitalismo en Alemania y el Darvinismo", en el cual utilizaba los materiales reunidos durante los dos años de nuestra

estada en Heidelberg, y que apareció en 1910.[1] Cumplía así la obligación que contrajo como beneficiario de la bolsa Michonis. En aquel estudio, en que pasaba revista a los trabajos de los principales representantes de un movimiento filosófico científico singularmente mezclado, insistía sobre todo en las investigaciones de Hans Driesch; consideraba el método de éste como riguroso y demostrativo, y pensaba con Driesch que ningún conjunto de partes diferenciadas que constituye un todo puramente físico-químico, ninguna máquina, puede portarse como los embriones de erizos de mar que divididos en fragmentos, se apresuran a reconstituir el todo para desarrollarse en un erizo completo. Jacques soñaba con continuar aquellas experiencias, pero la vida no había de ofrecerle ocasión de desarrollar su vocación de biólogo, como tampoco su vocación de pintor. Admiraba los análisis por los cuales demostraba Driesch la necesidad de un factor extraespacial ("entelequia") en el desarrollo del organismo viviente, como el que, según demostraba, llevan los animales, no puede explicarse sin un factor "psicoide" (esta palabra nos divertía mucho). Jacques, que lamentó el que Hans Driesch abandonase el laboratorio para dedicarse a una metafísica más bien incierta, conservó siempre su estima por los trabajos científicos de aquel hombre, de inteligencia penetrante y corazón generoso. Prologó más tarde el primer volumen de la traducción francesa de la *Filosofía del Organismo*, colección de lecciones dadas por Driesch bajo los auspicios de las Gifford Lectures.

*
**

En 1910 escribió Jacques su primer ensayo filosófico, *La Ciencia moderna y la Razón*. Constituye todo un acontecimiento el primer artículo, en el cual el pensamiento de un joven se dispone a afrontar al público. Jacques puso

[1] *Revista de Filosofía*, octubre 1910.

en aquel artículo toda su pasión intelectual, y su deseo de "romper moldes" y de contrariar al lector, como convenía a un ahijado de León Bloy, — y que estaba además justificado por los obstáculos que tuvo que vencer. El artículo fué presentado al señor Trogan, secretario del *Correspondant,* y fué instantáneamente rechazado como incompatible con los objetos de absoluto reposo que la tranquila revista trataba de ofrecer a sus lectores. Apareció algunos meses más tarde, en junio de 1910, en la *Revista de Filosofía,* dirigida por el P. Peillaube.[1] Psichari leyó en el desierto este artículo en una tirada aparte que de él se hizo.

Describía allí Jacques aquello de lo cual tenía una viva y dolorosa intuición: la condición trágica a que había llegado la razón, "parece que en aquel tiempo era la verdad demasiado fuerte para las almas, y que éstas no podían alimentarse sino de verdades disminuídas...", y la confusión que al encasillar la ciencia auténtica en una seudo metafísica inconfesada, hacía de la ciencia de los fenómenos, destinada esencialmente por sí misma a la verdad en un dominio determinado, un instrumento de debilitación de la inteligencia en relación con las verdades de otro orden.

"Ligada así, no por naturaleza, sino por las circunstancias de su nacimiento..., el orgullo intelectual y la vanidad racionalista, la Ciencia moderna se ha convertido, al fin en esa grosera divinidad que han adorado en las escuelas primarias, en esa fortaleza del espíritu del mundo, en ese almacén de confusiones e ideas falsas donde el error se provee constantemente de municiones, en esa espesa y pesada sabiduría según la carne que amenaza aplastar a la inteligencia humana." Cito aquí la conclusión del artículo, cuya violencia había de hacer creer a los espíritus poco atentos que Jacques tomaba partido "contra la ciencia", lo que sería un puro absurdo, una especie de suicidio

[1] Este ensayo forma el primer capítulo de *Antimoderno* (1923), donde Jacques reunió sus primeros artículos.

del pensamiento, — entonces cuando todo su esfuerzo estaba por el contrario dedicado y debía continuar en el sentido de purificar la noción de ciencia, y paralelamente todo conocimiento, de los parásitos que la desfiguraban, y de volver la ciencia a *su* propia verdad.

El P. Peillaube, que simpatizó con el joven filósofo desde el principio, estaba también comprometido en aquella época en grandes luchas intelectuales en el Instituto Católico de París, donde la enseñanza de la filosofía había estado hasta entonces encomendada a la Facultad de Letras y dada por un solo profesor, el abate Piat. El P. Peillaube obtuvo por su perseverancia y hábil obstinación la creación de una facultad especial dedicada por completo a la filosofía y donde el estudio de Santo Tomás había de ocupar el primer lugar. Jacques le ha guardado siempre una profunda gratitud por su afecto personal, así como también por el combate filosófico que ha sostenido constantemente. El P. Peillaube había fundado la *Revista de Filosofía*, que aparecía en la editorial de Marcelo Riviere. Éste era también el editor de Jorge Sorel, y dirigía una librería socialista. Sorel, que estaba al acecho de todos los indicios de corrientes nuevas del pensamiento, le dijo un día: "No pierda de vista a esos tomistas de quienes nadie habla todavía y que se agitan para restaurar la inteligencia católica, existe porvenir para ellos..." Escribiendo críticas de libros para la *Revista de Filosofía* entró Jacques en relación con el P. Peillaube, y después con algunos de los padres Maristas que rodeaban a aquél.

El bergsonismo como sistema y el bergsonismo de intención

A petición del P. Peillaube, escribió Jacques en 1911 para la *Revista de Filosofía*,[1] un largo artículo sobre el

[1] Septiembre-octubre de 1911.

Evolucionismo bergsoniano. Este artículo bosquejaba el conjunto de las críticas que el sistema bergsoniano produce desde el punto de vista de la filosofía tomista.

Un año más tarde, Jacques, que deseaba que sus críticas no fuesen confundidas con el celo amargo y el espíritu partidista de quienes habían de llamarse un poco más tarde los "católicos integrales", ni con la feroz y vana agresividad en que se complacía Julián Benda, publicó en la *Revista Tomista* [1] un estudio sobre *Los dos Bergsonismos,* en que distinguía, de acuerdo con una distinción a que siempre ha sido aficionado, el "bergsonismo como sistema", contra el cual se pronunciaba con severidad, y "el bergsonismo de intención", cuyo espíritu admiraba y al que contemplaba como rico en preciosas semillas de verdad; según Jacques, el "sistema" había traicionado "a la intención" vital. Y concluía así: "Si alguna vez se tratase de aislar y libertar este bergsonismo de intención, parece natural que pasando al acto iría a libertar y ordenar sus potencias en la gran sabiduría de Santo Tomás de Aquino".

Era singular audacia el oponerse de esa manera él mismo al mayor filósofo de nuestros tiempos. Pero el hombre ilustre y el joven temerario, ¿no eran uno y otro amigos de la verdad ante todo? Supimos que Bergson, aunque apenado, lo comprendió así. (En lo que se refiere al doctor Angélico, Bergson había de escribir, un poco antes de su muerte, que, poco familiarizado con la obra de aquél, se había encontrado, no obstante, cada vez que tropezó con un texto suyo, de acuerdo con él, y que admitía perfectamente que se situase su filosofía en la prolongación de la de Santo Tomás.)

Muchos años más tarde, después de la publicación por Bergson de su libro tan esperado: *Los Dos Orígenes de la Moral y de la Religión* — animada por nuestro amigo Jorge Cattauï (uno de aquellos caros y admirables Cattauï de quienes el cristianismo hizo su presa) que veía con

[1] Julio-agosto de 1912.

frecuencia a Bergson, y me decía que el filósofo se acordaba de su antigua alumna, la muchacha que seguía sus cursos en Plotin, — me decidí a hacerle una visita.

Hablé de esta visita en un artículo publicado por el *Commonweal.* [1] De lo que me dijo Bergson no voy a citar aquí sino lo que se relaciona con el artículo de Jacques sobre *los Dos Bergsonismos.*

"Bergson me habló de Jacques y de sus trabajos, y me dijo: "Usted sabe, que cuando su marido oponía a mi filosofía "de hecho" mi filosofía "de intención" como conteniendo ciertas virtualidades no desarrolladas, — tenía razón." Y continuó, mientras mi corazón se inundaba de reconocimiento y admiración: —"Después hemos ido el uno contra el otro, y nos hemos encontrado en medio del camino." Y yo pensaba que se habían encontrado en Cristo que es el Camino, como también es la Verdad . . . "

León Bloy, a quien Jacques había dado un ejemplar de la *Revista Tomista,* consintió por una vez en leer un artículo filosófico. "Es sabida, escribía en su diario, mi poca afición a la filosofía, a mi modo de ver la más aburrida manera de perder el precioso tiempo de la vida y cuyo dialecto hircaniano me desalienta. Pero con Jacques eso cambia singularmente . . . No esperaba yo ver salir un brazo tan fuerte del guiñapo filosófico. Un brazo de atleta y una potente voz de lamentador. He sentido al mismo tiempo una especie de ola de poesía dolorosa, y una potente ola de fondo llegada de muy lejos." [2]

*
**

Un acontecimiento religioso importante de nuestra vida tuvo lugar durante el otoño de 1912. Jacques, Vera y yo nos trasladamos a Holanda a la Abadía Benedictina de Oos-

[1] *The Commonweal, January* 17, 1941. New York, Cf. *ibid.,* August 29, 1941.

[2] León Bloy, *El Peregrino de lo Absoluto,* 17 de octubre de 1912.

terhout, de la cual nos convertimos en oblatos el 29 de septiembre, habiéndosenos dado nombres nuevos, bajo el patronato de Santa Plácida, que no es solamente célebre en los anales benedictinos por su caída en el lago de Subiaco, de donde la sacó San Mauro milagrosamente, sino también por el afecto que le tenía San Benito, de quien fué ella asistente fiel en Mont-Cassin; de Santa Agnes, cuyo martirio y juventud celebra la Iglesia, yendo a la muerte como si fuera a bodas animaba a su verdugo diciéndole: "Golpead sin temor, porque la novia injuria al Esposo si le hace esperar", y de Santa Gertrudis, por cuyo espíritu he tenido siempre gran predilección. Fuímos recibidos por el Abad del monasterio, Dom Jean de Puniet, y convertidos de esa manera sin mérito por nuestra parte, en participantes de sus méritos y de los de sus hijos. Él había salido de Francia para ir a fundar en Holanda una filial de Solesmes pronto erigida en Abadía. Ha muerto durante la segunda guerra mundial, sin tener la alegría de ver a Francia libertada.

En aquella misma época, cediendo al profundo atractivo que sobre nosotros ejercía, nos decidimos a orientar más netamente nuestra vida hacia la obra de la contemplación, y a sacrificar en su obsequio muchas cosas y esperanzas que ocupan lugar normalmente en la vida del mundo. Durante varios años, entonces en que nuestra soledad no estaba todavía turbada por la acción exterior, y que podíamos disponer ampliamente del tiempo, hubimos de vivir los tres como una pequeña comunidad, en la cual el aprendizaje de las cosas espirituales ocupaba lugar preferente.

*
**

En octubre comenzó Jacques el primer año del curso de filosofía en el Colegio Stanislas, donde había entrado por recomendación del P. Peillaube. Dejó sin pena las labores de la Casa Hachette. No quiere esto decir que los comienzos del curso en Stanislas fueran fáciles. Decidió

hacer de la filosofía de Aristóteles y de Santo Tomás el centro de su enseñanza. Pero el tomismo parecíale a la administración del colegio, lo mismo que a los alumnos y a sus familias, singularmente peligroso para el éxito final de los alumnos de bachillerato, a lo que limitaban toda ambición (después del bachillerato vendría la carrera que importaba más que las convicciones filosóficas). El director del colegio, el canónigo Pautonnier, miraba a Jacques con cierta preocupación. Fué él quien le dijo con sonriente insistencia: "Ya pasará, amigo mío, ya pasará, ese ardor de neófito..." — "No ha pasado, escribía Jacques algunos años más tarde en la introducción de *Antimoderno*, sino que, por el contrario, con el tiempo se ha hecho más tenaz y determinado, aunque perdiendo, así lo creo al menos, la inútil aspereza de la juventud e inexperiencia."

Pero había algo más grave que su tomismo: desde el primer día Jacques se propuso comenzar la clase con una oración —un *avemaría* seguida de una invocación a Santo Tomás—, tomaba en serio aquel "neófito" la condición "católica" del colegio y de los alumnos. No era éste el hábito en Stanislas, sobre todo en la clase de los filósofos que ya no eran niños, y que aun cuando seguían los cursos de "culto", como así se llamaban, consideraban que la religión nada tenía que hacer en las verdaderas clases, en las que eran preparación para los exámenes. El sistema del "compartimiento estanco" reinaba entonces... Un muchachote, que llegó a ser uno de los mejores alumnos de la clase, por quien Jacques tuvo más tarde gran simpatía, se levantó el primer día y manifestó que no podría recitar la oración "porque él había hecho el bachillerato moderno y no sabía rezar en latín". — "Bien, respondió el profesor, salga usted de clase y no vuelva hasta que sepa bastante latín para rezar el *avemaría*." El alumno y sus padres fueron a quejarse a la administración, y ésta comenzó a temer la pérdida de sus alumnos... Sin embargo, Jacques ganó la partida. Los relatos que nos hacía

de aquellos incidentes nos producían a mi hermana y a mí una alegría hasta cierto punto angustiada.

Jacques se sentía completamente feliz al verse encargado de un curso completo de filosofía; aprendió mucho preparándolo. Leía mucho y meditaba más, y se esforzaba en no dejar sin resolver ninguna de las cuestiones tratadas en el curso. Sin embargo, no se proponía ofrecer una solución acabada a sus alumnos, sino que la solución había de salir siempre de la discusión como un nuevo descubrimiento, y la curiosidad y el atractivo de lo desconocido por explorar, debían ser constantemente estimulados. Pero ¡qué tormento al presentarse de repente una dificultad imprevista, y tener que encontrar la respuesta antes de la clase del siguiente día! Jacques se pasaba noches enteras en aquel trabajo.

Ponía todo su ardor en exponer a la luz de los principios de Santo Tomás las materias del programa y los problemas de la filosofía contemporánea. Y por fin, contra los temores unánimes, el porcentaje de los alumnos aprobados en el bachillerato superaba ampliamente al de los años precedentes: de esa manera el tomismo, no sin trabajo, adquiría derecho de ciudadanía en un establecimiento católico.

En febrero de 1913, después de los días cargados de gracias de la conversión de Ernesto Psichari, Jacques cayó enfermo; durante dos largas semanas estuvo el médico indeciso en su diagnóstico, y nuestra inquietud fué creciendo, habiendo llegado a su paroxismo en la noche del 24 al 25 de febrero, aniversario exacto de la muerte de mi padre, que me pareció otra noche de agonía. Pero aquella mortal inquietud se trocó extrañamente en alegría, cuando el médico, a quien llamamos a buena hora, por la mañana, después de examinar al enfermo se echó a reír y comenzó a estrecharme las manos y a felicitarme, porque lo que había estado a punto de tomar por tifoidea

no era más que sarampión, cuya erupción se producía por fin. Y yo me fui a dormir a pierna suelta.

Las conferencias sobre Bergson

Pronto reanudó Jacques los cursos en el colegio, y añadió a ellos una serie de conferencias sobre "la filosofía del señor Bergson y la filosofía cristiana", dadas en abril y mayo de 1913 en el Instituto Católico de París.

Aquellas conferencias tuvieron en su época gran resonancia; León Bloy asistió a algunas de ellas. Muchos se escandalizaron del tono de certidumbre imperiosa empleado por el conferenciante y de la implacable lógica de sus críticas; otros, como Psichari, se regocijaban al oír a Jacques, quien rompiendo con todos los convencionalismos académicos afirmaba la unión orgánica y vital de la fe y la filosofía, y declaraba a su auditorio sorprendido: "No existe más que un solo medio para que el alma y la inteligencia puedan vivir en la paz de Dios, y crecer en gracia y en verdad: ese medio es la luz tomista", y recordaba a los cristianos que el bautismo obliga en filosofía como fuera de ella, exclamando al final de una de sus conferencias: "Al destruir la Inteligencia y la Razón y la Verdad natural se destruyen los cimientos de la Fe. Por esa razón una filosofía que blasfema de la inteligencia nunca será católica".

La agitación creada todos los martes por aquellas conferencias continuaba en discusiones apasionadas; no eran las menos vivas las que en los almuerzos de los jueves, en casa de la madre de Jacques, enzarzaban a Péguy y Psichari. Péguy que no iba a las conferencias de Jacques, pero que recibía todos los ecos de ellas, nada comprendía de la llama que animaba a Jacques, y, poniendo el debate en el terreno (que era el suyo) de la lucha contra la Sorbona, y de las influencias que se disputaban las inteligencias, se indignaba de que los católicos tomasen partido contra la

filosofía que dió los golpes más duros al cientifismo materialista. Para Jacques se trataba solamente de la verdad y de los derechos de la inteligencia.

Estábamos en plena batalla. Lo que se ponía en juego era la integridad de la fe y de la razón. A un joven bergsoniano que decía: "Maritain triunfa con demasiada facilidad. ¡No se trata de enfrentar el sistema completo del tomismo a una doctrina que se hace y se busca todavía!" Psichari respondía: "¡Pero si no se trata de filosofar, sino de vivir y de morir!"

Lo que Jacques se proponía, no era tanto combatir el bergsonismo, como terminar con las ilusiones modernistas ante las cuales tantos jóvenes católicos estaban entonces sin defensa, y sobre todo elevar ante las inteligencias la doctrina de Santo Tomás en toda su amplitud, rigor lógico y potencia de vida. Aquellas conferencias de 1913 fueron la primera manifestación del renacimiento tomista en Francia. La renovación de los estudios tomistas había comenzado tiempos antes, gracias a León XIII y al Cardenal Mercier. Trabajos de incomparable valor, escritos sobre todo por teólogos, habían sido consagrados al Ángel de las Escuelas, pero ahora salía Santo Tomás del círculo de las controversias eclesiásticas. Por primera vez el pensamiento tomista reclamaba sus derechos en la existencia profana y la cultura profana penetraba en el campo cerrado de las filosofías contemporáneas, entraba en competencia con ellas en su propio terreno, tan joven y más viviente que las doctrinas del día.

Era una gran novedad para la época, y Jacques no se preocupaba de la opinión ni del resultado inmediato; pensaba con angustia en el porvenir de la inteligencia, y sabía que la excesivamente alta sabiduría de Santo Tomás estaba hecha para ser en el primer momento desconocida. Quería servirla si era preciso como solitario y desesperado; pensaba que algunas raras inteligencias tal vez se interesasen en el asunto, y que su trabajo, oculto primeramente en la tierra, prepararía nuevas germinaciones que surgirían mucho más tarde. Han surgido antes de lo que él pensaba; pero Jac-

ques no esperaba para sí mismo sino la contradicción, la cual por lo demás nunca le ha faltado.

*
**

He tratado en el capítulo precedente de caracterizar el estado de espíritu de la juventud francesa en 1912. Desearía volver sobre las circunstancias históricas en las cuales, con las conferencias de 1913, se produjo la ruptura de Jacques Maritain con el bergsonismo.

No solamente el descubrimiento de la inteligencia metafísica y de la razón, realizado a la luz de la fe y gracias a la doctrina de Santo Tomás, lo oponía frente al bergsonismo como sistema y a la crítica bergsoniana de la inteligencia; sino que el bergsonismo barato —del que el mismo Bergson se encontraba lejos de ser responsable—, que se extendía entonces entre los jóvenes, particularmente entre muchos jóvenes sacerdotes, y que alimentaba el modernismo teológico de los más vulgares temas antiintelectuales donde una sentimentalidad sin objeto disfrazada de "intuición", un pragmatismo turbio y una pasión pueril de conformarse al siglo destruían en las almas el sentido de la verdad, de la santidad de la verdad, le hacía contemplar la influencia de la nueva filosofía como un peligro mortal para la inteligencia. Pensando en esto, viendo esto, su deber era no escatimar nada. *Magis amica veritas*. Pero cuando se está decidido a no escatimar nada ocurre que tampoco se escatiman las palabras. Un accidente de este género era inevitable en los comienzos, y no tiene importancia. Con lo que él llama una gran ingenuidad, pero según la más profunda tendencia de su naturaleza, Jacques se había constituido en caballero de la verdad, *Dama* no menos pobre que la Pobreza amada por San Francisco, y que también exige, si se la quiere servir, la ciencia de darse uno mismo con todo lo que es propio de uno. Aquella actitud de espíritu de Jacques se le reprocha a veces como presunción, sabiendo bien en el fondo que los sentimientos a los

cuales respondía le fueron pedidos, dados y ordenados a la vez, según la manera de hacer de Dios. En el Prefacio a la segunda edición de la *Filosofía Bergsoniana* hace alusión a una experiencia profunda y dolorosa cuando dice:

"Dios no tiene necesidad de nuestros servicios, y quiere, no obstante, que le sirvamos. Se hace construir un arca de madera de acacia cubierta de oro, y emplea en dicha construcción el arte de los más hábiles obreros. Cuando hace transportar esa arca en un carro de bueyes de Cariathiarim a Jerusalén, y el carro se inclina en el camino, Oza retiene el arca con la mano: cae muerto, porque ha tocado el arca de Dios. "David se irritó cuando Jehová castigó de esa manera a Oza, y tuvo temor de Dios en ese día." [1] Bendito sea, cuando viene, el conocimiento de sí mismo, que purifica con su gusto de muerte un celo demasiado verde puesto de todo corazón, con corazón novicio al servicio de la verdad."

Dedicado a la amistad

Después de aquellos meses ricos en trabajos y emociones, pasamos en Bretaña, en Binic, magníficas vacaciones, con el corazón alegre, gozando de la belleza de la tierra y el cielo, de la dulzura del aire, de la calma de la playa. Aquellas vacaciones fueron provechosas para mi madre, Vera y Jacques, pero estuvieron a punto de terminar mal para mí. De regreso apenas en Versalles, a principios de septiembre, caí enferma con una disentería muy grave. Después de tres semanas de vanos esfuerzos para aliviar la enfermedad, que iba de mal en peor, nuestro amigo el doctor Legrain juzgó el caso desesperado, abandonó la partida y dejó a Jacques entregado a su inspiración.

La inspiración de Jacques consistió en llamar a mi cabecera al médico que había encontrado dos o tres veces en el curso del año, al doctor Luis Pichet, a quien el P. Bulliot,

[1] Paralip., I, XIII, 11-12.

filósofo y aficionado a la fisiognomía, le había presentado como un devoto de Nuestra Señora de la Salette, lo que significaba algo en opinión de Jacques, y como "homeópata", lo que nada representaba para Jacques ni le interesaba. Pero el doctor Luis Pichet le fué extremadamente simpático; y aquella misteriosa homeopatía —cuando la alopatía me abandonaba a la muerte—, esperó que podría serme provechosa. Vera y Jacques que confiaron al doctor Legrain su intención de recurrir a un médico homeópata, recibieron una aprobación formulada en los siguientes términos: "En el caso de ustedes, pobres amigos míos, yo también haría cualquier locura." ¡Vaya pues por la locura! Llegó el doctor Pichet con su viejo maestro el doctor Conan. Yo no estaba al corriente de nada, no sabía ni quien venía a verme, ni el método que emplearía. Tres semanas de terribles sufrimientos y de ayuno casi completo me habían agotado y convertido en indiferente a toda contingencia. El tratamiento del doctor Conan me produjo una rápida mejoría y me curó por completo en quince días.

Inmediatamente nos unió una gran amistad al doctor Pichet y esa amistad perseveró entre nosotros. Supimos por él lo que era la homeopatía y fuimos con frecuencia testigos de la eficacia de aquella terapéutica a la cual nuestro amigo se sentía ligado con conciencia, por las comprobaciones realizadas durante su larga experiencia de médico.

Y la conciencia del doctor Pichet es cosa de una rectitud verdaderamente santa, hasta el punto de prohibirle el menor atentado a la exactitud material, aun cuando sólo se tratase de aquellas "mentiras" profesionales del médico a su enfermo, que son con frecuencia una necesidad para la misma curación (y que escapan en realidad de la categoría de mentiras). Pero para el doctor Pichet el límite extremo de la concesión en aquel terreno, si un paciente grave le interroga sobre su estado, consiste en no pronunciar palabras que resultarían duras de escuchar, y en mover tristemente la cabeza de arriba abajo y de abajo arriba, lo que significa *sí* en todas las lenguas. Esto lo he visto yo con mis propios

ojos en la cabecera de mi hermana enferma de neumonía, de la que se curó perfectamente gracias a los cuidados de su incorruptible médico. Lo más extraño es que aquel candor de un alma tan pura desarma a los mismos enfermos, que terminan casi siempre por agradecerle su sinceridad, tanto más cuanto que rara vez deja de curarles, poniendo en el asunto mucha ciencia, plegarias, ayunos y compasiones.

El doctor Luis Pichet tiene una memoria maravillosa y una curiosidad universal, que se extiende preferentemente a las ciencias raras y esotéricas. Es muy competente en la ciencia del diagnóstico por la fisonomía, en música —con una debilidad obstinada por Rameau y contra Bach—, en matemáticas y en profecías.

Como amigo de los profetas y de la divina justicia este hombre dulce y bueno se convierte en hombre sin piedad: es preciso por su honor y el de Dios que la cólera de Dios estalle, y desencadene los castigos que han sido elegidos para anunciarlo a los hombres. Como León Bloy, del que creo no es partidario fervoroso, conoce a fondo las profecías de la Salette, a cuya realización en su mayor parte asiste hoy en nuestra pobre Europa, y ciertamente esta vez con más humilde piedad humana que alegría profética.

El doctor Conan, el doctor Pichet y la homeopatía me trajeron, pues, la curación; en octubre de 1913 pude resistir sin exceso de trabajo las fatigas de una mudanza: dejamos la calle de la Orangerie por la calle Nueva, denominada más tarde calle Baillet-Reviron, donde un departamento más espacioso nos permitiría reservar un cuarto al padre Clérissac, que aun cuando ya no habitaba en Versalles sino en Angers venía con bastante frecuencia a Versalles.

⁂

Durante el tiempo que habitamos en la calle de Orangerie, mi hermana y yo tuvimos el privilegio de ser ayudadas en los trabajos de nuestra modesta casa por una mujer

que tomó y conservó siempre un gran lugar en mi corazón, Berta Gilbert.

Se unió a nosotros con singular intuición de lo que constituía el fondo de nuestra vida, y yo vi cómo la fe que dormía en ella desde los años de su infancia, se despertaba, crecía y daba rápidamente frutos admirables de sabiduría e inteligencia cristianas.

Tenía un don sorprendente, del que no se daba cuenta, para decir lo que vivía interiormente; las iluminaciones de la fe, su confianza en Dios, sus sufrimientos. Éstos fueron grandes para ella, por muchas razones, pero sobre todo a causa de su sensibilidad, de su necesidad de grandeza, de belleza, que nadie alrededor de ella —ni su marido taciturno y rudo, ni sus hijos demasiado jóvenes, ni las comadres sus vecinas—, podían comprender ni apreciar.

Aunque de mucha más edad que yo, Berta me confiaba todo lo que le concernía, ignorando ella misma sus grandes méritos y sus dones sobrenaturales. Entre escobas y cacerolas teníamos singulares conversaciones. Aquellos instrumentos entre sus hábiles manos casi no le pesaban, y su manejo no le ocupaba la inteligencia. Tenía, con los ojos azules un poco obscuros bajo pestañas negras, y la mirada ardiente que no prescindía de ninguna curiosidad, el aspecto de una reina muy por encima de su reino que no era pequeño sino por un capricho de la suerte. Pero al mismo tiempo su humildad era tan sencilla, su abnegación tan completa que todavía me siento trastornada cuando pienso en ella.

La poesía que vivía en su corazón, fiel compañera de su fe la ha heredado en cierto modo su hijo primogénito. Hijo de terrícolas nació con un irrefrenable amor al mar, y muy joven se alistó como grumete, haciendo después una hermosa carrera de marino. Su hermano menor está en la fuerzas de De Gaulle, en algún lugar de África.

En 1913 o un poco más tarde, toda la familia dejó Versalles para ir a habitar en una pequeña granja de Normandía. Allá, me consta, crecieron los sufrimientos de mi pobre amiga, por causa de una abrumadora soledad; pero sé tam-

bién que ha continuado lo mismo en su fe y en su fidelidad. Y mientras escribo estas líneas pienso que su corazón se alegra a pesar de las ruinas de la guerra, al ver aquel rincón de Francia donde habita libre de la larga pesadilla de la ocupación alemana.

El primer libro de Jacques y los comienzos de la obra futura

Hacia fines de 1913, en el mes de octubre si no me equivoco, aparecía el primer libro de Jacques: *La Filosofía Bergsoniana, Estudios críticos.* Componían aquel libro las conferencias de 1913, el artículo sobre el *Evolucionismo bergsoniano*, y el artículo sobre los *Dos bergsonismos.* Pero había sido necesario examinar de nuevo todo aquello, poner a punto la crítica del sistema de Bergson y la exposición de las doctrinas de Santo Tomás. En aquello lo mismo que en la preparación de las conferencias de Jacques me interesé apasionadamente, y muy próxima todavía a la influencia bergsoniana me dediqué, en el pequeño granero de la calle de la Orangerie a donde me retiraba para meditar, a buscar las analogías de fondo, por lejos que estuviesen ocultas bajo el revestimiento de los sistemas. Estábamos tan unidos en aquel trabajo que Jacques ha querido considerar siempre aquel libro como nuestro primer libro en colaboración. En colaboración quizás, pero en partes bien desiguales. Jacques ha lamentado más tarde el tono de la primera edición. Menos comprometida que él en las espinas de la controversia, creo poder apreciar también mejor que él el valor permanente de su libro. Los temas fundamentales de la filosofía tomista están allí claramente presentes en contraste con las fórmulas de la filosofía bergsoniana, y —lo que importa esencialmente y en primer lugar en los combates de nuestro tiempo— los principios que restituyen la naturaleza y el alcance de la inteligencia contra el irraciona-

lismo. El prólogo de Jacques a la segunda edición es uno de sus textos más importantes.

En la primavera de 1914, dió una nueva serie de conferencias en el Instituto Católico sobre el *Espíritu de la filosofía moderna*; las dos primeras fueron publicadas en la *Revista de Filosofía* en junio y julio; la conclusión en la *Revista Tomista*, en septiembre-diciembre. Gracias al apoyo del padre Peillaube, decano de la Facultad de Filosofía, fué invitado Jacques en 1913 y 1914 a dar aquella serie de conferencias en el Instituto Católico de París, y finalmente, en junio de 1914, fué nombrado profesor de la Facultad de Filosofía de aquel instituto. Las oposiciones eran fuertes; el rector monseñor Baudrillart, los amigos del abate Piat, a quienes la creación de la nueva facultad privó del curso de filosofía que éste daba antes en la Facultad de Letras, los partidarios de la prudencia y del apaciguamiento, temían a aquel recién venido que ignoraba el arte de las conveniencias y cuyas maneras dulces y tímidas recubrían una completa inflexibilidad, y el medievalismo un no sé qué de revolucionario; fué precisa para conseguir el nombramiento la intervención del cardenal Lorenzelli, prefecto de la Congregación de los Estudios en Roma. Dicho señor escribió una carta insistiendo en que la Cátedra de Historia de la Filosofía moderna se le diese a Jacques Maritain; contaba con él para que aquella historia no se enseñase como una simple materia de erudición, y con la misma complacencia (o indiferencia) para todas las opiniones, sino como una verdadera disciplina filosófica, y como un instrumento de elaboración doctrinal y discernimiento crítico.

Era para Jacques una dichosa sorpresa convertirse en profesor de enseñanza superior después de haber renunciado, celoso de su independencia, a toda cátedra en las Universidades del Estado. Con la misma intransigencia, rehusando la idea de tener que someter su pensamiento al juicio de la Sorbona, y de reconocer así la autoridad intelectual de filósofos por los que abrigaba los mismos sentimientos que

Péguy, y que tenía menos por filósofos que por servidores de una teología idealista y científica, destructiva de la razón, había renunciado a preparar una tesis de doctorado en letras. Como, sin embargo, era necesario el título de doctor para enseñar como profesor titular en el Instituto Católico de París, recibió ese título en 1917 de las Universidades Romanas. Estaba encantado de tener de la Iglesia, no del Estado, el birrete doctoral cuyo simbolismo, tan viviente en los tiempos de Santo Tomás, está tan gastado en los actuales.

*
**

Cuando vinimos a habitar a la calle Nueva, una gracia muy preciosa nos fué concedida: la autorización de tener misa en nuestra casa. Debimos este favor a la intervención del padre Tomás Pegues, autor de un Comentario y de una excelente traducción de la Suma Teológica. El comentario, sin gran originalidad, es, sin embargo, muy útil para los novicios en filosofía escolástica que leen a Santo Tomás por primera vez. Me he servido de él, y conservo una profunda gratitud al padre Pegues que, al saberlo, aumentó más todavía nuestra deuda respecto a él pidiendo para nosotros la autorización de un oratorio doméstico. De esa manera tuvimos la alegría de ver al padre Clérissac celebrar, en 1914, la Misa de Navidad y la de Pentecostés (última Pentecostés que hubo de celebrar en esta vida), en la cual, según un viejo rito dominico, bendijo tantas rosas, y en la que también estuvo presente nuestro querido amigo Ernesto Psichari, para quien también había de ser la última Pentecostés aquí abajo. En el Prefacio al *Misterio de la Iglesia* ha escrito Jacques: "Nunca había asistido yo, ni creo que volveré a asistir, a misas celebradas con tanta perfección, exactitud, amor puramente recogido y soberana y casi terrible majestad como aquellas misas del padre Clérissac..."

Dicha misa de Pentecostés resulta para nosotros inolvidable entre todas aquellas a que nos ha sido dado asistir. Últi-

mas alegrías demasiado grandes, demasiado bellas que sólo en dos meses precedieron a la declaración de guerra, en tres meses a la muerte de Psichari, y en menos de seis a la del padre Clérissac.

Antes de volver a partir para Angers el padre Clérissac tuvo a bien asegurarnos unas vacaciones completamente excepcionales, haciéndonos invitar por los benedictinos de Solesmes, en exilio en la isla inglesa de Wight. Ya no habíamos de volver a verle. Tenía él una prisa singular para que partiéramos, y nosotros nos decidimos en los últimos días de julio, si bien apenas llegados a la isla de Wight supimos con desesperación que acababa de ser declarada la guerra. Retenidos por el padre Abad —Jacques había sido eximido del servicio militar, a causa de las consecuencias de una pleuresía que lo puso a punto de morir en su infancia—, permanecimos algún tiempo cerca de la Abadía, para orar con los monjes, con la angustia e indecible estupor que nos causaba el formidable acontecimiento.

A pesar de la agitación política de los meses precedentes, y del presentimiento de una gran liquidación próxima, nunca creímos verdaderamente en la posibilidad de una guerra, imbuídos del prejuicio corriente entonces de que el estado de la civilización, no podía consentir esas bárbaras manifestaciones. (El peligro hoy, para las jóvenes inteligencias, es creer quizá que las hazañas de la fuerza son siempre justas y hermosas por sí mismas.)

De regreso en Francia, Jacques se presentó de 1914 a 1917 a un número increíble de consejos de revisión, siendo por fin declarado "apto para el servicio", el 30 de abril de 1917. Llamado un poco más tarde fué destinado a un regimiento de artillería de guarnición en Versalles, donde, después de un primer examen médico se le tuvo en observación durante quince días y le prohibieron todo ejercicio y todo servicio. Le dieron un viejo uniforme remendado, y en la primera salida del cuartel los obreros que veían a aquel artillero en el bosque de Satory, se compadecían de él y exclamaban: "¡Qué sucio gobierno el que hace servir en

el ejército a un hombre como éste!" Era aquella su primera experiencia de cuartel. Después de la lista y del café matinales la consigna era, no hacer nada; de suerte que tuvo que resignarse, sentado en la cama de munición, a trasladar al papel las primeras notas de un libro sobre Descartes. Poco tiempo después fué licenciado y enviado "a casa", restituído a su vocación de filósofo.

Reanudó, pues, los cursos en el Instituto Católico de París, siendo su discípulo más brillante en aquellos años, Natividad Denis, la hija del pintor Mauricio Denis, que llegó a ser para nosotros una amiga muy querida. En 1914-1915 dió ademas una serie de conferencias sobre Alemania, en las cuales trató de precisar los principales caracteres de la filosofia alemana desde Lutero hasta nuestros días. Era aquella una obra de combate, una especie de contribución intelectual a la guerra contra un agresor que comenzó por atrincherarse espiritualmente contra la comunidad occidental, y respecto del cual la metafísica pangermanista preparó la política de dominación y conquista militar.

Duplicaba su labor para prestar, en aquellos años de guerra, cuantos servicios podía. Los establecimientos de enseñanza andaban escasos de profesores y era preciso ayudarles a proseguir su obra. En 1915-1916, Jacques, sin abandonar sus cursos en el Instituto Católico, enseñó de nuevo en el Colegio Stanislas. En 1916-1917, en el pequeño Seminario de Versalles. Tuvo aquel año algunos alumnos muy notables. Aquel por el cual se interesó más fué el joven Miguel Riquet, cuya viva inteligencia ardía de celo por Santo Tomás. Al finalizar el año vino Miguel a decir a Jacques que había decidido entrar en la Compañía de Jesús. Juró ser siempre fiel a la doctrina de Santo Tomás y a la vez a San Ignacio, — después de todo si los santos se entienden tan bien en el cielo, ¿por qué sus discípulos no han de tratar de entenderse en la tierra? Cumplió sus juramentos, ayudado por la perspicacia y liberalidad intelectual de sus maestros del noviciado. Se convirtió en un religioso de gran mérito, y para nosotros en un amigo cuyo

afecto nunca nos ha faltado. Fué él quien asistió a Pablo Sabon en sus últimos momentos. Antes de la presente guerra sus superiores lo colocaron como consejero espiritual a la cabeza de la importante "Conferencia Laënnec", agrupación religiosa y cultural de médicos católicos y estudiantes de medicina, que contaba en París con cerca de un millar de adherentes en 1939. Cuarenta años antes, hubiera sido difícil a pesar del prestigio y el ejemplo de un Pasteur, el reunir en París solamente diez médicos que no estuviesen persuadidos de la absoluta verdad de la filosofía materialista.

***

He hablado en este volumen de los comienzos del trabajo filosófico de Jacques. Las virtualidades de su obra futura estaban todas allí. Pero para que se destacasen se habría de necesitar mucho tiempo, muchas experiencias y sufrimientos. El período de que aquí he hablado no era sino un prefacio, pues fué después de la guerra cuando dicha obra se desarrolló. Jacques me ha dicho con frecuencia que su intención era la de abrir los caminos; pero en algunos de aquellos caminos él mismo ha ido hasta el fin. Lamenta a veces no haber podido proceder a una exposición más sistemática de su pensamiento, proporcionándose una vida de curso tranquilo que para filosofar mejor hubiera ignorado la vida —y él mismo se burla de tal pesar. Jacques ha estado siempre en el combate, y con ello no le ha faltado el tiempo para la meditación. Ha escrito sus libros según la urgencia del momento, y ha tenido siempre noción exacta y terrible de tal urgencia. La irrupción de la fe y el aguijón de Dios le privaban de una vida tranquila en la cual ocupase el primer lugar el cuidado de edificar una obra a su gusto.

Pero aquello mismo, aquel desposeimiento de sí mismo, a condición de permanecer siempre fiel, como lo ha sido, al rigor intelectual, es sin duda la condición de una libertad interior de que se aprovecha una filosofía viviente, abierta

a las ansiedades de la conciencia de los hombres. "Caiga la desgracia sobre mí si no defiendo la doctrina de Santo Tomás." La vocación de Jacques hubiera consistido sobre este particular en manifestar las fuerzas de vida del tomismo, en pasear la luz de aquella gran doctrina sobre todos los problemas de nuestro tiempo, en ampliar sus fronteras ateniéndose a sus principios de la manera más estricta y rigurosa, en introducirlo en la realidad existencial del movimiento de la cultura y la filosofía.

Desde el origen filosofó en la fe y la teología, y desde el origen es, sin embargo, una obra no teológica, sino propiamente y deliberadamente filosófica, la que ha conducido. Con el tiempo se explicó esta paradoja, y los rasgos propios de esta obra tomaron forma. Pero a costa de grandes sacudidas, de grandes desgarramientos, y de una labor ininterrumpida de treinta años.

Cuando Jacques publicaba sus primeros artículos y su primer libro, el ardor del combate intelectual y del "apostolado" tomista cubría todo lo demás. Como un hombre de Iglesia, con las armas de la Iglesia militante afrontaba este laico al público universitario. Bossuet echaba en cara a Descartes su excesivo temor a la Iglesia; Jacques no ha sentido tal temor, ha amado a la Iglesia y se ha dado a ella con absoluta confianza. Desde el principio, sin embargo, ha sido su obra de laico, y cada vez se ha afirmado más como tal. Cuanto más ha avanzado en la vida, más profundo se ha hecho su amor a la Iglesia y su conciencia de pertenecer al Cuerpo Místico de Cristo. Y además, al mismo tiempo que su libertad crecía, comprendía mejor su vocación de filósofo comprometido en el drama del mundo profano y de la civilización temporal.

Se persuadió cada vez más de que la filosofía de Santo Tomás, con su estructura incomparablemente poderosa, ha estado durante siglos envuelta en las formas de la teología, sin desplegarse por sí misma, según su esencia; y de que ha llegado el tiempo para ella de tomar su forma propia,

su organización interna y su desenvolvimiento autónomo como tal filosofía. Ésta es la empresa que ha asumido, y ésta será a su juicio, la gran empresa de los filósofos del porvenir, si el porvenir no se traiciona a sí mismo, y si los obreros no faltan.

En la época a que nos referimos en este libro, y durante varios años más, Jacques, como ya lo he dicho, no se preocupaba sino de metafísica e ideas puras, y pasaba entre los hombres sin mirarles demasiado, interesándose tan sólo en los objetos inteligibles. Para hacer salir al lector de su apatía se complacía en irritarlo, en desconcertarlo. Una ironía que no siempre era comprendida corría a lo largo de sus más abstrusas exposiciones, que por nada del mundo hubiera querido hacer más claras por respeto a la dignidad de la reina de las ciencias. En cuanto a los hombres cuyas ideas criticaba, respetaba ciertamente su persona, pero esos hombre no eran casi para él otra cosa que los vehículos de doctrinas abstractas, y éstas solamente las que merecían la pena de ser escrutadas por la inteligencia. En este terreno, poco a poco, gracias al arte y a la poesía, y más tarde gracias a los problemas sociales y éticos, gracias sobre todo a la experiencia de la vida interior, habían de humanizarse el filósofo y su filosofía, y entrar en el terreno de las cosas humanas, proclamando la necesidad de un *humanismo integral*.

Capítulo IX

LOS ÚLTIMOS AÑOS DE LEÓN BLOY

> "La piedad no puede extinguir en mí la cólera, porque esa cólera es hija de un presentimiento infinito. Estoy devorado por la necesidad de Justicia como por un dragón hambriento después del Diluvio.
>
> "Mi cólera es efervescencia de mi propia piedad."
>
> León Bloy, Carta a Pablo Adam, de 3 de setiembre de 1893. (Publicada en *El Mendigo Ingrato.*)

Presencia de León Bloy

De 1905 a 1917, durante los doce años en los cuales tratamos a León Bloy, puedo decir, ahora que el tiempo ha dejado borrarse todo lo accidental, que de cerca o de lejos habrá sido él para nosotros, en nosotros, el testigo constante de Dios.

Ni los dos años que pasamos en Alemania, ni la presencia junto a nosotros en Versalles del padre Clérissac, ni las largas ausencias debidas a enfermedad, y al trabajo que pronto nos dejó pocos ocios, nada eclipsó ni atenuó la eficacia de la presencia invisible de nuestro padrino en nuestra vida. Aquella presencia obró sobre todo en el silencio; esa

profunda acción se produce sin confidencias ni exhortaciones, y jamás se ha asemejado a la dirección espiritual. Era algo mucho más misterioso y mucho más eficaz.

No obraba de esa manera sobre nosotros la grandeza del escritor. Respecto al particular pasamos por fases diversas. La primera lectura de Bloy da en general la visión deslumbradora de la fe que habita en el corazón de aquel hombre, y juntamente del valor incomparable de la fe tomada en sí misma. Tal es la perpetua vocación de Léon Bloy, nacido para esto; para esto y para despertar en el corazón de los hombres el sentido de lo absoluto, la pasión por Dios, el amor a las virtudes evangélicas. Ha vivido en sí mismo, con rara profundidad la sed de verdad y de justicia, la fe, la pobreza y la miseria, el amor de Jesús crucificado, el Pobre por excelencia, y de la Virgen Dolorosa a quien le gustaba llamar Mi Señora de Compasión. Y porque ha vivido realmente esos misterios ha resucitado en algunos el sentido del misterio —obliterado por la multiplicidad de los conocimientos supuestamente claros—, el sentido de las realidades subsistentes y muy precisas que nosotros no captamos todavía sino "por enigma" y en el espejo de lo creado, y cuya faz límpida está velada para nosotros, pero cuyo oscuro conocimiento es necesario a la vida del espíritu, en los comienzos en nosotros de la vida eterna. Su iluminación y su alegría estaban en aquella noche divina bien conocida por los místicos, y León Bloy nos ha hablado como uno de dichos místicos en imágenes e hipérboles.

Quizás sus dotes de escritor se deban sobre todo a su experiencia religiosa vivida en el entusiasmo y el dolor; en todo caso las habrá magnificado, y en sí mismas, por grandes que sean, son después de todo secundarias. Bloy conocía esto. "La literatura, para la cual no vivo yo, y que no es mi objeto", escribió en el *Mendigo Ingrato*, "se me aparece hace tiempo como un instrumento cualquiera de mi suplicio..." Por eso Bloy no vivía, no podía contar casi a sus ojos sino como una armadura o una vestidura,

pero ateniéndose a su carne. Es cierto que ha escrito también: "Es indispensable que la libertad esté en la gloria. El esplendor del estilo no es un lujo sino una necesidad". Y, sin embargo, esto mismo lo coloca aparte. Para un escritor que vive consagrado a su arte "el esplendor" o lo que es lo mismo la belleza "del estilo" no es una "necesidad" —como tampoco es "un lujo"—, porque es con toda sencillez propiedad natural, don gratuito.

Ocurre que en el entusiasmo de una primera lectura de Bloy se atribuye a la grandeza del arte lo que procede principalmente de la experiencia mística. Más tarde, leyendo con ojos habituados a aquella luz, queda uno sorprendido de ciertas modalidades de su estilo propias de la época, —énfasis y elocuencia, insistencia y sobrecarga, empleo de la palabra rara y el detalle sorprendente, por medio del cual trata el escritor de forzar la adhesión del lector. No sostenido por el genio, todo ese aparato hace aborrecible el estilo de un Huysmans. Aparece también en cierto grado, pero vivificado por un sentido superior de la belleza en un Flaubert, un Barbey d'Aurevilly, un Villiers de l'Isle Adam, un León Bloy.

Ha pasado la moda de ese estilo coruscante, de esa caligrafía; la moda, fenómeno superficial de una necesidad que no lo es, y que parece inevitable hasta en el mismo arte.

Cuando, leyendo a León Bloy, se forma uno conciencia de los rasgos propios de una época, se experimenta al principio cierto desencanto. Pero pasada aquella impresión, o situada, por lo menos, en su justo lugar, el valor esencial, ontológico si puede decirse, de la obra de Bloy aparece en toda su grandeza.

Y se comprende que a mayor abundamiento la elocuencia y el énfasis no son tanto en él señal de influencia literaria de un Barbey d'Aurevilly o de un Villiers de l'Isle Adam como el amplificador que ha juzgado necesario para su voz, que ha de llevar su mensaje a lo lejos —a lo infinito de las almas—, y atravesar las murallas de la indiferencia, la mediocridad contemporánea y la ignorancia

de Dios. Pascal, con un mensaje análogo, quizás se libró de la elocuencia de su siglo porque no *escribió* su apología. Quizás carezcamos de un Esquilo cristiano, que en estilo superior a las particularidades de una época, podría emocionarnos con la solución de la tragedia humana que debemos a Jesús Crucificado, tan profundamente como el Esquilo griego supo hacerlo con el clamor de la desesperación de una humanidad encerrada en el ciego destino; tendría a su disposición toda la amplificación que permite el teatro: los coturnos, las anchas capas, los disfraces y los coros, las danzas y los cantos sagrados...

León Bloy para decir lo que ha visto, para predecir proféticamente lo que ha presentido, lo que ha creído, lo que ha padecido, tenía a su disposición solamente palabras con las que ha hecho espléndidas imágenes y semejanzas de las realidades divinas para las cuales vivió y que fueron su objeto.

A los pies de Aquella que llora

Cuando nos preparábamos para nuestro viaje a Heidelberg, León Bloy, en peregrinación en la Salette, nos escribía, el día 21 de agosto de 1906, dándonos cuenta de la tristeza que le causaba nuestra partida a la que se añadía, "para agravarla", la tristeza de la acogida que le habían hecho los capellanes guardadores del Santuario.

"Raissa, no os enteraréis sin edificación de que el autor de *Salvación por los Judíos* es aquí fuertemente despreciado..."

La Salvación por los Judíos había sido reeditado el invierno precedente por cuenta de Jacques. "El más alto de mis libros —escribió Bloy en mi ejemplar—, el único de mis libros que con *La Mujer Pobre* me atrevería a presentar a Dios", ha dicho él con frecuencia, y que le fué "en otro tiempo inspirado por Nuestra Señora de la Salette, precis-

mente, por aquella gran Virgen en llanto sobre la fuentecita que parece brotar de sus ojos"... En cuanto llegó ofreció un ejemplar a los capellanes; pero el aspecto pobre y altivo de León Bloy no les predispuso a tratarle como académico.

La tristeza, la amargura que se apoderó de él en un lugar donde no debía reinar sino la dulzura fraternal y la santa hospitalidad, no apartan un solo instante su mirada de las verdades esenciales en que su alma aparece fijada; la víspera de nuestra partida, a nosotros tan jóvenes, tan débiles cristianos, pues todavía no habíamos cumplido los tres meses de edad espiritual, nos proveyó, en su nombre, y en el de su mujer, de este viático:

"Cualesquiera que puedan ser las circunstancias, poned siempre lo Invisible delante de lo Visible, lo Sobrenatural ante lo Natural. Aplicando esta regla a todos vuestros actos, sabemos que estaréis investidos de fuerza e impregnados de alegría profunda."

León Bloy fué a la Salette para recogerse allí antes de comenzar el libro que su gran amigo Pedro Termier le urgía escribiese sobre la aparición de Nuestra Señora en 1846, sobre Melania y Maximino, los humildes testigos de aquel acontecimiento sobrenatural, y sobre las palabras de la Virgen que predijo las catástrofes de nuestro tiempo.

En una carta del 20 de septiembre nos escribe también:

"He tenido que sufrir allí y de antemano ya lo sabía, como se sabe que se ha de sufrir un tratamiento doloroso pero saludable. El contacto con la piedad moderna, inevitable en tan pequeño espacio, es para mí, vosotros no lo ignoráis, la cosa más desoladora, una sensación realmente perniciosa, que puede lanzarme a la desesperación."

El 4 de diciembre me escribe diciéndome que pida a Nuestra Señora de la Salette mi curación. Considera el acontecimiento de la Salette como "el más extraordinario después de Pentecostés"; y cree en el valor absoluto de las

revelaciones de Melania en el Secreto [1]. Esto es lo que tratará de esclarecer en *Aquella que llora.*

*
**

El final del año es sombrío para los Bloy lo mismo que para nosotros. En su casa "la miseria ha vuelto" y Bloy está enfermo, "atormentado cruelmente" por la vista de "este mundo espantosamente imbécil que ha rechazado, vomita durante sesenta años las advertencias milagrosas de la Salette... y continúa sus torpezas, en la seguridad de salvar el querido alimento y el santo dinero... Jacques, Raissa, Vera... obtened para mí el coraje de combatir a las bestias feroces y a los animales inmundos".

Pero como antes en 1879 y 1880, la Salette obra en él a distancia. "Tinieblas en primer lugar, iluminación más tarde. Creo que haré un hermoso libro en el cual tal vez encuentre el buen Termier la luz que desea. Porque él ha sido el instrumento de todo esto. Hospitalidad muy dulce en su casa...", en Varce, cerca de Grenoble, donde los Termier tienen la casa de familia y donde los Bloy han descansado de las fatigas de su peregrinación.

Antes de comenzar su nuevo libro termina Bloy un estudio sobre la Epopeya bizantina, que fué publicado por la Nueva Revista, y que apareció más tarde en folleto separado. Admiraba mucho los trabajos de Gustavo Schlumberger sobre Bizancio, y los había comentado en su propia luz.

El 8 de octubre de 1906 nos escribió diciendo que acababa de comenzar el libro de la Salette. Añade:

"¿Por qué está usted enferma, mi querida ahijada, por

[1] El discurso secreto (distinto del mensaje público, transmitido en seguida por los dos niños) que la pastorcita Melania dijo haber recibido de la Santísima Virgen, con orden de no comunicarlo sino a partir de 1864, como lo hizo en un opúsculo que se publicó con el imprimatur de Monseñor Zola, obispo de Lecce, y que fué causa para ella de las mayores tribulaciones.

qué padece usted? . . . " (—Estoy enferma porque la enfermedad me es saludable, mi querido padrino.)

Estoy en efecto muy enferma. Pero ¡cómo se ruega por mí! Jacques y Vera, a quienes mis sufrimientos torturan más que a mí, a mi lado; y a lo lejos León Bloy y los suyos.

Para escribir *Aquella que Llora* los documentos han sido trasmitidos a Bloy, sin que éste haya tenido que buscarlos siquiera, "los documentos que se ocultan, y de los que nadie habla", las cartas y los escritos de la Pastora de la Salette que le ha comunicado el abate Combe, uno de los directores de Melania en los últimos años de su vida en Francia, antes de su salida para Italia donde murió en 1903.

Entre aquellos documentos es sin duda el más notable el relato de la infancia de Melania hasta la edad de quince años, escrito por ella misma, un texto místico de los más bellos y sorprendentes. Bloy lo publicó más tarde con el título de *La Vida de Melania* con un importante prólogo.

Al leer la correspondencia de Melania, nos escribe Bloy el 23 de enero de 1907:

"No ha sido pequeña mi alegría por haber encontrado allí muchas líneas que podrían creerse escritas por mí en cuanto a los pensamientos, en cuanto a ciertas vistas del porvenir, y por mí también en *cuanto a la forma.* Pues están fechadas las cartas de Melania, he podido observar, no sin emoción que muchas de aquellas concordancias de pensamiento, de adivinación del porvenir, y hasta de forma, son también concordancias de fechas, es decir que en cierto libro mío, cierta afirmación o cierto pronóstico corresponde a cierta otra palabra idéntica de Melania escrita o pronunciada en la misma época. Lo que ella supo por revelación directa lo supe yo por intuición simultáneamente.

"Aquella hermana primogénita hubiera podido estrecharme en sus brazos, antes de morir en las tinieblas y la soledad, como Marchenoir. Yo mostraré la trágica excepción de esta historia a la cual nada se asemeja."

Es que las afinidades entre la pastora de la Salette y Bloy son sorprendentes: uno y otra son grandes y melancólicos, graves y absolutos, sin mundanidad de ninguna clase, sin habilidad, ni futilidad, pobres y desconocidos. Y uno y otra han tenido cosas de este mundo y cosas de Dios la misma crucificadora experiencia, habiendo sido llamados uno y otra al servicio de Nuestra Señora de los Dolores.

Recibíamos de nuestro padrino cartas cuya ternura nos partía el corazón:

"Mis muy queridos Jacques, Raissa y Vera... Hace un momento, en la Basílica, he pensado en ustedes mucho y suavemente, al leer la Pasión de Nuestro Señor. No esperen de mí ni ideas, ni frases. Sólo soy capaz de decirles que les amo con ternura y que daría fácilmente mi vida por ustedes, lo mismo que por mi mujer y mis hijos.

"¡Piensen que los he engendrado espiritualmente!... Acuérdense de su pobre padrino que se ha constituído audazmente en el Testigo de Nuestra Señora de los Dolores y que tanta necesidad tiene de ser ayudado, en todas formas."

Para la primera fiesta de Pascua nos envió un huevo de Pascuas magnífico — el capítulo III de *Aquella que Llora*, de su puño y letra, titulado *En el Paraíso.*

"El fondo del Paraíso o de la idea de Paraíso, es la unión con Dios desde la vida presente, es decir la pena infinita del corazón del hombre, y la unión con Dios en la Vida Futura, es decir la Beatitud...

"La unión con Dios está ciertamente realizada por los Santos, desde la vida presente, y perfectamente consumada inmediatamente después en la otra Vida, pero esto no les basta y no basta a Dios. La unión más íntima no es suficiente, es precisa la *identificación* que tampoco será suficiente por sí misma, de suerte que la Beatitud no puede ser concedida o imaginada sino como una ascensión siempre más viva, más impetuosa, más fulminante, no hacia Dios, sino en Dios, en la Esencia misma del Incircunscripto. Huracán teologal sin fin ni tregua que la Iglesia, al hablar

a los hombres, se ve precisada a llamar *¡Requies æterna*" [1] ...

En la carta que acompaña a su *Paraíso*, nos dice Bloy al terminar:

"Busquen ustedes en la Quincena de Pascuas, en el tercer nocturno de Viernes Santo, el salmo 87. Hace más de veinte años que yo lo descifro para aprender lo que Dios quiere de mí..."

¿Qué dice ese salmo?

Yahweh Dios de mi salvación
Cuando grito de noche ante ti...
Presta oído a mis súplicas
Porque mi alma está saciada de males...
Yo soy como un hombre de fuerzas agotadas
Yo estoy como abandonado entre los muertos...
Tú me has echado al fondo de la fosa
En las tinieblas en los abismos
Se ceba sobre mí tu furor
Tú me abrumas con todos tus raudales
Tú has alejado de mí a los amigos
Tú me has hecho para ellos objeto de horror
Yo estoy preso sin poder salir
Mis ojos se consumen en el sufrimiento...
Y yo, Yahweh clamo hacia Ti
Mi plegaria va ante ti desde la mañana
¿Por qué Yahweh rechazas mi alma
Me ocultas tu faz?
Yo soy desdichado y moribundo desde mi juventud
Bajo el peso de tus terrores yo no sé qué hacer
Tus furores pasan sobre mí
Tus espantos me anonadan
Como las aguas desbordadas me rodean todo el día

[1] León Bloy, *Aquella que Llora*. Mercurio de Francia, París.

Me sitian todos juntos.
Tus has alejado de mí a mis amigos y mis parientes
Mis compañeros son las tinieblas de la tumba.

Se comprende así que para Bloy "la unión con Dios en la vida presente" haya sido "la angustia infinita" de su corazon.

***

Hay, sin embargo, bonanzas. Diga lo que diga el salmo 87, nuevos amigos, que habrían de mostrarse fieles, vienen a Bloy. Ya he nombrado a los Martineau, Rouault, los Termier; he aquí al músico Ricardo Viñes, al humilde Hermano Daciano que, demasiado pobre para comprar los libros de Bloy que quiere conocer, los copia a mano. Se juntan con los ahijados de Bloy para tratar de aliviar el tormento de éste. ¡Con qué ternura le expresaba su gratitud, al que han llamado el Mendigo Ingrato!

"... El viejo mendigo os bendice desde lo más profundo de su corazón. Muchas veces llora de ternura al pensar en vosotros..." [1]

Cuando carece en absoluto de recursos, de uno o de otro llega el socorro, pero siempre, y como fatalmente, no lo suficientemente de prisa para impedir que Dios no depare a los Bloy un tiempo crucificador de angustia.

"Lo muy particular en mi historia, nos escribe, es que *la certidumbre absoluta* de ser siempre socorrido a tiempo, de una manera o de otra, no me impide jamás tener miedo, cuando viene la amenaza.

"La confianza no se derrumba, pero no puede ocurrir que Dios me prive de la angustia.

"Los hombres no hubieran podido ser salvados si Jesús no hubiera sudado sangre a fuerza de tener miedo y de *molestarse. Coepit pavere et taedere.* ¡Qué texto!"

---

[1] León Bloy, *Cartas a sus ahijados*, 10 de mayo de 1907.

"Mi triste vida apenas cambia"

Bloy ha terminado *Aquella que Llora*, pero los editores muestran poco entusiasmo por un libro tan exclusivamente católico. El 30 de octubre de 1907 Bloy nos escribe:

"Estoy triste, habitualmente desolado. No llego a sacar partido de mi situación miserable, de mi impotencia, de la injusticia excepcional que padezco. La imposibilidad *aparente* de publicar *Aquella que Llora*, es el último golpe. En fin, pertenezco a la Salette, a la Inmaculada Concepción estigmatizada, coronada de espinas. Es preciso, pues, sufrir. Espero todas las tribulaciones."

Sin embargo, prepara el cuarto volumen de su Diario, el que apareció con el título de *El Invencible*, en el cual se sitúa nuestra historia. Nos escribe el 5 de febrero de 1908: "No me encuentro bien del todo y el trabajo me es difícil. Éste, sin embargo, —la preparación del *Invencible*— está bien según mi corazón. Estoy en el segundo semestre de 1905. Había yo recibido la primera carta de ustedes el 21 de junio, *fiesta de San Bernabé* (vuelta a enviar el 11) y yo les ví a ustedes por primera vez el 25. A partir de entonces les encuentro a cada instante." Escribió más tarde en un ejemplar del *Invencible*:

"El sufrimiento no ha cesado, pero los caminos van siendo menos ásperos. Aparecen por fin algunos amigos para acompañar al viajero."

Volvemos de nuevo a París. Los Bloy hacen un desgraciado veraneo en Treport, de donde nuestro padrino nos escribe con fecha 25 de septiembre de 1908:

"Como ven ustedes mi triste vida apenas cambia. Nuestro Señor siempre bendito quiere sin duda que muera yo lo mismo que he vivido en los tormentos de la miseria. Consiento en ello, pero querría tener tiempo de acabar mi obra, de dar a algunas almas ciertos libros que llevo en mí hace

largo tiempo y que se agrandan, cada día, en el pensamiento.

"Ahora bien, apenas tengo fuerza físicamente. Pierdo el sueño y el apetito, me ahoga una tristeza obsesionante y no sé cómo podré luchar de nuevo contra las ansias de la privación cotidiana acrecentadas de una manera aplastante por la educación de nuestros queridos hijos.

"Dios aprieta pero no ahoga, ya lo sé y por lo menos así espero.

"Pidan ustedes cuanto puedan por su viejo padrino.

"El padre Faber que me parece el más grande escritor ascético del siglo me ha consolado muchas veces aquí.

"La pena, dice, es todavía un éxito para quienes en nada han tenido éxito. Este es mi premio.

"El otro día, decía yo a María:

"—Soberana mía muy amada, yo no sé honraros en éste o el otro de Vuestros misterios, de acuerdo con lo que enseñaron algunos de Vuestros amigos. No quiero saber sino una cosa, que Vos sois la Madre dolorosa, que Vuestra vida terrenal no ha sido más que dolor y que yo soy uno de los hijos de Vuestro dolor.

"Me he puesto a Vuestro servicio como un esclavo, os he confiado mi vida temporal y espiritual para obtener por Vos mi santificación y la de los demás. De esa manera únicamente, a ese solo título, puedo hablaros.

"Carezco de fe, de esperanza y de amor. No sé rezar e ignoro la penitencia. Nada puedo y nada soy sino un hijo de dolor. No conozco en mí ningún mérito, ningún acto verdaderamente bueno que pueda hacerme agradable a Dios, pero soy esto, un hijo de dolor.

"Vos sabéis que antes, hace ya más de treinta años, obedeciendo a un impulso que me venía ciertamente de Vos, llamé sobre mí todo el dolor posible. A causa de esto, me persuado de que mi dolor, que ha sido grande y continuo, puede seros ofrecido. Agotad este tesoro para pagar mis deudas y las de todos los seres que amo. Y después, si Dios lo permite, concededme que sea Vuestro testigo en los tor-

mentos de la muerte. Os lo pido por vuestro dulcísimo nombre de María."

Y he aquí una carta que quiero citar por razón de su particular dulzura, y porque respira un poco de alegría:

"12 calle Cortot
todavía ¡ay!

30 de septiembre de 1908

"Muy querida y muy dulce ahijada mía,
mi bien amada Raissa:

"¿Que por qué no te escribí ayer? Tu carta me ha sido entregada la noche misma de nuestra llegada, el lunes...

"Me parece que hasta este momento he vivido en una niebla producida por la fatiga, el insomnio, la inquietud y la continua tristeza.

"Hemos visto el nuevo albergue muy bien preparado" (iban a volver a la calle de la Barre, a un pabellón más espacioso que aquél en que les encontramos en nuestra primera visita), "y reformado, en nuestra ausencia, por un joven arquitecto amigo mío que no quiere oír hablar de dinero hasta que pasen años.

"¡Qué refugio! ¡qué oasis! Podrían alojarse aquí dos familias.

"Vecindad inmediata del Sacré-Coeur, árboles, hasta frutales, flores, un amable gallinero, un amable portero — ¡qué furioso optimismo!— y sobre todo soledad, separación infinita de los vecinos horribles que tanto nos hicieron sufrir.

"Cuando vengan ustedes a comer, queridos nuestros, podrán pasar la noche y comulgar con nosotros al día siguiente. ¡Qué felicidad!

"Pidan ustedes a Nuestra Señora de Compasión que tenga piedad de su viejo abogado a quien no puede menos de tratarlo con dulzura.

"Nuestro alojamiento de la calle Cortot está más aborrecible que nunca.

"¡En fin, desearíamos tanto verles a ustedes!
"Te abrazo cariñosamente, Raissa, Vera, Jacques."

Aquel alojamiento de la calle Cortot, que felizmente iban a dejar los Bloy, era siniestro, una especie de estudio deteriorado con dos pequeñas habitaciones. Tengo todavía ante mis ojos las paredes tristes y sucias, las tarimas ásperas, en las cuales era imposible quitar el polvo, sin ninguna superficie neta y lisa, en la que pudiera descansar la mirada.

Aquella que Llora apareció a principos de 1908, *El Invencible* en junio o julio de 1909, y *La Sangre del Pobre* a fines del mismo año. Y ya escribe Bloy *El Alma de Napoleón*, y prepara la publicación de un nuevo volumen de su diario, — *El Anciano de la Montaña*. Estos dos libros aparecieron en 1912, así como también la *Vida de Melania* con prólogo de Bloy. Durante los cinco años que siguen, hasta su muerte. León Bloy a pesar de la creciente debilidad, a pesar de las habituales pruebas de la pobreza, a pesar de la enfermedad en que le sume el anonadamiento de la guerra, no modera su trabajo; escribe todavía seis obras importantes, de las cuales las dos últimas habrán de publicarse después de su muerte. En 1914 aparece la segunda serie de *La Exégesis de los Lugares Comunes*, y *El Peregrino de lo Absoluto*; en 1913, *Juana de Arco y Alemania*; en 1917, *Meditaciones de un Solitario*; y después de su muerte, *En las Tinieblas* y el séptimo volumen de su Diario, *La Puerta de los humildes*.

*
**

Después de nuestro regreso a Francia en 1908, sus cartas iban siendo naturalmente mucho más escasas. Hacen alusiones rápidas a sus trabajos, al éxito — es decir al habitual fracaso de sus libros. El 23 de julio de 1909 escribe a Jacques:

"Mi querido Jacques.

"Pasado mañana es la fiesta de Santiago el Mayor y de San Cristóbal. Por poco dispuesto a escribir que pueda encontrarme en este momento, quiero que recibas por lo menos un autógrafo de tu padrino. Esta mañana he recibido siete cartas inflamadas de entusiasmo en contestación a los envíos del *Invendible*. Pues bien, sólo a ti voy a contestarte, pues no quiero disminuir el número incierto de mis días.

"Se me ha dicho que a las personas estimables que te rodean se les ha puesto en la cabeza que tu patrón era el Menor, lo que yo no consiento. ¿Qué ocurriría entonces con Cristóbal, el sublime Auxiliador, compañero litúrgico del Mayor, *Hijo del trueno*, que ocupa tanto lugar en mí y a quien te he confiado tan particular y amorosamente, para que te lleve sobre sus poderosos hombros a través de todos los torrentes?

"No quiero, pues, oír hablar de otra fiesta para ti, y desprecio todas las resistencias.

"Dicho esto, te abrazo cariñosamente y continúo. Juven consintió por fin en editar *La Sangre del Pobre*. Este libro aparecerá en octubre o noviembre y espero las primeras pruebas. La cosa ha sido decidida el día de Nuestra Señora del Monte Carmelo, el mismo día en que me escribíais vosotros, mis dulces ahijados.

"Había pensado recibir la seguridad la misma mañana.

"Nuestra época es tan baja que no espero el éxito que me anuncian mis amigos. Pero Dios que me ha dado este libro, sabe exactamente la cuenta de las almas que debe esperar y esto basta. Nuestra subsistencia está asegurada por los últimos versículos del capítulo VI de San Mateo. Allí tengo mi granero que es inagotable.

"He recibido trescientos ejemplares de *Salvación*, enviados por Victorion. Están al abrigo de la humedad y hasta de las ratas más ávidas que los hombres por esta clase de obras.

"Llegará un momento, quizás, en que pueda ser puesto en venta este libro. Entre tanto, lo regalo con gusto, cuando la colocación me parece provechosa.

"Y termino para dedicarme a *El Alma de Napoleón*, título de mi próximo libro.

"Jacques, Raissa, Vera, os estrecho en mis viejos brazos.

León Bloy."

La Sangre del Pobre

La Sangre del Pobre, terminada el 25 de marzo de 1909, apareció a fines del mismo año; es éste uno de los más bellos libros de Marchenoir.

Aquí está él en el corazón mismo de su experiencia. Ha vivido la pobreza y la miseria como ha vivido la fe, la esperanza y el amor de Dios, tan cerca de Dios en su privación. El Espíritu Santo, ¿no ha sido llamado el Padre de los Pobres? — así le llama la Iglesia cuando le conjura para que venga a nosotros el día de Pentecostés:

Veni Pater Pauperum,
Veni lumen cordium...

Y el hombre está tan cerca del Dios de compasión, "el hombre está situado tan cerca de Dios", escribe León Bloy, "que la palabra *pobre* es una expresión de cariño..."

Este libro patético, de poesía dolorosa, es rico en intuiciones fulgurantes y brota de una emoción que habita en lo más profundo del corazón de Léon Bloy.

Escruta León Bloy en él el misterio esencial y sobrenatural de la pobreza, que tiene su tipo divino en Jesús despojado y agonizante.

Eleva contra el mundo, y contra el mundo presente, un grito más terrible y violento que ningún clamor revolucionario, porque es el grito de todos los abandonados llamando a la justicia divina.

Condena sin apelación a la sociedad moderna; este libro se hace eco de las reivindicaciones sociales más ardientes, pero está colocado en otro plano y se buscará en vano en él un ensayo de respuestas a los problemas terrenales que pesan horriblemente sobre tantos hombres. No hay por qué decir que no es el libro de un economista ni de un sociólogo:

"*La Sangre del Pobre,* declara Bloy, *es el dinero.* En él se vive y se muere desde hace siglos. Resume expresivamente todo sufrimiento. Es la Gloria y el Poderío, es la Justicia y la Injusticia. Es la Tortura y la Voluptuosidad. Es execrable y adorable, símbolo flagrante y chorreante de Cristo Salvador, *in quo omnia constant* ... Su Sangre es aquella del Pobre por la cual los hombres son "comprados a gran precio ..." Era, pues, preciso que el dinero la representase ... el dinero que se adora, la eucaristía dinero que se *bebe* y que se *come* ... Todos los aspectos del dinero son los aspectos del Hijo de Dios sudando la Sangre por la cual todo es asumido."

Esta idea de simbolismo del dinero tiene, según creo yo, pocos fundamentos en la Escritura. Bloy cuando se le interrogaba sobre el particular, citaba uno o dos textos, que no prueban mucho. En realidad es su propio genio de visionario familiarizado con las sombras, las similitudes y las figuras, quien le ha hecho ver en el más pálido de los signos de que depende la vida de los hombres, y por los cuales circula de uno a otro lo que constituye su subsistencia, un símbolo invertido de la Sangre vivificadora. Esta intuición es una de las más profundamente reveladoras del talento de León Bloy. Puede notarse aquí que Bloy procede siempre a saltos de una a otra intuición, estando lleno el espacio intermedio por imágenes a veces exasperadas de su impotencia para comunicar la verdad percibida, porque no figuraba entre los dones del *Peregrino de lo Absoluto,* el de persuadir por el razonamiento. A esa intuición del simbolismo del dinero se aferraba Bloy como a un dato com-

pletamente central, y sacaba de él toda la exégesis de la pobreza.

La sangre del pobre es el dinero del rico; y el dinero que el rico *detenta* y que debería proporcionar a todos los hombres su alimento terrenal es él mismo el símbolo de la Sangre redentora, que nuestro egoísmo y dureza de corazón impide que reciban nuestros hermanos para ser vivificados.

¿Cómo extrañarse de que "el derecho a la riqueza", el derecho de retener por sí sólo los bienes cuyo uso debería servir a todos, se le aparezca a León Bloy como un reto a Dios?

"El derecho a la riqueza, negación efectiva del Evangelio, irrisión antropofágica del Redentor, está inscrito en todos los códigos. Imposible arrancar esa tenia sin desgarrar las entrañas, y la operación es urgente. Dios proveerá a ello. — ¡Tú no tienes derecho de gozar cuando tu hermano padece! Aúlla cada día, y cada vez más alto, la multitud infinita de los desesperados."

Bloy sabe bien que Dios es el Dios de todos, y no solamente de los pobres. Al poeta Juan Rictus que escribe a Bloy diciéndole que "Jesús ha venido para los pobres", Bloy le replica: "Sin duda, pero también ha venido para los ricos, a fin de que se hagan pobres por amor, y usted no puede ignorar que cientos de miles de santos han obedecido. Jesús ha venido para las almas, esto es lo que debe decirse [1]."

Hay, pues, ricos que se convierten en pobres por amor, y pobres de espíritu. "Por más que se adore la riqueza", escribe Bloy en *La Sangre del Pobre*, "existe un prejuicio tenaz que milita obstinadamente por la pobreza. Es como si la muy modesta lanza que atravesó a Jesús hubiera atravesado todos los corazones. Aquella llaga no se cierra después de veinte siglos. Están allí los innumerables que se lamentan, mujeres, ancianos, niños; están allí los vivos y los muertos. Todo aquel pueblo sangra, toda aquella multitud

[1] *Cuatro Años de Cautividad en Cochons-sur-Marne.*

echa sangre y agua del centro de la Cruz de miseria, en Oriente, en Occidente, bajo todos los cielos, bajo todos los verdugos, bajo todas las plagas, entre las tempestades de los hombres y las tempestades de la naturaleza, — ¡hace ya tanto tiempo! Esa pobreza es la inmensa pobreza del mundo, la total y universal pobreza de Jesucristo. ¡Es preciso que esto se tenga en cuenta y se recupere!

"Existen también los sacerdotes que no son del mundo, los sacerdotes pobres o los pobres sacerdotes, como se quiera llamarles, que no saben que es el no ser pobre, pues nunca han visto más que a Cristo crucificado. Para ellos, no hay ricos ni pobres; no hay más que ciegos, en número infinito, y un pequeño rebaño de clarividentes de los cuales son ellos humildes pastores. Están juntos, como los hebreos de Gessen, solos en la luz, en medio de las tinieblas palpables del viejo Egipto. Cuando extienden los brazos para rezar, la extremidad de sus dedos toca las tinieblas."

Pero no existe para Bloy el *buen rico*. El "buen rico" es aquél que ejerce su oficio de amasador de riquezas, el que es fiel a su función de codicia. "*El mal rico es el que da*[1] y quien a fuerza de dar, se hace pobre, «un hombre de deseo», como el profeta Daniel que prefiguró a Jesucristo." Cuando el rico es un hombre bueno, no se atiene ya a lo que tiene, da, es el servidor del deseo de los pobres.

"Lo que un día ha de acusar tan terriblemente a los ricos, es el Deseo de los pobres..." El deseo que choca contra el muro de bronce de la avaricia.

"Yo sé que el mal de este mundo es de origen angélico, y que no puede ser expresado en lengua humana. En primer lugar la Desobediencia, después el Fratricidio. He ahí toda la Historia...

"El solo monstruo de la Avaricia desconcierta la razón"... La avaricia que es "la misma Idolatría", según San Pablo. La avaricia que mata al pobre es tan inexplicable como la Idolatría. Ahora bien, la idolatría... es substituir lo Vi-

[1] Subrayado por Bloy.

sible a lo Invisible, lo que es ciertamente el más monstruoso e incomprensible de los atentados...

"Dios sufre todo esto hasta esta noche, que podría ser la «Gran Noche» como dicen las crías de la Anarquía. Sin embargo, todavía es de día. No son más que las tres, la hora de la Inmolación del Pobre..." Y la Indignación de Dios busca un refugio:

"Pero no hay refugio para la Indignación de Dios. Ésta es una muchacha huraña y hambrienta a quien se le cierran todas las puertas, una verdadera hija del desierto a quien nadie conoce...

"Es bella, sin embargo, pero imposible de seducir e infatigable y da tanto miedo que tiembla la tierra a su paso... Sus ojos son abismos sombríos y su boca ya no profiere una palabra. Cuando encuentra a un sacerdote, tórnase más pálida y más silenciosa, porque los sacerdotes la condenan, la encuentran mal vestida, excesiva y poco *caritativa*. ¡Sabe tan bien que todo es inútil en adelante!...

—"¡Tú eres demasiado libre para agradarme!, le ha gritado el mundo. ¡Yo tengo leyes, gendarmes, alguaciles, propietarios! Tú te convertirás en una muchacha sumisa y pagarás el plazo.

—"Mi plazo está próximo y lo pagaré con toda exactitud, respondió la Indignación de Dios."

***

El penúltimo capítulo de este libro de los pobres es un tributo a un poeta judío a quien Bloy discierne el título, llevado antes por Godofredo de Bouillón, de "Abogado del Santo Sepulcro".

"¡Sí! ¡Del Santo Sepulcro! y se trata de un judío, de un poeta judío, del todo extraordinario, que nunca se convirtió. Pero fué judío en lo profundo y, por consiguiente, el mayor poeta que ha tenido el Pobre, lo que le puso muy cerca de la tumba de Jesucristo, infinitamente más cerca que a la mayor parte de los cristianos..."

Un amigo dió a León Bloy el libro de Morris Rosenfeld, "poeta de los miserables, miserable él mismo y expresándose en un lenguaje de miserables", el yiddish, "dialecto pobre y ridiculizado de que nos hemos apropiado mientras nos arrastrábamos entre los pueblos", escribe Rosenfeld.

Cita Bloy algunos poemas, y en la traducción francesa es difícil de apreciar su valor: el sentido que encierran esos poemas es lo que conmovió a Bloy, y produjo la plenitud de compasión presente ya en su corazón, y dicho sentido es terriblemente actual, lo que prueba que el sufrimento es para los judíos un perpetuo hoy.

... Como tenía la cabeza levantada hacia el cielo,
De repente una gota cayó de una nube;
Una gota amarga cayó en mi boca,
Es una lágrima judía, una lágrima de sangre
... Una lágrima de hiel, de cerebro y de sangre.
montones de osamentas.

Esa lágrima huele a persecusión, a desdicha y a progrom ...
—Teníamos un albergue pero nos lo han destruído,
Ha sido quemado lo que nos era más sagrado;
Han hecho con los más queridos y mejor dotados
Los demás han sido llevados con las manos atadas ...
Nosotros somos judíos, judíos desheredados,
Sin amigos y sin alegría, sin esperanza de felicidad ...
Nosotros somos los miserables parecidos a las piedras,
La tierra ingrata se niega a concedernos un lugar ...
Suceda lo que suceda nosotros somos los judíos
abandonados.

Y León Bloy, después de haber manifestado su admiración por el poeta, añade:

"Los judíos son los primogénitos de todos, y, cuando las cosas estén en su lugar, sus amos más fieros se considerarán honrados al lamer los pies de los vagabundos." (¡Lo que es también una hipérbole!) "Porque todo se les ha prometido, y, entre tanto, hacen penitencia en la tierra. (Lo que

es "un relámpago en profundidad", una percepción de la verdad en lo absoluto.) ¡Ah!, ¡qué hubiera dicho hoy aquel visionario del sacrificio impune de cuatro millones de judíos [1].

"Seguramente Rosenfeld, que no era sino un obrero muy ignorante, no habría leído a San Pablo que los judíos apenas leen . . . Sin saberlo continuó las afirmaciones imperecederas del Apóstol de las Naciones y no habiendo sido nunca poeta más que para los pobres, llegó a ser —en el sentido más misterioso— el Abogado del Santo Sepulcro, rey sin corona y sin manto de la poesía de aquellos que lloran, centinela perdido en el Sepulcro del Dios de los pobres felizmente inmolado por sus antepasados. Entonces, por la sola fuerza de las leyes adorables su judaísmo fué superado, desbordado por todas partes por el sentimiento de una contraternidad universal con los pobres y sufrientes de toda la tierra . . . Las lágrimas judías son las más pesadas. Tienen el peso de muchos siglos. Las de este poeta han sido generosamente vertidas sobre un gran número de desgraciados que no eran de su raza, y helas ahora, esas lágrimas preciosas, en la balanza del Juez de los dolores humanos, que ya no hace acepción de los pueblos ni de las personas."

A una lectora "desconcertada" al ver un libro cristiano "que termina con la apoteosis de un judío", le escribe León Bloy:

"¡Indudable! ¿Cómo quería usted que terminase? Esa es la terminación necesaria porque el Dios que adoramos es un judío. Lo que le escribo a usted, querida amiga, no es de ninguna manera sofístico, es el fondo, el verdadero fondo del cristianismo.

"Además, escribiendo un libro sobre la Pobreza, ¿cómo

[1] "Of the 9.300.000 Jews who lived in the various countries of Europe before this war, less than 5.000.000 remain. The Nazis have killed all the rest." Second National Conference of the Emergency Committee to save the Jewish people of Europe, "New York Post", August 3, 1944.

hubiera podido dejar de hablar de los judíos? ¡Qué pueblo tan pobre como el pueblo judío! ¡Ah!, yo sé bien que hay en él banqueros, especuladores. La leyenda, la tradición quiere que todos los judíos sean usureros... Y esta leyenda es una mentira...[1]"

Y más tarde escribía a otro corresponsal:

"Hay sobre todo, ¡oh!, sobre todo el capítulo XI de San Pablo a los romanos, que no podréis negar. Es el Espíritu Santo quien habla. Allí se dice que los dones y la vocación de Dios son sin arrepentimiento: *sine poenitentia enim sunt dona et vocatio Dei.* Esto es en lo Absoluto terriblemente formal. Pues los judíos son siempre el Pueblo de Dios y todo se les ha prometido. ¡Cuántos textos más todavía! ¿Qué me importa, pues, que haya entre los judíos usureros, especuladores infames y fracmasones? ¿Habré de tomar la resolución de no comer pan, porque la mayor parte de los panaderos sean ladrones?

"Impostura capital, por lo demás, si se insiste en ello. El sofisma diabólico del *judío* Drumont ha sido el hacer creer que los judíos son los protagonistas o, si queréis, los incitadores, cuando no pueden nunca ser —*por Decreto divino*— más que los instrumentos más o menos sutiles en mano de sus amos temporales —los cristianos— que han crucificado *por medio de ellos* al Redentor. Os ruego que leáis con atención cada una de las palabras de este párrafo que no es un lugar común." (Si queremos comprender el pensamiento que Bloy expresa aquí en un sorprendente compendio, recordemos que el Redentor fué crucificado por nuestros pecados, por los de cada uno de nosotros.)

"La Palabra de Dios me basta. Aún cuando todos los judíos —¡oh absurdo!— fueran unos canallas, con excepción de uno solo que fuera justo, y bajo el velamen, este único llevaría en sí la Promesa, la Palabra de honor de Dios, en su plenitud y en su fuerza, y nada se habría cambiado.

"A mayor abundamiento habéis de saber que yo como,

---

[1] *El Anciano de la Montaña.* Carta a la señora X. 2 de enero de 1910.

cada mañana, un judío que se llama Jesucristo, que paso una parte de la vida a los pies de un Judío de corazón traspasado, del cual me he hecho esclavo, en fin que he dado la confianza a un rebaño de Youpins —como vosotros los llamáis— de los cuales uno representa el Cordero, otro lleva las Llaves del cielo, un tercero está encargado de instruir a todas las naciones, etc., y yo sé que no se puede ser cristiano sino con esos sentimientos. Todo el resto es contingencia trivial y no existe *absolutamente* [1]."

El Peregrino y la Pastora

En 1910, para prepararse a presentar la *Vida de Melania*, León Bloy hace una nueva peregrinación a la Salette, de donde esta vez regresa feliz. "He sido favorecido, escribe a Jacques en 12 de julio de 1910, y las impresiones recibidas en Corps no me permiten ya dudar de mi *misión* . . ."

En 1911, en el mes de mayo, los Bloy abandonan definitivamente Montmartre y París, y van a instalarse a Bourg-la-Reine. Anuncian el cambio de dirección en estos términos:

CAMBIO DE DIRECCIÓN

El señor y la señora Bloy tienen el honor de informar a usted que a partir del 15 de mayo de 1911, estarán domiciliados en Bourg-la-Reine, plaza de Condorcet número 3. Se ruega no animar a los visitantes inútiles.

En julio están en la Dordoña, invitados por un amigo; la salud vacilante de Verónica exige aquellos desplazamientos, pero está escrito que las vacaciones de los Bloy sólo han de aportarles un aumento de penas y fatigas: "Estamos en un horno, nos escribe nuestro padrino, y después de veinte días, todavía no he podido gozar de este país mara-

[1] *El Peregrino de lo Absoluto.*

villoso... ¡Hubo un tiempo en que yo no hacía estadas en el campo, y me creía desdichado..."

El 24 de octubre nos anuncia León Bloy su visita para dos días después; llevará consigo a Pedro Van der Meer, y nos leerá la *Introducción* a "La Infancia de Melania", que va a editar el *Mercurio.*

Aquella que Llora había tenido "una triste suerte en el mercado católico"; pero la *Vida de Melania* "marcha extraordinariamente bien", nos escribe Bloy el 16 de marzo de 1912. Cuando León Bloy va al Mercurio de Francia donde se ha editado el libro, Rachilde, la mujer de Valette, escritora de talento por la cual, a pesar de todo lo que les separaba, tiene siempre Bloy una afectuosa simpatía, se apresura a leerle un artículo que acaba de escribir sobre Melania, a quien admira enormemente... "nos escribe León Bloy; ella "a quien podía haberse creído tan lejos de todo sentimiento religioso, había echado a un lado todas las novelas miserables de que tiene la misión de dar cuenta, y había pasado la noche leyendo el libro e inmediatamente escribió para *París-Journal*... un artículo verdaderamente extraordinario..."

Es que el documento místico publicado por León Bloy es raro entre los más raros. Como tampoco de la Salettte en general, puedo hablar aquí de Melania y de su autobiografía de manera que baste para demostrar el interés y la importancia a quienes nunca se han ocupado de este orden de cosas. Los demás querrían quizás referirse al mismo relato de Melania y a *Aquella que Llora,* y de esa manera entrarían en el conocimiento de los sucesos de la Salette que ocuparon constantemente el pensamiento de León Bloy durante los últimos años de su vida, y que dominan por su contenido profético las desgracias de nuestro tiempo.

Pero para aquellos a quienes conmueve por sí misma la belleza de un texto místico, quiero citar algunos pasajes del relato de Melania, no sin notar que el carácter "extraordinario" de las gracias que son objeto de aquel relato no está unido por sí de ninguna manera a los dones más-

ticos y a la vida contemplativa. Sin embargo, Dios es libre de sus dones, y las páginas en que después de muchos años cuenta Melania su infancia (en lenguaje propio de la edad en que escribía, y con el candor absoluto que siempre la ha caracterizado) tienen como garantía la santa vida y santa muerte de la Pastora de la Salette.

Si Melania escribió su relato fué por obedecer al confesor. Cuenta que desde la edad de tres años, casi abandonada por su madre que la detestaba, fué constantemente conducida, protegida e instruída por un niño que se le aparecía casi todos los días, — porque la llamaba "mi hermana" ella le llamaba a él su "hermanito", y fué mucho más tarde cuando reconoció en dicho niño al mismo Jesús con los rasgos de su infancia.

"Me dijo que era mi hermano y que yo era su hermana, y se lo creí. Además yo no tenía el hábito de reflexionar, no tenía tiempo para ello", porque, desde que supo por su Hermano que Dios, para salvarnos "tomó alma y cuerpo humanos para sufrir . . . , estaba yo continuamente, dice ella, sumergida en los pensamientos de aquel misterio de amor, no tenía tiempo de pensar en lo que no era necesario para amar a Dios Nuestro Señor". Las cosas del cielo le eran familiares, se la enviaba a recoger leña en el bosque de Corps: entonces veía ella "la creación de los Angeles innumerables, la rebelión de un gran número, la creación de Adán y Eva y su caída . . . " Pero en la escuela nada podía aprender, las palabras de la tierra no tenían sentido para ella; no aprendió por medio de esas palabras los misterios divinos, sino por un iluminación interior casi constante provocada por la enseñanza de su "hermanito", y por la experiencia mística de la Pasión de Cristo.

Su Hermano le recomendaba que cerrase su corazón a todos los ruidos del mundo: "No escuchéis lo que el mundo dice, no hagáis lo que el mundo hace, no creáis lo que el mundo cree." También dijo un día a la maestra de la es-

cuela: "No quiero ya venir a la escuela porque aquí se hace demasiado ruido: me da miedo que lo oiga mi corazón."

Cuando cumplió los seis años fué colocada, lejos de los suyos, como pastora. La inocente reunía a su alrededor no solamente el rebaño, sino toda clase de animales de la comarca, y como un pequeño Francisco de Asís les hablaba de Dios.

Cuando tuvo doce años las apariciones de su Hermano se hicieron menos frecuentes, pero "la inmensa luz de la presencia del Altísimo no cesó de ninguna manera; mi alma se había unido a mi bienquerido, a quien lo veía como en su casa en el fondo del corazón, como si estuviese unido por los lazos del amor; el ojo de mi alma estaba fijo sobre él como para recibir sus órdenes, sus deseos... Me apresuro a añadir, y esto es muy cierto, que el goce de la unión con Nuestro Señor no marcha *sólo*, es decir que no puede residir en nuestro corazón sin el refrescante y bienhechor sufrimiento. Es preciso decir también que la fidelidad de aquel corazón que tiene presente a Dios debe estar por encima de todas las fidelidades, porque la Regla del Divino Amor es sin misericordia".

Y he aquí como su Hermano jugaba con ella:

"Iba yo siempre al campo con el silbato en el bolsillo. Una vez que mi amado, mi buen Hermano vino a verme, le mostré el silbato, silbé con él, y después le dije: Ved, buen Hermano, como silbo y adivinad lo que dice el silbato". El me respondió: "Ha dicho: ¡venid amor!" — ¡Ah!, lo habéis adivinado. Adivinad esta vez, pues va a decir una cosa difícil, y silbo... "¿Qué ha dicho?" — "Veo el camino rodeado de espinas". — "Ah! ¡Siempre, pues, adiviná is!" — Pues bien, dijo mi Hermano, ahora me toca haceros adivinar; dadme el silbato, adivinad, mi querida hermana". Él silba: "Te saludo por mis hermanos, oh sangre inmaculada del Hombre —Dios, moneda preciosa del rescate de los pecadores" — "¡Oh! ¡Oh! dice la Salvaje, habéis silbado mucho tiempo y no puedo adivinar." — "Ah!,

dice mi dulce Hermano, esta vez silbaré más corto", y silba más corto, pero mucho más fuerte y riéndose: "He aquí el esposo, poneos de pie". — "Hermana de mi corazón, ¿qué ha dicho el silbato?" — La Loba vacilando dice: "Hermano mío, vos quizás habéis dicho: He aquí Jesús y nada de bueno habéis hecho". — "¡Oh! (y riendo de todo corazón): Vos no acertáis más que a medias, no habéis adivinado todo: Voy a volver a silbar." Y continuó aquel juego hasta que él desapareció.

Melania conduce su autobiografía hasta la edad de quince años. Asustada por las alabanzas que hizo un sacerdote de lo que había escrito, rehusó llevar más adelante su relato. Tenía quince años —pues había nacido el 7 de noviembre de 1831—, cuando Nuestra Señora se le apareció en la montaña de la Salette, y aquella aparición no era para la Pastorcita un acontecimiento "extraordinario".

De "El Alma de Napoleón" al "Umbral del Apocalipsis"

El Alma de Napoleón aparecía en octubre de 1912. De nuevo espera Bloy el éxito, "por el cual, si Dios quiere, nuestra vida podrá hacerse más dulce". El 12 de octubre, víspera de la publicación del libro, nos escribe:

"Esperemos mucho, queridos míos. Todo me hace creer que estoy en un momento feliz de mi vida miserable. Además siento en mí una evolución extraordinaria, como si Dios se aproximase." Sí, Dios se aproximaba, y no el éxito en este mundo.

"Te confieso humanamente", me escribe el 1º de enero de 1913, que el fracaso, ahora ya cierto, del libro con que tanto contaba yo, es para mí una decepción abrumadora.

"Había soñado con adquirir por medio de este libro, un poco de la autoridad que me sería tan necesaria para enseñar a mis contemporáneos a Dios y su Palabra. Y me pa-

rece que esto se me ha rehusado. Entonces como ya no sé más, padezco."

Para que el libro de Bloy guste es preciso sin duda amar a Napoleón y la gloria de los conquistadores. La heroica leyenda del Emperador fascinó a Bloy desde su infancia, y era, a mayor abundamiento, para el exégeta místico de la Historia una imagen de proporciones gigantescas. Aquí como siempre la intención de Bloy es conducirnos al umbral de un misterio divino, impenetrable, donde no pensábamos encontrar sino una ilusoriamente clara historia de actos humanos. A este título las mejores páginas de *El Alma de Napoleón* me parecen ser las de la Introducción, donde, después de haber enumerado cierto número de "pecados inmensos" que cree pudiera haber evitado Napoleón, escribe:

"Dejé de padecer por tales cosas el día en que pude comprender, o entrever por lo menos, el destino completamente simbólico de aquel ser extraordinario.

"En realidad todo hombre es simbólico y en la medida de ese símbolo es un viviente. Es cierto que esa medida es desconocida, tan desconocida e incognoscible como el tejido de las combinaciones infinitas de la Solidaridad universal. Quien supiera exactamente, por un prodigio de infusión, lo que pesa un individuo cualquiera, tendría bajo los ojos como un planisferio, todo el Orden divino.

Lo que la Iglesia llama la Comunión de los santos es un artículo de fe y no puede ser otra cosa . . . Enseña la Oración Dominical que es preciso pedir *nuestro* pan cotidiano y no *mi* pan. Esto para toda la tierra y para todos los siglos. Identidad del pan de César y del pan del esclavo. Identidad mundial de la impetración. Equilibrio misterioso del poderío y la debilidad de la Balanza donde todo se pesa. No hay un ser humano capaz de decir lo que es, con certidumbre. Nadie sabe lo que ha venido a hacer a este mundo, a qué corresponden sus actos, sentimientos y pensamientos; quienes son sus más próximos entre todos los hombres, ni cual es su *nombre* verdadero, su Nombre im-

perecedero en el registro de la Luz. Emperador o cargador, nadie conoce su fardo ni su corona.

"La Historia es como un inmenso Texto litúrgico donde las iotas y los puntos valen tanto como los versículos o los capítulos enteros, pero la importancia de unos y otros es indeterminable y está profundamente oculta. Si, pues, pienso yo que Napoleón podría bien ser una iota rutilante de gloria, me veo forzado a decirme, al mismo tiempo, que la batalla de Friedland, por ejemplo, bien pudo ser ganada por una muchachita de tres años o un centenario vagabundo pidiendo a Dios que su Voluntad se cumpliese así en la tierra como en el cielo...

"Queda esto, para Napoleón y para la multitud infinita de sus inferiores, que son al mismo tiempo figuras de lo Invisible y que no se puede mover un dedo ni destrozar dos millones de hombres sin significar cierta cosa que no será manifiesta sino en la Visión beatífica."

Eugenio Borrel, un amigo de Bloy, le escribía a éste después de haber leído *El Alma de Napoleón:*

"Desde el punto de vista de la fe, es evidente que podría usted escribir la misma historia sobrenatural de cualquiera otra alma, aunque fuese la de un ujier".

"—Sin duda, mi querido Borrel", respondió Léon Bloy, pero, ¿dónde tomar el alma de un ujier?"

Con ocasión del *Napoleón*, una pequeña revista marsellesa *Las Escalas de Provenza*, publicó un número especial todo entero consagrado a Léon Bloy, y que contiene varios artículos notables. En este homenaje se encuentran los nombres de Juana Boussac-Termier, el abate Cornuau, Barthelemy, Pedro van der Meer, y de Jacques... También Juana Bloy aparece allí con páginas emocionantes sobre su marido. León Bloy reprodujo aquellos artículos en el *Peregrino de lo Absoluto.*

⁂

La vida de Bloy continúa en la labor que las decepciones

que se suceden no son capaces de impedir, y visitada solamente por acontecimientos invisibles a los ojos de la carne.

"¡Que semana pascual para nosotros!", escribe a Jacques en 27 de marzo de 1913, en carta en la cual nos anuncia su visita. "Esta mañana, *jueves*, hemos recibido una herida por la que lloro en este instante y que nos hará sufrir largo tiempo. No hemos podido tener misa ni comunión un día como éste, uno de los más preciosos del año para mí. *"Quid ploras? quia tulerunt Dominum meum et nescio ubi posuerunt eum."*

Bloy prepara el sexto volumen de su Diario: *El Peregrino de lo Absoluto;* una reedición de *Sudor de Sangre,* la segunda serie de *Exégesis de los Lugares Comunes* y corrige las pruebas de una nueva edición del *Desesperado* que ha de aparecer en el Mercurio de Francia.

Y hasta la guerra prosigue el curso habitual de los trabajos y las penas para los Bloy y para nosotros. El 7 de julio de 1914, León Bloy nos escribe:

"Partimos el viernes para Saint-Piat. Magdalena y yo iremos a almorzar con ustedes, llegando a Versalles hacia las once y media.

"Juana y Verónica, siempre enferma, no podrán detenerse.

"No hemos encontrado nada mejor.

"Que Dios nos bendiga a todos. Yo estoy abrumado de pena y miseria y pienso en el último veraneo bajo los cipreses.

"Les abraza
León Bloy

"El viernes tendré 68 años."

***

Bloy tiene 68 años; ha escrito sus principales grandes libros: *La Mujer Pobre, El Desesperado, La Salvación por los Judíos, Aquella que Llora y La Sangre del Pobre,* y ha publicado seis volúmenes de su diario. Esta obra dibuja bien

el doloroso caminar *in valle lacrymarum*, a la busca del fondo de las almas.

León Bloy está fatigado; y su espíritu, inclinado de manera irresistible y torturante hacia el terrible porvenir de las naciones, no conoce reposo. Cuando sobreviene la declaración de guerra no se sorprende, pero queda deshecho por tal causa. No es la desesperación lo que le trastorna, — León Bloy nunca ha desesperado. Es el presentimiento de las grandes desgracias que van a caer sobre la tierra, y de las cuales la guerra de 1914 "no es más que el comienzo". En espera de las catástrofes que habrían de alcanzar a Francia, él mismo se ha interrogado:

"—¿Qué esperas tú, León Bloy? Espero lo que es razonable esperar, a saber que Dios resucitará a Francia que es el reino de su Madre, pero después de una muerte horrible que ésta no puede evitar." [1]

¿Habló para hoy o ese hoy no es sino la imagen de un mañana más atroz? Las advertencias proféticas tienen la propiedad de realizarse diversamente en diversos escalones de la historia...

Pero Bloy vivió primeramente en pleno, hasta morir, la tragedia de su propio tiempo. Sufre de una continua "constricción del corazón". Pierde rápidamente las fuerzas. Adelgaza y se encoge. ¡Qué pena el verle así laminado por el dolor! La cabeza es siempre magnífica, y los grandes ojos azules están siempre tan vivos en la cólera, tan brillantes bajo las lágrimas. Pero desde el principio de la guerra vive "como en un sueño doloroso".

"Esta mañana en nuestra pobre iglesia, pensaba yo en todos los muertos de ayer y de hoy, en todos los moribundos, en todos los lutos, en todas las amenazas; y, al mismo tiempo, volvía a ver toda mi vida cruel. Con una precisión angustiosa, volvían a mí cosas antiguas vistas u oídas, hace ya treinta y cinco años, cuando vivía como contemplativo..."

---

[1] *El Anciano de la Montaña*, 24 de noviembre de 1907.

"La pesadilla interminable de esta guerra diabólica pesa terriblemente sobre mí. Desde su comienzo me encuentro afligido por la angustia. En mi derredor . . . veo a las gentes vacar a sus asuntos como si nada pasara, divertirse todo lo que pueden, mientras miles de hombres, cada día, son destrozados. Indiferencia total en todos aquellos a quienes la guerra no amenaza. Ceguera sobrenatural".

Por presentimiento de la guerra, sin duda, León Bloy comenzó el 14 de julio de 1914 a escribir *Juana de Arco y Alemania*. Cuando sobrevino la declaración de guerra tenía ya compuesta la importante *Introducción*. Durante tres meses después su trabajo fué interrumpido, lo reanudó en el mes de noviembre, y el día 8 de febrero de 1915 el libro estaba acabado. Libro de piedad y dulzura respecto a la Santa, perpetua auxiliadora de la patria, libro de consuelo y esperanza ofrecido a Francia en la desgracia. Más tarde se puso a preparar el séptimo volumen de su diario, de 1913 a 1915 —*En el Umbral del Apocalipsis*—, que fué publicado durante su vida; el octavo y último volumen, publicado después de su muerte —*La Puerta de los Humildes* (1915-1917)—, constituye con el precedente el verdadero diario de guerra de León Bloy.

Por más que se repite hace muchos años que "el ateísmo práctico" y la "desobediencia" del mundo cristiano atraen sobre Francia un castigo inevitable, el espectáculo de este noble país pisoteado y magullado *por los inferiores* le es estrictamente intolerable. Aquel conflicto entre la injusticia que ve extenderse y la justicia invisible que ha anunciado es una cruz de angustia para su espíritu. Busca en vano las almas y la grandeza. Hace un llamamiento a lo imposible. ¿No esperaba que el Papa lanzaría un entredicho sobre Alemania? La neutralidad de la Santa Sede lo anonada de dolor, y en ciertos momentos pierde la medida al hablar. Pero, ¡qué es la medida para un León Bloy! Por encima de todo es la indiferencia de los corazones la que le hace vibrar. Nadie se vuelve hacia Dios; Alemania será vencida, pero Bloy ve el horror acumularse para los tiem-

pos que han de seguir a la victoria. La guerra le proporciona una especie de resumen de las pesadillas de sufrimiento por las que se desliza toda su vida.

Preludio del libro *En el Umbral del Apocalipsis:* "Se encuentra en los siglos XIX y XX una nación capaz de emprender lo que no se había visto desde el comienzo de la Historia: LA EXTINCIÓN DE LAS ALMAS. Esto se llama la *Cultura alemana.*

"Esclavizar, envilecer las almas, no era suficiente para el Príncipe de las Tinieblas. Era preciso extinguirlas y lo consiguió. La Alemania prusianizada dejó de pertenecer a la humanidad. Se convirtió en una enorme bestia feroz y amenazó al mundo entero.

"En un libro muy anterior a los acontecimientos actuales, donde estaban consignados mis recuerdos de 1870, traté de hacer una advertencia. Se me juzgó exagerado, intempestivo y profundamente injusto. El alma francesa embotada no sentía la aproximación del monstruo.

"El despertar ha sido lo que debía ser: El horror infinito y casi la muerte. He ahí más de un año de luchas espantosas, no solamente en Francia, sino en todas partes, para salvar a la pobre lámpara humana.

"Haga Dios que este libro escrito por un viejo solitario tenga el poder de reconfortar, siquiera sea a la hora de la muerte, a algunos amigos de Dios, a ciertos raros y dolorosos poseedores de la Grandeza y Belleza cristianas que se quieren borrar."

Últimas palabras del mismo libro: "Yo espero a los cosacos y al Espíritu Santo".

Los cosacos vinieron. Llegan hoy a la Alemania que Hitler tuvo cuidado de conformar a las más horribles visiones de León Bloy.

En el Umbral del Apocalipsis apareció en 1916.

La Puerta de los Humildes

El 30 de diciembre de 1915 escribe Bloy con presentimiento demasiado cierto: "Estoy a punto de mudarme, por última vez, quiero creerlo, antes del cementerio".

En el mes de enero toda la familia queda instalada en la casa de la calle de Andrés Theuriet, de Bourg-la-Reine, que Péguy había habitado. Pedro van der Meer, Santiago y Jorge Auric van a ayudar a Bloy a desembalar los libros.

Hacía dos meses apenas que Viñes había llevado a casa de los Bloy a aquel joven prodigio de la música —debía tener entonces diecisiete años—, una de las más grandes esperanzas del grupo de los "Seis", del cual formaban parte también Poulenc y Darío Milhaud, y del que era director Satie, y Juan Cocteau el teórico. Auric fué adoptado inmediatamente por los Bloy, y su nombre aparece con frecuencia en *La Puerta de los Humildes.*

Acompañaba al piano a Magdalena que tocaba el violín; y, silencioso él también como lo era Rouault en casa de los Bloy, escuchaba con profundo respeto y enmudecido la palabra del gran meditativo, palabra rara por lo demás y pronunciada en voz baja.

Lo que aumentaba todavía la reserva de Auric, era además de la timidez, la gravedad y el pudor que sientan tan bien a un genio en embrión, — ese "respeto humano" que no es sino una virtud, y que le hacía ocultar sus opiniones y sus amistades como otros ocultan sus pecados.

Pronto una viva simpatía nos unió también a él, y después de la guerra vino con frecuencia a Versalles, en compañía de Pedro van der Meer. Pasábamos las horas escuchándole, mientras que sin cansarse descifraba en el piano partituras enteras. De esa manera tocó un día todo *Boris Godounoff,* cantando esta ópera de punta a cabo. Todos estábamos locos por Moussorgsky, locura feliz, de la que no se cura. Cantábamos sus melodías, las *Infantiles,*

y las demás. Aquellas horas fueron hermosas y resultan inolvidables. Alrededor del piano los cantos y las risas tenían la resonancia cristalina de la alegría que nada turba. ¿En qué fecha precisa pueden situarse estas cosas? Me parece hoy que ocurrían fuera del tiempo. El trabajo personal del joven compositor nos llegaba al corazón, y más tarde cualquier primera audición de sus obras habría de ser para nosotros un acontecimiento. Qué emoción cuando oímos por primera vez su ballet *Los Fastidiosos*. Fué aquello una radiante "obertura" para la joven música en general, y para Auric un éxito muy grande. ¡Pero qué lejos está todo esto de 1916!

***

Fatigado quizás por la mudanza, Bloy se siente muy mal. El 9 de febrero recibe la extremaunción. "*Cura quaesumus, gratia Sancti Spiritus languores istius infirmi, ejusque dimitte peccata; atque dolores cunctus mentis et corporis ab eo expelle . . .*"

La muerte se aleja de Bloy; pero toca a varios de sus más queridos amigos, que le arrebata la guerra: Felipe Raoux, Andrés Dupont, Juan Boussac . . .

Sin embargo, bajo el velo de los lutos continúa trabajando con obstinación. *En el Umbral del Apocalipsis* aparece en el mes de enero. Bloy escribe en el ejemplar de Jacques:

"Cuando estés en ese umbral, mi querido hijo espiritual, mira hacia atrás antes de entrar. Verás arrastrarse a lo lejos a tu viejo padrino cuyas piernas ya no son jóvenes y que apenas tiene ya fuerza para llevar su corazón. Lo esperarás llorando y la compasión tal vez te impida pensar en las espantosas proximidades."

Y en el ejemplar dedicado a mí:

"Nuestra Señora de Compasión me ha inspirado este libro que será quizás el último. *La Puerta de los Humildes*, que es la puerta misma del Apocalipsis, es de tal ma-

nera estrecha y está cerrada con tantos candados que no sé como podré franquearla. Pide a aquella que llora que haga de mí uno de esos diminutos lagartos color de esperanza que pueden deslizarse por las grietas de la pared de las palomas de que se habla en el Cántico."

Los amigos van siendo cada vez más numerosos alrededor de Bloy y de los suyos. ¡Qué dulzura en aquella casa! Todo es allí verdadero y sencillo; la pobreza queda frustrada por el ingenio y el buen humor de Juana Bloy. El día 11 de abril, fiesta de San León, ¡cuánta ternura la que le rodea a Bloy! Entre los visitantes asiduos están Pedro Termier, Juana Boussac, su hija mayor, los van der Meer y nosotros naturalmente, Rouault, Viñes, Auric, los Martineau, La Laurencie; más tarde Enrique de Groux y su hija Isabel, el pintor holandés Otto van Rees, cuyo cubismo temía Bloy, y que hizo un hermoso retrato de Jacques, y otros que olvido. Todos fervientes y leales, llenos de veneración por el viejo siempre semejante a sí mismo en su intransigencia inflexible y su pasión por lo absoluto, cuya expresión todavía ahora parece seguir la pendiente de hábitos adquiridos, pero que se alimenta siempre de intuiciones geniales.

¿Qué puede, sin embargo, la amistad ante el llamamiento de Dios? Todo nuestro cariño es impotente para detener la creciente debilidad de Bloy. Éste siente su salud irremediablemente perdida.

En agosto y septiembre tuvimos la alegría de pasar algunas semanas en casa de nuestro padrino. Alegría velada por cierta melancolía cuando de repente la vista de su silueta demacrada nos oprimía dolorosamente el corazón con tristes presentimientos. Pero reinaba tal paz en aquella casa. que el recuerdo que conservamos de nuestra estada es de infinita dulzura.

Por la mañana temprano, a menos de encontrarse completamente sin fuerzas, Bloy se trasladaba a la iglesia, adonde Jacques le acompañaba. "Le veo en el crepúsculo de la mañana —en aquella hora en que el corazón, no mancha-

do todavía con los sucios prestigios de la luz, se derrama hacia los tabernáculos tranquilos—, marchar con paso tardo y fatigado a misa primera . . . ", ha escrito Jacques recordando aquellas horas preciosas.[1]

Después, durante todo el día, León Bloy escribiía o rezaba, o leía las vidas de los santos. Con frecuencia, cuando estaba contento con su trabajo, descendía para leernos las páginas completamente frescas que acababa de escribir, palpitantes todavía de la inspiración de que habían nacido, y en cuya lectura temblaba un poco su voz baja, tan neta y tan penetrante. Algunas veces lloraba al leer, y nosotros llorábamos con él. Escribía entonces *Las Meditaciones de un Solitario en 1916,* y recuerdo nuestro trastorno cuando nos leyó inmediatamente después de haberla escrito la primera meditación —*Yo estoy solo*—, en la cual le sentíamos tan íntimamente persuadido de la proximidad de su muerte.

"Yo estoy *solo.* Tengo, sin embargo, una mujer y dos hijas que me aman y a quienes yo amo. Tengo ahijados y ahijadas que parecen escogidos por el Espíritu Santo. Tengo amigos leales, probados, mucho más numerosos que los que se suelen tener ordinariamente.

"Pero, a pesar de ello, estoy solo de mi especie. Estoy solo en la antecámara de Dios. Cuando me llegue el turno de comparecer, ¿dónde estarán aquellos a quienes he amado y me han amado? Sé bien que algunos que saben rezar rezarán por mí de todo corazón, pero que estarán todavía lejos y ¡qué soledad tan espantosa ante mi Juez!

"Cuanto más se aproxima uno a Dios, más solo está. Es lo infinito de la soledad.

"En este momento todas las Palabras santas, leídas tantas veces en mi bodega obscura, me serán manifestadas, y el Precepto de aborrecer, padre, madre, hijos, hermanos, hermanas y hasta la propia alma si se quiere ir a Jesús,

---

[1] *Algunas páginas sobre León Bloy.*

pesará sobre mí tanto como una montaña de granito incandescente.

"¿Dónde estarán las humildes iglesias de dulces paredes en las cuales oraba yo con tanto amor, algunas veces, para los vivos y para los difuntos? ¿Dónde estarán las queridas lágrimas que eran mi esperanza de pecador, cuando ya no podía amar y sufrir? Y, ¿en qué se convertirán mis pobres libros donde buscaba yo la historia de la Trinidad misericordiosa?

"¿En quién o en qué apoyarme? Las plegarias de los bien amados que he dado a la Iglesia, ¿tendrán tiempo o fuerza para llegar? Nadie me asegura que el Angel encargado de mi guarda no estará él mismo temblando de compasión y tiritando como un pobre mal vestido olvidado en la puerta en tiempo muy frío. Estaré inefablemente solo y sé por adelantado que no tendré un solo segundo para precipitarme en la sima de luz o en la sima de tinieblas..."

Algunos amigos se anunciaban con frecuencia, venían para el amuerzo o por la tarde, o para la comida. Bloy los acogía con cariño. Se solía estar en el jardín que crecía en libertad y nos ofrecía la sombra de algunos grandes árboles.

Por la noche, cuando estábamos solos, Bloy jugaba al ajedrez con Jacques o con Juana Bloy o más sencillamente al dominó con sus hijas y ahijados. Y siempre, antes de separarnos por la noche rezábamos reunidos el rosario de rodillas en el suelo. ¡Qué "imagen inolvidable de fe y humildad" ofrecía entonces nuestro viejo padrino! Su recogimiento era tan grande, lo mismo que su amor y su simplicidad, que al contemplarlo me distraía en la oración.

"Es preciso rezar. Todo lo demás es vano y estúpido", nos dijo a todos León Bloy. "Es preciso rezar para soportar el horror de este mundo, es preciso rezar para ser puro, es preciso rezar para obtener la fuerza de *esperar*. No hay desesperación ni tristeza amarga para el hombre que reza mucho. Soy yo quien os lo dice. Si supieseis cuánto derecho

tengo a hacerlo... La Fe, la Esperanza, la Caridad y el Dolor que es su substracto son diamantes, y los diamantes son raros... Cuestan muy caros... Éstos cuentan la Oración, inestimable joya que es necesario conquistar..."

*
**

El verano de 1916 trajo a León Bloy el consuelo del retorno de Enrique de Groux a su vieja amistad. El alejamiento incomprensible de de Groux había producido a Bloy una pena muy profunda. En la época de aquella ruptura Isabel de Groux, su ahijada, tenía dos años apenas. Cuando cumplió los diez y ocho años resolvió ir en busca de su padrino y reconciliarlo a su padre con él. Lo logró perfectamente. Jacques enviado en embajada hizo reconocer y confesar a de Groux lo absurdo de sus agravios contra un amigo fiel, y el mayor de los admiradores de su arte trágico.

Cuando de Groux llegó por fin a casa de los Bloy en octubre de 1916, estábamos nosotros presentes, con Pedro Termier y Juan Boussac. León Bloy fué a su encuentro y lo acogió con estas sencillas palabras:

"Ha engordado usted un poco desde ayer." Y lo encadenó inmediatamente, despreciando los largos años de desavenencia.

León Bloy padece mucho como consecuencia del crudo invierno de 1916-1917. El 12 de enero sufre un pasajero ataque de parálisis. Durante algunas horas se encuentra privado de la palabra y del uso del brazo derecho. Al día siguiente por la mañana su heroica mujer lo lleva a medias hasta la iglesia a donde él quiere trasladarse para sentirse reconfortado. Acabamos de almorzar: Bloy está alegre, y parece completamente repuesto; come con apetito.

Se encuentran ahora en casa de los Bloy algunos amigos nuevos: Andrés Baron que más tarde se hizo sacerdote y a quien Bloy amó y estimó particularmente. Su hermano y su hermana, de los cuales habla Bloy con cariño en su dia-

rio. Un jovencito, —que había de casarse con Magdalena Bloy—, Eduardo Souberbielle; y "la Dama japonesa" su madre. El abate Petit, el amigo de los jóvenes músicos; el pintor Carlos Bisson; Leopoldo Levaux y su mujer, admiradores apasionados llegados de Bélgica; más tarde nos hicimos amigos suyos y uno de sus hijos es ahijado mío. Félix Raugel; el abate Roblot, un sacerdote de los que a Bloy le gustaban ... Y a pesar de tantos amigos sinceramente abnegados, a pesar de la generosidad de Pedro Termier y de los esfuerzos de Jacques, la pobreza se hace todavía sentir duramente en ciertos días. La pobreza, la enfermedad ... Bloy anota en su diario las "jornadas horribles", y otras más felices. El 15 de marzo: — "comida muy alegre" con Pedro van der Meer, Auric, de Groux, etc.

Comienza un nuevo verano; los visitantes son más numerosos. Han aparecido las *Meditaciones de un Solitario*. Bloy firma las dedicatorias:

"22 de mayo.

"A Jacques. — Su viejo padrino, *onager assuetus in solitudine*.

"A Raissa. — ¿Qué es un solitario en lo absoluto? Es un enamorado de Dios.

"A Vera. — Para que se aísle como su viejo padrino en una pequeña celda llena de alegría donde se sufre por aquellos que no saben sufrir."

***

Pasamos el verano en Bures, con los van der Meer; de allí vamos con frecuencia a Bourg-la-Reine. Y Bloy anota en su diario:

"18 de julio.

"A las nueve, aparición repentina y perfectamente agradable de nuestra ahijada Vera, llegada en vanguardia. Toda la colonia de Bures va a caer sobre nosotros.

"En efecto, todos llegan, y al terminar el almuerzo, Souberbielle.

"Toda esta jornada ha sido buena hasta para mí, habiendo sentido un poco menos la fatiga ordinaria. Souberbielle y Magdalena han tocado juntos la sonata de Franck y después he leído el capítulo "el Desprecio", que ha sido muy aplaudido."

"El Desprecio" es una de las meditaciones del nuevo libro que ha comenzado Bloy el 10 de julio y que aparecerá después de su muerte bajo el título *En las Tinieblas*.

El mes de agosto es abrumador para Bloy que se siente más enfermo que nunca, y la miseria muestra de nuevo su horrible semblante. Los amigos no se enteran, en general, sino cuando todos los medios están agotados.

Bloy trabaja siempre pero como "a la fuerza; como bajo el látigo, a pesar de la angustia, el pesar, el desaliento y la continua fatiga."

El 5 de octubre, anota en su diario:

"Abrumado por una tristeza insoportable pido que recemos juntos el rosario, pues esto me da un poco de consuelo."

Algunas anotaciones todavía en el curso del mes, en las cuales menciona Bloy su fatiga creciente y la aparición de la fiebre. El sábado 20 de octubre de 1917 termina el diario de León Bloy

La muerte de León Bloy

Su último libro —*En las Tinieblas*— está terminado. En una de las meditaciones que lo integran ha anotado estas palabras de María oídas en el fondo de su alma que ya no puede sufrir más: "—Tú y Yo, hijo querido, somos el Pueblo de Dios. Estamos en la Tierra prometida y Yo misma soy esa tierra de bendición . . . ¡Recuérdalo! . . . Mi Hijo ha dicho que los que lloran son bienaventurados y porque yo he llorado todas las lágrimas y sufrido todas las agonías de las generaciones, todas las generaciones me llamarán

bienaventurada. Las maravillas de Egipto no son nada, y las maravillas del Desierto tampoco, en comparación del deslumbramiento que te traigo para la eternidad." Supongo yo que Egipto significa aquí el mundo; y el Desierto, la contemplación a la sombra de la Cruz...

***

Y he aquí que León Bloy ya no vivirá más que algunos días. Hacia fines de octubre se le declara una crisis de uremia. El 31 de octubre estando yo en su cabecera, me confesó que sufría mucho. — Tú sufres por tus ahijados, le dije con gran deseo de ayudarle de alguna manera. Pero él replicó: "La bajeza de mi naturaleza está expiada por..." su voz apenas se oía y no entendí las últimas palabras. "Querría yo haber hecho algo por ti", me dijo un instante después con ternura. Yo le respondí, con el corazón partido de piedad: — Tú lo has hecho por mí, puesto que me has hecho conocer a Dios. Y añadí: Yo querría hacer mío tu sufrimiento. "¡No digas eso! dijo con cierta vivacidad, y mirándome gravemente. Tú no sabes lo que pides." En aquel momento su mujer se aproximó murmurando: *Ave o Crux spes unica.* A pesar de su desfallecimiento corrigió netamente la ligera inexactitud: "*O Crux ave spes unica*..."

Durante aquellos días de crueles sufrimientos ponía siempre, cuantas veces hablaba, un cuidado extraordinario en la exactitud del lenguaje y la pureza de la expresión. Pero hablaba muy poco, sus raras palabras emergían de un silencio profundo, no inerte sino intensamente vigilante, de un silencio augusto que nos llenaba de respeto y temor, y en que se sentía que solo, verdaderamente solo, como lo había escrito, comparecía ante su Dios y miraba su propia vida, repasaba por última vez en su corazón las misteriosas promesas que había recibido, aceptaba en la noche de la fe las purificaciones supremas.

Comulgó por última vez, en viático, el 1º de noviembre, en presencia de su mujer, sus hijas, Pedro Termier y nosotros

tres. Las campanas tocaban a misa de todos Santos, y la Iglesia universal leía en toda la tierra el evangelio de las Beatitudes:

"Bienaventurados los pobres de espíritu... Bienaventurados los que lloran... Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia... Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia. Y Bienaventurados seáis vosotros, a quienes por Mi causa se ha calumniado..." [1]

¡Qué liturgia para un Léon Bloy! Y ¡qué eco para su vida dolorosa! Como lo hacía todos los días, después de comulgar recitó el Magnificat, y todos los suyos lo dijeron con él.

Parecía sufrir mucho pero continuaba en paz. Algunos días antes de su muerte, al finalizar una noche dolorosa, dijo a su mujer: "Yo solo sé la fuerza que Dios ha puesto en mí para el combate." [2] Con tal fuerza contemplaba su última agonía.

No había en él ni sombra de temor; sino una admiración profunda ante la muerte que llegaba sin el martirio sangriento que esperaba y llamaba con todas sus fuerzas hacía muchos años.

Nosotros hemos visto aquella paz y aquella admiración en su cara durante las últimas horas de su vida. El martirio de sangre hubiera sido en su alma la imagen iluminada del incesante martirio que sufrió durante los largos y duros años en que su vida y su labor no tuvieron otro objeto que el de rendir testimonio a la Verdad de la Fe y a las exigencias de Dios.

De esta manera hubiera imitado a su Dama de Compasión, *Reina de los Mártires,* cuyo martirio consistió en la agonía del corazón, y cuya muerte corporal fué muy dulce *adormecimiento*.

***

[1] Mateo, v., 3-11.

[2] Citado por Juana Bloy en la conclusión de *La Puerta de los Humildes.*

El sábado 3 de noviembre de 1917, día de su muerte, León Bloy se levantó todavía por la mañana. Dijo a su mujer que ya no padecía. "Pero hubo de acostarse en seguida. La jornada fué tranquila. Poco a poco se adormeció y, hacia la tarde, a la hora del Ángelus, sin estertor y sin agonía, transpuso la Puerta de los Humildes." [1]

[1] Juana Bloy, conclusión de *La Puerta de los Humildes.*

INDICE

PRIMERA PARTE

LAS GRANDES AMISTADES

PÁG.

Nueva York 1940 9

CAPÍTULO I

MARIOUPOL

Infancia. La escuela. Los trabajos y las fiestas 11

CAPÍTULO II

PARIS

"Passage de la Bonne-Graine". Hallazgo de la poesía. Hallazgo de la filosofía 24

CAPÍTULO III

LA SORBONA

Adolescencia. El mayor de mis amigos. De la pintura. Nuestros primeros amigos: Ernest Psichari. Charles Péguy. Volvamos a la Sorbona. Félix Le Dantec. Con los filósofos. En el Jardín de Plantas 42

PÁG.

CAPÍTULO IV

HENRI BERGSON

"Una idea de la verdad". En el curso de Henri Bergson. Algunas palabras sobre la filosofía de Bergson. De Plotino a Ruysbroeck. Y nuestra vida continúa . . . 77

CAPÍTULO V

LEON BLOY

Gratitud a Maurice Maeterlinck. Jonás y León Bloy. "La Providencia es un manantial de lágrimas". Nuestros primeros pasos hacia el Dios desconocido. "Le salut par les Juifs" 98

CAPÍTULO VI

EL LLAMAMIENTO DE LOS SANTOS

La Catedral. La belleza de la santidad. El "Catecismo espiritual" del Padre Surin. En el alba de nuevas amistades. La prueba del Bautismo 128

CAPÍTULO VII

ESPERANDO AL ANGEL DE LA ESCUELA

En Heidelberg. La Salette. Los conflictos de Péguy. Meditaciones. El soldado Psichari 161

SEGUNDA PARTE

LAS AVENTURAS DE LA GRACIA

Nueva York 1944 189

Pág.

CAPÍTULO I

EL DOCTOR ANGELICO

Calle de los Feuillantines. El Padre Humberto Clérissac. Primera lectura de la Suma Teológica. Pequeño elogio de Santo Tomás de Aquino 191

CAPÍTULO II

ALGUNAS CONQUISTAS DEL MENDIGO INGRATO

Jorge Rouault. Pedro y Cristina 211

CAPÍTULO III

LOS CONFLICTOS RELIGIOSOS DE PEGUY

"He vuelto a encontrar la fe, soy católico." Indecisiones y tormentos. El Misterio de la caridad de Juana de Arco. Péguy desconfía de los curas. La vocación de Péguy. Ruptura y reconciliación. La última misa de Péguy. Jesucristo se viste de pobre 231

CAPÍTULO IV

MISERICORDIÆ DOMINI

Los últimos días de mi padre. Isabel María. Elisabeth-Marie . 267

CAPÍTULO V

ERNESTO PSICHARI

El llamamiento de las armas. El llamamiento del amigo. El llamamiento de Dios. La respuesta del Centurión. La muerte de Psichari 280

PAG.

CAPÍTULO VI

DE ALGUNOS QUE ERAN JOVENES EN 1912

Enrique Massis y la información de Agathon. La generación de 1905. Responsabilidades. De la dirección espiritual . 329

CAPÍTULO VII

DONES DEL CIELO

El golpe duro de la conversión. Un gran amigo de nuestras almas. Eva Lavalliere. Mercedes de Gournay. Amigos y poetas 356

CAPÍTULO VIII

LOS COMIENZOS DE UN FILOSOFO

Primeros ensayos. El bergsonismo como sistema y el bergsonismo de intención. Las conferencias sobre Bergson. Dedicado a la amistad. El primer libro de Jacques y los comienzos de la obra futura 378

CAPÍTULO IX

LOS ULTIMOS ANOS DE LEON BLOY

Presencia de León Bloy. A los pies de Aquella que llora. "Mi triste vida apenas cambia." La Sangre del Pobre. El Peregrino y la Pastora. Cambio de Dirección. De "El Alma de Napoleón" al "Umbral del Apocalipsis". La Puerta de los Humildes. La muerte de León Bloy . . 402

EL 11 DE NOVIEMBRE DE 1954
FESTIVIDAD DE SAN MARTÍN DE TOURS
SE ACABÓ DE IMPRIMIR
LAS GRANDES AMISTADES
PARA LA EDITORIAL DESCLÉE, DE BROUWER
EN LOS TALLERES GRÁFICOS
DE SEBASTIÁN DE AMORRORTU E HIJOS, S. A. I. C. y F.
CALLE LUCA 2223, BUENOS AIRES

DIARIO DE UNA MUJER ENCINTA

Anne M. Corot

•

EL MILAGRO DEL PADRE MALAQUÍAS

Bruce Marshall

•

YO SOY JUDIO

René Schwob

•

NIETZSCHE O LA DECADENCIA DEL ESPÍRITU

Gustave Thibon

•

JACQUES MARITAIN

Gilson, Massignon, y otros

•

SITUACIÓN DE LA POESÍA

Jacques y Raïssa Maritain

•

ERASMO

Th. Quoniam

•

DESCLÉE, DE BROUWER y CÍA.
SANTIAGO DEL ESTERO 907, BUENOS AIRES.

RAÏSSA
MARITAIN

Las grandes amistades

DESCLÉE,
DE BROUWER